



*Banco Central de Nicaragua*  
Emitiendo confianza y estabilidad

LOS CONQUISTADORES



José Román

# LOS CONQUISTADORES



José Román

- © José Román
- © De esta Edición: Banco Central de Nicaragua 2011

Diseño y Diagramación: Inty Pereira A.

Ilustración de Portada:  
“El pensamiento de la conquista”, 2001  
Federico Matus Vega

---

Reproducción fiel del original impreso  
Managua, Nicaragua

JOSE ROMAN

**LOS  
CONQUISTADORES**

EDICION CENTRO

© Copyright by New York Editors Corp. 422W. 55th St.  
New York, N. Y., 10019. Tel.: Plaza 7-2937

PRINTED IN SPAIN

Depósito legal: M 13.787.—1966

Num. Rgto.: 5.146-66

---

GRÁFICAS BENZAL. - Virtudes, 7 . - Madrid

*...el hombre es polvo y se torna a la tierra,  
pero su espíritu vuelve a Dios... Hijo mío,  
no hay objeto de escribir tantos libros por-  
que el mucho estudio aflicción es de la car-  
ne. Dios traerá toda obra a su juicio, el cual  
se hará sobre toda cosa, aun la más oculta,  
buena o mala. Todo es vanidad.*

(Eccl. XII, 7-9.)

*En el año de Nuestro Señor de 1550, la palabra América solamente era conocida entre cartógrafos. La California era una isla. La Florida era una fuente mágica. Al sur de la Castilla del Oro se extendía la tierra incógnita de La Canela, de El Dorado, del Ande y de la Patagonia. El Nuevo Mundo, de polo a polo, tendría quizá once millones de habitantes, incluyendo unos sesenta mil europeos y menos de tres mil africanos. Era un hemisferio salvaje y misterioso, motivo de cuentos y novelas fantásticas, reservado sólo para aventureros, para desposeídos y para ambiciosos desalmados. Tierra de indios caníbales, de flechas envenenadas, de bisontes, de cocodrilos, de huracanes, de oro. Montañas de oro, ríos de oro, ciudades de oro.*

*Y cuando el oro de los nativos se terminó, los conquistadores los pusieron a trabajar, a cultivar los campos, a explotar los minerales, a construir ciudades. Y con las tierras y el trabajo de los indígenas, en una generación, muchos de los descendientes de los conquistadores se convirtieron en señores feudales, autocráticos, feroces, ignorantes, insaciables. Muchos de ellos controlaban tierras más extensas aún que países de Europa, con millares de esclavos; y, sin embargo, se saqueaban, y guerreaban, y se asesinaban mutuamente en perpetuas disputas sobre límites arbitrarios y por celos puntillosos por cuestiones de rango y preeminencias absurdas.*

*La corona de España, para establecer orden y para garantizar oportunidades equitativas al creciente éxodo de colonos europeos, dictó leyes muy estrictas para enforzar su autoridad, para devolver la libertad a los indios esclavizados y para revisar los títulos de los enormes feudos reclamados por los derechos de conquista. Las noticias de la promulgación de estas pragmáticas, y sobre todo de las nuevas leyes de Indias, trajeron consigo marejadas de controversias, intrigas y guerras civiles brutales y devastadoras al Nuevo Mundo.*

*He aquí, pues, una crónica, romance en prosa, épica, o también novela se le puede llamar, a esta verdadera historia de la primera guerra por la independencia del Nuevo Mundo, que sucedió apenas hace poco más de cuatrocientos años y desde esta segunda mitad del siglo XX nos parece tan remota; sin embargo, de aquí a cuatro mil años...*



## PRIMERA PARTE

# I

Panamá viejo era un puerto putañero y rondador, principalmente los sábados. Sin embargo, el 19 de abril de 1550, cosa extraordinaria, era un sábado tristón y aquietado. Su alteza el virrey don Pedro de la Gasca estaba allí y su presencia tenía a la población como entre un cepo.

El virrey era más que virrey: era el representante personal de su sagrada cesárea majestad Carlos V, con poder absoluto. Además era arzobispo, y, por ende, intocable y en contacto directo con Dios. Era retraído e impenetrable, pero al mismo tiempo era sencillo, humilde y sofisticado. Detestaba recepciones, lisonjas y discursos; jamás aceptaba ni otorgaba dádivas. Parecía suave, pero era austero, minucioso y exigente en la disciplina.

Desde el martes 12 de marzo, cuando inesperadamente atracó en Panamá llevando consigo las fabulosas joyas de Gonzalo Pizarro y un tesoro de más de ciento cincuenta toneladas de oro sólido en ladrillos, y lo doble de esa cantidad de toneladas en lingotes de plata, la ciudad entera parecía amordazada por su presencia. Europeos, indígenas, esclavos y africanos cimarrones hablaban quedo aun en las plazas y mercados públicos. Racimos de prostitutas iban a las iglesias todos los días para tratar de paliar sus correrías nocturnas. Toda la población estaba en ascuas,

esperando ansiosamente noticias del arribo de la retrasada flota que vendría a llevárselos con las joyas y el tesoro para España y dejar a Panamá en paz para reanudar su alegre y libre vida porteña.

El virrey, recién celebraba su misa diaria, permaneció bajo el tímpano de la catedral conversando con su reverencia Pablo Tórrez, obispo de Panamá. Después de un momento de afable charla, el obispo hizo una genuflexión, le besó la modesta amatista del anillo y se internó en la catedral.

El virrey, sin séquito ni guardias, caminó solo y despacio por la llamada calle Empedrada hacia su modesto alojamiento en la casa del doctor Robles. Muy temprano por la mañana había enviado un mensajero a los más altos oficiales reales de la ciudad, invitándoles a desayunar.

En zaga del virrey, pero manteniendo respetable distancia, iba el oidor Villalba, pensativo y vacilante. Evidentemente no se atrevía a juntársele, pues, no obstante cuan sencillo el virrey pareciera, su poder, su dignidad personal y sus modales imponían un protocolo tan estricto que nadie se atrevía a infringirlo, ni aun don Alonso de Villalba, gran inquisidor y oidor de la Real Audiencia de los Confines de Castilla del Oro.

Villalba sonreía para su capote, pues no podía menos de sentir un cierto aire de superioridad personal al compararse a sí mismo con la contrahecha y triste figura del virrey. Gasca, visto desde atrás, parecía ser solamente una gran joroba cubierta con una corta casaca que se bamboleaba sobre dos largas piernas, de pasos rígidos, oblicuos y articulados de títere.

Al entrar el virrey en el portal de la casa del doctor Robles, dos soldados uniformados se cuadraron en atención presentando sus altas alabardas. Villalba, pasado el portal, se apresuró hacia el virrey y le saludó muy ceremoniosamente, besándole el anillo y esbozando una genuflexión.

—Muy buenos días, majestad—le dijo con una sonrisa forzada queriendo aparecer muy cortesano, pero sólo exageraba sus ademanes provincianos.

De pronto, se dio cuenta que ya no tenía frente a él la joroba morosa sobre las largas piernas, sino un rostro rasurado, noble y hermoso, con ojos negros, grandes y apacibles. Súbitamente, Villalba enmudeció, perdió la sonrisa y bajó la vista, no pudiendo resistir la mirada fija de aquellos ojos tan serenos.

—Tome asiento, señor De Villalba—le dijo con voz suave y clara.

Automáticamente, Villalba tomó un taburete y de nuevo intentó mirar al virrey de hito en hito, pasando sus ojos por la frente amplia y circundada de tupida y canosa cabellera; pero no pudo resistir aquellos ojos apacibles, y mudo, bajó otra vez la vista. No podía recordar aquellas frases que había estudiado tan cuidadosamente para solicitar del virrey su promoción a Lima. El, Alonso de Villalba, que hacía sólo un momento se había sentido superior y se había mofado de la joroba en zancos, ahora se sentía mudo, paralizado, sonso, minúsculo frente aquella serenidad inescrutable que le estaba leyendo los pensamientos y atormentándole con su devastadora y fría dignidad. Anonadado, Villalba hubiera querido no haber estado solo con el virrey, no obstante haber venido un poco más temprano precisamente para hablar a solas con él, como de una manera casual, sobre su soñada promoción a Lima. Qué fácil le había parecido cuando lo consultaba con la almohada, y ahora que difícil le resultaba ante aquel monolito de autoridad. El tiempo pasaba. ¡Tal vez jamás tendría otra oportunidad igual!

Precisamente cuando Villalba principiaba su exordio de frases rebuscadas, don Juan Gómez de Anaya, tesorero de la real corona, quien vivía calle de por medio y en cuya casa un tercio de todos los ladrillos de oro estaban almacenados, irrumpió lleno de buen humor. Anaya era joven, de fácil palabra e inteligente. Saludó al virrey con besamano y genuflexión, le dijo ¡hola! a Villalba e inició una charla amena. Seguidamente llegó el alférez real, Martín Ruiz de Marchen, fiscal portuario, en compañía del capitán Palomeque de Meneses, comandante de la ciudadela. Acto continuo apareció el muy joven y apuesto don Rodrigo

Arias de Quevedo, Alcalde de la ciudad y vicegobernador general del istmo.

—Muy buen día tenga su graciosa majestad—dijo el joven alcalde con su saludo de rigor al virrey y una inclinación hacia los demás.

Antes de ofrecerle asiento, el virrey le preguntó:

—Mi querido señor alcalde don Rodrigo, ¿y dónde está el señor gobernador general?

—Majestad—le contestó—, don Sancho, por mi medio, le ruega encarecidamente que le excuse. Debido a un repentino ataque de fiebre está en cama. El doctor Robles le atiende en estos momentos.

—¡Ah—exclamó el virrey, pensativo—. Cuánto lo siento. Iré a visitarle.

Después se dirigió al grupo:

—Ahora, mis buenos amigos, vamos a tomar el desayuno.

## II

El pequeño grupo entró en el comedor, y después de una corta plegaria, comenzó a ser servido abundantemente.

El virrey comía muy poco.

—Amigos míos—les dijo—, ésta es una reunión de despedida muy íntima. Hoy saldré para Nombre de Dios. Allá esperaré la armada que viene a llevarme.

Tomó dos sorbos de chocolate y continuó hablando sosegadamente:

—Todos ustedes han sido muy atentos conmigo y me han hecho muy agradable mi permanecía en esta encantadora ciudad de Panamá, tan injustamente llamada malsana. La verdad es que la mayoría de la gente enferma cuando cambia de clima. Aun en los cambios de las estaciones, nuestros cuerpos, como la misma Naturaleza, sufren cambios. Traigo esto a colocación

porque yo quiero que ustedes se sientan orgullosos de su ciudad y continúen sirviendo a Nuestro Señor Jesucristo, nuestro señor el emperador y a nuestra madre España con el mismo celo de siempre. Ustedes pueden estar seguros que su sagrada cesárea majestad don Carlos Quinto será informado con respecto a cada uno de ustedes.

Todos expresaron su gratitud con una muda inclinación de cabeza. El continuó con su voz suave y resonante:

—No llevaré soldados. Solamente quiero que me acompañe el teniente Jalsen, mis dos camareros y mi amanuense. Llevaré conmigo las joyas, los documentos, mis libros y tan solo el oro almacenado en esta casa, o sea tres mil doscientos ladrillos de veinticinco libras cada uno.

Hizo una pausa, dobló su servilleta y continuó:

—Quiero que carguen a las asemilas solamente con ocho ladrillos cada una y que paguen los precios de la tarifa corriente de veinte pesos por carga. El lunes continúan despachando las cuarenta toneladas de oro que están almacenadas en la casa de nuestro buen amigo el tesorero Gómez de Anaya—se inclinó hacia él—, y el viernes me despachan el resto del oro, que está en el palacio del gobernador general. Después envían la plata, las pieles, y el resto, tan pronto como los barcos atrasados lleguen del Perú.

Después de una corta pausa continuó:

—Hasta que todo el tesoro de su cesárea majestad haya sido transportado a Nombre de Dios no permitan circular ninguna otra carga o ningún traficante o viajero cualquiera que fuere. Mantengan los soldados aquí, manden el tesoro con los cargueros y guías no más. Oportunamente enviaré mis instrucciones desde Nombre de Dios.

El virrey concluyó; pero como no se dirigió ni hizo pregunta a ninguno en particular, todos permanecieron en silencio expectativo.

—Iré, pues, a visitar a don Sancho. Quiero que me tengan todo listo para partir al mediodía, ya que está haciendo un tiempo maravilloso para cruzar el istmo. Ni sol ni lluvia.

Permaneció pensativo, mientras los otros callaban respetuosamente.

—¿Han observado ustedes las hormigas?—continuó—. Pues bien: amigos míos, las hormigas principiaron a moverse ayer; están abandonando la tierra baja, lo cual quiere decir que se esperan lluvias muy fuertes de un momento a otro.

Volvió a quedarse pensativo.

—Muy bien, pues, mis buenos amigos, salud y éxito les deseo a todos ustedes.

—Majestad—Villalba se atrevió a intervenir—, dadnos vuestra bendición.

—Usted siempre tendrá mis bendiciones.

El virrey murmuró unas palabras en latín, mientras su larga y bien cuidada mano lentamente dibujó una cruz en el aire; sus acompañantes inclinaron la cabeza y se santiguaron.

—Don Rodrigo— dijo dirigiéndose al joven alcalde—, por favor, acompáñeme a visitar al señor gobernador general.

Y levantándose añadió, hablando con los otros:

—Queridos amigos, alistadme todo, pues, para partir al mediodía.

—Majestad—Villalba habló de nuevo—, ¿quisiera su señoría aceptar mi caballo? Es un bello y fornido cuadrúpedo.

—Muchas gracias, señor De Villalba—le dijo con una leve sonrisa—. Yo soy muy mal jinete. Prefiero los burros. Quizá no son tan gallardos, pero son muy prudentes.

—Su eminencia siempre dice la verdad.

Villalba celebró el solo, con risa audible, e insistió:

—¿Y qué camino tomará su majestad? ¿El camino real a Portezuelo o la carretera a Las Cruces? Porque...

Le cortó la palabra:

—Eso, señor oidor, el burro lo decidirá.

Se puso su birreta y procedió, en compañía de don Rodrigo, hacia el palacio del gobernador general.

La Plaza Mayor era el corazón de la ciudad, ostentando la catedral de San Anastasio, la Real Audiencia de los Confines

de Castilla del Oro, el Cabildo real y el palacio del gobernador del istmo.

El palacio ocupaba una manzana completa, todo de piedra sólida, de dos pisos con dobles arcadas a los cuatro lados. Lo custodiaban alabarderos de morrión.

El gobernador general, don Sancho, era viudo. Su señora esposa había fallecido de fiebres tercianas el año anterior, y prefiriendo no estar solo, don Sancho había invitado a don Rodrigo a vivir en el palacio.

Cuando don Rodrigo llamó a la puerta de la recámara, don Sancho dijo:

—¡Adelante!

Lo encontraron dormitando en su enorme cama doselada con altos pilares. Metido en su camisón de dormir, con la cabeza cubierta por una cofia y con las bigoterías de gamuza. El digno y magnífico señor gobernador general de Panamá, don Juan Sancho Clavijo, caballero de Calatrava, en tal guisa, aparecía ridículo; pero él jamás sospechó ni por pienso que su majestad el virrey estuviera a su puerta. Don Sancho se quitó automáticamente la cofia y las bigoterías e intentó levantarse.

—Quedaos en cama, por favor, mi querido don Sancho—le dijo avanzando lentamente en la amplia recámara.

Don Sancho sonrió vagamente y se recostó de nuevo.

—Pues bien: ya que usted no pudo ir a desayunarse conmigo, yo vengo a visitarle y a desearle que muy pronto mejore. Yo estoy seguro de que, Dios mediante, en pocos días usted estará restablecido y llegará a acompañarme a Nombre de Dios, porque, mi querido don Sancho, hoy parto para allá.

—¡Ah! Majestad, ¡pero yo debo acompañarle!—dijo enfáticamente don Sancho.

—Sí, don Sancho; yo contaba con el placer de su grata compañía para este viaje, pero ahora usted está enfermo y su salud es lo primero.

—Majestad, su palabra es ley—dijo don Sancho con desaliento.



—Bueno, ¿y dónde está mi querido doctor Robles?

—Majestad, fue a buscar no sé qué hierbas y mejunjes de los indígenas para preparar mi triaca.

Mientras el virrey, don Sancho y don Rodrigo charlaban, el doctor Robles apareció. El doctor era corpulento, rasurado, moroso en acciones y en palabras. Mientras la conversación continuaba animada, el doctor le aplicó una sangría a don Sancho. Después le removió el camisón de dormir y le dio un masaje con embrocación caliente, aplicándole una cataplasma de mostaza en la espalda. Acto continuo le administró una fuerte dosis de la «tríaca magna» que le había preparado para la fiebre terciana.

Un pequeño brasero de carbón vegetal, ladrillos de barro y un rimero de colchas y cobertores de lana estaban al lado de la cama.

Terminado el tratamiento, hecho entre charla y bromas, el virrey, acompañado del joven don Rodrigo, dejó el palacio del gobernador general y regresó a sus habitaciones para preparar su viaje a Nombre de Dios.

### III

Panamá la vieja era popularmente llamada la Copa de Oro. Su pequeña bahía tenía la forma de una herradura. La ciudad cubría media costa de la bahía hasta la ciudadela. De allí seguía frente al océano, primero subiendo sobre los acantilados y dunas, para después extenderse al ras de las olas sobre la costa llamada Playa del Mar. Adornaba la ciudad a manera de retablo la loma de San Cristóbal. La selva cubría todo el resto visible del istmo.

El espolón oeste de la entrada de la bahía era un promontorio sobre el cual se edificó la ciudadela, cuyos cimientos arrancaban desde muy abajo de las aguas del mar. Con plataformas amuralladas, parapetos, túneles, miradores, telescopios y poderosos cañones mantenía constante vigilancia sobre mar y tierra.

Casi todas las cosas de la ciudad eran de madera, pero aquí y allá se erguían algunas de piedra y mampostería, como el palacio episcopal, varios monasterios, hospitales y muchas distinguidas residencias privadas, algunas rodeadas de jardines. Perros, cerdos y aves de corral ambulaban por las calles. Tierra adentro, la ciudad se extendía en grandes arrabales poblados de indígenas y africanos, abundantes en bodegones repletos de carga y mercaderías, y enormes establos con millares de mulas cargueras.

No obstante el calor, el tifus, el cólera, la fiebre amarilla, las tercianas, la maligna, las pestes, las lluvias, los huracanes, los reptiles, las flechas envenenadas, los mosquitos y la selva bruta, Panamá era un puerto alegre, liberal y próspero, ya que las ganancias eran tan pingües y los cambios de fortuna tan fantásticos, que atraían a tantos y tantos aventureros y convertían al istmo en un bolsín de pícaros, contrabandistas, leguleyos, matones, extorsionistas, soplones, salteadores y piratas, ya que a diario más y más barcos entraban y salían, descargaban y cargaban, y el interminable tren de mulas no cesaba yendo y viniendo a través del istmo, día y noche, con buen o mal tiempo, cargando diamantes y cebo, esmeraldas y salchichas, oro y arbolitos tiernos, dados e íconos sagrados, libros de oraciones y naipes, monjas y prostitutas, esposas y barraganas, monjes y tahúres, virreyes y convictos. Éxodos. Norte, Sur, Este, Oeste. Siempre más y más barcos, y más y más carga, y más y más peregrinos. Procesiones de peregrinos pasando y pasando con rumbo a tierras apenas descubiertas, todavía sin nombre y aún no puestas en los mapas. Era un éxodo perenne, un río humano trayendo niños, muebles, ganados, perros, aves, talleres, instrumentos... del viejo continente, a través del istmo, para poblar el litoral Pacífico del continente virgen.

Sin embargo, no toda la población de Panamá era de vianantes. Más de quinientas familias europeas vivían permanentemente en la ciudad. Algunos portugueses, italianos, irlandeses y holandeses convivían con la mayoría española. Los negocios eran tan prósperos, que se apostaban las vidas contra tantos riesgos.

Muchos, muchísimos, perecieron; pero muchos sobrevivieron y sus descendientes perduraron y vinieron a ser parte de la tierra.

Algunos, muy pocos, veteranos todavía recordaban cuando el istmo entero era selva virgen y contaban de cuando habían llegado allí, siguiendo al viejo Pedrarias, el fundador, a fundar esa ciudad, la primada, la semilla de todas las ciudades de toda la costa del océano Pacífico en El Nuevo Mundo.

Pedrarias escogió esa bahía llamada por los indígenas Panamá, palabra que en su lengua significa «lugar de pescadores», bautizó así a la nueva ciudad «porque le gustó el sonido de la palabra» y se la dedicó a doña Juana la Loca, reina de España, y a su infante real el príncipe don Carlos. Algunos de esos pocos ancianos fundadores de la ciudad todavía contaban como fábula lo rápidamente que la ciudadela, las Casas del Rey, la Real Audiencia, la bella catedral, hospitales, conventos, muelles y astilleros fueron construidos principalmente con el trabajo de millares y millares de indios traídos de los altiplanos, que muy pronto se morían. Sin embargo, todo eso no hacía tanto tiempo, apenas en 1519, y ahora toda la provincia era llamada Panamá y era la cruz de todos los caminos y rutas interoceánicas del Nuevo Mundo.

Al mediodía, la calle de Santo Domingo era la arteria principal por donde un desfile constante de gente pintoresca y bulliciosa iba y venía de los arrabales de Molambo y Pierde Vidas a los mercados y cocinas públicas y a los mataderos, todos los cuales se enfilaban a lo largo de la costa arenosa de Playa del Mar.

Además de lo tristón y aquietado, ese sábado había amanecido deprimente, con finísima llovizna, casi imperceptible, que se resistía a reventar en alegre garúa de abril. A ratos, remolinos corredores de viento hacían torbellinos de polvo y hojas secas, y rápidos, desaparecían, dejando solamente la horrible pestilencia de los establos.

Al mediodía, el virrey partió de la casa del doctor Robles. Vestía su casaca de siempre, sólo la birreta había sustituido con un yelmo de filigrana incrustada. Calzaba unas botas cordobesas

de ruedo volteado, suaves y forradas con tafilete, que cubrían casi todas sus flacas y largas piernas. Ni espada ni daga. Guantes de lino blancos y fusta de ébano. Cuidadosamente subió a un taburete primero y se sentó luego en su burro; bendijo a los que estaban a su alrededor y partió despacio, seguido por el joven y corpulento holandés teniente Jalsen, el amanuense y los camareros en sendos pollinos.

En la esquina de la Plaza Mayor dejaron la calle Empedrada y doblaron rumbo al Norte, sobre la calle de Santo Domingo. La gente se detenía estupefacta. Aquello era insólito. Todos enmudecían. Unos se santiguaban, otros caían de rodillas. Todos inclinaban la cabeza. El virrey, imperturbablemente, avanzaba al lento paso del burro.

Detrás de él y de sus cuatro acompañantes proseguía el tren de mulas apersogadas de bozal a rabo, de dos en línea, cada pareja guiada por un indio o un negro con un corto cabestro. Era un desfile largo de mulas que no concluía de pasar. Cuatrocientas mulas cargadas de oro, transportando apenas un tercio del oro que el virrey llevaba consigo para España.

La fantasía popular se quedaba corta. Toda exageración era pequeña. Aun los más altos oficiales reales, que tenían idea aproximada de la cantidad de oro que acarreaban esas mulas y de la cantidad mucho mayor que aún permanecía en la ciudad, nunca ninguno de ellos había, de hecho, visto ni un zurrón de esos abierto, ni menos tocado uno de esos ladrillos de oro. En Lima, el virrey, con el más absoluto sigilo, en lotes pequeños y alternando asistentes, personalmente, había dirigido el vaciado, ensaye, peso y marcado de todo ese oro hasta el último tomín; hasta que lo empacaron en zurrones de cuero crudo, conteniendo cuatro ladrillos de a veinticinco libras, o sea más o menos cien libras cada zurrón, cerrados con cuerdas de cuero crudo con nudo español y sellados con chapas de plomo numeradas. Más de tres horas tardó la procesión de mulas desfilando ruidosas con sus cascabeles, pateando, rebuznando, pitando y cagándose sobre los adoquines.

Pero eso a nadie le importaba un pito ya; lo importante ahora era la ida del virrey. De pronto, toda la ciudad principiaba a sentirse como una de esas mulas al dejar la carga después de una larga jornada. Todo el mundo reía alto, desde el estómago hasta los ojos, con aquella vieja risa cómplice de las amables saturnalias. Todas las tabernas mágicamente se llenaban de bote en bote, ruidosas de música y grandes voces; alegres y buenas mozas complacientes con moños de flores en las cabelleras sueltas, meneando las caderas y tirando sus faldas muy alto sobre sus rodillas, hacían piruetas, quiebro y requiebro al derredor de los hombres. Vino y más vino, aguardiente y guitarras, acordeones, castañuelas y tambores sonaban por doquier. Era todavía antes del atardecer, pero ya retumbaba el ritmo de los tambores por todos los ámbitos de la ciudad. Las últimas mulas pasaron el puente del Rey.

El señor gobernador general don Sancho, después de su triaca, sangría, masajes, cataplasmas y tisanas, estaba en pie. Tenía un hambre canina fulminante, y empezó con un plato de sopa de pescado en leche, seguida de caponcillo a la parrilla, de pierna de ternera al horno y de lomo de puerco relleno, rematado todo ello con natilla y pastelería catalana. El conjunto, por supuesto, apisonado con los mejores blancos y tintos peninsulares.

—Los oídos me zumban como caramillos—dijo don Sancho—, pero me siento sin fiebre. Mi querido don Rodrigo—continuó—, me preocupa sobremanera pensar que su alteza el señor virrey vaya solo por esas selvas de Dios con todas esas joyas y todo ese oro. Piense, amigo mío, que si por desgracia algo le sucediera, la responsabilidad recaería sobre el gobernador general de Panamá. Después de todo, aunque él sea el virrey, de tránsito por el istmo, aquí, oficialmente, es mi huésped y yo le debo protección. Mientras él permanezca en Panamá yo soy el único responsable de su seguridad y bienestar. Doctor Robles—le dijo súbitamente don Sancho—, he decidido acompañar al virrey. Ustedes le oyeron decir que contaba con mi compañía. El me dijo que se iría por las Cruces del Chagres. En ese pollino como él

va, esas cinco leguas le llevarán hasta el anochecer, mientras que en cualquiera de mis caballos yo puedo estar allá mucho antes. Además, que él va por el camino real hasta Rancho Algarrobos, en tanto que yo tomaré el camino corto sobre las lomas.

—Pero, don Sancho—protestó el doctor suavemente—, su excelencia sabe muy bien que tendrá otro ataque de fiebre más tarde: esta noche, o bien muy de mañana, y después otro aún más grave pasado mañana. Yo, pues, me permito sugerirle, como médico suyo, que espere unos cuatro días. Después de todo, ¿qué malo puede sucederle al señor virrey? Parece endeble, pero tiene una constitución de hierro, ni siquiera estornuda. Y, además, ¿quién en este mundo se atrevería?... Mientras que su fiebre, don Sancho—el doctor tosió—, no se puede jugar con ella.

—Doctor, ya tengo eso previsto. Usted viene conmigo. En cuanto lleguemos a las Cruces, acamparemos en una de las barcazas, y cuando la fiebre apriete, usted se hace cargo de ella. Llevaremos con nosotros el brasero, los ladrillos de barro y las colchas y cobertores.

Dirigiéndose al joven alcalde, concluyó:

—Mi querido don Rodrigo, usted queda al frente hasta que yo regrese.

Don Sancho ordenó al mayordomo de palacio que sus ropas y demás menesteres le fueran enviados más tarde a Nombre de Dios. Dos camareros le ayudaron a vestirse.

Para ganar tiempo, don Sancho salió por la puerta lateral del palacio, en la calle del Puente Chico, donde su ayudante, seis lanceros y el doctor lo estaban ya esperando.

Cuando el gobernador montó su engualdrapado corcel andaluz, se oyó el redoble de los tambores y el trueno de las trompetas de la guardia palaciega. Acto continuo, la pequeña pero brillante cabalgata arrancó, empalmando en la calle de Santo Domingo. En un santiamén pasó el puente del Rey y se perdió en el camino real.

Cuando circuló la noticia de que también el piadoso y tieso don Sancho se había marchado de la ciudad, que ya había princi-

piado a celebrar la ida del virrey, toda la población se desbordó en una saturnalia de proporciones camavalescas. Sabiamente, el joven don Rodrigo supo hacer la vista gorda.

De acuerdo con sus cálculos, don Sancho llegó a las Cruces del Chagres antes que los lentos pollinos del virrey, y tomó de regreso la carretera plana hacia Rancho Algarrobos. Al poco andar, topó al virrey, y juntos llegaron a las Cruces del Chagres antes del corto crepúsculo tropical.

En las Cruces del Chagres no más habían unas veinte casas de madera construidas sobre zancos a la orilla del agua, entre los embarcaderos de mampostería y las grandes bodegas y establos; todo incrustado entre el macizo de selva. Allí, el río Chagres formaba una laguna represa y negra, con grandes lotos, lirios de agua y camalotes, ebullente de cocodrilos, ranas, gusanos y mosquitos.

De pronto, sin crepúsculo, cayó la noche. Los coros de ranas anularon las otras voces de la selva, y una negrura opresiva con llovizna amortajó la tierra.

#### IV

El domingo por la mañana todo el istmo amaneció enfoscado, lloviznoso y cubierto de nubarrones de mar a mar. En las Cruces del Chagres, el viento, asordinado por el toldo de selva, solamente atizaba la pestilencia del vaho del lodo podrido y de los establos. Durante la noche, el zumbido de los mosquitos, el hálito hediondo y caliente del Chagres y los espeluznantes ruidos de la selva no dejaron dormir a gusto al virrey. Sin embargo, por la mañana no se quejó, y muy temprano apareció a tomar su desayuno, siempre mondo, retraído y sereno.

Por la noche, don Sancho había tenido otro ataque de fiebre, y después de los tratamientos tediosos, por fin mejoró, y ahora dormía profundamente.

El doctor Robles acompañaba al virrey.

—Doctor—le dijo entre sorbo y sorbo de chocolate—, ¿no cree usted que es mejor, no sólo para la salud de don Sancho, sino también para nosotros, principiar el viaje río abajo y alejarnos de estos miasmas fétidos? Además, cuanto más tiempo nos demoremos aquí esperando las otras barcazas, más riesgo corremos de ser atrapados por la tormenta.

Como el doctor no hablara, el virrey continuó:

—El oro puede quedarse aquí. Sin ese peso podemos usar doble dotación de palanqueros, zarpar inmediatamente y llegar a Portezuelo quizá en la mitad del tiempo. Bueno—hizo un gesto interrogativo al doctor—. ¿Qué peligro puede correr ese oro aquí? ¿No será, pues, mejor zarpar para llegar a Nombre de Dios antes que estalle la tempestad?

—Absolutamente, majestad. Me parece lo más atinado. No sabemos cuándo va a empezar ni lo que puede durar la tormenta. Y en cuanto al oro, ¿quién podría atreverse a tocarlo?

El virrey dio sus órdenes y casi acto continuo principiaron a moverse río abajo.

La barcaza Doña Paula era de dos pisos con fondos planos; el piso bajo era un bodegón, para la carga, los animales, los indios y los africanos, y en el piso superior estaban los camarotes, la cocina, el comedor, el puente de mando y una cubierta entoldada en popa. Llevaba enrollada en un palo grueso, sobre el toldo de popa, una gran vela cebadera.

El virrey y el doctor tomaron asiento en sendas perezosas de lona, charlando confortablemente bajo el toldo de popa, mientras unos esclavos africanos les espantaban las moscas con un abanico. La llovizna se había convertido en lluvia, los nubarrones se iluminaban de cuando en cuando con relámpagos distantes y se oían lejanos mugidos de tormenta.

La barcaza navegaba a ratos a la vera del río, otras veces a media corriente, deslizándose veloz sobre angosturas profundas, ya pegando narizaso contra paredones abruptos, o zigzagueando cuidadosamente sobre rápidos pedregosos.



Frecuentemente, tribus de lagartos flotaban a media agua con las crías en el lomo. A medida que el Chagres avanzaba, crecía más ancho y más hostil. Ya no se veían en las orillas ni garzas ni flamencos, y el eco de los rugidos tremendos de los monos aulladores hacía temblar el aire, y presagiaba la tempestad.

Después del mediodía, el viento y la lluvia se convirtieron en borrasca, y la rayería azotaba a diestra y siniestra las copas de los grandes árboles. Y como casi no se veía cuando entraron en una laguneta y pasaron por un islote rocoso, el virrey ordenó atracar allí.

La tempestad embistió furiosamente contra la barcaza todo el resto del día y toda la noche, con diluvio, ventarrón y rayos. Por la mañana, como la tormenta en vez de amainar continuara ciegamente barriendo todo el istmo de costa a costa, y considerando la posibilidad de su larga duración, el virrey, después de conversar con el piloto, decidió aprovechar el viento y continuar el viaje. A buena hora de la tarde llegaron a Portezuelo, sito en el delta del Chagres, en el mar Caribe, habiendo ganado, gracias a la vela, un día de palanqueo.

Aproximadamente, medio centenar tan sólo de europeos vivía en Portezuelo, no obstante que todo lo que se movía en el istmo entre el Atlántico y el Pacífico tenía forzosamente que pasar por allí. Portezuelo estaba solamente a treinta leguas de la ciudad de Panamá y a catorce de Nombre de Dios. Pero esas distancias eran para los mapas, porque el tiempo requerido para recorrerlas variaba entre dos días y dos semanas, de acuerdo con la estación del año, la clase de bestia o barcaza y la experiencia del guía. Las lluvias borraban los caminos y convertían los arroyos secos en violentas correntadas. Los ríos se salían de madre, los grietales se convertían en lagunas y cualquier desvío en la selva conducía con frecuencia a la muerte.

Al mediodía, la tormenta continuaba sacudiendo y golpeando a la barcaza contra las empalizadas del embarcadero.

—Si este mal tiempo continúa—dijo don Sancho al virrey y al doctor—, perderemos el día que ganamos. No hay manera de navegar a Nombre de Dios contra este viento.

—Este no es un día perdido, don Sancho—le contestó el doctor—. Está resultando un día muy bueno, puesto que no le atacó la fiebre—sonrió y continuó—; y si usted fuera un buen paciente y tomara su triaca al levantarse antes del desayuno todos los días, yo le aseguro que no tendría que preocuparse por la fiebre.

—¡Ah!, doctor, pero es que esa triaca vil me amarga todo el día.

—Don Sancho, entonces solamente le queda a usted otro remedio—el doctor recalcó sus palabras con un ademán muy lento—, un cambio de aire. Váyase a Lima o bien a Méjico, ambas ciudades tienen aire alto y fresco.

El doctor hizo una pausa intencional, dándole tiempo al virrey para que considerara sus palabras, y continuó:

—Este aire bajo de la tierra caliente les cuece y arrala la quinta esencia de la sangre y los humores del hígado a ciertas personas...

—¡Dos barcos a la vista!—gritó una voz ronca. Gasca, don Sancho y el doctor se encapotaron y prestos subieron a la sobrecubierta, batida por la tormenta.

—¡Son galeones de guerra!—confirmó la voz.

—Debe ser que ya llegó la escuadra—dijo don Sancho oteando el horizonte borrasco.

En ese momento, el maestre piloto de la barcaza llegó adonde estaba el virrey y le dio el telescopio. A través de la lluvia se veía avanzar los dos grandes barcos.

—Esos galeones vienen de Nombre de Dios—dijo el maestre piloto.

—Eso sí que no me gusta—exclamó el virrey, pasándole el telescopio a don Sancho—. Mis órdenes fueron terminantes: ningún barco debe moverse de Nombre de Dios hasta que yo zarpe con la hacienda del rey.

—Exactamente, alteza, esas fueron las palabras de su orden. ¿Quién, pues, podría atreverse a quebrantarlas?—dijo don Sancho, y le enfocó el cilindro a los barcos.

Con todo el ventarrón en popa, los galeones cabeceaban acercándose a gran velocidad.

—Alteza—dijo don Sancho sorprendido—, reconozco al capitán Diego Caballero, nuestro comandante en Nombre de Dios, y, ¡ajá!, viste armadura de batalla. Sí, señor. Y con él está el capitán Benito Díaz, también en armadura.

Pronto el primer galeón atracó al lado de la barcaza, y antes que estuviera todavía adecuadamente amarrado, los capitanes Caballero y Díaz, seguidos de otros oficiales, bajaron presto a la barcaza por una pasarela de emergencia. Besaron el anillo del virrey y saludaron a don Sancho y al doctor.

—¡San Jorge! Pero ¿qué sucede? Ustedes vistiendo armadura con tanto calor y habiendo tanta paz y alegría en el mundo, puesto que tenemos a su alteza en el istmo—exclamó don Sancho.

—¡Ah! Pero ¡Su majestad está ileso!—dijo Caballero besando de nuevo el anillo del virrey—y usted también, don Sancho. Se han salvado y eso es lo más importante. ¡Bendito sea Dios!

—Señores—resonó la voz del virrey—, ante todo, por favor, explíquenme... ¿Cómo supieron ustedes que yo estaba aquí?

—Majestad—respondió Caballero lentamente—, nos duele en el alma tener que venir a recibirlo con tan malas noticias. Su alteza ha escapado solamente por un milagro, por un milagro solamente; no hay duda porque tiene la inspiración y guía divina de Nuestro Señor Jesucristo. La ciudad de Panamá fue invadida y conquistada el domingo de madrugada. A estas horas puede estar saqueada y aun destruida.

—Pero ¿quién podría jamás atreverse?—dijo el virrey, incrédulo más que disgustado.

—Presto, majestad, diré todo lo que sé habló Caballero—. Hoy por la mañana Francisco Lozano llegó a Nombre de Dios, casi volando. El nos informó que un gran ejército había desembarcado por Ancón y Playa del Mar y había tomado la ciudad mientras una numerosa armada, a la lengua del agua, bombardeaba la ciudad, convirtiéndola toda en llamas. Todo esto dice Lozano haberlo visto con sus propios ojos, aunque de lejos. Además, dice que un amigo suyo de la ciudad, que llegó cuando él se hallaba tratando de huir, le refirió que ya los invasores habían tomado la ciudadela y andaban a gritos pidiendo la cabeza de Gasca, y que hablaban castellano y gritaban: «¡San Jorge y viva nuestro buen rey don Juan o don Ferdinán!» Bueno, eso sí que no pudo entender claro el nombre del rey. Ese es el informe de Lozano.

Caballero contuvo su excitación y continuó:

—Como sus mercedes, saben, Francisco Lozano es el administrador de todos los establos, de las dos flotas de barcos mercantes en el Atlántico y en el Pacífico y de todos los negocios en Panamá de doña María de Contreras y como él vive en su quinta fuera de la ciudad, en los altos entre la laguna y la loma de San Cristóbal, y como él preparó las mulas el día antes para el viaje de su alteza, a él se le ocurrió inmediatamente, viendo la invasión, correr con la noticia y prevenir vuestra posible captura, majestad, y aquí está don Sancho que le conoce bien. Francisco Lozano es un hombre muy respetable, él ha manejado esa enorme fortuna de doña María aquí, por más de diez años, y sabe de memoria hasta la menor revuelta de los caminos de todo el istmo. Por eso, cambiando caballos y corriendo sin parar día y noche, Lozano hizo esta proeza para salvar a su majestad y a todos nosotros.

—¿Dónde está Francisco Lozano? Yo quiero hablar con él—dijo el virrey.

—Majestad—respondió Caballero—, lo dejamos en Nombre de Dios. Usted verá. Como estamos organizando un ejército para salir cuanto antes, siguiéndonos a socorrer a Panamá, como ese ejército tiene forzosamente que marchar por tierra, no podrá

haber mejor guía que Lozano. Esta es la hora en que muchos de los caminos ya están inundados...

—Por favor, dígame alguno de ustedes ¿quién tiene la menor idea de quiénes puedan ser esos invasores?—dijo el virrey, todavía incrédulo—. ¿Quién puede ser ese rey enemigo cuyas huestes hablen castellano? ¿Y qué armada fuera de las de España podría jamás atreverse a surcar las aguas del océano Pacífico? Además, que España no tiene ninguna guerra ahora. Simplemente, yo no puedo aceptar todo este embrollo. Quizá Lozano tuvo alguna pesadilla.

El virrey hizo una pausa, pero ninguno dijo palabra, y él continuó:

—¡Qué! ¿No ven ustedes? Lozano dice que un ejército capturó la ciudadela. Bueno, la ciudadela es inexpugnable contra cualquier asalto. Podría quizá rendirla un sitio muy largo, pero muy largo. Además, Lozano dice que al mismo tiempo que el ejército tomaba la ciudad, la escuadra la bombardeaba e incendiaba. Eso no puede ser. No puede ser; ninguna escuadra va a bombardear sobre su propio ejército.

Se quedó un momento pensativo, extendió una mano en el aire y continuó:

—Es obvio. Si el informe de Lozano tiene algo de veraz, la única explicación es que la armada disparaba artillería sin proyectiles para atemorizar y rendir más fácilmente la ciudad. Sería, pues, señal que el ejército no es tan importante.

—Majestad— intervino Caballero—, Lozano dice que le fue imposible ni tratar de indagar quiénes eran los invasores, el nombre o nacionalidad de su rey ni nada, porque dice que si hubiese tardado un momento más en montar en su caballo lo hubieran capturado, pues tuvo que saltar sobre ellos, y entonces no hubiera podido traer ni la noticia. Su amigo, dice Lozano, ya no tuvo tiempo de montar y lo capturaron. Por tales razones, majestad, yo inmediatamente principié a movilizar un ejército y a trasladar todas las mujeres europeas y los niños y los documentos y el tesoro del rey a los barcos. A la sazón, hay veintiún barcos

en Nombre de Dios, sin contar estos dos. Yo traje conmigo los cincuenta soldados que su majestad había mandado la semana pasada y cien de mis mejores infantes. Mañana estarán listos de tres a cuatrocientos auxiliares blancos bien armados, en su mayoría marineros. Digo todo esto, por supuesto, por si su majestad aprueba mis planes de socorrer la ciudad de Panamá, o bien para lo que su majestad decida.

—Capitán Caballero, usted ha procedido cuerdate— dijo el virrey, y dirigiéndose a los otros—: Amigos míos, ahora analicemos la situación. Henos aquí propiamente en el medio del camino. ¿Debemos abandonar nuestro viaje y regresar inmediatamente a socorrer la ciudad de Panamá, basados únicamente en el informe de un solo individuo, o debemos...?

—Excusadme, majestad—interrumpió don Sancho, extendiendo su diestra y apuntando su índice sobre las revueltas aguas del Caribe—, ¿aquellas, son alas o son velas?

—¡Son velas!— exclamó Caballero con un ojo pegado al vidrio de su telescopio—. Es un bergantín. Ese barco no estaba en Nombre de Dios cuando nosotros zarpamos. Tome usted el cilindro, capitán Díaz, tal vez usted, que conoce todos los barcos, lo pueda reconocer.

Díaz tomó el cilindro y apuntó una mirada sutil a través del lente.

—Usted lo dijo, capitán—observó Díaz—. Ese bergantín no estaba en Nombre de Dios cuando nosotros zarpamos. Viene directamente para acá, tratando de ganar tiempo, a gran riesgo, cortando por entre aquellas rocas a flor de agua...

Díaz continuó con el ojo pegado al cilindro y exclamó de pronto con una sonrisa de triunfo:

—¡Majestad! Es la *San Nicolás*. En verdad, no estaba en Nombre de Dios cuando nosotros zarpamos. El capitán Díaz le pasó el telescopio a don Sancho.

—Jamás he visto navío tan veloz. Cabecea, resbala, tumba, ¡y qué culadas! Todo al mismo tiempo. No parece que navega, sino que vuela— dijo don Sancho.

Rápido y preciso, el *San Nicolás* atracó junto a la barcaza. Con gran dificultad había venido derecho desde Granada (Nicaragua) a Nombre de Dios, trayendo cartas de doña María Peñalosa de Contreras, la hija mayor del viejo difunto Pedrarias, para el virrey Gasca y para el gobernador general don Sancho. Las cartas de doña María contenían informes sensacionales y casi increíbles con respecto a una gran rebelión llamada «guerra de la libertad del Nuevo Mundo», encabezada por sus propios hijos Hernando y Pedro de Contreras y fraguada y dirigida por el capitán Juan Bermejo.

Apenas habían concluido de leer las dos cartas casi iguales, preñadas con el mismo acopio de detalles, sobre batallas, asesinatos, confiscaciones, anarquía y demás horrores que dejaba en su cauda el Ejército de la Libertad, cuando un marinero medio desnudo apareció viniendo Chagres abajo en una canoa empujada velozmente por una pequeña vela. El capitán Díaz reconoció al marinero, que era un tal Juan Tapia, y lo llamó hacia las barcazas.

—Señores, traigo malas noticias, muy malas noticias—jadeó Tapia al subir a la barcaza—. Vengo directo de las Cruces. Momentos, pero breves momentos, palabra de honor, ni en lo que se reza un rosario; después que su majestad nuestro señor el virrey zarpó de las Cruces, un destacamento de lanceros bien montados apareció atropelladamente en busca del virrey y del oro. ¡Oh Señor Jesucristo Todopoderoso!—Tapia se tapó los oídos—. ¡Y qué lenguaje! ¡Qué faltos de respeto! ¡Qué blasfemias vociferaban contra nuestra majestad el emperador y contra el virrey! ¡Ah! Pero si no las puedo repetir. Y luego gritaban: ¡Que viva el buen rey don Hernando, capitán de la libertad, príncipe de Cuzco, rey del Nuevo Mundo.

Le escuchaban en silencio, y Tapia continuó después de una pausa reflexiva:

—Todos ellos andaban muy bien montados y armados y cada uno portaba en su escarcela un bolso lleno de monedas de oro y plata. Para decir la verdad, se portaban muy disciplinados y muy respetuosos con las mujeres y pagaron mucho más del

precio de todo lo que consumieron. Después concentraron a todos los muleros y empezaron a cargar y a despachar las mulas con todo el oro que su alteza dejó en las Cruces. El jefe de ellos es un capitán Salguero, muy joven.

—Y tú, ¿cómo lograste escapar?—preguntó Díaz.

—Capitán, logré escaparme porque yo siempre he mantenido mi canoa amarrada en los zancos de la casa sobre el agua. Cuando me di cuenta de que el tropel era enemigo, cosa que me parecía mentira, por prudencia me escondí bajo la casa y así me pude enterar de lo que les he referido, y cuando empezaron a cargar los zurriones de oro, solté la canoa y nadé con mi cuchillo en la boca tirando de la cuerda por un buen trecho. Palabra de honor que expuse mi vida solamente para servirle a Dios Nuestro Señor y a su alteza el virrey.

Después de haber oído a Tapia, el virrey lo bendijo y ordenó que lo vistieran y alimentaran. Acto continuo, se excusó ante los demás y se alejó de ellos paso a paso.

Los ojos de todos lo siguieron hasta que entró y cerró la puerta de su camarote.

## VI

Su graciosa majestad el virrey don Pedro de la Gasca, llamado también presidente, y licenciado, y arzobispo, y eminencia, nació en 1494, en un villorio cerca de Barco de Avila, en España. No pertenecía a familia noble ni hidalga, lo cual era un requisito casi esencial para escalar las cumbres oficiales y sociales. Otro obstáculo aún mayor en su contra era el haber nacido endeble y deforme, cuando los duelos, la milicia y aun la simple etiqueta cortesana requerían talante y fibra.

Con ayuda de un obispo, pariente suyo lejano, consiguió una beca para estudiar para sacerdote en el seminario de la famosa Alcalá de Henares. Como se ordenara de presbítero *magna cum*



*laude*, fue enviado a la Universidad de Salamanca, donde se graduó de doctor en Teología, y después continuó allí de profesor de la misma disciplina. A los pocos años fue nombrado rector de dicha Universidad, y no tardó en revolucionarla, hasta el punto de matricular mujeres en ella, y durante su rectorado se duplicó el número de estudiantes de la venerable Salamanca.

La fama de «la buena suerte del jorobado» circuló, extendiéndose hasta que llegó a ser un hecho proverbial. Después de Salamanca, fue consagrado obispo de Palencia. De Palencia fue exaltado a consejero mayor del omnipotente Tribunal Supremo de la Santa Inquisición Española. Para entonces, la fama de su maltrecha figura y de su fabulosa carrera había rebasado los límites de España.

Su majestad Carlos V, que tenía la pretensión de ser el hombre de mejor suerte de la tierra, de todos los tiempos, tenía la supersticiosa inclinación de seleccionar para su servicio secreto y diplomático principalmente individuos que hubieran demostrado poseer también constante buena suerte.

Así, pues, con la alarmante rebelión de Gonzalo Pizarro en el Nuevo Mundo y su audaz decapitación del virrey del Perú, Blasco Núñez de Vela, seguida por sus conquistas de Potosí, Ecuador y Panamá y su amenazante avance hacia el Norte, sobre Nicaragua y Méjico, estaba en jaque el emperador. Pero más que la insurrección en las recónditas colonias de ultramar, era la captura de todo el oro y la plata de que se había adueñado Gonzalo Pizarro lo que realmente enfurecía a Carlos V por su insaciable urgencia de dineros. Habiéndole, pues, fallado su ejército, y sus armadas reales, y su virrey, Carlos V se enfrentó con la humillante alternativa de llegar a una transacción con Gonzalo Pizarro o perder todo aquel tesoro y quizá hasta el Nuevo Mundo. Así las cosas, recordando los rumores de la buena suerte del obispo jorobado, el emperador lo escogió para resolver ese fastidioso asunto. He ahí cómo vino Gasca al Nuevo Mundo.

En verdad, el virrey De la Gasca no era ni virrey ni De la Gasca. El nombre de su padre era Juan Jiménez, pero cuando fue

ordenado de sacerdote adoptó el nombre de Pedro de la Gasca. No era virrey, sino delegado ejecutivo y representante personal de Carlos V, investido con un poder que el emperador, jamás, ni antes ni después, confió a ninguna otra persona en el Nuevo Mundo. Tenía poder para otorgar o confiscar cualquier tierra, no importando su extensión. Poder para perdonar o castigar cualquier delito, no importando cuán atroz; para nombrar o remover autoridades y tribunales y arbitrar disputas, crear o suprimir tasas o leyes, y para imponer la pena de muerte hasta a los gobernadores generales.

Sin embargo, este poder omnipotente se limitaba en realidad a un rollo de pergamino cuando le fue otorgado. Era, pues, cosa de Gasca venir al Nuevo Mundo y hacerlo valer o perder su vida en tan ardua empresa.

Así, arribó en 1546 sin armada, ni ejército, ni heraldos, ni fanfarria; apenas con un puñado de asistentes.

Al principio, los hombres de Gonzalo Pizarro rehusaron dejarlo desembarcar en Nombre de Dios, y estuvo a bordo un mes, y hasta el día antes que su barco regresara a España, el fiscal portuario de Pizarro, influido por su esposa, permitió al inofensivo y deforme eclesiástico bajar a tierra por un corto tiempo para reponerse.

En pocas semanas, el eclesiástico deforme se había ganado a todos los jefes de Gonzalo Pizarro en Nombre de Dios, haciéndolos volver hacia el emperador. En pocas semanas más se había ganado al feroz Bachicao, y con él, todas sus fuerzas, y la ciudadela y todo el istmo de Panamá.

Después se ganó las provincias vecinas y reorganizó un ejército y una escuadra y pronto tuvo bajo su control las líneas de abastecimiento para el Perú. No tardó en recuperar el Ecuador. Ya en la «tierra firme», después de dos años de sangrientas y espectaculares batallas, Gasca tenía la cabeza de Gonzalo Pizarro clavada en un poste en la Plaza Mayor de Lima y confiscado su enorme tesoro, que era gran parte del oro y de las joyas del fabuloso rescate de Atahualpa, más muchos años de quintos reales

y otras tasas colectadas para la corona, amén de esmeraldas y piedras preciosas y tierras enormes. Y la omnipotencia del poder del virrey De la Gasca vino a ser acatada por todo hombre, mujer y niño en el Nuevo Mundo.

Sin embargo, después de tanto afán, después de tantas victorias, allí estaba otra vez exactamente sobre la misma playa donde había echado pie a tierra cuatro años antes; y ya en el último peldaño de su gloriosa misión, de súbito, su poder omnipotente se tornaba otra vez en el viejo rollo de inútil pergamino.

## VII

Gasca cerró la puerta de su camarote. No obstante lo crítico de la situación, releyó con calma las cartas de doña María y las puso sobre la mesa de noche. Sus labios temblaban. Agobiado de pesadumbre, cayó de rodillas y sepultó su rostro entre sus brazos cruzados sobre el colchón de su tarima.

Así permaneció perdido en lágrimas y oración.

Cuando salió de su camarote, apareció otra vez sereno y habló a sus hombres con su manera usual cortés pero autoritativa.

—Capitán Caballero—principió—, ¿cuántos soldados dijo usted que había traído?

—Ciento cincuenta, majestad, y dos docenas de perros de guerra.

—¿y qué tal de vituallas?

—Suficientes para dos semanas.

—Capitán, prepare todos sus soldados y además cuantos marineros puedan distraerse de los barcos, lleve los perros consigo y marche hacia la ciudad de Panamá. Yo continuaré a Nombre de Dios con don Sancho. De allí regresaremos a Panamá y seguiremos a Lima si es necesario.

Caballero dobló la rodilla, besó el anillo del virrey, saludó militarmente a don Sancho y partió.

En ese mismo momento, un soldado llegó corriendo con la noticia de que un comerciante había llegado de la ciudad de Panamá con más detalles específicos. Gasca ordenó que lo trajeran a la barcaza inmediatamente.

—Un tal ejército de la Libertad, compuesto por centenares de soldados blancos—dijo el comerciante—, todos muy equipados y disciplinados, capturó la ciudadela por sorpresa. Parece mentira, bueno; pero así es. El comandante es un tal mariscal o maestre de campo Juan Bermejo. Majestad, bueno, todo esto es increíble, pero parece que tenían conocimiento exacto de dónde estaban las fuerzas de la ciudad, pues las atraparon a todas de sopetón y capturaron todo el oro y toda la plata y todo el tesoro del rey nuestro señor, y yo lo vi preparado todo para embarcarlo en sus navíos, ¡Ah! Bueno, y únicamente gritaban vitoreando al buen rey don Hernando.

El comerciante hizo una pausa larga y nadie lo interrumpió.

—¡Qué atrocidad!—Continuó—. Imaginense. Hernando de Contreras, el nieto del viejo Pedrarias, el hijo heredero de doña María, levantarse en armas contra España. ¡Oh Dios!—El comerciante levantó las manos y continuó—: Creedme, alteza, cuando yo salí se preparaban para ahorcar al señor obispo y a todos los oficiales reales, y estaban evacuando la ciudad para quemarla. Y todos los traidores gritaban y alardeaban: «¡Cuando regrese aquel jorobado hijo de tal..., sólo cenizas va a encontrar!».

Y continuó el comerciante explicando cómo en medio del tumulto de la evacuación y preparativos para incendiar la ciudad él había logrado escaparse y llegar a Rancho Algarrobos para tomar un caballo y salir corriendo rumbo a Nombre de Dios con la noticia.

—¡Ah!—concluyó—. Por supuesto que capturaron todos los barcos surtos en el puerto y tienen una escuadra enorme frente a frente de la ciudad todo a lo largo de Playa del Mar...

Gasca oteó sobre la selva lluviosa tras Portezuelo.

—Amigos míos—les dijo—, Bermejo es el problema. Yo lo conozco bien. Es un militar de gran experiencia. Fue

lugarteniente de Carvajal. Su audacia es insólita. Casi tengo la seguridad que a estas horas ya cargó con todo el oro y la plata, incendió Panamá y zarpó para Lima. Bermejo es demasiado astuto para arriesgar semejante victoria por mi flaco pescuezo o por la captura de Nombre de Dios. Pero el «buen rey don Hernando»—hizo un gesto desdeñoso—es un pavo real hinchado, inestable, fatuo, atolondrado. Bueno, pero cualquier cosa que sea lo que la Divina Providencia en su infinita sabiduría decida, nosotros debemos hacer nuestra parte. Bien, pues, amigos míos, manos a la obra.

Gasca levantó sus manos y su mirada, y dijo:

—Señor Dios Todopoderoso, dadnos la victoria sobre esos rebeldes pecadores que llaman al saqueo y al crimen libertad.

Bajo la lluvia torrencial, para no perder tiempo esperando buen viento, Gasca, llevando las joyas fabulosas y los documentos, tomó las veredas, casi intransitables por lo inundadas a lo largo de la costa, rumbo a Nombre de Dios. Y el capitán Caballero, con su tropa, se perdió selva adentro hacia la ciudad de Panamá.

En la ciudad de Panamá, sobre las mismas costas de Playa del Mar, que el ejército y la flota de Hernando de Contreras estaban invadiendo, hacía solamente tres decenios y pico que su abuelo, el viejo Pedrarias, se había solazado escudriñando el horizonte misterioso de la mar Pacífica mientras discutía con sus jóvenes oficiales la conquista del océano virgen.

La mar Pacífica, sospechaban ellos, se extendía desde el Polo Ártico hasta el Antártico, a lo largo de toda la faz de la tierra, ya que habían oído rumores vagos y leyendas de los indígenas, y conocían los últimos informes referentes a la circunnavegación de la tierra por Magallanes, y todo eso era manjar de ilusiones. Y el viejo y sus diez jóvenes ayudantes planearon proezas enormes del tamaño del continente y de la mar Pacífica juntos, y mientras soñaban despiertos, construyeron barcos y echaron a navegar sus sueños...

El más joven de los ayudantes del viejo era su paje de armas, un muchacho quinceañero. Su nombre era Hernando de

Soto. Otro joven, su amanuense, Pascual de Andagoya, recién graduado de la Escuela Náutica de Sevilla. Sus ayudantes eran dos reclutas analfabetos a quienes el paje de armas trataba de enseñar a firmar su nombre: un Francisco Pizarro y un Diego de Almagro. Los otros muchachos eran Sebastián de Belalcázar, Pedro de Valdivia, Gonzalo Hernández de Oviedo, Bernal Díaz del Castillo, Ruy Díaz y el cura Hernando de Luque.

Todavía los restantes tres o cuatro ancianos fundadores de la ciudad los recordaban y contaban anécdotas de ellos. Ahora todos eran inmortales.

El adelantado almirante Pascual de Andagoya fue el primer explorador de la mar Pacífica del Sur, descubrió Ecuador y Perú y trajo las primeras noticias del imperio inca, que más tarde Pizarro y Almagro conquistaron. Belalcázar, señor del Equinoccio, exploró la Terra Incógnita y fundó Quito y Guayaquil. Valdivia conquistó Chile y fundó Santiago y Valparaíso. Ruy Díaz, el geómetra, tiró los planos para las ciudades de Panamá, León y Lima. Oviedo escribió la *Historia de las Indias*. Bernal Díaz del Castillo se fue de Panamá a Santo Domingo y Cuba para juntarse con otro aventurero llamado Hernán Cortés, ayudándole a conquistar a Méjico. El sargento Díaz del Castillo, ya nonagenario y casi ciego, escribió *La verdadera historia de la conquista de Méjico* para que sus nietos se deleitaran leyéndola, «y buena historia... ».

Pero para la nueva generación todas esas historias eran viejas. Ahora sólo les importaban sus negocios: plantaciones, minas de oro, de plata, de esmeraldas; sus barcos y la carga y la mercadería; sus casas y haciendas, y ganados y títulos de propiedad, y mulas, y esclavos, y pesos y doblones, y, por último, pero más importante que todo, las tasas y los quintos reales y los diezmos y las primicias...

Precisamente por esas tales nuevas leyes concernientes a esclavos, encomiendas y tasas, Gonzalo Pizarro, el hermano del conquistador, se rebeló contra la corona y casi le arrebató más de medio Nuevo Mundo a España.

Todavía ardiendo los carbones entre las cenizas de la guerra de Gonzalo Pizarro, España trató nuevamente de imponer a toda costa esas nuevas leyes de Indias, y por las mismas razones de Gonzalo Pizarro, Hernando de Contreras, el nieto y heredero del viejo Pedrarias, ahora encabezaba esta nueva rebelión contra España.

En acciones relámpago se había apoderado de Nicaragua, Nicoya y Panamá, y del inmenso tesoro, y de casi todos los barcos en el océano Pacífico, y ahora probablemente iba rumbo a Lima para ser coronado Hernando I, capitán de la libertad, príncipe de Cuzco, rey del Nuevo Mundo.

## SEGUNDA PARTE



En 1550, la ciudad de León Viejo (Nicaragua) era la próspera capital de un extenso territorio y casi tan importante como Méjico y Lima. Puerto de tierra adentro, de gran movimiento, tórrido e inconcluso, pero primitivamente hermoso. Tenía algunos palacios, iglesias, conventos y fortalezas y quizá un centenar de casas de piedra de los colonos europeos. Después de la enorme catedral, el edificio más importante era el castillo de San Juan, residencia de Hernando de Contreras.

El castillo era todo de piedra gris, levantado sobre una prominencia que dominaba el panorama de la ciudad. La entrada era por un doble torreón con enorme escudo de armas, miradores, gárgolas, puente levadizo, parapetos y torrecillas de fortaleza.

La catedral, el castillo, los palacios de la corona y la mayoría de las casas importantes de la ciudad fueron construidos rápidamente gracias al trabajo forzado de millares y millares de indios esclavizados. El padre de Hernando, don Rodrigo de Contreras, edificó el castillo cuando era gobernador general de Nicaragua, para vivir en una réplica, aunque menor, del alcázar de su ancestral Segovia (España).

Don Rodrigo de Contreras y González de la Hoz era un noble caballero descendiente del protoconde de Castilla, el in-

fanzón Fernán González, y de la princesa Angelina de Hungría. Casó con doña María Peñaloza Bobadilla Arias de Avila, hija mayor de Pedro Arias de Avila, de los condes de Puñoenrostro, más popularmente conocido con el nombre de Pedrarias. Doña María había sido previamente desposada por poder con Vasco Núñez de Balboa, descubridor del océano Pacífico; pero por celos muy pesonales el viejo Pedrarias decapitó a Balboa y más tarde casó a doña María con don Rodrigo.

La conquista, cédulas reales y altas relaciones en la corte permitieron a Pedrarias allegarse una inmensa fortuna en el Nuevo Mundo, la cual pasó mayormente a su hija doña María.

Por varios años el gobierno de don Rodrigo fue muy próspero y pacífico, hasta el día en que el obispo Valdivieso llegó a Nicaragua.

Valdivieso era un próspero del fraile Bartolomé las Casas, quien se había convertido en un poder en la Iglesia Española. Las Casas guardaba un odio personal implacable contra don Rodrigo y peor aún contra Pedrarias, su memoria y sus descendientes, y este odio, con sed de venganza, se lo había infiltrado a su protegido Valdivieso.

Así las cosas, el obispo Valdivieso desde Nicaragua y Las Casas en España desarrollaron una trama de intrigas y acusaciones implacables, hasta el punto de que don Rodrigo fue depuesto como gobernador general y llevado a España a comparecer ante el Tribunal de la Santa Inquisición.

Don Rodrigo logró salir con bien de sus cargos ante el Tribunal, pero perdió la gobernación, y a su vez principió sus contra intrigas en España. Mientras tanto, doña María, para mantenerse alejada del obispo, trasladó su residencia de León a Granada. Valdivieso, no satisfecho aún, valiéndose de su interpretación de la nueva ley de Indias, aún sin vigencia, pretendía confiscar a los Contreras todas sus tierras, y además quitarles los veinte mil y pico de indios que tenían «encomendados» en sus varias provincias para dárselos a las órdenes religiosas.

Públicamente, el obispo alardeaba de tener una autorización

que decía él había recibido de España para expulsar a todos los Contreras de Nicaragua y confiscarles todas sus propiedades. Más grave aún: últimamente Valdivieso, desde el púlpito, había principiado a infamar a doña María, y abiertamente alardeaba de que iba a exhumar los huesos del viejo Pedrarias de la catedral y trasladarlos al cementerio público.

## II

El domingo 23 de febrero, antes que el sol reventara sobre la cordillera, Hernando se desayunaba solo en el enorme comedor del castillo, atendido por un grupo de sirvientes. A su derecha, dos galgos irlandeses tan grandes como potrillos, sentados en sus jarretes, lo observaban fijamente. Todo reposaba en silencio. A ratos oía el canto de los pájaros, pero le sonaban distantes y tristes. Terminado el desayuno, pensativo y lento, salió del comedor.

Llegó a un gran salón y se detuvo al pasar frente a un óleo de Pedrarias. Lo apodaron también «el Gigante» porque medía seis pies seis pulgadas de alto. Hernando era sólo una pulgada menos que el viejo. Y contemplando el óleo se miraba a sí mismo en un espejo. Tenían el mismo cabello rubio claro y la barba corta y ensortijada. Pedrarias tenía más o menos veinticinco años en el óleo y ésa era la edad de Hernando. ¡Si parecía un retrato de él mismo! ¡Y cómo gozaba contemplándolo! La misma nariz pronunciada, los mismos ojos azules avizores, el mismo gesto señorial y arrogante. Los pocos veteranos conquistadores y todos los que conocieron al viejo le decían que era su viva imagen, y le complacía este aserto, ya que él veneraba la memoria de su abuelo.

Era aquél un domingo de verano, glorioso de sol y pájaros cantores. Las plantas florecían por todos los patios y arcadas del castillo; pero éste, sin la familia, estaba desolado. Y caminando lento, a pasos largos, por los desiertos corredores, pensaba en su madre, en su adorado hermano Pedro, en sus muchas hermanas

y hermanos menores y, sobre todo, en su padre, el noble, el caballero, el gentil don Rodrigo. Y recordaba los tiempos en que toda la familia y sus múltiples allegados llenaban el castillo con música, risas y felicidad.

Ahora don Rodrigo había sido removido y estaba lejos, en España. Su madre y la familia, alejados de León, y él mismo aislado, casi prisionero en su propio castillo..., y todo únicamente por culpa del obispo Valdivieso.

Y continuaba pensando que él, Hernando de Contreras, el mayorazgo, el heredero, el guardián, era el único responsable de la felicidad, bienestar y honor de toda su familia.

¿Cómo podía él permitir que un solo individuo arruinara, desgraciara, humillara a toda su familia, sólo porque ese individuo no era un hombre como todos los hombres, sino un obispo que abusaba de su santa misión? ¡Ah sí Valdivieso no fuera obispo!

Tales ideas no eran solamente divagaciones pasajeras de la mente de Hernando, sino una obsesión constante, un tormento creciente y punzador.

Para distraerse decidió dar un paso a caballo, pero en ese momento un indio de Jalteva, mensajero privado de doña María, le entregó una carta.

«Hasta hoy no he recibido nuevas noticias de Rodrigo. La presente es tan sólo para prevenirte que he sido informada de que el obispo Valdivieso pronto exhumará los restos de mi padre de su capilla, en la catedral bajo pretexto de reparaciones. Eso es lo que él dice, pero su objetivo es humillarnos aún más y así provocarte a ti a protestar y ponerte en la cárcel de la Santa Inquisición. Por tanto, hijo mío, con lágrimas en los ojos te ruego tengas calma y paciencia. No importa lo que haga ese obispo injusto, permanece quieto hasta que tengamos noticias de las gestiones de tu padre. Es cosa de pocos días. Puedes estar seguro, Hernando, hijo mío, de que Dios, y nuestro señor su cesárea majestad el emperador, sabrán recompensarnos con justicia. Besos.»

Hernando estrujó el pergamino y, cabizbajo, se dirigió a la biblioteca. El había oído rumores referentes a las intenciones

del obispo de remover los huesos de Pedrarias de la catedral. Pero eran sólo rumores. Ahora, ¡oh Dios!, ¡no! Eso sería una provocación personal para él, Hernando, y un insulto, el más humillante y bochornoso, para toda la familia.

El estudio o librería ocupaba un espacioso salón que separaba dos patios, con las cuatro paredes cubiertas de paneles con libros encuadernados en piel o pergamino. A un extremo del salón, bajo dosel, estaban el bufete, labrado sobre plataforma, y el escudo de armas de España, tallado al frente. Hernando se sentó en un sillón de muy alto espaldar. El sillón del gobernador general de Nicaragua que habían usado su abuelo y su padre. Los codos sobre el bufete, el rostro entre las manos, quedó pensativo mientras le zumbaban en el cerebro las palabras del capitán Juan Bermejo: «Si yo fuera vuestra alteza, yo retaría a ese cabron obispo a un duelo a muerte. Quien procede a su manera está pidiendo riña. Sí, don Hernando, usted tiene todo el derecho de retarlo. Mire usted *El manual del honor* y *El libro de los reptos*, de nuestro Ejército; mire usted el *Tratado del duelo*, de Diego del Castillo; mire usted...».

Bien Hernando pensaba que allí tenía todos esos libros a su lado y los había leído, pero ninguno de ellos consideraba el duelo con un obispo..., y resonaban en su mente las palabras de fray Pedrito: «Hijo mío, ¿qué vas a ganar, con retar a Valdivieso? Nada, él no peleara, y si tú lo mataras, jamás, nunca, nadie se condonaría ese anatema. No importa cuán mezquino e injusto sea un obispo, no importa qué libros o códigos de honor mundanos lo aprueben; matar a un obispo, es un sacrilegio que te haría un proscrito para siempre. Sí, hijo mío. Además, que existen otras maneras de quitárselo de encima mucho más efectivas y sutiles; dame un poquito más de tiempo...».

«¡Brrr!... Dame un poquito más de tiempo...—pensaba Hernando—. Y mientras tanto, Valdivieso nos quitará todas nuestras propiedades y esclavos y nos desterrará de Nicaragua a nosotros, los Contreras, herederos del conquistador y fundador—y volvía a pensar en su abuelo—¿Qué diría aquel gran viejo Pedrarias

si viviera aún? ¿Qué diría fray Pedrito cuando lea esta carta?».

Súbitamente se puso de pie y salió rápido del estudio. Al primer sirviente que encontró le dijo:

—Corre donde fray Pedrito y dile que venga inmediatamente.

Y a otro:

—Corriendo, al capitán Bermejo, que venga inmediatamente.

Y se fue al salón de armas, un amplio cuarto con filas de armaduras pulidas y brillantes, erectas junto a las paredes colmadas de panoplias radiales con espadas, jabalinas, dagas, pistolas. El piso de madera estaba libre y marcado con círculos diagonales para prácticas de esgrima y espada. Tenía sólo dos mesas y unas cuantas banquetas en una esquina. Allí se sentó Hernando a esperar.

Los inseparables perros lo miraban fijamente. De pronto entró su paje de armas Chico Nieto, un robusto mocetón de muy anchas espaldas. A Chico lo apodaban «el Mestizo» porque era mitad español y mitad indio. Fiel y observador, comprendía todo, pero muy rara vez hablaba. Su existencia era Hernando, lo seguía como a su sombra.

En ese momento un lacayo de casacón verde entró para anunciar que su excelencia don Iñigo de Maldonado, tesorero de la corona, estaba en el salón de recepciones.

—¿Maldonado aquí?—dijo Hernando—. Que espere.

El lacayo se inclinó y se fue.

—Viejo oportunista—continuó—, mi padre le dio esa posición que tiene y ahora es enteramente del obispo.

Su excelencia no esperó, sino que se dirigió directamente adonde estaba Hernando, quien lo miró acercarse con hostil silencio. Maldonado era un vejete bajo, y tan gordo, tieso y emperifollado, que no podía inclinar el cuerpo, sólo la cabeza.

—Hernando, hijo mío—princió con su habitual retórica—, es con referencia a ese cuervo, esa hiena, ese gorgojo que tenemos como obispo por lo que vengo a verte. Hijo mío, simplemente, ya no debemos aguantarlo más. Tú y yo tenemos

que planear algo juntos para deshacernos de él. Ya se ha vuelto im-po-si-ble...

Sin dar a Hemando oportunidad ni de decirle «buenos días», continuó:

—¡Imagínate!—y elevó su voz aflautada—. Valdivieso me dijo que inmediatamente después de la Cuaresma él mandará exhumar de la catedral los restos de Pedrarias y enterrarlos en el cementerio público. ¡Bueno!—suspiró profundamente dos veces, y continuó—: Bueno, sólo porque yo me atreví a oponerme a tan odioso plan; porque eso es prepóster, Hemando, y yo insistí en que el gran Pedrarias estaba enterrado y tenía su capilla en nuestra catedral por orden de la corona, porque él fue el héroe de Túnez, de Bujía, de Trípoli y el fundador de Panamá, de Granada y de esta ciudad de León, y el único instigador responsable de la construcción de nuestra egregia catedral. Ese cretino de Valdivieso se atreve a ex-co-mul-gar-me a mí, ¡que soy el pertiguero mayor de esa mismísima catedral!

Un acceso de tos le contuvo y Hemando estalló con furia represa:

—¡Si el tal Valdivieso no fuera obispo, yo le retaría a un duelo a muerte!

Los párpados apretados e hinchados por la tos se le abrieron de súbito a Maldonado, y medio carraspeando intentó continuar en el uso de la palabra, pero Hernando no se dejó interrumpir y elevó la voz:

—Valdivieso abusa de su episcopado para insultarnos, pero ya está rebasando los límites de mi paciencia. Y todo porque se siente protegido por la coraza de esa sotana y sabe que no puedo retar como hombre. Aquí está esta carta de mi señora madre. Léala, excelencia.

Sacó la carta del bolsillo y se la entregó.

—¡Exacto!—exclamó leyéndola—. Lo que acabo de decirte. ¡Exacto! Y yo comprendo los consejos de María porque ella es una gran dama, aristocrática y virtuosa. Pero tú, Hernando, hijo mío, y te digo así porque te he visto crecer como a un hijo, yo te

digo: tú eres más que un hombre, tú eres un caballero; más aún, de la nobleza y con sangre real en tus venas; en ausencia de tu padre, tú eres el portaestandarte de los ilustres blasones y del honor de tu noble abolengo. ¡Sí, señor! Y yo afirmo que Valdivieso está procediendo contra el espíritu de Nuestra Santa Madre la Iglesia, y, por tanto, se coloca fuera de su órbita episcopal. Aunque se proteja con esa sotana, como una mujer con sus enaguas, por sus abusos personales, tú, Hernando, tienes absoluto derecho de retarlo—respiró, tomando aire con ruido, y continuó—: Y más aún, ¡qué derecho y razón, es o-bli-ga-ción! ¡Sí, señor, o-bli-ga-ción de retarlo para poner fin a sus abusos y chicanerías! Yo, Hernando, hijo mío, yo puedo ser uno de tus padrinos...

—¿Usted?— Hernando se agachó y se quedó mirándole de hito en hito.

—Yo—repitió con firmeza.

—¡Ah!...—dijo Hernando todo confundido—. Excelencia, pero fray Pedrito dice que no importa cuán canalla sea un obispo, siempre será un obispo, y sería un sacrilegio...

—¡Idioteces!—cortó Maldonado—. Idioteces. Escucha, Hernando. Fray Pedrito, el señor Castañeda, Fra Diávolo, o como quieran llamarle, no hay manera de que olvide que él ya no es fraile, y jamás se le podrá quitar esa costumbre de sermonear. Por supuesto que se puede retar a un obispo. Sí, señor...

—Excelencia, sin embargo, en todos los tratados, manuales y libros sobre el duelo que yo he leído no he visto nada que diga que se puede retar a un obispo, o que un obispo pueda batirse.

—Hernando, pues no has leído las *Ordenanzas reales de Castilla*; mira allí, en el libro cuarto, sobre *duelos y reptos*... Hernando, hijo mío, recuerda que yo soy jurisperito de Salamanca. Conozco a fondo la materia. Permíteme, pues, decirte que muchísimos obispos se han batido en duelo; por ejemplo, el obispo conde de Humbertini, de Italia, sostuvo cinco duelos y peleó en varias batallas. ¡Oh Hernando, si pudiera abrumarte con citas! Pero básteme como puntilla recordarte este romance de nuestro *Mío Cid*:



A los mediados gallos, antes de la mañana,  
 el obispo don Jerome la misa les cantava;  
 la misa dicha, gran soltura les dava:  
 —El que aqui muriere lidiando de cara,  
 prendol yo los pecados, e Dios le abrá el alma.  
 A vos Cid don Rodrigo, en buena hora cinxiestes espada,  
 yo vos canté la misa por aquesta mañana;  
 pídvos una dona e seam presentada:  
 las feridas primeras que las aya yo otorgadas.  
 Dixo Cid el Campeón: —desde aqui vos sean mandadas.  
 Da Mío Cid la señal e por la mañana prieta,  
 salidos son todos armados e sedién sobre los caballos;  
 agujaba don Jerome, adelant se entrava,  
 primero empleó la lanca e dos moros mató  
 la lanca a quebrada metió mano a la espada,  
 buenos golpes fue dando ¡cuánto moro matava!  
 ¡Affé Dios qué bien peleava el obispo don Jerome!...

—Sí, señor—continuó—; pero monseñor don Jerónimo de Perigord era un centauro de obispo, honra y prez de Francia y de los pendones del Cid, mientras que esta pobre gallina que tenemos como obispo, imagínatelo..., ji, ji, ji...—se soltó en un ataque de risita comprimida—. Imagínatelo ese pobre capón de Valdivieso batiéndose contigo. No sería duelo, sería pantomima. Ji, ji, ji... Pobre diablo...

Hernando, al contemplar a Maldonado en tal guisa, no tuvo más remedio que reír también, igual que Nieto.

De pronto, Maldonado se tornó solemne y ahuecó la voz cuanto pudo:

—Hernando, tú tienes la obligación de mantener impoluto el prestigio de tu nobilísima familia. ¡Debes retar a Valdivieso!

—Lo retaré.

—Debes retarlo, Hernando; pero en público, abiertamente, para que toda la gente vea y atestigüe el hecho que tú lo has retado de acuerdo con todo el protocolo de la Caballería, y si él declina batirse contigo, que no hay duda que declinará, entonces tú tienes derecho a vapulearlo, y lo que es más vergonzoso y tremendo aún, ¡a denunciarlo en público como cobarde! Simplemente, olvida

que es obispo y recuérdale que le estás haciendo un gran honor con retarle, ya que él es un plebeyo y tú eres un noble.

—Excelencia, lo habéis dicho. Lo retaré. Creéis que todavía la Plaza Mayor esté llena de gente que va a misa...

—Sí, Hernando; la Plaza Mayor está atestada de gente. Valdivieso mandó clausurar hoy todas las iglesias a pesar de ser domingo de Quincuagésima. Pero escucha, Hernando, la manera protocolaria de retar es...

—¡Nada! ¡Nada! ¡Al diablo con protocolos! ¡Chico!—el paje de armas se irguió frente a él—. Anda, que ensillen a *Palomino* con gualdrapa. Tú viste coraza y ordena seis lanceros que nos acompañen, y dile a los ayudas de cámara que vengan a vestirme la armadura.

Y olvidándose por completo de Maldonado, Hernando salió rápido a su recámara. Maldonado, cuya pomposidad y bragadocio eran pura retórica, viendo que la situación súbitamente tornábase en inminente tragedia, se ofuscó. Jamás pudo ni sospechar tan violento proceder. El solamente quería atizar la enemistad de Hernando contra el obispo y se refería a un reto protocolario de palabras y contra razones entre los padrinos sin llegar jamás al duelo... ¡Oh Dios!, pensaba ahora consternado, si saldría él también metido en asunto tan violento y escandaloso. El conocía y sabía que Hernando era violento y temerario, pero no hasta el extremo de la demencia. Un reto así, cara a cara, al obispo en la Plaza Mayor, ante todo el mundo, sería un gran escándalo. Era locura. Hablar de ello teóricamente era una cosa, pero realizarlo era demencia..., pensaba Maldonado, y todo aturdido, completamente se olvidó de que había principiado hablando del obispo, premeditadamente, sólo con el objeto de ganarse la buena voluntad de Hernando y sacarle ventaja en la compra de una partida de mulas. Antes que Hernando pudiera estar listo, tan rápidamente como su gordura y dolencias se lo permitieron, Maldonado desapareció en su litera.

### III

En León Viejo, el centro de todos los chismes y rumores era «La Posada», lugar de reputación ultramarina, aun que *non sancta*. Allí ejercía su reinado Misia Sarabanda, viejona de gran pechuga y aún más grande buen humor. Era la más sagaz, popular e indestructible de todos los léperos que hasta la fecha habían pasado por León. Se enjalbegaba el rostro con blanco de España para cubrir las patas de gallo; usaba gorguera siempre, para ocultar la doble papada; secretamente se teñía las canas con tintura de *kobl* importada de Cipango. Ni un momento dejaba de luchar contra la cruel embestida de los años. Vestía exageradamente a lo gran señora y sonreía siempre con los labios apretados para no enseñar los huecos de algunos dientes que le faltaban. Vivía celosa de agradar a todos sus clientes, mientras gastaran dinero. Tenía un rótulo grande a la entrada de la posada:

QUIEN VENGA SIN BLANCA, VAYASE CON DIOS...

Las señoras de la ciudad la detestaban, pero la trataban con mucha cortesía, porque había probado ser un enemigo temible. Los hidalgos y demás hombres blancos la consideraban un ángel y «La Posada» era su puerto y su retiro.

Había muchas posadas en la ciudad con diversos nombres, pero la de Misia era «La Posada», así, por antonomasia. Durante el día era una venta o tienda de abarrotes; al atardecer, una taberna y restaurante. A prima noche era el momo o teatro; y más tarde aún, entre la hora de los nocturnos, era una nocturna—especie de *night club*, si cabe...—, y todavía más noche, o quizá ya muy temprano, era un lugar de citas misteriosas, muy prudentes y exclusivas, pero jamás un prostíbulo, decía ella.

Misia Sarabanda había llegado con el primer grupo de fundadores de la ciudad, casada a la sazón con el amanuense

fiscal Eustacio Obando. En ese tiempo ella era una mozuela guapa y avispada, muy animosa y eficiente, pero muy coqueta, tanto así, que por su honor el pobre amanuense tuvo un duelo en que lo mataron. Ya viuda, Misia pudo haberse casado cuantas veces hubiera querido. Las mujeres europeas eran muy escasas y muy codiciadas en el Nuevo Mundo, cualquiera que fuese su conducta y sus años, mientras pudiera parir; pero Misia prefirió establecer su posada. «La Posada». Era como una vocación religiosa, decía ella.

El secreto de Misia era su habilidad para combinar sus múltiples actividades con sus servicios de «inteligencia», hasta el punto de hacerlos una misma cosa, y ser indispensable y sin rival para quien necesitaba y podía pagar tales servicios. Ella era oreja del obispo y de la Inquisición, del nuevo gobernador general licenciado Cerrato, de los Contreras, de Fra Diávolo, de Maldonado y otros altos oficiales reales. Y jamás dio una carta equivocada en el atinado barajar de sus informes. Su discreción, su tacto y perspicacia eran la razón de su estabilidad. En tiempos tan rajatabla, el menor mal paso le hubiera costado «La Posada», el destierro o la vida.

El edificio principal de «La Posada» era una construcción de adobe, jorobada, con techumbre de teja de aleros colgantes, sita estratégicamente sobre un repecho aislado del arroyo seco, alledaña a la ciudad, bajo los grandes arcos de piedra del acueducto, en el propio gancho donde el camino real se bifurcaba para el Realejo y Granada.

El momo era un teatro al aire libre, el escenario de madera y todo él circundado por una tapia de adobe copada con tejas. Al lado del escenario había un pozo con malacate y dos enormes tinajones de barro para el agua. Toda el área enclaustrada por la tapia estaba pavimentada con lajas grandes y piedras pequeñas redondas. La concurrencia presenciaba de pie los espectáculos.

Como el teatro estaba desierto por la mañana y era el lugar más sosegado y más fresco para charlar privadamente, esa misma mañana del domingo 23 de febrero decidió desayunarse allí Misia Sarabanda. Bajo un almendro florido, por cerca del malacate y el

escenario, entre sorbo y sorbo de chocolate, en voz baja y muy cuidadosamente hablaba con Lola, *la Gitana*, su nueva asistente, recién importada de Sevilla.

Desde el primer golpe de vista, Lola tenía algo a la vez de felino y de raposa. Fea quizá y de modales ordinarios, pero muy deseable, atraía a los hombres «como perra en brama a los perros», decía Misia. Profesionalmente, *La Gitana* era artista: cantaba, bailaba, tocaba la guitarra, decía la suerte; y bajo la administración de Misia, alquilaba sus encantos.

—Lola—le decía, golpeando su piedra de chispa con el eslabón para encender su tabaco—, quiero hablarte con respecto a ese capitán Bermejo. Para él, aquí, tortas y pan pintado. Es cierto que vive a costillas de don Hernando, pero ¿qué nos importa a nosotras de dónde salga la plata con tal que venga a nos? Además, ese capitán Bermejo, yo no sé si ése es su apellido o le dicen así porque es pelirrojo, es un hombre tallado en madera de conquistador. El sabe lo que quiere. Apunta esto: cualquier día, ¡quién sabe!... Con un golpe de suerte ese hombre..., sin embargo—miró fijamente los ojazos verde oscuros de Lola—. El capitán Bermejo está a punto de romper con Fra Diávolo. ¡Ah mi Fra Diávolo! Desde mucho antes que colgara la sotana, todos le decíamos fray Pedrito... ¡Ah! Pero él entonces era un santo—los ojos castaños de Misia se enternecieron mirando vagamente hacia el pasado—. Yo estaba ya muy vieja para él, bueno—suspiró profundamente—. ¡Malditos años! Ahora sólo me consuela con atentas cortesías. A tu edad, Lola, yo ocasioné muchos duelos y enredos y quebrantos. ¡Hay que gozar, hija, pero siempre sacándole provecho! Bueno, vamos al grano. Fra Diávolo te paga bien; pero tú a él no le importas un pito, mientras que el capitán te tiene entre ceja y ceja...

—Un momento, Misia. ¿Qué dices? ¿Que no le importo un pito a mi Diabolo? ¡Ja, ja, Virgen Santísima! y en cuanto a su plata, ¡allí sí que no me importa el dinero!—¿Su amor, pues? ¡Uy, yuyui!—dijo socarronamente, y añadió—: Lola, escucha de una vez por todas. Fra Diávolo está encoñado con esa india princesa,

o qué sé yo; y cuando un europeo se enquerida con una de estas indias, está perdido. Dicen que ellas tienen unos filtros de amor muy poderosos. Además, que aquí estamos por cuestión de blanca. Por ahora olvídate de Fra Diávolo y dedícate al capitán, por lo menos cuando estén ambos juntos. ¿Entiendes?

—Pero es que me repugnan las barbas de ese capitán, sin contar que siempre hiede como a caballo, como a suero, mientras que mi Diablo—continuó desperezándose voluptuosamente—anda siempre tan rasurado y huele siempre a ambergis, a nueces recién tostadas. Te apuesto, Misia, un doblón a que deja a esa india de mierda por mí. Yo también tengo mis filtros de amor. ¡Yo soy gitana, coño!—dijo aventando hacia atrás su tupida cabellera negra, que se derramaba suelta por su alto cuello, sobre sus hombros.

—¡Cabra!—le gritó Misia malhumorada—. No digas bascosidades, habla como señora y déjate de andar diciendo que eres gitana, que te van a mandar a cortar las orejas, ¡y ya tronza no me sirves!

De pronto, Misia se puso de pie, miró sigilosamente en derredor y tras del escenario y tornó a sentarse. Con los dedos pulgar e índice cerrándose los labios y pelando los ojos habló muy quedo:

—Lola, escúchame bien, que sobre esto es sobre lo que quería hablarte. El capitán Bermejo está listo para hacerse a la mar de un momento a otro en una expedición secreta a la isla de California. Es una isla remota que, según dicen, está llena de monstruos feroces, dragones y Dios sabrá qué más, pero que está repleta de oro. Mucho más que el Perú. Esto ni el obispo ni las autoridades lo saben.

Suspiró, volvió a mirar en derredor con cautela y continuó hablando quedito:

—Todo esto es un asunto mil veces más importante que el propio Fra Diávolo. Pese a lo mucho que le quiero, él aquí no cuenta. Más aún, está al borde de ser mandado quemar vivo. Yo te lo puedo asegurar y me has de creer.

Y continuó en voz casi inaudible, mientras Lola escuchaba atónita:

—Algo terrible se está cocinando en todas estas provincias, en todo el Nuevo Mundo. Te digo que vienen días fatídicos; sólo Dios sabe lo que va a suceder. Esa nueva ley de Indias. Esta Inquisición. Esta rivalidad entre el obispo y los Contreras y, sobre todo, Lola, la presencia de ese capitán Bermejo aquí. ¡Qué horror! Por eso te prevengo. Mientras ese hombre permanezca aquí, estaremos viviendo sobre un polvorín. Por favor, agrádale y piensa solamente a cada instante que no importa lo que suceda y quienes peleen, quienes maten, quienes mueran; nosotras tenemos que estar a bien con el lado que gane y se acabó, porque allí están nuestros garbanzos. A mí déjame tocar la guitarra y tú bailas a mi son. Tú le haces el amor al capitán y se acabó.

—Bueno, si son así las cosas, ¡claro, claro!—refunfuñó Lola.

De pronto, Misia se puso de pie sosteniendo una larga y complaciente mirada hacia el arroyo.

—Mira, mira allá, quebrada abajo. ¡Hablando del Diablo! El capitán y Fra Diávolo vienen para acá. Vamos a retocarnos un poco. Ponte una falda corta y enseña las pantorrillas. Anúdate ese pelo, báñate presto y frótate los sobacos fuerte con una tapa de limón.

—Mira, Misia, te prometo bañarme, frotarme los sobacos con limón y enamorar al capitán; pero, coño, no me exijas arreglarme el pelo, que a mi Diablo le encanta así, todo suelto y desgreñado.

—Mientras sigas mis consejos, siempre te irá bien. Vamos, pues, Lola.

Ante la perspectiva de tan importantes clientes, las dos mujeres se apresuraron a vestirse y desaparecieron tras del proscenio.

## IV

Conversando por el camino polvoriento, el capitán Bermejo y Fra Diávolo se dirigía hacia la posada.

El capitán Juan de Vega Bermejo parecía un modelo para tallar un monumento. Alto, recio, apretado, hirsuto de cabellos y barba roja. De pie, en uniforme militar, con su yelmo de dos puntas, gritando órdenes, con la mirada perdida en lontananza y una mano sobre el pomo de la espada, era la estampa insolente del conquistador. Sus ojos grises de felino eran penetrantes, serenos y peligrosos, llenos de ansias profundas. Su voz era clara y poderosa y tenía la imponente cualidad del mando.

Era el hijo segundo de un hidalgo extremeño. Nació en la pequeña ciudad de Jerez de los caballeros, en extremadura, y creció en los primeros años del siglo oyendo, al igual que toda la juventud de Europa, las fantásticas historias de viajes, descubrimientos, conquistas, oro, gloria y honores que daba el Nuevo Mundo.

Así, pues, a la edad de catorce años se enganchó en la Vieja Guardia Castellana, famoso cuerpo de caballería ligera española, y peleó con los Tercios de Pavia, en Roma y en África. Grandes victorias para el emperador, pero nada de oro.

Oportunamente decidió unirse al ya consagrado pariente suyo Hernando de Soto, natural de su mismo pueblo. Elevado a marqués de la Florida, y millonario y célebre, De Soto organizó una gran expedición para continuar la búsqueda de la Fuente de la Juventud y el oro de la Florida..., pero los expedicionarios sólo encontraron un río interminable, lodoso y traicionero: el Misisipí. Pantanos, miasmas, bisontes y pieles rojas. Nada de fuente mágica. Nada de oro.

Después con Belalcázar, señor del Equinocio, y más tarde con Orellana, rompió Bermejo un laberinto de túneles en el corazón de las selvas de la Terra Incógnita, buscando valle de la Canela y El Dorado. Pero de nuevo encontró sólo otro río—mar, salvaje, traidor y lodoso: el Amazonas. Pestes, fiebres y flechas envenenadas, pero nada de Canela, nada de El Dorado, nada de oro.



Finalmente, Bermejo siguió a Gonzalo Pizarro en su reu-  
elta contra España y fue su colaborador como lugarteniente de  
Carvajal. Pero como Gonzalo Pizarro rehusase proclamarse rey  
del Nuevo Mundo, Bermejo se apartó de él, y quedó solo, sin  
gloria, sin honores y sin oro.

Ya envejeciendo, pobre y apartado voluntariamente, un  
buen día apareció en Nicaragua buscando aún la gran oportunidad  
de su vida, cosa que él jamás dudó que el Destino le brindaría.

En tal estado de ánimo, Bermejo conoció a Hernando de  
Contreras e inmediatamente se ganó sus simpatías. Aquel joven  
noble, fabulosamente rico, vanidoso e inexperto, encarnaba su  
gran oportunidad—¡quizá la última!—, pensaba.

Inmediatamente se trabó gran amistad entrambos y al poco  
tiempo Bermejo había logrado que le deparara apoyo para una  
expedición a la isla de California. Sin embargo, dado el estado de  
las cosas por el obispo, la Inquisición, las nuevas leyes de Indias,  
las tasas, Bermejo se dio cuenta de la posibilidad de convertir la  
expedición, ya casi presta a zarpar, en una guerra continental de  
independencia, proclamando a Hernando rey del Nuevo Mundo.  
¡Ah si se hubiera atrevido, Gonzalo Pizarro!, decía él, y atizaba  
la vanidad de Hernando, quien al principio le parecía absurda,  
pero estaba a la sazón alucinado' con la audaz, insólita y fantástica  
idea de Bermejo.

## V

Fra Diávolo era de mediana estatura, delgado, musculoso  
y calvo. Mantenía su tupida barba tan bien rasurada, que le daba  
un tinte azulejo a su rostro moruno de ojos aceitunados. Cuando  
era fraile dominico, fray Pedro de Castañeda, en su hábito blanco  
de ancho cuello, tenía una apariencia austera y monacal; pero al  
tratarlo, su sonrisa amable, sus modales suaves y su charla amena  
les hacían a todos agradable y querido; de ahí que le llamaran  
cariñosamente fray Pedrito.

Como orador sagrado, sus gestos elegantes y su melodiosa voz de barítono, decía el hermano Pío que hacían llorar hasta a las piedras de las iglesias donde predicaba. Sin embargo, su fuerte era la música. Graduado de la Schola Cantorum de Roma, había sido maestro de coro de muchas catedrales en Europa. Le deleitaba interpretar a los clásicos en el órgano y en el clavicordio, pero también era incomparable con los aires populares en la guitarra.

Nació en las islas Canarias y fue entrenado para maestre piloto y misionero en Sevilla, ya que le designaron como uno de los capellanes que llevó consigo el explorador Ruy López de Villalobos en su expedición a la mar Pacífica del Sur y a la Especiería. Fra Diávolo fue asignado a la *Capitana*, el galeón de Juan de Gaetano, piloto mayor de toda la expedición.

Salieron por fin de Acapulco en 1542, descubrieron el Hawai, donde permanecieron dos meses, y después de un largo viaje a través del Pacífico, exploraron un archipiélago muy grande que bautizaron con el nombre de «Filipinas» en honor del príncipe heredero don Felipe de España. Allí el comandante Ruy López falleció y la expedición quedó escindida. Fra Diávolo se unió a la flota que se lanzó a ser la primera en cruzar el Pacífico viniendo del Oriente. Después de muy largas semanas de ser aventados por las tormentas de Norte a Sur, de Este a Oeste, y viceversa, por fin divisaron la costa de la isla de California, pero no pudieron atracar a ella, y poco antes de llegar a Acapulco, otra tormenta inclemente los empujó hasta el puerto del Realejo, de Nicaragua, adonde llegaron, en 1544, exhaustos y reducidos a la mitad.

Sucedió que el fraile Castañeda había sido condiscípulo, en el monasterio de San Pablo de Burgos de España, del nuevo obispo de Nicaragua, fray Antonio de Valdivieso, y el obispo inmediatamente le dio la mejor parroquia de León, sede de su episcopado. Pronto el recién llegado se volvió muy popular, igualmente con soldados y prostitutas como con las familias de los oficiales reales y de los indígenas, cuya lengua al poco tiempo dominó a la maravilla. Desde entonces principió su íntima

asociación con la familia del gobernador general Contreras, quien le nombró preceptor de sus hijos Hernando y Pedro y confesor de la familia.

El obispo Valdivieso, advirtiendo la popularidad y tacto de su compañero y su dominio de la lengua azteco-nahoa, decidió confiarle la educación religiosa y musical de la princesa Xxtlapapalotl, nieta jovencita y única heredera del finado cacique Nicaragua o Nicarao. Por razones políticas, ella vivía, con dominio nominalmente soberano, en la isla de Ometepetl, en medio de la mar dulce Coxivolcatl. Era cosa del dominio público que la princesa era la única poseedora del secreto de dónde estaba escondido el tesoro y los códices de la nación nahoa, y como también era cosa sabida que la princesa era muy inteligente, como su abuelo, y muy educada en astronomía, literatura y ritual azteca, existía la gran posibilidad de hacerla monja cristiana si se le podía inducir a ello, pues tenía apenas dieciséis años. Por lo menos, que diera una muy buena limosna a la Iglesia, o que ordenara construir una ermita en su isla..., sin violencia, porque muerta ella se perdería el tesoro.

En la fecha acordada con los ancianos de la tribu, fray Pedrito arribó a la isla de Ometepetl con un saco de libros piadosos y una guitarra valenciana para la princesa. Allí, desde el primer momento que conoció a Xxtlapapalotl, principiaron las complicaciones espirituales, que habían de trastornar por completo y acabar con fray Pedro de Castañeda...

Tres meses después retornó a su celda del monasterio de Santo Domingo, en León, pero ya no era el mismo. Ya no tenía aquel entusiasmo y buen humor contagioso, sino que regresó retraído, apático y voluble. Pasaba de momentos irascibles a ratos de depresión y de tristeza. Abandonaba sus obligaciones y por largas horas se sentaba en el órgano de la capilla a improvisar tientos, sonatas y madrigales polifónicos, con los ojos llenos de lágrimas, fijos en el Cristo agonizante.

Algunos días se mostraba intolerante, sin hablar con nadie, y otros días animado de pasajera cordialidad; pero gradualmente

se volvía un problema para todos. El más querido y popular del convento y la ciudad era ahora una especie de enajenado mental errático, y como él no hablaba más que con su confesor, nadie podía explicarse la razón del cambio. Hizo un retiro espiritual durante una semana. Se encerró en un calabozo por un mes, ayunando a pan y agua, flagelándose y mortificándose día y noche con cilicios, disciplinas y toda clase de tormentos, pero no encontró remedio. Había perdido en su lucha contra el demonio, y, finalmente, un atardecer, convocó a todos los demás frailes y legos a la capilla.

—Hermanos—les dijo muy conmovido—, yo no podría servirles a Jesús y al demonio. Sería un pecado ser un mal fraile, pero no es pecado tratar de vivir como un buen seglar, y si mi sinceridad es mal interpretada y materia de escándalo, yo les pido perdón, porque sólo Dios sabe lo que sufro... Hermanos míos, rueguen al Cielo por mí y dejen que Dios me juzgue *in vitam aeternam. Amen.*

Con las manos juntas caminó frente a la imagen de la Virgen María, se arrodilló, dijo una breve plegaria y, cabizbajo, se alejó de la capilla. Los frailes le vieron alejarse y principiaron a orar:

«Miserere mei, Deus: secundum magnam misericordiam tuam...» Y el murmullo suavemente repercutía en la capilla y se confundía con el olor del incienso y el temblor de las llamas de los cirios. Por el rostro pálido del hermano Pío rodaron dos largos hilos de lágrimas que él no se ocupó de secar o detener.

Fray Pedrito salió del monasterio y caminó solo y despacio, casi automáticamente, rumbo al lago. Era la hora del *Angelus*. Hizo alto y lo canturreó entre dientes, con los ojos fijos en algo invisible, y siguió sobre la costa. La crisis había pasado; para bien o para mal, era un hombre nuevo.

Al día siguiente había desaparecido y nadie sabía su paradero. La novedad de su desaparición circuló inmediatamente por toda la ciudad, produciendo a diario rumores y conjeturas nuevas. Que lo habían visto tirarse al lago, decían un día; al otro aseguraban que los zopilotes se habían comido el cadáver de un

ahorcado, allá, al otro lado del volcán, y todos se santiguaban con pesar; pero los chismes pasaron y al poco tiempo ya nadie se ocupó más de él.

Allá, algún tiempo después, un buen día, cuando ya nadie se acordaba del caso, reapareció el padre Castañeda o fray Pedrito, pero haciéndose llamar don Pedro de Castañeda.

Vestía los más elegantes coletos, jubones y justillos; camisas de mangas con vueltas de encajes y cuellos orlados con blandas de seda; calzones cortos hinchados y medias altas de varios colores, o bien coturnos altos o botas de bordes volteados, y cubría siempre su calva con una boina emplumada que le colgaba sobre una oreja. Nada de explicaciones, de compunción, lamentos o tristeza; sus ojos aceitunas irradiaban diabólicamente. Su suave sonrisa era ahora risa que brotaba con profundo y armonioso *staccato* por su boca sensual, coronada por un bigotito negro que daba a su rostro un aire faunescos.

Irresponsable, pródigo y amoral. Su nueva vida era sibarítica y disoluta. La gente comenzó a llamarle Fra Diávolo y a él le causó deleite el sobriquete.

Después de su reaparición, una nueva cosecha de rumores surgió en torno suyo. Decían que se había encontrado un tesoro; que Hernando de Contreras lo mantenía; que se había convertido en cripto-pagano y se había casado, en el secreto de los ritos nahoas, con aquella princesa indígena de la que casi nadie podía pronunciar el nombre, y allí estaba el tesoro. Tal era el origen de todo ese oro que él derrochaba. Pero todo eran conjeturas; nadie sabía nada positivamente.

El obispo Valdivieso era también alcalde de la ciudad y jefe de la Secreta, el ubicuo servicio de espionaje de la Santa Inquisición, y, por tanto, conocía todos esos rumores y muchos otros, y estaba valiéndose de todos los medios a su alcance para obtener algún testimonio irrefutable para llevar a ese «renegado apóstata» ante el Santo Tribunal y mandarlo quemar vivo en un auto de fe o por lo menos meterle en un sambenito por el resto de su vida. Su viejo cofrade era ahora una basura, ante sus ojos.

—En cuanto a la princesa—decía el obispo—, nada, se puede hacer con ella. Tengo órdenes superiores. Además, es indígena, es decir, mediorracional; fuera, pues, de la jurisdicción del Santo Tribunal.

Por otra parte, cada día atizaba más el odio implacable que el obispo había desarrollado contra Fra Diávolo el hecho de que sin duda era la persona más popular y buscada en toda la ciudad por ricos y pobres. Además, Fra Diávolo le había convertido en blanco, ¡a él, al obispo!, de sus chistes groseros y cínicos, haciéndole objeto de mofa y de comedia.

—¡Bribón! Pero bien sabe él que es cuestión de tiempo, y muy breve... ¡Me las pagaré todas en la hoguera!

## VI

Fra Diávolo y el capitán Bermejo caminaban charlando agradablemente cuesta abajo rumbeando hacia «La Posada». Era primera hora de la mañana. Ambos vestían lujosos trajes de hidalgo.

—Señor—dijo Bermejo deteniéndose y oteando a diestra y siniestra—, ya que podemos hablar libremente aquí—le colocó una mano en el hombro—, dígame, por favor, ¿por qué demonios se opone usted a mis planes de la guerra de independencia? Si usted me ayudara un poco, ya podríamos empezar la guerra y coronar a don Hernando como rey del Nuevo Mundo, sin tardar quizá más que dos o tres meses, ¡coño!—bajó la voz—. Yo no comprendo su actitud, amigo, cuando bien sabe usted que el obispo está pronto a mandarle a usted a la hoguera.

—Mi querido capitán—le contestó—, yo lamento estar en total desacuerdo con usted. Por supuesto, es cuestión de opiniones, pero dudo que don Hernando se decida finalmente por la guerra. Sin embargo, caso que él se decidiera, yo iría con él hasta el fin. Pero creo mi deber exponerle los riesgos, las dificultades enormes... Mire, capitán, es cuestión de lógica pura...

—A la mierda con la lógica—le interrumpió—. Ninguna cosa grande se ha hecho en este mundo que no haya parecido contra la lógica.

—Por favor, capitán, escúcheme un momento. Yo sé que usted daría su vida por don Hernando, y yo le respeto a usted como un brillante militar y como amigo de verdad; pero usted tiene que admitir que ni usted ni yo tenemos mucho que perder en el caso de esta guerra tan atrevida, tan fantástica; digamos, tan imposible; mientras que don Hernando se estaría jugando una de las fortunas más grandes, no digo del Imperio español, sino del mundo.

Como el capitán intentara hablar, Fra Diávolo esta vez levantó la voz y le tocó el hombro:

—Un momento, por favor, capitán; después tiene usted la palabra. Permítame recordarle que don Hernando está próximo a casarse con la condesa de Sotomayor y salir para España en viaje de luna de miel, adonde va sólo a recibir el espaldarazo para el Toisón de Oro de manos del propio emperador; y quizá usted lo ignore, acto continuo lo ungirá virrey del Perú. Todo esto gracias a su tía la duquesa de Moya, hermana de doña María, que usted sabe...

—Cojones—dijo Bermejo, pensativo—, es cosa que todo el mundo sabe ese lío viejo entre la duquesa de Moya y Carlos Quinto. Está claro, si la duquesa lo pide es un hecho... Sin embargo, mi amigo, pero ¿qué mierdas vale ser virrey de ajedrez comparado con rey del Nuevo Mundo?

—¡Capitán!—dijo Fra Diávolo apretándose la cabeza con ambas manos—. ¡No me lo diga! Pero ¿es posible que de verdad crea usted semejante cosa?

—¡Sí, señor, y me apuesto los cojones y la nuca!

—Ahhhh..., pues, entonces, capitán, no hay más que hablar. Si él se decide por la guerra, como le acabo de decir, yo voy también. Pero escúcheme bien, capitán. Caso que él decidiera lo contrario, yo quiero hacerle a usted una propuesta capital. Pero cobijémonos bajo aquel mango, hace mucho sol aquí.

—Usted dirá, señor.

—Pues bien: capitán, el obispo Valdivieso es un divieso...

—Usted lo dice y en el mero culo, señor.

—Bueno, y está provocando don Hernando hasta la desesperación... Usted conoce el caso. Es una imprudencia por el carácter explosivo de don Hernando y quién sabe lo que pueda suceder. Sólo usted, capitán, y yo actúan o coordinadamente lo podemos salvar de choque inminente y fatal con el obispo.

—Yo estoy dispuesto a hacer cualquier cosa por don Hernando. ¿Quiere que liquidemos al obispo?

—Capitán usted ha dicho que solamente está esperando aquel navío llamado *Perú* con ciento y pico de soldados, y que si no aparecían a fines de febrero, bueno, hoy es veintitrés, usted zarparía a California y allá los esperaría.

—Exacto.

—Muy bien, pues. Don Hernando le ha proporcionado dos barcos, provisiones, armas, cincuenta lanceros, marineros, sesenta caballos y veinte perros. ¿No es así?

—Eh..., y treinta mulas y sesenta esclavos.

—De acuerdo, capitán. Todo eso es negocio suyo con don Hernando. Si usted me ayuda a secuestrar al obispo, yo le doy a usted cien onzas de oro: ¡una sobre otra!

—¡Cien onzas de oro!—dijo Bermejo atónito.

—Cien onzas de oro. ¿Lo duda, Capitán?

—Yo sé, mi querido amigo, que para su fortuna presente cien onzas de oro son lo que para un gato un pelo. Y yo amo el oro, pero tratándose de don Hernando no me importa. Usted manda. ¿Cuándo secuestramos a ese crabrón?

—Chóquela, capitán, no me esperaba menos.

Y mientras se apretaban ambas manos efusivamente, continuó:

—Mañana, capitán, voy hacer que se difunda el rumor de que los indios quieren raptar al obispo por haber mandado a cuartear a La Mocuana, e iré a Chiltepec a conversar con el brujo, el gran sacerdote nahoa, para arreglar ciertos detalles con él, y el veintiséis, miércoles de Ceniza, ¡cataplún!, el obispo amanecerá



en uno de sus barcos, capitán. Allá verá usted lo que hace con él en alta mar...: si se le deja de capellán para su expedición...

—¡Ja, ja! Capellán de los tiburones. Pero un detalle, señor; mientras usted prepara lo del secuestro, yo sigo con mis planes de guerra hasta que él decida: no se excluyen.

—Capitán, ya hablamos. Vamos marchando.

Y mientras caminaban, continuó Fra Diávolo con entusiasmo:

—Yo estoy seguro de que usted, en su entrada a esa ínsula de California, tendrá mejor suerte que Jiménez y que Cabrillo. Usted va a descubrir otro Perú, quizá El Dorado...

Bermejo se detuvo un momento al oír la palabra Dorado; las ventanas de sus narices se distendieron como sus párpados y su vista se perdió por un momento por lo infinito azul.

—¡Ah! Mi querido capitán—continuó Fra Diávolo con naturalidad—, después que usted haya conquistado la California, ¿quién, pero ni remotamente, podrá relacionarlo con la desaparición de un obispo inquisidor y odiado...? Mire, capitán, sólo le pido que se acuerde de mí cuando esté en su gloria y sea el adelantado don Juan Bermejo, ¡marqués de California!

Una fila de indios, conduciendo una recua de mulas cargadas, se aproximaba, tronando sus cuernos y levantando una cortina de polvo, y para evitarlos, Bermejo y Fra Diávolo desaparecieron por una vereda, camino abajo.

—Esa Misia Sarabanda es una zorra vieja, señor; hay que hilar muy delgado con ella, pero usted la conoce mejor.

—Capitán, ella tiene sus sospechas, pero en realidad sabe muy poco en concreto de nuestros planes. Yo me encargo de ella. Finalmente, nos puede ser útil.

Bermejo pujó afirmativamente.

—¡Qué cosas, capitán!—continuó—. Muy pocas personas saben que el verdadero nombre de Misia es Zarza de Obando.

—Pues es nuevo para mí también, señor. Yo había oído que Sarabanda es un apodo que tiene que ver algo con esa danza de su nombre.

—¡Y cómo, capitán! Por supuesto. ¡Si ella es la creadora de la sarabanda! Sucedió que con la escasez de saltimbanquis europeas ella tuvo que utilizar indias y africanas; de modo que los mitotes nahoas, la macumba africana y nuestro fandango se revolviéron en el momo de Misia Zarza de Obando y resultó la sarabanda. Algo salvaje, capitán. Bueno, ahora hasta a esa flauta o pito indígena que ella emplea para dirigir sus pantomimas, ya los mismos indios sólo la llaman sarabanda también.

—Qué cosa, señor, y dicen que ahora está haciendo furor en toda Europa la tal sarabanda; por supuesto que con mil variaciones, creo yo.

—Capitán, pues parece que aún la han mejorado: es más salvaje aún, y la Iglesia la ha prohibido. No sólo bailarla, sino que hasta mirarla está prohibido. Pero dicen que desde que la prohibieron está haciendo más furor, como todo lo de este Nuevo Mundo, capitán: el tabaco, el chocolate, las papas, la vainilla, todo hace furor en Europa...

—Mi querido amigo, ya me despertó usted la curiosidad. Yo he visto danzas salvajes de los indios en Méjico y el Perú, pero quisiera ver una sarabanda original.

—Capitán, esta noche la verá y tomará parte en ella. Además, que nos será muy útil para poder barajar nuestras pláticas con los hidalgos y oficiales reales en el festín de esta noche.

—Espléndido, gran idea, mi amigo.

—Lo único malo, capitán, es que ahora también está terminantemente prohibida aquí y quizá no se atreva Misia; pero unas cuantas palabras mías con otras tantas de onzas de oro...

—Demasiado, amigo.

—La necesitamos, capitán.

Cruzaron bajo las altas arcadas dobles de ladrillo del acueducto, que llevaba las aguas del río Mojarras a la ciudad, y llegaron a las puertas de «La Posada».

—¡Oláaa de la venteraaa!—gritó Bermejo, despertando a un anciano indígena que dormitaba en la puerta.

—Santa Mañi llene graci, bueno benido—dijo el indio poniéndose de pie atolondradamente y temblando a la vista del capitán.

—Caledonio—le dijo Bermejo—, que nos lleven una garrafa de vino y dile a las mujeres que las esperamos en el momo. ¡Pronto, cojones!

Asustado y encogido de hombros, sin decir palabra, el indio desapareció.

## VII

Llegó el vino y luego aparecieron las mujeres. Misia, vestida a la manera de una alta dama: peinetón con mantilla colgante, lechuguilla almidonada y basquina coluda de crepé. Por contraste a la tiesura de Misia, Lola vestía muy ligera y corta falda con blusa sin mangas, y con la diestra en jarras caminaba con ritmo lento, quebrando las caderas, que hasta parecía que colgaban atadas por una cadena de monedas de oro a su apretada cintura. Toda ella cimbrea y brillaba llena de brazaletes, collares y pendientes.

—¡Olé, recontratoño! Pero ¡qué guapo está mi capitán!—gritó Lola con su ronca voz y tronó los dedos.

—¡Cabra!—le increpó Misia, asustada del lenguaje.

Pero Bermejo parecía encantado. Había tomado a Lola por la cintura, contestándole:

—¡Me cago en diez, gitanaza; no sé cómo pudo tu madre parir tanta hembra de un solo pujido!

Simultáneamente, Fra Diávolo, con una inclinación, besó la mano enjoyada de Misia, mientras ella suspiraba entornando los ojos con deleite.

Las cuatro copas llenas de vino tintinearón en el aire, y Fra Diávolo levantó la suya más alto y dirigió sus palabras a la enorme cabeza del dios Momo, que pelaba los dientes en el telón del escenario:

—A ti, burlador de los dioses, hijo del Sueño y de la Noche; a ti, que sabes quitarte la máscara del llanto y mejorarte la de la risa, o viceversa, ¡a tu salud! ¡Oh divino padre de la farándula, de la tragedia y de la comedia, humana y divina, otórganos un don: haz que tu sacerdotisa Misia Sarabanda nos ayude a celebrar y honrar tu celeste locura, tu eterna payasada, aquesta noche. Pas pasa pan!

Los cuatro soltaron una alegre risa, levantaron sus copas a Momo y libaron en su honor.

Lola, sentada en las rodillas del capitán, había principiado a restregar su rostro en las rojizas barbas y a inundarlos con su cabellera, murmurándole elogios pornográficos y mordiéndole suavemente una oreja.

Mientras tanto, Fra Diávolo inquiría de Misia:

—¿Y cuántas bailarinas y coristas tiene en la pantomima de esta noche?

—Como veinte chicas.

—¿A qué horas terminan?

—Entre vespers y nocturnos: hoy es domingo.

—Muy bien, Misia; quiero pedirle un favor especial.

—Usted manda, señor; yo no puedo negarle a usted nada.

Mientras tanto, el coloquio entre Bermejo y Lola continuaba:

—Oyeme, gitana, alístate, que muy pronto me haré a la mar y tú vendrás conmigo.

—Capitán, me encantaría, pero no puedo dejar a Misia. Acaba de traerme desde *Seviya*: Pero, diablo, mientras tanto aquí me tiene hasta aburrirse, capitán.

—Tú no aburres, gitanaza. Tú te alistás y se acabó, y yo me arreglaré con la vieja. Quedará bien pagada. Mientras tanto, bésame.

Después de un largo y lento beso en la boca y otros en los ojos, las orejas y la palma de una mano, que ella le mordió y lamió suavemente, haciendo ruido como cachorro mamón, le secó la saliva de la mano con las suyas y se la quedó mirando fijamente.

—¡Ohhh! ¡Ohhh! ¡Mire, mi capitán!—gritó ella saltando exaltada.

Poniéndose luego de rodillas y apoyando su cuerpo entre las piernas de él, se quedó mirándole fijamente la mano y hablando sorprendida, como en trance:

—¡Hay una montaña de oro al fin de su vida!

Se puso de pie y exclamó, dirigiéndose a los otros:

—¡Miren esta *lignea* y esta estrella de siete rayos recrucetados! Esto quiere decir oro, pero algo como ese Momotombo...—y señalaba el gran cono humeante del volcán que se erguía ante sus ojos.

Bermejo y Fra Diávolo cruzaron una mirada sostenida.

—Recuerde, capitán, que la Mocuana le dijo a usted poco más o menos lo mismo. ¡Quizá usted será el dichoso que va a dar con El Dorado!

Bermejo, sorprendido por la coincidencia, enfocó a la muchacha fijamente entre los ojos.

—Mira—le dijo—, yo no creo en supersticiones ni pendejeras; pero ésta es la tercera vez que me dicen la misma mierda. Primero, un italiano, Mícer Codro; después, esa bruja india, la Mocuana; ahora tú, gitana.

—Capitán, mire su estrella; aquí, aquí—le decía pasando una uña sucia sobre una de las rayas en la mano izquierda.

—¡Magnífico!—dijo Fra Diávolo—. Brindemos por nuestra gran suerte de conocer al descubridor de El Dorado. ¡Esta noche lo despediremos con una gran sarabanda!

—¡Oh no, no, no! ¡No, señor!—se irguió Misia, asustada—. Jamás, ni por pienso, con este obispo y esta Inquisición. Usted sabe muy bien, apostaría que me excornulguen, veinte azotes, clausura del momo y qué sé yo. ¡No, señor!

—No se asuste, Misia, yo sé de todo eso; pero no será aquí, sino que allá—mover el dedo pulgar hacia el lado del castillo.

—¿En San Juan? ¿Donde don Hernando?—Misia abrió los ojos desmesuradamente—. ¡Ah, pero cómo cambian los tiempos! Bueno, eso es otra cosa; pero recuerde, señor, que estas indias y

africanas, con un poco de aguardiente, ni el diablo las aguanta; le pegan fuego a ese castillo.

—Exactamente, Misia, eso es lo que queremos. Figúrese no más su excelencia don Iñigo de Maldonado y el comandante real, capitán De Zárate, estarán allá esta noche.

—¡No me lo diga, señor!

Misia se comprimió los pechos con las manos y soltó una carcajada. Después se persignó y dijo:

—¡Santa María! Si ese comudo de Maldonado se emborracha esta noche, de seguro le dará espasmo y vértigo. Si ustedes le hubieran conocido, era un lépero bien hecho cuando joven. ¡Si vinimos en la avanzadilla juntos a fundar este pueblo!... Dios mío, pero desde que se casó con esa putísima santurrona y le hicieron tesorero, el muy sí, señor, se hace llamar excelencia, y ya padece de gota, de angina de pecho, de reúma y qué sé yo, y se ha vuelto una cucaracha evangélica y un compinche del obispo. ¿Cómo pueden ustedes andar con esa noria?— y miró a los dos hombres con curiosidad.

—Muy sencillo, Misia. El obispo le acaba de excomulgar. Bueno, yo ya estoy excomulgado. Usted será pronto excomulgada... El está excomulgado...

Todos rieron y brindaron.

—Aquí, Misia, ¡tome, para sus nenas!—le puso una bolsita de monedas en la mano.

—Muy bien, señor, estaremos allá para el primer nocturno—asintió ella bajando los ojos y metiéndose la bolsita entre los pechos.

Apenas partieron los dos hombres, ella sacó las monedas y, apretándolas en la diestra, habló pensativamente:

—¿No te lo dije, Lola? Un caldillo muy espeso se está cocinando aquí.

Suspiró muy hondo, y de manera automática, le dio una de las monedas a Lola, se metió el resto otra vez en el buche y se quedó pensativa chupando su tabaco...

## VIII

Centenares de indios y muchos españoles y mestizos esperaban con paciencia frente a la catedral a que las puertas se abrieran para oír misa. El obispo había ordenado cerrar las iglesias «para castigar la frialdad y apatía de los feligreses y por sus míseras limosnas y falta de amor a Dios». Y mientras todos persistían en esperar bajo el creciente sol, de repente una cabalgata rutilante irrumpió en la Plaza Mayor.

Hernando de Contreras, montando a *Palomino*, su potro sarraceno, con peto brillante y morrión encrestado, y seguido por un paje de armas y seis lanceros, paró propiamente bajo el balcón mayor del palacio episcopal. Para asombro y consternación de la multitud, retaba a grandes voces al señor obispo a un duelo a muerte.

—Antonio Valdivieso: aquí vengo a retarte en singular batalla. Sal, ven a enfrentarte con Hernando de Contreras. En público te reto, a pie o a caballo, con armadura o sin ella, ahora mismo, aquí, en esta plaza, en mortal e ineludible combate, inmediatamente: Tú eres joven todavía y fuerte. Deja de estar escondido bajo esa sotana como una mujer entre faldas. ¡Cobarde! ¡Capón! ¡Plebeyo! Mira que te honra un noble con su reto. Empuña las armas como un hombre, que yo me río de tus excomuniones y de tu Inquisición, y aquí, frente a los huesos de mi abuelo Pedrarias, yo juro por ellos que descansarán por siempre en esta catedral, que si tú no te enfrentas conmigo inmediatamente, yo, Hernando de Contreras, ¡te mataré por cobarde!

Y miró sobre la multitud, erigiendo su lanza encantada muy alto, mientras las *fff*, *rrr* y *zzz* de su castellana fabla vibraban en el aire como repique de campanas.

Su señoría fray Antonio de Valdivieso y Álvarez de Calvente tercer obispo de Nicaragua, era corpulento, de cabeza pequeña, con occipucio prominente, nariz arqueada, tez pálida, ojos de párpados adormecidos y labios de lados. Aunque fluctuaba en los mediados treinta, tenía un vientre enorme.

Lentamente salió hasta la baranda del balcón. Vestía sotana purpúrea y birreta de seda con pompón de hilacha, estola violeta y cadena escapularia de oro con la cruz pontifical adornada con piedras preciosas.

Hernando era tan alto, que, sobre su rocín, la punta de su lanza tocaba la baranda del prominente balcón. El obispo, mirando a Hernando con indiferencia, tomó un hisopo de la pátera de plata, que sostenía un paje, y roció a Hernando con agua bendita para sacarle los diablos, recitando muy clara y solemnemente el exorcismo *Abrenuntio! Exiab eo inmunde spiritus*. El rubí del anillo pastoral brillaba como sangre fresca. Después de haberlo rociado, bendijo a Hernando, y a continuación, por tres veces, bendijo a la multitud, y se reintegró a sus habitaciones con la solemne majestad de un galeón mareando.

Algunos, pocos, de los espectadores se rieron a carcajadas; pero la gran mayoría permaneció muda, mientras los latinazos repercutían como servicio fúnebre.

Hernando, temblando de ira, ordenó a sus asistentes que le ayudaran a desmontar para ir a ultimar al obispo. La multitud observaba atónita. Todos conocían su carácter violento. Pero en el momento que iba a desmontar, Rosita Jiménez, condesa de Sotomayor, seguida de una dueña y cuatro esclavas, apareció frente a él. Ella también había estado esperando por si abrían la catedral y había escuchado el reto. Levantándose el velo, con los negros ojos llenos de lágrimas, le rogó que calmara su ira, que olvidara el reto y que la acompañara a su casa. Cuando él vio a Rosita con los grandes ojos llenos de lágrimas y escuchó la voz enternecida y suplicante, una sonrisa borró en su rostro la fiera. Y como, de acuerdo con las reglas de la caballería, una petición en público de parte de su dama prometida era una orden inapelable, él la saludó inclinando su lanza y la acompañó a su casa.

El populacho, dividido en opiniones, ambulaba indeciso, discutiendo en la Plaza Mayor, porque ambos, Hernando y el obispo, eran igualmente malqueridos.



—¡Ay...!—gritaba una vieja, santiguándose—. Cuando los grandes pelean, los pobres siempre sufrimos. ¡Señor, ten piedad de nosotros!

Al propio momento del reto, Bermejo y Fra Diávolo desembocaban en la plaza. A corta distancia presenciaron y escucharon toda la escena. Ambos quedaron sorprendidos. Bermejo jamás se esperaba semejante cosa, pero se frotaba las manos con júbilo. «Jujumm—se dijo—, ya retó a la Iglesia y a la Inquisición; ahora sí será más fácil que rete al emperador.»

La melena y la cola de plata de *Palomino* reflejaban los rayos de sol como la armadura y casco de Hernando, mientras el brioso corcel, con pasos cortos y elásticos, tomaba y se alzaba de manos y caracoleaba sofrenado manteniéndose al margen del palanquín de Rosita.

Mientras tanto, en el patio central del castillo de San Juan, Bermejo, con su joven ayudante el teniente Rodrigo Salguero y un grupo extraño de hombres, esperaba a Hernando. En contraste con los bien plantados Bermejo y Salguero, los del grupo parecían vagabundos o prófugos.

Eran ocho oficiales del Ejército real de España que habían peleado al lado de Gonzalo Pizarro en el Perú, y que habían logrado escapar antes que Gasca los capturase en un barco viejo llamado *Perú*, y después de estar escondidos en quién sabe qué isla, venían a juntarse, según planes, con su viejo comandante Bermejo, que, día tras día, desde su llegada a Nicaragua, los había estado esperando, y ahora le caían como agua de mayo para su expedición a la isla de California y quizá mejor aún para lanzar a Hernando a la guerra de independencia del Nuevo Mundo.

No tardó mucho Hernando. Apenas lo sintieron llegar, salieron a recibirle, con Bermejo a la cabeza.

—¡Salud, príncipe!—le gritó—. ¡Bravo por humillar a ese capón!

Hernando se detuvo mirando con sorpresa a los individuos extraños; pero Bermejo, volviéndose a ellos, les dijo:

—Oficiales, saludad a nuestro señor, su más graciosa alteza Hernando de Contreras, tercer conde de Puñoenrostro, futuro príncipe de Cuzco y ¡rey del Nuevo Mundo!

—¡Salve!—dijeron los hombres levantando sus brazos en un saludo romano.

—Príncipe—continuó—, estos oficiales son los hombres que hemos estado esperando. Usted puede confiar en ellos como si fueran ocho Juan Bermejo—y los presentó cada uno por su propio nombre y dando detalles personales.

Todos eran jóvenes, de aspecto formidable, y sus historias y aventuras cautivaron inmediatamente la fantasía de Hernando.

—Chico—le dijo al mestizo—, lleva a estos oficiales donde el mayordomo y atiende que los vistan y provean de acuerdo con su rango— y dirigiéndose a ellos les dijo—: Yo iré a cenar con la condesa; pero la celebración de esta noche en honor del capitán Bermejo será también en honor de ustedes, mis oficiales. Al igual que ustedes, me fascina la guerra. Pero tenemos que esperar una carta de mi señor padre. El nos dirá qué ha decidido aquel déspota flamenco que tenemos en España. Si ese epiléptico intenta restaurar las nuevas leyes y robarnos y humillarnos a nosotros, los conquistadores, si él insiste, digo, iremos a la guerra por la libertad del Nuevo Mundo...

## IX

Hernando estaba en su recámara terminando de acicalarse cuando inesperadamente llamaron a la puerta, y como reconociera la voz de Fra Diávolo, hizo señas a Chico que abriese.

—Buenas tardes—dijo éste secamente al entrar.

—Buenas tardes—le contestó Hernando.

Le miró sonriendo y continuó con sorna:

—No se me quede callado, principie, fray Pedrito; usted sabe cuánto me encantan sus sermones. Casi podría decirle lo que me ha de decir...

—Sermones, muy bien, Hernando.

Se pasó un pañuelo por la frente sudorosa y continuó:

—Más fácil y agradable sería decirte ¡bravo!, pero tú sabes que yo no soy sicofante. Yo no estoy de acuerdo con el capitán Bermejo. Yo no apruebo sus planes lunáticos. Todo esto es absurdo. Yo era opuesto al reto porque te predije la actitud del obispo y porque.

—Y porque hay otra manera de deshacerse de él...

—Hernando le remedó cariñosamente, y continuó ya en serio—: Lea estoy le dio la carta de su madre, que tenía sobre la mesa de noche.

—Hernando—le dijo leyéndola—, aquí yo leo «paciencia, tolerancia, espera unos días más...». Pero tú has hecho exactamente lo contrario. Sin embargo, hijo mío, fray Pedrito estará siempre contigo. Bueno. Quisiera que habláramos detenidamente. Pero te veo apremiado. ¿Vas a alguna parte?

—Sí, y ya es tarde. Voy a cenar con Rosita. La Virgen, Chico—le dijo al mestizo—, y ve a esperarme en la puerta con seis arcabuceros.

Chico le dio una daga a Fra Diávolo y partió.

—¡Qué belleza!—dijo desenvainándola—. Es obra de un gran orfebre lapidario.

La daga representaba la Danza de la Muerte, incrustada en oro y piedras preciosas sobre una vaina y cachas de marfil que formaban una sola pieza.

—¡Ah! Sí, usted no la había visto aún, fray Pedrito. Esta era la daga de ceremonias de mi abuelo Pedrarias. Se llama la Virgen. Mire: aquí está la Virgen bajo el manzano en flor. Sabe, la recibí ahora cuando usted estaba ausente. Tía Isabel me la dejó en su testamento.

—Hijo, se está haciendo tarde ya. Mañana hablaremos.

—Sí, debo marcharme inmediatamente. ¡Oh! Casi olvidaba, fray Pedrito, ¿ya vio usted a los ocho oficiales esos?

—Ocho hipogrifos perfectos. Hechos para ser mancornnados con Bermejo y Salguero. ¡Dios los hace y el diablo los junta!

—Pues bien: fray Pedrito, yo les prometí dedicarles la celebración de esta noche a ellos también. Ya sabe usted: discúlpeme por mi ausencia y obsérveme a Maldonado muy de cerca.

—Descuida. Ya todo está listo. Va a ser una bacanal con sarabanda y pastoral *in vino veritas*. Yo creo, Hernando, que es mejor que no te presentes del todo para que actúen con más libertad. Tú me comprendes.

—De acuerdo.

## X

La casa de la muy ilustre condesa de Sotomayor estaba en la calle llamada de la Nobleza. No era la más grande ni la más rica mansión de la ciudad, pero tenía su encanto y aura propia. Sita sobre un barranco empinado, toda de ladrillos rojos y piedras grisáceas, con una rampa de lajas subiendo en caracol hasta el propio portal con un gran arco encrestado; había sido construida por y fue la residencia de Hernando de Soto cuando era el alcalde de León. De techo plano en forma de terraza, rodeada por una pérgola cargada de bugambilias y con un minarete esbelto de cal y canto blanco. La llamaban Torrecilla.

Hernando entró precipitadamente en el portal e hizo sonar la campana de la reja interior. Caco, un bufón negro, enano y jorobado, vestido de escarlata, corrió a recibirlo a la puerta de la reja.

—¡Santa María, Madre de Dios! ¡Buenas tardes, señor don Hernando!—dijo Caco, empuñándose para besarle la mano.

Poco tiempo esperó Hernando en la sala.

La condesa era *petite*, morena, risueña, de labios carnosos y de grandes ojos negros. A la vista de Hernando, una oleada de rubor y una sonrisa de deleite encendieron su rostro; pero él apenas podía contener la risa, ya que Rosita casi no podía carninar en sus altos chapines de doce pulgadas. Su tomeado cuerpecillo

estaba preso entre un exagerado globo de faldas y encajes que la obligaban a moverse lenta y difícilmente. Su falda barría el piso, y era así de larga para cubrir todas sus pantorrillas; pero arriba el descote cuadrado por delante dejaba al descubierto más de la mitad de sus rotundos pechos, y detrás, en triángulo, casi toda la rabadilla, con camanances hasta la propia cintura.

Él le hizo una profunda reverencia. Ella le explicó que el juez, su señor padre, había sido llamado a conferenciar urgentemente con el obispo, y con vehemencia trató de entablar conversación. Su voz, algo ronca, era melodiosa y alegre. Pero él parecía distraído. Ella, notando su preocupación, le propuso pasear por el jardín. El aceptó automáticamente.

De la mano, en silencio, paso a paso, caminaron por los pasillos florecientes de limoneros, heliotropos y madreselvas; pero cada vez que él quería comenzar su plática, veía algún sirviente cerca, y mohíno, le dijo con impaciencia:

—Rosita, tengo algo muy importante que decirte, pero debemos estar absolutamente solos. Vámonos a la terraza.

En ese momento, las campanas de las iglesias tocaron el *Angelus*, y amos y sirvientes lo cantaron en coro. Inmediatamente después, el carillón anunció la cena.

Hernando apenas probó un poco de vino; ella, no obstante su curiosidad por lo que esperaba oír, comió bastante y con apetito.

Las llamas de las linternas de aceite habían principiado sus pirueteos y bailetos con la brisa, cuando por fin ellos llegaron a la terraza. Hernando miró en derredor cuidadosamente y tomó asiento en un banco al lado muy cerca de ella.

—Mi amor, escucha—principió solemnemente—; si restablecen esa tal nueva ley, perderemos todos nuestros indios. Todos nuestros indios pasarán a manos de las órdenes religiosas, ¡y nosotros tendremos que comprar esclavos africanos! ¡Cosa estúpida, absurda!

Conforme hablaba aumentaba su ira.

—¿Por qué diablos habremos de importar africanos que cuestan a siete mil pesos plata la tonelada, cuando aquí, no más,

tenemos millares y millares de indios donde escoger? ¿Te das cuenta, Rosita, de cuántas toneladas de africanos tendríamos que traer para reemplazar nuestros veinte mil indios? Pues te lo diré. Por lo menos, cuatrocientas toneladas de negros, o sea tres millones de pesos plata. Amor, pero eso no es todo—hizo una pausa y continuó creciéndose en indignación—: Esos negros no son tan fáciles de conseguir, y con todos los terratenientes tratando de comprarlos con urgencia, su precio va a duplicarse, quizá a triplicarse. Bueno, pero no es cuestión de ir al mercado a comprarlos como ganado; no, es una operación muy expuesta y larga. Tendremos que pagar por ellos por adelantado para que vayan a comprarlos al África, y habrá que pagar por su transporte, y pagar porque los amansen. ¡Qué ley más estúpida! Es una connivencia de ese Carlos Quinto con los frailes y flamencos.

Estaba tan excitado, que hasta se puso de pie y hablaba en alta voz:

—«Por caridad cristiana», dice ese lépero fraile Las Casas; pero es sólo para arruinarnos a los conquistadores y enriquecer y hacer omnipotentes a las órdenes religiosas. y si protestamos, ¡allí está la Santa Inquisición!—respiró muy hondo un par de veces y continuó—: Mmmm, por «amor a la Humanidad», pues ¿qué diferencia hay entre un indio y un negro? ¿Por qué tenemos que traer a los negros y no utilizar a los indios? Absolutamente no tiene sentido esta ley. Escúchame, Rosita, mi amor, si tratan de restablecer esta injusta y estúpida ley, yo, sí, Rosita, yo, Hernando de Contreras, voy a levantarme en armas y a capitanear la guerra de la independencia del Nuevo Mundo.

Rosita estaba tan estupefacta desde el principio de la perorata que no podía pronunciar palabra.

—Rosita—continuó—, ya tengo concertada mi cita con la Historia. Ya estoy cansado de ser sólo el nieto de Pedrarias, el sobrino de Hernando de Soto, el sobrino ¡No! ¡Yo seré Hernando Primero, rey del Nuevo Mundo!

Hizo una pausa, dobló una rodilla frente a ella y le dijo en tono de súplica:

—Ayúdame, Rosita, te necesito.

—¡Locura! ¡Demencia! ¡Delirio!—dijo ella irguiéndose.

—Rosita, ya el Nuevo Mundo está asqueado de los despotismos de ese Habsburgo. El grito es «¡libertad!». Allá España si quiere soportarlo, pero el Nuevo Mundo no va a hundirse para soportar la vanidad de ese déspota flamenco. Carlos Quinto no es español...

—¡Silencio, Hernando!—levantó ella su voz y su diestra—. Yo no puedo seguirte escuchando. Yo no puedo oír semejantes blasfemias ni aun de tus labios. Tú estás enfermo, amor. ¿Cómo te atreves a proferir semejantes palabras contra su más sagrada cesárea majestad nuestro señor el emperador Carlos Quinto, sin segundo en la tierra? ¡Non Plus Ultra! El sol no se pone en su Imperio. Tú estás delirando, estás enfermo, amor —dijo sentándose y tomándole del brazo, y acariciándole la rubia cabellera y tocándole la frente exclamó—: Hernando, mi amor, tienes fiebre. ¡Deliras! ¡Oh Dios! Ahora sí comprendo lo del reto y otros desvaríos. ¡Tienes fiebre delirante! Vámonos, llamaré al fisico...

—Rosita mía encantadora—le dijo él, un tanto molesto—, yo no estoy enfermo. Bueno, sí, estoy enfermo, estoy enfermo de incertidumbre mortal. Varios días hace que vengo dudando, temeroso de anunciarte mi decisión, temeroso de tu reproche, porque sería insoportable para mí. Sin embargo, debo informarte. Estamos esperando la última decisión de Carlos Quinto. Si él intenta restablecer esas nuevas leyes de Indias, nos lanzaremos a la guerra.

Hizo una pausa, la miró fijamente, porque ella permanecía atónita, y continuó:

—Amor, no puedo explicarte todos nuestros planes al presente, pero puedes estar segura que si la nueva ley se restablece, todos los conquistadores y los colonos proclamarán la libertad y me coronarán a mí, Hernando Primero, rey del Nuevo Mundo. Ya lo sé, mi amor, suena a fantástico, suena a locura; al principio ni por pienso yo mismo podía creerlo, pero ahora que veo a todos los terratenientes, a todos los principales y a

todo el Ejército real a mi lado, no lo dudo. Rosita, yo te adoro, ayúdame, dime qué crees en mí, dime que confías en mí, dime que me seguirás.

—Pero, Hernando...

El no la dejó hablar.

—Por favor, Rosita, termina de escucharme. ¡Oh Rosita, todo lo tengo planeado! Después de mi coronación en Lima, nuestras bodas serán la celebración más grande que ha visto el Nuevo Mundo.

—Hernando, mi amor, cómo se nota que has estado tanto tiempo fuera de España. Tú no tienes idea del poderío español. Mi amor, cómo te puedes tú atrever a imaginar que unos cuantos hombres diseminados por este salvaje Nuevo Mundo puedan oponerse a los designios de España. El emperador enviará escuadra tras escuadra, hasta exterminarlos. El virrey Gasca, representante de Carlos Quinto, gobierna el Perú; Gonzalo Pizarro, el rebelde, fue muerto, y su cabeza se expuso en una jaula de hierro en la Plaza Mayor de Lima con un rótulo que decía: «Traidor a España.»

—Precisamente, Rosita, queremos llegar a Lima antes que ese jorobado de Gasca salga para España. Yo no le voy a colgar o a decapitar. No, no tiene nuca suficiente. Le voy a enjaular vivo, como ave de mal agüero y devolvérselo así a Carlos—dijo con petulancia.

—Hernando, no hables así. El virrey Gasca es un gran hombre, y muy buen amigo de nuestros padres. ¿De dónde, pues, este odio gratuito? Ah Hernando, ¿quieres escucharme? Seré breve.

Ella se puso de pie y le ofreció su diestra. Caminaron despacio por la terraza. Brillaba un cuerno de luna embistiendo a las nubes errantes. Las linternas de aceite de la ciudad. Las fogatas de los pueblos indios. Los cucuyos. Las estrellas. El fanal del Momotombo frente a ellos. Los pocoyos y grillos del tibio anochecer. Nada de eso advirtieron.



—Hernando—prosiguió ella—, por nuestro porvenir, por nuestros futuros hijos, te voy a hablar con todo mi corazón; pero, por favor, escúchame sin interrumpirme.

—Te escucho, Rosita.

—¡Ay Hernando, tan bella que me parecía la vida, y nuestro futuro y nuestra felicidad tan asegurados! Piensa solamente en nuestras bodas, en nuestra eterna luna de miel, en Andalucía, donde reina la paz y sólo se respira amor, placer y venturas. ¡Yo, que sólo pensaba en la música que íbamos a disfrutar juntos y en nuestras noches eternas de amor! ¡Yo, que he estado preparando hasta el más mínimo detalle de nuestra vida futura! Tú disfrutando de tus caballos, de las justas, de la corte, y yo dándote un hijo cada año. Imagínatelos, unos robustos y rubios como tú; otros pequeños y morenos como yo; y todos brincando y corriendo como gatos tiernos a tu alrededor, y yo siempre amamantando al más chico en mi seno. ¡Oh Dios! ¿Cómo es posible que tú no puedas vislumbrar nuestra felicidad? Entra en razón, nosotros que lo tenemos todo, a Dios gracias, ¿para qué semejante ambición? ¿Para qué esa aventura, esa guerra tan desesperada? Hernando, ¡la vida es bella!

—Rosita, sin arriesgarse y sin luchar no puede haber victorias. Nosotros jamás viviremos en España; ya no podríamos, ya pertenecemos aquí, ya somos el Nuevo Mundo.

—Bien, muy bien, Hernando, yo estoy dispuesta a seguirte al Perú, o ayudarte a colonizar la Nueva Segovia, o cualquier otra de tus provincias. Yo viviría dondequiera el cumplimiento de tu deber con nuestra patria te llamara; pero yo jamás puedo traicionar a España.

—Rosita, son los Habsburgo los que traicionan a España, los que están arruinando a España.

—Hernando, si tú me amaras de verdad, jamás arriesgarías nuestra felicidad. Yo te agradezco la confianza que me has demostrado al participarme tu secreto; pero no puedo seguirte ni colaborar contigo. Más aún, ¡si estuviera en mi poder detenerte, yo lo haría!

—Rosita—dijo él después de una larga pausa, cejijunto y contrariado—, si tú me quisieras, tú me seguirías, por buenas o por malas. Pero está bien, pues yo lo lamento. Mi suerte está echada. Vemos la vida de diferente manera.

—Sí. También yo lo lamento, Hernando.

En silencio cruzaron la terraza y en silencio ella le acompañó hasta la puerta.

## XI

Ese anochecer del domingo 23 de febrero empezaron a llegar los convidados al castillo de San Juan. A pie, a caballo, en palanquines, todos ataviados pomposamente. Eran los grandes propietarios de la provincia. Sus días de aventureros en el olvido, ahora cada uno se sentía y actuaba como un grande de España y la sola idea de perder sus conquistas y sus esclavos les tenía tan alarmados, que abiertamente hablaban de la guerra y de cualquier medida desesperada, y so pretexto de recepciones y convites, celebraban sus cónclaves.

Los ocho oficiales recién llegados en sus nuevos arreos vistosos se sentían incómodos, pero siguiendo las instrucciones de Bermejo trataban de quienquistarse con los convidados.

Después del primer brindis, hasta su excelencia Maldonado suavizó su gran solemnidad. Al principio su único acompañante era el rubicundo y robusto don Arias Palomo, un ricacho criador de mulas.

A poco, Bermejo y Fra Diávolo, maniobrando con perspicacia, se incorporaron a un grupo selecto y rodearon a Maldonado.

—Excelencia—le dijo Bermejo—, yo quiero brindar por el honor de su distinguida compañía.

—Mi querido capitán Bermejo, gracias, y permítame brindar por usted también. El otro día lo vi quebrar lanzas en un potro nuevo y me pareció la visión de un sagitario mitológico.

Levantó sus párpados y su voz atiplada:

—Capitán, amigos míos, nada como el vino para ayudar al hígado y para macerar las grandes amistades.

Hizo una pausa, tomó aire y vino y continuó:

—Como ustedes saben, yo fui soldado. Cuando yo era joven...

—¡Su excelencia siempre es joven!

—¡Por su excelencia!— brindaron todos.

Una de las muchas jóvenes esclavas que escanciaban el vino en las copas era una mestiza alta y bien torneada, cubierta sólo con un taparrabo de flores. Cuando llenó la copa de Maldonado, éste dijo:

—Señores, miren ustedes, esta hebé de caoba me está sacando los ojos con ese par de tetas. Amigos, al gato viejo, ratón tierno.

Soltó su risita apretada, celebrando su propio chiste, y vertiendo vino en uno de los pechos de la muchacha, le chupó el pezón haciendo ruido, para deleite de todos.

—¡Olé, excelencia! ¡Así se mama una teta!—gritó alguien que se incorporaba al grupo: era el fiscal portuario del Realejo, alférez real Francisco Sánchez.

—Bienvenido, señor alférez Sánchez—le dijo Maldonado, olvidándose de la mestiza—, ¿y qué buenas noticias nos trae usted de ultramar?

—Amigos míos—dijo Sánchez, que era un hombre pequeño con un gran vozarrón—, el maestre Juan Caballero, piloto mayor del último barco que acaba de atracar proveniente del Perú, me dijo, pero esto es estrictamente confidencial...—Sánchez hizo un guiño, torciéndose el bigote, mientras todos le escuchaban atentos, y prosiguió—: Es un gran secreto. Bueno, pero aquí estamos los mismos, ¿no es así? Pues bien: me dijo que el virrey Gasca estaba por partir de Lima. Quizá en estos momentos ya está de camino para España.

Y miró a todos despacio, pues el grupo entero le observaba sorprendido. La partida del virrey Gasca en esos momentos podía

implicar inesperados cambios de leyes y autoridades en todo el Nuevo Mundo.

—¿Cómo?—le dijo Bermejo enfocándole de cerca. Creo que no le he oído bien, alférez Sánchez. ¿Que Gasca salió ya del Perú?

—Capitán, quizá sí, quizá no. Lo que Caballero afirma es que cuando él zarpó del Callao, Gasca estaba preparando los últimos detalles de su regreso a España. Más aún. Que había contratado el barco de Caballero, pero que a última hora no lo necesitó. ¡Ah! Y escuchen esto. Escuchen. Dice Caballero que Gasca lleva consigo para España, sin duda alguna, el tesoro más grande que se ha reunido quizá en al historia del mundo—levantó su ronca voz para no ser interrumpido y continuó—: Lleva no sólo el tesoro de Gonzalo Pizarro, toda su parte del rescate de Atahualpa, sino también cinco años de tasas y quintos reales de todo el Perú, el Potosí, Chile y Quito. ¡Imagínense! Caballero estima en más de ciento cincuenta toneladas los ladrillos de oro y lo doble de toneladas en lingotes de plata..., ¡y sólo Dios sabe el valor de las joyas de Gonzalo Pizarro!...—y Sánchez repitió despacio; para el asombro de todos—: Ciento cincuenta toneladas de oro, trescientas toneladas de plata y las esmeraldas, rubíes y diamantes sagrados de los incas... ¡Vergoña!—terminó su vaso de vino, y como nadie le interrumpiera, continuó—: Pero, amigos, aquí está el pero. ¿Cuándo sale Gasca de Lima? ¿Está ya en alta mar? ¿Se irá por Panamá o por Magallanes? ¡Ah! ¡Eso nadie lo sabe! Así es como hace todas sus cosas ese jorobado. Bueno, ya les digo, todo esto es absolutamente secreto, lo repito, ¡vergoña!, quédese ello entre nosotros...

—Y, por supuesto —interrumpió Maldonado, tomando la batuta de nuevo—, en cuanto Gasca llegue a España con tal tesoro, sin duda alguna será exaltado a marqués o cardenal. ¡Qué suerte de jorobado!

—¡Coño!—dijo Bermejo medio divagando—. ¡Ciento cincuenta toneladas de oro! ¡Una montaña de oro!

—Por favor, alférez Sánchez, dénos más noticias—le instó Maldonado.

—La misma cosa, excelencia— Sánchez se encogió de hombros, sorbió más vino y continuó—: Que Lima está creciendo más que cualquier ciudad de Europa. Barcos y más barcos cargados de colonos llegan todas las semanas; que se edifican palacios fabulosos, universidades, colegios y una catedral más grande que la nuestra, ¡vergoña! ¡Ah! Se me olvidaba—se retorció otra vez el bigote, pensativamente. Bueno, la misma cosa que aquí. Dice Caballero que todo el mundo está encojonado por la Santa Inquisición... y, aticen, la nueva ley...

—¡Ah, ah, ah! He ahí, mis amigos—dijo el capitán De Zárate—, la Inquisición y esas nuevas leyes van a hacer a cualquier fraile de mierda mucho más poderoso que cualquier oficial del Ejército.

—Comandante De Zárate, usted ha puesto el dedo propiamente en la llaga—dijo Maldonado, ansioso de ser otra vez el centro de la conversación—. Pero ¡por Hércules continuó, hablemos con franqueza. La Armada, el Ejército, las autoridades civiles, los oficiales reales, todos estamos siendo barridos como basura por los frailes y los obispos. Ahora, por favor, díganme, amigos, ¿qué voy a hacer yo con mis plantaciones de henequén? ¿Qué voy a hacer yo con mis criaderos de mulas?

—De acuerdo, excelencia—apostilló—. Sánchez—. Sin el producto de mi cochinita y de mis cerdos, ¿cómo podría yo mantener a mi familia y a mis tres hijas en la escuela en España? Mi salario son mil doscientos miserables pesos plata por año y vienen de allá cada dos años. ¡Vergoña! Y miren ustedes, cualquier obispo en un mes recibe mucha más plata del propio tesoro real, sin contar sus diezmos y primicias, limosnas y demás, que lo que yo tengo que sudar en todo el año. ¡Vergoña!

—Ab-so-lu-ta-men-te—dijo Maldonado—. Yo le pago su salario al obispo Valdivieso y él recibe quince mil pesos plata, repito, quince mil pesos plata al año, y adelantados, del real tesoro solamente.

—Allí es donde la tunce tuerce el rabo, amigos—dijo Zárate, y continuó—: Al obispo le dan quince mil pesos plata a

año por adelantado, mientras que nosotros tenemos que esperar uno y dos años. Bueno; pero por lo menos nosotros, los oficiales, tenemos propiedades y al fin y al cabo podemos salir adelante, pero ¿y los pobres soldados del Ejército? Hoy por hoy, el Ejército aquí no ha sido pagado en los últimos dos años; mientras tanto, esos soldados han tenido que custodiar y cuidar todo el oro en tránsito para España.

—Queridos amigos míos, por favor, escúchenme—dijo Maldonado—. Ustedes tienen razón. Pero ¿saben ustedes el pretexto detrás de toda esta nueva ley? Se lo voy a decir. Los argumentos de aquel tal fraile Las Casas, que pasó por aquí dos veces sólo a sembrar la cizaña. Algunos de ustedes lo deben de recordar. Una perfecta muela podrida—respiró fuerte, tosió dos veces y continuó—. Pues bien: ese Las Casas sostiene que los indios son semirracionales, mientras que los negros son absolutamente irracionales, y, por tanto, creados por Dios a propósito para la esclavitud, para que paguen por el pecado de Jafet, que se mojó de su padre Noé, pues los africanos descienden de Jafet, dice él.

Maldonado hizo una pausa, tomó un poco de vino y colocó su copa en la bandeja de una esclava, dobló sus brazos regordetes sobre el pecho y, como todos guardasen silencio, continuó:

—¡Absurdo! Todo eso es absurdo, amigos. Un genio como Esopo era un esclavo y una negra como la reina de Saba era un genio. Además, los romanos utilizaban a los bárbaros rubios nórdicos como esclavos. ¡Si los mismos africanos emplean a otros africanos como esclavos, y los venden! La esclavitud, pues, es una condición, no es una calidad biológica o intelectual—y sonriendo, con disgusto, continuó—: ¡Ah! Mis queridos amigos, y lo peor de todo este problema es lo que viene. Si se restablece esta nueva ley, la importación de miles y miles de toneladas de africanos que se requerirán para reemplazar a todos nuestros indios encomendados acarreará un problema del carajo a nuestros hijos y a nuestros nietos. Y no es necesario ser profeta ni vidente para predecir que el Nuevo Mundo dentro de unas cuantas generaciones será un continente cimarrón, mulato, negroide y mestizo. Sí, señores.

Además, esta nueva ley es una flagrante contradicción a la vieja ley castellana de «la pureza de la sangre». España no sólo expulsó a los moros, devolvió a los indios que tenía de sirvientes y a los pocos esclavos africanos, sino que desterró y expatrió a doscientos mil españoles blancos por ser judíos. Ahora, esta misma España se propone inundarnos de negros cuando suficientes indios tenemos. Entonces los conquistadores, ¿somos o no somos españoles?

Todos vitorearon y brindaron y lanzaron vino al aire por Maldonado, mientras él respiraba con profunda satisfacción, y bebiendo más vino para adquirir fuerza, continuó:

—Amigos míos, ésta es una verdadera tragedia histórica. Algo tenemos que hacer inmediatamente para abrirle los ojos al emperador y no dejarlo embaucar por ese advenedizo de Las Casas y evitarle esta gran calamidad al Nuevo Mundo y a España misma... Amigos, juntemos fuerzas con los de Guatemala, que se proponen enviar a aquel ciego nonagenario conquistador Bernal Díaz del Castillo para que sea también nuestro emisario ante el emperador. ¡Colaboremos con ellos, pero inmediatamente!

—¡Bravo!—retumbó la voz de Bermejo—. Excelencia, una vez que estos cabrones frailes agarren el poder, o les limpiamos las bolas a todos ellos o nos meten el asador en el culo vivos. ¡Y van a asarnos en el nombre de Jesucristo! El pobre Don Jesucristo, si volviera otra vez a la tierra, colgaría a todos esos cabrones hipócritas. Bueno, ¡quizá no! reflexionó, bajando la voz—: Don Jesús era muy buena persona. Pero ¡coño! ¡Nosotros los vamos a colgar en su nombre!

—Capitán—dijo Maldonado rectificándole—, no exactamente ahorcarlos. No, capitán, yo quiero decir poner a los frailes en su puesto.

—Imposible. Si vuestra excelencia los deja tantito, esos cabrones, tarde o temprano, os pincha por el alma y os tiran de los cojones. ¡Imposible! ¡No hay compromiso! ¡A la mierda con ellos y de una vez por todas!

El timbal de bronce, llamando para el banquete, los interrumpió bruscamente.

## XII

El gran comedor estaba iluminado con candelabros de pedestal y antorchas sobre capiteles con grandes llamas fragantes. En medio de la gran mesa semicircular estaba la plataforma para los músicos, malabaristas, acróbatas y bailarinas que actuaban durante las comidas.

Contigua, la cocina era suficientemente grande para un regimiento. Terneras, lechones, chivatos, en asadores rotativos, de punta a punta enteros o sobre parrillas se asaban rociados con adobos y vinos. El aroma de las especias y del pan saliendo de los hornos y los odres inagotables escanciando blancos y tintos mantenían los espíritus en efervescencia. Mientras los huéspedes comían, con estallido de castañuelas irrumpió, ocupando la plataforma, Misia Sarabanda seguida de su tropa de bailarinas: indias, africanas, mestizas y mulatas, desnudas salvo taparrabo de flores.

Como todas las miradas se clavaran en las hembras, el capitán Bermejo se dedicó a su tarea. Les hizo una seña al comandante Zárate y al teniente Cristóbal Altamirano, el mayor de los ocho, y desaparecieron en una recámara contigua.

—Comandante—princió Bermejo—, el teniente Altamirano.

Zárate y Altamirano se saludaron.

—Comandante—continuó—, ¿podría usted comisionar a algunos de mis oficiales y colocarlos como guardias adicionales del palacio episcopal? ¿Eh? Ellos sabrán cuidar muy bien de su señoría, mientras usted se va a su plantación.

—Comprendo—cabeceó Zárate—. Estoy de acuerdo con Fra Diávolo. Es la mejor solución. Corren nuevos rumores de que otra vez los indios chiltepec están tratando de raptarlo para sacrificarlo a su dios Tamagostad. Todo el mundo sabe que los indios están furiosos porque él mandó cuartear viva a la pobre Mocuana, hará doce o quince días, acusándola de bruja... Bueno...—se encogió de hombros—, es la mejor solución—repitió, pensando en las cuarenta onzas de oro que había recibido de Fra



Diávolo por cooperar. Bien—continuó pensativo el comandante, teniente Altamirano, mañana, al mediodía, le espero con los suyos en el fuerte del Rey.

Los tres hombres chocaron las manos y regresaron al comedor.

Bermejo se detuvo un momento para admirar a Lola, que bailaba un fandango con Fra Diávolo. Quedito les tocó el codo a los tenientes Luis de Chávez y Juan de Nica, dos de los ocho, y al alférez Sánchez y a don Arias Palomo, el rubicundo oidor del Realejo, y los cinco se metieron en una recámara.

—Caballeros—les dijo Bermejo—, ya ustedes se conocen. No hay tiempo que perder, pues. No tengo consejos que darles. Las circunstancias pueden cambiar, pero debemos estar preparados. Si restablecen la nueva ley, lanzamos la proclamación de don Hernando aquí, en León, y la primera plaza que debemos ocupar es el Realejo. El trabajo de ustedes es tener a esa gente en jaque, que no se atrevan a poner resistencia, y si algún hijo de puta se atreviera, a la horca. Usted, alférez Sánchez, emplee toda su argucia, pero no deje por el momento zarpar ni un solo barco. Usted, don Arias, concentre cuanto ganado sea posible en el puerto. Cuide de que haya suficiente madera y láminas de bronce en los astilleros para construir seis barcas de desembarco, como para cincuenta hombres cada una. Ustedes, tenientes, se encargan de la parte militar de acuerdo con el alférez Sánchez y el señor oidor. Recuerden que ésta es la semana decisiva, y, amigos míos, ustedes, los cuatro, responden con sus cabezas por el Realejo; pero, en cambio, grande será la recompensa.

—Capitán, deje usted el puerto en nuestras manos. Recuerde que yo soy Arias, un nombre que jamás ha fallado y bien hizo un ademán sobre su propia persona pasando su mano regordeta sobre su pecho, yo puedo cambiar de ropa y hacerme al camino inmediatamente, mis caballos están listos.

Y dirigiéndose a los otros, les dijo:

—Amigos, ¿quieren ustedes marchar conmigo ya o prefieren que esperemos a los mediados gallos después de la fiesta?

—Yo tengo muchos meses sin probar mujer—dijo Nica—, pero preferiría que partiéramos ya.

—Yo también—dijo Chávez.

—Capitán—dijo don Arias chocando manos con Bermejo, el Realejo es suyo.

—Capitán—agregó Sánchez—, ningún barco zarpará del Realejo hasta que usted lo ordene.

Los cuatro hombres desaparecieron.

Bermejo regresó al comedor. En ese momento, Misia Sarabanda estaba en el centro de la plataforma dirigiendo el espectáculo.

—¡Bailete!—gritó ella.

Lola, portando solamente un taparrabo de hilacha de seda temblorosa, que ocultaba y a la vez exponía su sexo, y con el cuerpo untado de aceite fragante y polvo dorado, brillaba contra las llamas como serpiente, mientras bailaba una danza del vientre y del ombligo al compás de música morisca de laúdes, sonajas y timbreles. Bermejo la observó por un momento muy complacido, pero continuó su tarea con otro grupo de hombres.

—¿Y cómo van las cosas en Nicoya, mi querido comandante don Elías Jerez?

—Capitán, permítame asegurarle que Nicoya es suya por tierra o por mar sin disparar un solo arcabuz.

Con un ademán se dirigió a los otros, y continuó:

—Créanme, amigos, toda la provincia de Nicoya está furiosa por esta nueva ley. Especialmente ahora que acabamos de saber que el emperador ha vendido otra licencia a uno de sus chulos flamencos para traer cinco mil toneladas más de africanos. He aquí lo que hay detrás del restablecimiento de esa malhadada nueva ley. La avaricia insaciable de Carlos Quinto. Pero ¡nosotros no lo soportaremos!

—Muy bien, amigo Jerez; nosotros contamos con usted para esos aparejos de los barcos Bermejo se sonrió y de paso, ¿podría usted conseguirnos, digamos, unas sesenta de esas putas de Nicoya para distraer a nuestros soldados?

—¿Sesenta?—Jerez se rio fuertemente. ¡Les voy a tener listas trescientas!

Y dirigiéndose a los otros, dijo:

—Ya ustedes lo saben, en el mundo entero no hay putas como las de Nicoya. En Nicoya todas las mujeres practican la prostitución desde niñas. Ese es el orgullo de la familia. Las entrenan desde antes de ser núbiles. Saben de besos fálicos, de mascar hongos sagrados, de fumar peyote y cannabis. Ellos creen que cuanto más solicitada es una mujer, más grande es el honor y la dote que le trae a la familia, y, por tanto, la que mejor se casa. Y todavía después del matrimonio continúa practicando para orgullo de su marido, porque entonces, mientras es todavía solicitada, se sabe que él posee algo bueno.

—¡Gente muy sabia y muy práctica!—dijo con sorna Bermejo.

—Capitán—dijo el señor Cepeda Ahumada, alcalde de El Viejo—, mi gente apoyará a León. En efecto, tenemos prestos cincuenta barriles de alquitrán y brea y como trescientas hamacas de pita para los barcos.

Hizo una pausa y continuó con malicia:

—Y, por supuesto, tendré cuidado de alistar unas doscientas vírgenes de Tezoatega para que diviertan a los soldados y se blanquee la provincia.

—Perfecto, yo no espero ninguna dificultad en Tezoatega ni en ninguna otra parte...

Hizo una pausa y miró fijamente a don Alonso Martín, corregidor de Granada.

—... con excepción de Granada.

—Sí, capitán, con excepción de Granada—asintió Martín—. Amigos, me pesa el decirlo: Granada opondrá la más fuerte resistencia. Ya ustedes lo saben: Granada, sistemáticamente, siempre se opondrá a cualquier cosa que se origine en León, especialmente si cree que esta oposición puede ayudar a trasladar la capital de la provincia a Granada, como en este caso. Por tanto, yo recomiendo el más minucioso cuidado, no vaya a ser que

perdiéramos la guerra al solo principiarla por la culpa de Granada. Ustedes conocen al alcalde, ese leguleyo de Luis Carrillo. No es más que un currutaco de la Universidad de Salamanca. Pero no es él nuestro problema, mis amigos. Nuestro verdadero enemigo es doña María. Ustedes saben muy bien que ella jamás, jamás, aprobaría nuestra guerra, y acuérdense que ella maneja a don Hernando como cera.

—Sí, amigo Martín, lo sé muy bien, pero ya he tomado mis medidas—Bermejo levantó la voz un poco—. Ahora, como el tiempo se nos limita, seré breve. Amigo Martín, yo me ocuparé del asalto de Granada. Usted regresa allá. Yo le enviaré sesenta soldados disfrazados de náufragos, usted los planta en posiciones estratégicas, y cuando lleguen las noticias de la guerra, trate mientras pueda de disminuirlas. Ridiculícelas. Diga «eso es nada», muéstrese con calma y espéreme.

—Mi capitán—le contestó—, yo le comprendo y haré lo que usted dice. Pero permítame prevenirle. Granada le va a oponer una resistencia feroz. Hay armas en Granada. Y yo le puedo asegurar que allá se pueden poner en pie de guerra más de dos mil irregulares en un par de días.

—Mejor. Mejor. Cuantos más irregulares me pongan enfrente peor para ellos. Buena suerte, amigos.

Todos se estrecharon las manos y regresaron disimuladamente al comedor. Misia Sarabanda ocupaba otra vez la plataforma y gritaba:

—Va a principiar el «Cortejo». Haced parejas y cabriolas. Todos los hombres a la plataforma.

Bermejo tuvo que detenerse porque la oleada de hombres saltó sobre las mesas, cada uno corriendo para atrapar la hembra de su predilección.

Don Lope de Suazo, un robusto terrateniente de Quetzalcoatl, caminó directamente hacia Misia, la abrazó fuertemente y la besó. Ella, que había tenido sus lances de amor con él desde antaño, cuando era moza, al verse otra vez solicitada, sintió tal complacencia que prematuramente dio la señal del *apagón*, y

todas las candelas, antorchas y linternas inmediatamente fueron apagadas.

Y allí fue el pandemónium.

Con el ricacho don Lope, capturado para la noche, Misia Sarabanda, siempre con un ojo al futuro y considerando que todo el mundo era feliz, decidió saltarse la prohibida sarabanda, y después del apagón, que no duró mucho, ordenó la «Pastoral», y un grupo de indias y negras desnudas apareció portando antorchas y sonando trompetas, y todos las siguieron hacia el huerto, donde el césped era mucho más suave y discreto que los ladrillos del comedor.

—A gozar, mis niños, pero con orden—repetía ella, mientras las parejas marchaban saltando y gritando.

Maldonado quedó solo sobre la plataforma del comedor. Se bamboleaba pesadamente dando vueltas en una idiota danza elephantina. Dos esclavas se aproximaron y trataron de conducirlo al huerto, pero tomándolas de la mano trataba de bailar con ellas y recitaba balbuceando:

—¡Oh Baco! ¡Oh Ceres! ¡Oh Cibeles!... Me siento como un chivato en brama... Me siento burbujeando de furor sagrado.

Abrazó a las mulatas mientras ellas lo remolcaban hacia el huerto.

Apenas llegaron a la puerta, le soltaron, y él todavía, balbuceando, caminó agachándose hasta que, lentamente, rodó por tierra.

Pasado cierto tiempo, algunos de los soldados regresaron hacia una fuente en el jardín cerca de la puerta donde dormía Maldonado y donde grandes azafates de viandas en barbacoa y vinos les esperaban.

—¡Coño!—sonó una voz ronca en la penumbra—. Después de tanto tiempo en el mar sin una desgraciada puta, ¡qué tratamiento es para un pobre diablo como yo tener tantas ahora! Lo malo es que a esta negra le apestan los sobacos que hasta me tranca la respiración...

—Compadre—le contestó otro—, y esta mía se tira unos

pedos de mula carguera; pero ¿qué carajo quiere usted, amigo, doncellas del palacio real, pues?

—¡Jesucristo!—gritó la primera voz—. Mire, no más, amigo, que par de yeguas vienen allá, ¡y parecen mestizas!

Los dos soldados dejaron las hembras que tenían y se lanzaron sobre las otras dos, y con grandes risotadas, a la fuerza, se las llevaron hacia el huerto.

Allá, al cantar de los gallos, precisamente cuando los primeros rubores de la aurora doraban los picachos de la cordillera, Misia Sarabanda y don Lope se encontraron con Bermejo y Fra Diávolo, Lola y otras mujeres por las mesas de vianda. Misia se preparaba precisamente para ordenar el fin de la celebración cuando, inesperadamente, Maldonado principió a dar grandes gritos y aullidos al lado de la fuente.

—¡El vértigo! ¡Mi corazón! ¡Traigan el cirujano! ¡Traigan el obispo! ¡Dios mío, me muero! ¡El vértigo! Fra Diávolo envió inmediatamente por el maestro barbero del castillo, que era también el cirujano, quien llegó presto y le administró un par de sangrías a Maldonado. Le metieron en su palanquín y lo despacharon a su casa.

—Señor—le dijo Misia, al oído, a Fra Diávolo—, a Maldonado le puede dar otro ataque y va a chillar otra vez pidiendo el obispo. Yo creo que mejor debo amanecer donde el obispo y prevenir el golpe. Acuérdesse que él se levanta con el alba.

—¡Brillante idea, Misia! En realidad, Maldonado no tiene mucho que informar; pero sería mejor para usted, Misia, y para nosotros que usted hable con el obispo antes que le lleguen los rumores. Simplemente dígame que la reunión fue para comisionarme a mí escribir la protesta general contra la nueva ley, para ser enviada a Guatemala y de allí a España. ¡Ah! y agregue que usted le llevará una copia el viernes sin falta. Oiga, Misia, y no se le olvide hacerle una interesante reseña de cómo Maldonado es quien concibió esta idea, así como también la del reto de don Hernando. Y, de paso, le cuenta de la gran borrachera que le causó el vértigo, usted sabe...

—Por supuesto, señor—Misia se comprimió los grandes pechos para contener la risa—. No me aguanto, voy en el acto.

Finalmente, Bermejo y Fra Diávolo quedaron solos y se sentaron sosegadamente ante sendos vasos de vino, haciendo comentarios mientras amanecía y contemplaban a la distancia la cordillera.

—Capitán, estoy algo cansado, pero para el asunto del secuestro necesitamos la ayuda de los indios. Iré a ver al brujo. Cuando regrese nos veremos.

—¿Mañana?

—Hoy mismo, capitán, por la tarde. Bueno, pues, me marcho; acompañaré a don Hernando a pescar al lago y mientras tanto haré alto en Chiltepec y hablaré con el brujo, tratando de no ser notado, pues yo sé que me anda siguiendo los pasos la «Secreta».

—A mí no me interesa pescar, prefiero los pescados ya fritos; pero el paseo en el lago... Bueno, digo...

—Por supuesto, capitán, venga con nosotros. Don Hernando me está esperando a bordo del *Hipógrifo*.

—Vamos, pues.

### XIII

Cuando aún no había amenecido y soplaba un aire fresco, Misia Sarabanda, después de haber desbandado su tropa de bailarinas, rebujada en su mantilla, bastón en la diestra y con la otra sosteniéndose del brazo de Lola, partió del castillo.

Llegado que hubieron al fondo del arroyo seco, bajo los altos arcos del acueducto, se detuvo.

—Sería perder demasiado tiempo ir a «La Posada» y regresar, Lola.

Tanteó a mirarse en un espejito de plata, pero no había suficiente luz del día. Lola le removió el maquillaje con la punta

de un pañuelo humedecido con saliva y partieron. Lola hacia «La Posada» y Misia donde el obispo.

Siempre blandiendo su bastón en una mano y levantando con la otra su pollera, Misia se movía lentamente cuesta arriba del barranco y renqueaba, falseaba, paraba y giraba por los repechos, piedras y vueltas de la vereda, pero estuvo a las puertas del obispo al toque de la hora prima. Antes, al pasar por una tienda de comestibles, y viéndola abierta, compró un ladrillo de chocolate amargo.

Encontró al señor obispo en su despacho, escribiendo cartas. Ya había celebrado misa y dado instrucciones al penitenciario fray Alonso para que publicase un breve ordenando que todas las iglesias se abrieran de nuevo para el principio de la Cuaresma, el miércoles de Ceniza.

Inmediatamente recibió a Misa y cerró con llave la puerta.

La conferencia fue larga. La interrumpió el prelado muchas veces con preguntas y contrapreguntas, pero ella, sin vacilar, le dio respuestas convincentes. El quedó satisfecho con el informe, pero preocupado. Por supuesto, la absolvió de haber participado en la pecaminosa bacanal, puesto que ella lo hizo sólo para aportarle informes de ese complot contra la nueva ley. Parecía contento y seguro de obtener, por medio de Misia, esas pruebas escritas para el viernes. Por fin, pensaba él, iba a tener las pruebas en sus manos para estrujar a ese apóstata renegado.

Y cuando Misia le describía, con acopio de detalles, la borrachera, danzas y caída de Maldonado, ella captó furtivamente varios saltos en los párpados adormecidos del obispo, quien varias veces tuvo que aplicarse el pañuelo perfumado a la punta de la arqueada nariz para encubrir ciertas sonrisas. Finalmente, cuando escuchó la escena del vértigo, allí sí que tuvo que reír abiertamente, pero fue una risa muy desdeñosa y elevada.

Le dio el prelado cinco pesos plata para gastos, junto con detalladas instrucciones. Lo que ella había anticipado, de tres a cinco pesos, porque nunca había logrado arrancarle más. Para



despedirse, ella dobló una rodilla y le traqueó la taba al besarle el anillo, murmurando el *Paternoster*. Recibió la bendición y partió.

Antes de salir del palacio fue a visitar a la madre del señor obispo, «una vieja regañona e irritante», decía Misia. Sin embargo, cada vez que iba le llevaba su ladrillo de chocolate a la vieja.

El obispo se sentía muy feliz esa mañana. Ya solo en su despacho, miró con gran satisfacción por la ventana sobre la Plaza Mayor. Allí estaban los fornidos soldados del Ejército real, con sus uniformes de amarillo y rojo, unos con los bocudos arcabuces, paseándose lentamente, y otros erectos como estatuas, con las alabardas erguidas. Estando solo soltó su risa nasal libremente, hasta que le dio hipo y tuvo que apretarse el gran vientre. ¡Eran tan divertidos los detalles del vértigo y la borrachera! ¡Ah, pero qué bien se las pagaría Maldonado!...

#### XIV

Bermejo y Fra Diávolo encontraron a Hernando en su camarote, a bordo del *Hipógrifo*, sumido en la lectura del *Libro doce de Amadís*, firmado por Selva, muy recién publicado en Sevilla y empastado e intitulado como libro de oraciones. Los tres celebraron las argucias del bachiller Del Río, quien vivía muy holgadamente viajando gracias al contrabando de novelas, pero apostando el pellejo al burlar la muy piadosa y severa ley que prohibía la introducción de novelas y cuentos al Nuevo Mundo.

—Ustedes me perdonarán—les dijo Hernando—, no me llevará mucho tiempo terminar. No puedo suspender la lectura.

Lo dejaron con su *Amadís* y se fueron a conversar sobre cubierta.

Chico Nieto, en la barra del timón, daba órdenes a los esclavos que manejaban las jarcias. El *Hipógrifo*, batiendo sus altas velas latinas, principió a cabecear y mecerse ganando velocidad

progresivamente. Ladeándose más y más sobre estribor, cortaba Sur—Sudeste dejando una estela de espuma sobre el lago.

—Allá vive el brujo Aga-Texoxes—dijo Fra Diávolo, señalando un promontorio llamado Chiltepec que casi partía el lago en dos—. El brujo—continuó—no es un mago ni un adivino como la gente cree. En realidad, es un astrólogo y un alto sacerdote azteca; algo así como, si dijéramos, un obispo.

—Usted sabe, mi amigo, que yo estuve al lado de De Soto cuando murió. Yo era uno de sus ayudantes. Escúcheme, pues, por favor. De Soto sostuvo casi dos días de agonía con fiebre delirante, y en sus delirios hablaba de un «Texoxes o brujo de las tierras de Nicaragua» quien le predijo su destino y le dijo: «Tú te casarás con la hija del jefe Pedrarias, pero no tendrás hijos. Ella morirá muy joven de amor por ti. Tú vas a descubrir y conquistar continentes, pero tú vas a morir en la miseria a la edad de cuarenta y dos años y tu tumba quedará oculta para siempre en tierra desconocida. Pero tu fama durará para siempre.» Eso, más o menos, mi querido amigo, repetía De Soto en su delirio, porque yo recuerdo muy claro todo aquello.

Se quedó triste y pensativo.

—Señor—continuó—, yo no creo en pendejeras de adivinos, pero hay que admitir que esto es interesante y muy curioso. Porque es un hecho que De Soto se casó con doña Isabel, la hija menor del viejo Pedrarias. Es cierto que no tuvieron hijos y que ella se murió de amor y de tristeza en aquel castillo La Fuerza, en La Habana. Cuando supo la muerte de De Soto no volvió a probar alimento hasta que se extinguió. Jamás podrá olvidar aquella encantadora y brava doña Isabel, y escúcheme, amigo—continuó, tornándose emocionado—, cuando el adelantado don Hernando de Soto, marqués de la Florida, murió, lo único que tenía de su enorme fortuna era un hato de cerdos flacos y quizá doscientos caballos esqueléticos que tuvimos que soltar en aquellas enormes praderas allende el Misisipi. El había invertido casi toda su fortuna en esa expedición. Bueno, amigo Castañeda, y cuando De Soto murió tuvimos que utilizar el tronco de un

árbol como ataúd, hacerle un hueco, y colocar allí el cadáver, y le amarramos cadenas y piezas metálicas. En la oscuridad de la noche lo remolcamos Misisipí adentro y lo dejamos hundirse en la mediacorriente. Así tuvimos que hacerlo, porque aquellos indios pieles rojas querían profanar su cadáver y ofrecérselo a sus dioses. ¡Indios, hijos de puta! No tienen ciudades ni ejército, andan en tribus errantes siguiendo unos inmensos rebaños de vacas salvajes jorobadas y con melena, que no dan leche y son muy duras para comer. ¡Malditos indios! Sólo nos atacaban de noche y con unas flechas que pasaban un caballo de lado a lado, y luego ellos desaparecían en pequeños grupos en la oscuridad.

Bermejo levantó sus ojos, y mirando hacia la cordillera chontaleña, exclamó con voz suave:

—¡Qué asombroso es todo esto!

—Sí, capitán, es asombroso. Y hay muchas otras evidencias de aparente adivinación o coincidencias de augures, pitonisas, quiromantas. A propósito, capitán, ahora recuerdo que usted mencionó a Mícer Codro cuando la gitana leyó las líneas de su mano. ¿Dónde diablos le conoció usted? También he oído mucho de sus predicciones.

—¡Jum, pobre viejo! Amigo, supe que murió hace tiempo—se sonrió y continuó—: Conocí a Mícer Codro hace muchos años, cuando yo era muy joven y servía en la Guardia Real. Fue en Sevilla. El era una especie de bufón, aunque se llamaba a sí mismo «filósofo», y solía leerle el destino a la gente por una pitanza. Se mantenía en los burdeles y en las tabernas. Una vez, para complacer a una puta de esas, nos dijo la buenaventura. A mí me dijo: «Tú morirás tan cargado de oro que no sabrás qué hacer con él» o cosa por el estilo. ¡Qué diablos! Le daba la misma coba a todo el mundo. El caso es, me contaron, que Mícer Codro, para escaparse del Santo Tribunal, se metió de polizón en un barco y apareció en estas tierras, donde Vasco Núñez de Balboa le adoptó de camarero. Amigo Castañeda, escúcheme porque esto lo sé de positivo. Un día Mícer Codro le dijo a Balboa que su estrella principiaba a moverse muy rápida hacia el lado malo,

presagiando muerte. Y al día siguiente el viejo Pedrarias mandó capturar a Balboa y le cortó la cabeza.

—Capitán—le interrumpió Fra Diávolo con vehemencia y en voz baja—, jamás, nunca, pero jamás, se le ocurra mencionar el nombre de Balboa ante don Hernando.

—¡Mmmm! He oído rumores feos, amigo.

—Capitán—dijo Fra Diávolo, tomando a Bermejo del brazo, caminando hacia la proa, al lado donde el viento se pudiera llevar sus palabras, continuando en voz baja—: Toda esta historia principia con el viejo Pedrarias—Bermejo escuchaba con atención—. Desde el primer momento que Pedrarias desembarcó en este continente con el título de comandante general, se dio cuenta de que tenía un rival insuperable en Balboa. Más aún, el viejo no le perdonaba el hecho, decía él, de «haberle robado la gloria del descubrimiento del océano Pacífico». Pues cuando Pedrarias salió de España, esta otra mar apenas se sospechaba que existiera, y el viejo Pedrarias iba a capitanear una expedición para descubrirla, internándose en lo que llamaban «tierra firme»; pero cuando el viejo arribó, se encontró con que ya Balboa, sin ayuda, la había descubierto y había tomado posesión de ella en nombre de España y la había bautizado. «mar Pacífica del Sur».

—Cosas de la reputísima suerte, amigo.

—Así es, capitán. El caso es que el viejo, buen zorro, decidió unir su suerte con la de este joven temerario que de un día para otro se había convertido en celebridad mundial; así fue como Pedrarias arregló con Balboa casarle por poder con su hija mayor doña María. A Balboa le agradaba la sangre noble. El obispo Quevedo ofició el sacramento y Francisco Pizarro, entonces ayudante del viejo, y Hernando de Soto, su paje de armas, fueron los testigos. Doña María tenía entonces dieciséis años y estaba todavía en la escuela en España.

Como Bermejo escuchara atento, sin interrumpir, FraDiávolo continuó:

—Por un tiempo tuvieron muy cordiales relaciones, y el viejo, en sus cartas y personalmente, se refería a Balboa como

«mi hijo», y le nombró jefe de la expedición que él mismo debiera haber capitaneado para explorar el Perú. Hasta entonces, solamente Pascual de Andagoya había navegado en la mar Pacífica y trajo las primeras noticias acerca de un fabuloso imperio llamado Birú, Pirú o Perú. Ahora todo esto suena como novela o cuento de aventuras. Bueno; mientras se construían los barcos y se preparaba la expedición, Balboa se había echado de querida una joven india, hija del cacique Careta, y vivía públicamente con ella. El tiempo pasaba, la expedición ya estaba casi lista y Balboa no revelaba el menor deseo de traer a su desposada doña María. Todo esto mantenía al viejo en ascuas de celos y humillación. Muchas veces, con halagos y diplomacia, le insinuó que rompiese con la india y mandase por su esposa, pero Balboa insistía en que no la mandaría traer hasta después de la expedición, a la cual llevaría a la Caretita por parecerle mejor política. Así las cosas, cuando la expedición estaba a pocos días de zarpar, y exactamente cuando la estrella que Mícer Codro le advirtió a Balboa «empezaba a moverse en el lado malo», cosa que le dijo en público, el viejo Pedrarias dispuso un pelotón de soldados al mando del entonces sargento Francisco Pizarro para capturarlo, y sumariamente ordenó que fuese decapitado.

—Pero ¿cómo diablos pudo hacer semejante atrocidad?

—¡Oh, muy sencillo, capitán! Le acusó de traición al rey. Por supuesto, hubo una fórmula de juicio. Las instrumentaciones se perdieron, etc. Bueno, es un crimen que manchara la memoria de Pedrarias para siempre, y como usted puede imaginarse, es algo muy delicado para don Hernando. Ya vio usted cómo el mes pasado mató al inquisidor Pineda sólo porque hizo una leve alusión a Balboa.

—Comprendo, señor.

—Por supuesto, para terminar, capitán, le diré que los hermanos de Balboa entablaron un juicio muy largo y muy feo acerca de una perla de treinta y tantos quilates llamada la *Peregrina*, la cual el cacique Careta, padre de la Caretita, quien le enseñó la ruta hacia la otra mar, se la regaló a Balboa. Bueno, y también

las otras perlas, piedras preciosas y oro en cantidad que tenía Balboa quedaron bajo la custodia de Pedrarias, quien se adueñó de todo alegando que Balboa le debía, y qué y qué. Pero algún tiempo después, la esposa de Pedrarias le vendió esa perla, la *Peregrina*, a la reina Isabel por un millón de pesos plata.

—¡Coño!—dijo Bermejo.

El silbato de Nieto desde la barra del timón puso en movimiento a los esclavos que maniobraban las velas y diestramente el navío viró hacia el promontorio con todo el viento en la popa.

—Amigo Castañeda, ahora sí que tengo verdadera curiosidad que me diga mi fortuna Aga—Texoxes. Por supuesto, que yo no creo ni un cojón.

—Capitán, eso depende de cómo esté su humor. Es muy malicioso y sabe que si el obispo lo averigua le manda prender.

—Amigo, ¿y cómo dice la buenaventura? ¿En la mano?

—¡Oh no, capitán, esto es diferente! Permítame recordarle que la astronomía y el calendario aztecas son mucho más avanzados y perfectos que los nuestros. En efecto, el calendario azteca es perfecto y en nuestro calendario juliano, mire usted, las fases de la Luna no concuerdan con la Cuaresma. Es muy curioso, ya verá usted cómo hacen para leerle su destino.

En ese momento, el perro *Grifón* salió del camarote. *Hydra*, la perra, le siguió. Ella se detuvo un momento, y llevando su cabeza en alto, caminó con pasos firmes sobre la oscilante cubierta hacia Fra Diávolo.

—Ya terminó el libro—dijo rascándole el cogote a la perra.

Nieto sonó el pito, y el bergantín, dando una bordada, arrió velas y se arrimó al promontorio sólo con la contrafoque. Botó el ancla y con cuidado amarró de proa en un embarcadero viejo de troncos de árbol, y por un pasamanos de emergencia, Hernando, Bermejo y Fra Diávolo se hicieron a tierra sin los perros.

Texoxes, desde la cima del promontorio, habiendo reconocido el bajel, envió unos cuantos indios a recibidos. Atisbando tras de unas rocas, los indios, cuando reconocieron a Fra Diávolo, salieron a saludarle cortésmente, y él departió con ellos en su

lengua, mientras seguían un laberinto de camino hacia lo alto del promontorio. Arriba, una gran terraza rodeada de acantilados abruptos de piedra, de más de quinientos pies de alto, ofrecía una vista de todo el lago y gran parte de la región. Allí los esperaba Texoxes, con su alto báculo de plata y su manto imbricado de plumillas multicolores corruscantes al sol. A su lado estaban cuatro monjas, xicuacuatlines, con taparrabo, cabizbajas y taciturnas. Los tres hombres, a cierta distancia, hicieron alto y se inclinaron saludando cortésmente a Texoxes.

Sus pómulos prominentes, sus labios hundidos, su tez rugosa y su rostro todo era como de piedra; sólo brillaban los ojos negros y penetrantes, entrenados a mirar al padre Sol sin parpadear. Parecía un fantasma sin edad ni tiempo.

Fra Diávolo, hablándole en su idioma nahoa—azteca, le ofreció dos garrafas de cristal llenas de vino. Todos se sentaron en butacas de piedras, mientras Fra Diávolo, en privado, discutía con Texoxes los planes para el rapto del obispo y para la posible guerra. Los apretados ojos del indio se dilataron un poco. Por toda respuesta, con pocas palabras y un movimiento de su nudosa mano, ordenó a los tambores que transmitiesen sus órdenes sobre los cerros. Las vírgenes monjas nunca levantaban su cabeza en presencia de los hombres, y así vinieron cabizbajas donde los extranjeros con un obsequio del Aga: unas redomas de oro llenas de extracto de liquidámbar. Una vez terminado el objetivo del viaje, Fra Diávolo sugirió a Texoxes que leyese su destino al capitán, y el indio, complacido, ordenó la ceremonia.

Pronto fueron llegando muchos indios que vestían trajes llamativos, con sus rostros cubiertos con máscaras fantásticas, bailando al son de una música de chirimías, tambores y pitos y con cantos que semejaban aullidos de coyotes.

Trajeron los Tonalamatles o Libros del Destino, grandes códices de piel de venado, blanqueados y dibujados con jeroglíficos brillantes. Texoxes abrió uno por la parte correspondiente de una figura que ocupaba todo un folio e invitó a Bermejo a pronunciar su nombre completo y su fecha de nacimiento y a

permanecer de pie mirando la estampa, mientras Fra Diávolo le ayudaba a traducir las fechas. En tanto que Texoxes hacía cálculos, Fra Diávolo le explicó a Bermejo:

—Esta es Zocoyotzin; representa la Mujer, la Paridora, la Madre, la Salvadora, la que perdona los pecados. Mírela, capitán; la pintan toda descoyuntada y aullando con los dolores del parto. Advierta la cabeza del niño entre las piernas, saliendo del vientre. Allí, en el vientre de ella, en el momento de la concepción de todo hombre, es cuando los dioses deciden su destino para siempre.

Una vez que las fechas y signos cabalísticos de Bermejo fueron calculados en el calendario azteca y encontrados en el Tonalamatl, Texoxes habló en voz alta a sus sacerdotes y augures, mientras las monjas incensaban al Sol con humo de Copal y Xicullí, pidiéndole que enviara un espíritu vidente. De pronto, uno de los augures gritó que acababa de entrarle en un rayo de sol el espíritu vidente en su cuerpo.

Texoxes llamó al Teopixquis o augur, que se sintió iluminado, y de pie, frente a Bermejo, principió a ejecutar movimientos y gestos raros con saltos y piruetas, mientras fumaba con profundos chupetes de un tabaco preparado con flores de Cannabis. Les dio a chupar del tabaco a Texoxes, Hernando, Bermejo y Fra Diávolo; hizo muecas y musarañas sobre el Libro del Destino y, ya en trance, principió a delirar y decir una abracadabra que Fra Diávolo fue traduciendo así:

—Teoxadinqui, el dios que regula la muerte de los guerreros, te aprecia, y desde antes que tú nacieras, de acuerdo con Zocoyotzin, decidió darte una montaña del tamaño de este promontorio cubierta de oro. Porque tú amas el oro, ellos te darán esa montaña de oro, pero será tanto el oro que no sabrás qué hacer con él. Y, además, porque eres un soldado valiente y porque amas la guerra sobre todas las cosas, más aún que el oro, ellos me piden que te diga que estarán contigo a la hora de tu muerte y te concederán la gracia de morir peleando como un héroe. Pero ¿cuándo? Eso ellos prefieren reservarlo.

—¡Mmmm!—pujó Bermejo.



Poco después de la ceremonia, cuando ya iban a partir, Texoxes le dijo a Hernando:

—*Ma tanatiuh motlán meyozi, Teculi don Hernando.*

—Que el padre Sol te salve, noble don Hernando—tradujo Fra Diávolo.

Y se despidió por ellos:

—*Nictlazacamati, Ma Dios motlán meyozi Aga-Texoxes.*

De regreso a León, el barco viraba en zigzag. Los tres hombres descansaban en el amplio camarote de Hernando cada uno en una cama-tarima.

—Saben ustedes—dijo Hernando después de un largo silencio—, yo no malquiere a estos nahoas; pero no comprendo cómo pueden tener tan bello lenguaje, música y poesía tan original y estar tan avanzados en astronomía, y, sin embargo, de tan avanzada cultura, sean un pueblo canibal. ¿Cómo es posible que se coman los unos a los otros? Francamente, es algo que no alcanzo: ni los perros se comen los unos a los otros.

—Hizo una pausa, rascándole el lomo a *Hydra*, que estaba echada a su lado.

—Por supuesto—continuó—, yo no fumé del tabaco ese, sólo me lo acerqué a los labios.

—Yo sí, y todavía me siento alucinado—dijo Bermejo.

Un sirviente trajo una bandeja de viandas y garrafas de vino para ellos, y otro, un pichel de leche con huevos batidos y pan para los perros.

Después de un saludable yantar, Hernando dijo:

—¿Qué les parece una pequeña siesta?

—Muy buena idea repuso Fra Diávolo.

Como el bochorno era muy fuerte, los tres hombres, en ropas menores, se reclinaron en sus tarimas.

—Imposible dormir—dijo Hernando después de un rato—. De todos modos fue divertida la cosa, mucho más interesante que haber pescado unos cuantos peces. ¿Saben ustedes? Me dan en qué pensar estos indios con sus brujerías. Es innegable que la alquimia, la hechicería, los encantamientos y las adivinaciones existen. Hay

espíritus visibles, y fantasmas, y apariciones, y monstruos, y nadie puede negar ciertos portentos y determinados poderes mágicos. La Iglesia misma explica y condena estos fenómenos como cosas del diablo.

—¡Ummm!—pujó Fra Diávolo, y continuó lentamente—: ¿Y escuchó, capitán? ¡Otra vez la montaña de oro! Yo veo El Dorado en su futuro.

Quedaron dormitando en silencio y sólo oían los crujidos de las jarcias y las velas.

Al cabo, Bermejo se desperezó y bostezó. Después dobló una rodilla sobre la otra en cruz y se quedó mirando, como absorto, sus pilosas extremidades curtidas al negro y duras como talladas en guayacán. Aquellas piernas que lo habían sostenido sobre un caballo con la unidad de un centauro en tantos campos de batalla: en Europa, en Africa, a través de los pantanos de la Florida, sobre los Appalaches y allende el Misisipí. Aquellas piernas incansables que le habían llevado al trote de perro, quince y veinte millas por día, cargando la armadura, las armas y la mochila entre las selvas del Amazonas; y ceja y vuelta a través de la puna peruana, y de arriba para abajo, y sobre los lomos nevados de los Andes. Esas enormes piernas no se sentían bien descansando. Ya era hora de ponerlas en marcha otra vez en busca de El Dorado.

## XV

El martes de Carnestolendas fue un día de frustración y disgusto para toda la ciudad de León, ya que el obispo, súbita y arbitrariamente, prohibió festejar el carnaval. El pueblo se sentía defraudado. Los agentes de la «Secreta» andaban por todos lados. El carnaval era la fiesta más alegre y más ansiosamente esperada todo el año, no sólo por las quinientas familias europeas, sino por los quince mil indios y mestizos de la ciudad y pueblos aledaños.

En el castillo de San Juan, Hernando y Fra Diávolo charlaban confidencialmente saboreando unas copas de jerez.

—Pues bien: Hernando, ¿qué te parecen nuestros planes para el secuestro del obispo? Salvo lo imprevisto, le tendremos a bordo del *Perú*, antes de la hora del Laus, mañana, miércoles de Ceniza.

—Me parecen excelentes. Yo no sé por qué diablos no se nos ocurrió antes, fray Pedrito.

—Vale más tarde que nunca.

—¡Ah fray Pedrito!—dijo Hernando, levantándose impulsivamente y abrazándole—. ¡Qué haría yo sin usted!

—Sin embargo, Hernando, estos momentos son extremadamente delicados. Una sola palabrita suelta, una pequeña alusión, serían suficientes para dar al traste con nuestro plan. Dichosamente, hasta ahora, todo parece ayudarnos, incluso el mismo obispo con sus impertinencias. Pero nuestro golpe debe ser perfecto y no dejar la menor sospecha. Y ahora, algo más importante, Hernando—levantó la voz—: debes ponerle inmediatamente punto final a estos absurdos planes de guerra. Demasiado lejos ha ido ya el capitán Bermejo con semejante locura, y como es un hombre tan vivo y tan audaz, nos puede salir metiendo en un lío del demonio. Debes darte cuenta de que estás apostando no sólo tu cabeza, sino el honor y el futuro de toda tu familia. Debes reconocer la absoluta, material imposibilidad de ganar tal guerra.

—Fray Pedrito, nobleza obliga. Yo he dado mi palabra de honor que si la nueva es restablecida...

—Pero, Hernando, ¿quién está exponiendo ni una centésima parte que tú? Además, tú sabes muy bien que de esta nueva ley puede hacerse una fuente de mayores ganancias. Supongamos que tienes que comprar africanos, ¿cuál es la diferencia? Le alzas el precio a los productos, ganas más y al mismo tiempo te descargas de la responsabilidad de educar esos indios.

—¡Ah no!, fray Pedrito, no es tan fácil la cosa como usted la considera; pero de todos modos, ¿por qué tenemos que ser

gobernados por un séquito de chulos flamencos y por un epiléptico y despótico Habsburgo?

—Escúchame, Hernando, diga lo que diga el capitán Bermejo, jamás podríamos ganar la guerra. Y aunque ganáramos al principio, perderíamos al fin. Además, compara lo que ganarías con lo que tienes. Estás próximo a casarte y salir para España, allá recibirás de manos del emperador el espaldarazo de la Orden del Toisón y serás un Equitus Aurati, un Grande de España, uno de los cincuenta y un pilares que sostienen el Imperio. Lee lo que dice tu Bellosino. Bueno, después de Dios, sólo el emperador en persona podrá juzgarte, estarás más allá de todas las cortes y tribunales. Además, tú sabes que es casi un hecho serás nombrado virrey del Perú o por lo menos gobernador del Potosí. Y ya libres de las intrigas del obispo, nada podrá interferir en tu futuro y el de tu familia.

—Fray Pedrito, yo jamás he pensado en dejar estas tierras. Esta es la Castilla del Oro. Mi Castilla del Oro. ¡La obra de mi abuelo!

—Hernando, no te excites. Abre los ojos. Estas tierras de Nicaragua, sin el estrecho o un canal que una los dos mares océanos, están irremisiblemente destinadas a ser una provincia remota. Un *cul de sac*. En efecto, ya el proceso ha comenzado. La corte de Gracias está siendo trasladada a Guatemala en estos momentos. El edicto real llegó de España en diciembre último a solicitud del obispo Marroquín y del gobernador Cerrato. Los cuarteles generales del Ejército real, la Casa de la Moneda y, en fin, toda la Administración de estas provincias están siendo concentradas en Guatemala. Ya no existe Castilla del Oro, tal nombre fue cambiado; todas estas tierras, desde Chiapas hasta Panamá, se llaman ya, por edicto real, Capitanía General de Guatemala.

—¡Qué idiotéz! ¡Qué nombre tan desacertado! ¡Cómo pueden compararlo con Castilla del Oro!

Fra Diávolo sonrió.

—Bueno, para continuar, como no se encontrara el estrecho, el emperador consideró conveniente trazar un canal a través del

istmo de Nicaragua. Parecía cosa fácil; apenas cuatro leguas de tierra, pero el almirante Andagoya, con un séquito de arquitectos y geómetras, no solamente de España, sino de Alemania y de Italia, estimaron el costo tan elevado y el trabajo tan difícil, que ni toda Europa junta ni todas las naciones de la tierra serían capaces de llevar la obra a cabo. También consideraron un canal en Panamá, del río Chagres al paso de Miraflores, en el río Grande, pero le encontraron todavía mucho más difícil y costoso. Además, que la mayoría de los altos prelados de la Iglesia se oponían a la idea de cortar el canal, ya que era alterar lo que Dios ha hecho, alegaban. El asunto ha quedado, pues, definitivamente decidido y Panamá continuará siendo la única ruta interoceánica. Por eso España está construyendo ahora dos grandes armadas para conservar la mar Pacífica como un coto cerrado y un exclusivo lago español por muchos siglos. Hernando, te traigo todo esto a colación para que veas el fin de Nicaragua como ruta interoceánica. Y esta ciudad de León, tan tórrida y con tantos temblores de tierra, muy pronto será solamente la sombra de una metrópoli. Mientras que dentro de pocos años, Lima, con su corte virreinal, su clima incomparable y la riqueza y tamaño del continente que domina, será una rival poderosa de las más grandes capitales europeas. Ahora, pues, considera tú, que has heredado casi una quinta parte de los terrenos en el corazón de Lima, hoy que los precios suben y suben.

—Pero ¿cómo podría yo dejar mi castillo?

—Este castillo es una monstruosidad, un mamotreto anticuado muy incómodo, parece fortaleza o prisión. Hernando, ya pasó la edad de los castillos. Esto no se podrá jamás comparar con el palacio virreinal de Lima ni con los grandes palacios residenciales que se están construyendo allá. Todas las familias de importancia de estas provincias se están trasladando a Lima; tus propios padres ya lo han decidido. Bueno, basta, basta... Yo te seguiré en lo que tú decidas, ya permanezcas aquí para ser un señorón provinciano o el virrey del Perú, suprema autoridad sobre tierras mucho más grandes que toda Europa. Tú decides.

Fra Diávolo apuró su copa de vino, tomó su boina emplumada y caminó despacio hacia la puerta.

—Fray Pedrito—Hernando le alcanzó, le tomó del brazo y le dijo al oído—: ¡Usted tiene razón! Ya está decidido, acabo de determinarme definitivamente. ¡No habrá guerra! Seré virrey del Perú. ¡Oh Dios! Pero ¡cómo me maneja usted! Como a un chiquillo, igual que cuando me enseñaba música y retórica, ¿recuerda, fray Pedrito?

—Claro que recuerdo.

—¿Por qué se va tan temprano? No se vaya, fray Pedrito.

—Espérame para cenar—le dijo, y partió.

Lenta y pensativamente, Hernando pasó por los corredores, con arcadas de dos claustros, y llegó al salón. Era una galería como de ochenta pies de largo llena de muebles pesados, tapicerías y alfombras moriscas, con un inmenso hogar que jamás se utilizó porque el clima le hacía innecesario y sobre el cual colgaba un óleo enorme, un retrato de tamaño natural de la reina Isabel montando su *Palomino*. Hernando se fue directamente al clavicordio. Con suavidad, sus grandes manos principiaron a deslizarse sobre el teclado, una dulce música vibró y él comenzó a tararear tenuemente; después rompió a cantar, en tolerable voz de bajo, algunas cantigas castellanas que recordaba de los tiempos de su infancia.

De pronto, la magia de la música, los cantos, los argumentos de Fra Diávolo y sus lejanos recuerdos de la corte de España le transportaron mentalmente a Lima, ciudad que él jamás había visto, y al palacio virreinal, que aún estaba a medio construir; pero él veía y sentía a todo su alrededor séquitos de cortesanos, caballeros, vasallos, damas de honor, chambelanes, sirvientes y esclavos. Todo lo que él vivía leyendo en sus libros de caballería andante.

El Nuevo Mundo entero le sonreía con reverencias y pletesías, a él, Hernando de Contreras, conde de Puñoenrostro, virrey del Perú. Más aún, actualmente él estaba viendo y sintiendo a su lado a Rosita, «la dueña de sus pensamientos», murmurándole al oído: «¡Hernando, mi amor, la vida es bella!»

## XVI

El capitán Bermejo entró en el castillo, mandó anunciarse y esperó de pie en la esquina del claustro principal. Estaba excitado por dentro, pero muy sereno aparentemente. Daba pasos de acá para allá, la mano izquierda en pronación sobre el pomo de la espada, que hacía juego con la daga. Adentro de su justillo abultaba un poco la pistola de tres cañones, calibre cuarenta y seis.

Se detuvo como mirando unas rosas del jardín, pero en realidad su mente se fijaba en el obispo. La sola idea de verle amarrado a un mástil para que pase unos tres o cuatro días de ayuno antes de echarle al mar divertirá mucho a don Hernando, pensó, y una sonrisa movió algunos pelos de la barba y los bigotes; pero sus cejas se contrajeron de pronto al oír pasos, y presto, al ver a Hernando, le saludó en alta voz:

—¡Albricias, alteza! ¡Traigo una zurrónada de buenas nuevas!

Hernando se detuvo, un poco turbado, ante la presencia de Bermejo. ¿Cómo? Pero ¿en qué forma? ¿De qué manera podría decirle «ya no hay guerra»? Le parecía casi imposible tener que echar pie atrás. Sin embargo, pensó que tenía que hacerlo y decidió practicar la diplomacia, que haría necesitaría como virrey. Tenía que decirselo con gracia y con determinación. Es privilegio de reyes y virreyes cambiar de planes.

En el salón, tomaron asiento cerca de una ventana esquinera, cuya vista dominaba toda la ciudad. Un copero les sirvió el vino y desapareció silenciosamente.

Hernando, antes que Bermejo principiara a hablar, levantó su copa con entusiasmo.

—¡Salud, capitán! Brindemos por el éxito de su gran entrada a la ínsula de California—y añadió con una sonrisa algo nerviosa—: Yo quisiera, sí, yo quisiera poder acompañarle, capitán.

Bermejo le miró fijamente, apretando un poco los ojos en silencio. Hernando no pudo resistir esa mirada y tornó su vista sobre la ciudad.

La ciudad de León, cuyo nombre oficial era «la muy noble y leal ciudad de Santiago de los Caballeros de León», se veía completa desde lo alto de esa ventana. La «leal» ciudad parecía algo así como una tarántula colgando de las faldas del enorme cono humeante del volcán Momotombo. Escuadras de pájaros marinos pasaban muy alto rumbo hacia el Sur, y sobre el lago, los perennes zopilotes volaban en círculos.

—Alteza, escuche, por favor—Bermejo se movió y miró fijamente a Hernando mientras hablaba—. Tenemos buenas nuevas. Anoche atracaron tres barcos en el Realejo, todos con la novedad que la nueva ley será restablecida. Lo cual quiere decir ¡guerra! Y, qué cosas, con esos tres barcos más tenemos siete. ¡Nos sobran barcos, pues!—y continuó acercándose más a Hernando—. Don Arias Palomo dice que tiene el material listo y que ya están construyendo las barcas de desembarco. El capitán Zárate está fuera de la ciudad, en su molino de azúcar. Todo está presto, majestad. Decid ¡San Jorge! y dentro de dos meses yo le estoy coronando en Lima como Hernando Primero, ¡rey del Nuevo Mundo!

Hernando le sostuvo la mirada sin pestañear, pero sin decir palabra, y Bermejo continuó:

—Majestad, ya tenemos todo preparado: el acta de proclamación, la gran parada en la Plaza Mayor, los troqueles para acuñar la moneda con su efigie real, los pergaminos de las nuevas ordenanzas reales. ¡Su alteza hará historia! Tomaremos León, el Realejo, Granada, Nicoya, Panamá y Lima antes que ese jorobado de Gasca pueda llevarse ese tesoro para España. ¡Imagínese los barcos, el ejército y el poder que nos daría ese tesoro!

—Capitán—le dijo Hernando muy pausadamente—, yo estoy de acuerdo con usted. Podríamos ganar las primeras batallas por sorpresa. Pero ¿y después? Usted mejor que yo conoce el poderío de España. Mandarían armada tras armada y ejército tras ejército, por dos, cinco, diez años, hasta aniquilarnos por completo.

—Alteza—Bermejo se puso de pie un poco impaciente—, eso ya lo hemos discutido hasta la saciedad. España puede lanzar



medio millón de hombres a Francia o Italia, pero mover cinco mil soldados al Perú, controlando nosotros Panamá, le sería casi imposible. Está claro, ya lo sé, que nuestra guerra implica audacia inaudita; pero ahí está la gloria. ¡Ahí están sus cojones, alteza! De todos modos tenemos que morir, coño; pero es mil veces mejor morir peleando por una gran causa que morir temblando de fiebre, de gota, de diarrea o como un viejo decrepito, que es la peor desgracia y maldición de la vida. Alteza, la diosa Fortuna es la más puta de todas las diosas... y la más bella..., ¡y le encanta que le den por el culo!

—Sí, capitán; pero, eh, mire usted, las cosas han cambiado. Sin la interferencia del obispo, todo se arreglará en poco tiempo. Y siendo yo el virrey del Perú o gobernador del Potosí y usted adelantado y gobernador de California, el Nuevo Mundo es nuestro. ¿Para qué, pues, arriesgarnos en tan improbable guerra?

—Entonces, si no quiere ser alteza, permítame decirle, don Hernando, que cada hombre levanta el monumento de su vida, cada hombre escribe su destino en las páginas del tiempo. Usted escoja: Hernando Primero, rey del Nuevo Mundo, o el virrey Contreras, un títere inestable... Esta es su gran opción, su última y única oportunidad de ser inmortal por todos los siglos de los siglos, amén. Además, don Hernando, escúcheme, casi todo este Nuevo Mundo es suyo. ¿Quién fundó Panamá? Su abuelo. ¿Quién envió a Francisco Pizarro al Perú? Otra vez su abuelo. Y cuando Pizarro estaba liquidado, ¿quién envió a Hernando de Soto con ocho galeones cargados de caballería, soldados y provisiones que salieron de estas mismísimas tierras de Nicaragua para salvarlo? Otra vez más Pedrarias. Más aún, don Hernando, ¿quién ayudó a capturar al emperador Atahualpa? ¿Ya la sagrada ciudad de Cuzco? Su tío de usted Hernando de Soto. Y, en mil quinientos treinta y seis, cuando Pizarro y toda su gente estaban sitiados por el manco inca con un ejército de doscientos mil guerreros, ¿quién salvó de nuevo a Pizarro? Su padre don Rodrigo de Contreras. Don Rodrigo envió al capitán Diego Núñez directamente de Nicaragua al Perú con cinco ga-

leones cargados de caballería, armas y vituallas. ¿Y quién pagó por todo eso sino la bolsa de su señor padre, don Rodrigo? ¡Sí, don Hernando, el Perú es tres veces suyo! Ahora dígame usted qué cosa buena ha hecho Carlos Quinto para España? ¡Nada! Solamente desangrarla e hipotecarle su futuro. Y por el Nuevo Mundo, ¿qué ha hecho sino explotarlo y ni siquiera para beneficio de España, sino para beneficio de su torpe vanidad y de su corte de chulos flamencos? Y, ¡está claro!, si Dios sabe que ese hijo de una loca histérica no es español.

—Capitán—principió Hernando sosegadamente—, todo lo que usted ha dicho es exacto; pero, por desgracia, no siempre todo lo que es justo y deseable es posible. No podemos menospreciar el poderío de España. No podemos tomar como hecho consumado la colaboración de las provincias del Nuevo Mundo.

A Bermejo le pareció de momento estar oyendo el eco de Fra Diávolo y prefirió no insistir de momento.

—Si ésa es su actitud, muy bien, don Hernando—le contestó—; dentro de tres días izaré velas hacia la ínsula de California.

—¡Bravo, mi capitán!—Hernando se puso de pie y brindó de nuevo—. ¡Bravo! Y permítame decirle que con motivo de su viaje acabo de terminar por cuarta vez *Las sergas de Esplandián*—y de súbito, llenándose de entusiasmo, levantaba la voz y hacía gestos—. Y sabe, capitán, allí dice su autor, Ordóñez de Montalvo, que esa isla de California está poblada por unas amazonas que jinetean grifos. Grifos, capitán. Y dice que esas tales amazonas son de una casta de mujeres extraordinariamente bellas, pero muy peligrosas. Dice que enamoran a los hombres y, una vez que se hacen preñar, los asesinan, y si el hijo que paren es macho, también lo matan. Además, ¿sabe usted, capitán? —en su entusiasmo daba pasos y gesticulaba—, dice Ordóñez de Montalvo que esas amazonas son soberbias atletas y fatales guerreadoras, y que todas sus armas y armaduras son hechas de oro sólido y recamadas con piedras preciosas. ¡Oro sólido, capitán! Y dice además que todo es de oro sólido en California, porque no hay otro metal en esa isla.

—¡Formidable! Caso que eso fuera cierto, ese oro será nuestro, don Hernando. Y como vamos a medias en las ganancias de esta entrada, la mitad será suya. Repito, si fuera cierto.

—Pero ¿cómo, capitán? ¡Por supuesto que es verdad! ¿Acaso fue mentira el oro de los incas y de los aztecas? De todos modos, caso, caso que no tuvieran tanto oro esas amazonas, lo más seguro es que allí encuentre usted el paraíso terrenal, o El Dorado, porque ambos están en California, asegura Ordóñez de Montalvo.

—A la mierda con el paraíso terrenal, que lo busquen otros; yo lo que quiero es El Dorado...—se quedó pensativo y continuó—. Sabe usted, don Hernando, yo recuerdo muy claro cuando llegamos a Méjico, después de que enterramos a su noble tío el marqués de Soto en aquel río Misisipí tan aciago. ¡Qué regreso más triste y peliagudo! Pues bien: allá en Méjico me encontré con mi homónimo y muy querido primo el capitán Juan Bermejo. El fue uno de los treinta escogidos que acompañaron a Vázquez de Coronado en su última entrada hacia Quivira. Eramos, pues, dos capitanes Juan Bermejo, uno en cada una de las dos grandes expediciones. Yo, ayudante de De Soto; él, notario real de Coronado, y los dos, al mismo tiempo, perdidos en aquellas praderas infinitas, al uno y al otro lado del Misisipí, y sin saberlo. ¡Ah si nos hubiéramos encontrado allá!

—Qué cosas, capitán; la vida parece fábula.

—Así es. Y le cuento todo esto porque mi primo me dijo que Coronado le había enviado, junto con el capitán López de Cárdenas, a explorar la California; pero que después de varias semanas de marcha por desiertos de arena y piedra se encontraron con que por allí la tierra se partía por un profundo abismo, el más enorme conocido. Dice que parte toda la corteza de la tierra. Algo tremendo, abrupto, infernal. Más de doce millas de abismo entre cantil y cantil. Por eso lo bautizaron el Gran Cañón. Más aún, don Hernando: me aseguró mi primo, y esto es lo más importante, que todas las enormes rocas de los cantiles por cientos de millas a lo largo de ese cañón son de color bermellón, y que el río,

canal o brazo de mar, en el fondo, parece una lombriz de tan altos y verticales que son los precipicios, pero que en realidad es una corriente feroz e inmensa de más de una milla de ancho. Oigame, por favor, y dice mi primo, que las vio, que las aguas de esa enorme corriente son bermejas, rojizas, coloradas, y que por eso lo bautizaron río Colorado. Pero agregó mi primo que no pudieron cruzar ese cañón para continuar hacia California, que está al otro lado, porque es de más de una milla vertical el guindo del cañón, y de allí retrocedieron. Tenga la bondad de decirme, don Hernando, ¿puede usted imaginarse por qué todas esas rocas de ese Gran Cañón son de color bermellón y las aguas de esa corriente coloradas?

—¡El Dorado!—gritó Hemando tirando su copa en alto y haciéndola añicos—. ¡El Dorado, capitán!

—Puede ser—continuó Bermejo—. Yo le propuse a mi primo y a varios otros oficiales regresar a ese Gran Cañón, y desde entonces tengo la California en mi cabeza; pero en eso surgió otro rumor más insistente: que El Dorado era en realidad un jefe indio llamado Gran Patite, que vivía en una isla de esmeralda sólida, circundada por un lago de oro líquido, por allá en el centro del valle de la Canela, y así es como nos fuimos a juntar con Belalcázar y después con Orellana; pero nada de encontrar ni El Dorado ni el valle de la Canela..., y usted ya conoce el resto don Hernando.

Hemando se quedó pensativo y apuró un vaso de vino. Habló luego como viendo visiones.

—Capitán, yo que usted, lo primero que buscaría es el manantial de ese río Colorado. Quizá brota de una montaña de oro en polvo, quizá ése es El Dorado.

—Don Hernando, ¡lo buscaré mientras viva!

Hernando y Bermejo continuaron divagando en ese tenor y libando vino lentamente, hasta que llegó a juntárseles Fra Diávolo para cenar. Después de un confortante vaso de tinto, les dijo:

—Ahora sí, ya estoy tranquilo. Ya todo está listo para el secuestro. Por algo fui jefe de la «Secreta». Como de costumbre,

el obispo juega su «dormilón», como él le llama a su partida de ajedrez antes de acostarse, allá por el segundo nocturno. Ahora está durmiendo en la recámara de la esquina sudeste del segundo piso, por ser la más fresca en este tiempo. No pudiera haber escogido mejor lugar. Y para remate, acabo de recibir un mensajero de Texoxes que espera nuestra señal.

—¡Magnífico!—dijo Bermejo—. El teniente Salguero se encargará del resto. El obispo estará a bordo del *Perú* mañana por la noche.

—Entonces—dijo Hernando—, si ya todo está listo, ¿para qué esperar hasta mañana? ¿Por qué no esta noche?

—Porque ya todo está coordinado para mañana—dijo Fra Diávolo—. Yo sé que mañana temprano el obispo ordenará que las iglesias se abran y permitirá la corrida de toros que había prohibido hoy, y, por tanto, yo creo que sería conveniente, para mejor disimular las cosas, arreglar un juego de cañas y justas con los mejores jinetes para antes de la corrida, y mientras tanto, hacemos público que todo el producto de la corrida será para beneficio del convento de Santo Domingo, y así la ciudad entera pasará distraída toda la tarde en la arena de Vivarrambra.

—¡Non plus, fray Pedrito!—Hernando, por sexta vez, se puso de pie excitado—. Yo mismo rejonearé un par de toros. Ustedes saben que yo soy un gran rejoneador. ¡Formidable idea! Y después de la corrida haremos que el populacho juegue a moros y cristianos hasta el caer de la noche. Me impaciente tener que esperar. ¡Vive Dios!

## XVII

El miércoles de Ceniza, las plazas, los mercados públicos y las iglesias se llenaban de indios, que convergían, en romerías crecientes, de por todos los caminos hacia la ciudad en número muy superior a los usuales en días de fiesta. Las campanas re-

picaban. Toda la gente parecía alegre porque había oído misa y llevaban la crucecita de ceniza en la frente, y ya nadie ignoraba que habría corrida de toros precedida de justas y juego de cañas de los principales, y después de la corrida, el populacho jugaría a moros y cristianos.

Desde primera hora de la tarde la plaza de toros de Vivarrambla estaba llena de bote en bote, efervesciendo de gritos y músicas y entusiasmo delirante al contemplar los preliminares de riñas de perros, de gallos, de caballos sementales y espectáculos bufos. La gritería era terrible e interminable.

La plaza estaba decorada con guirnaldas, festones, banderas y banderolas ostentando los blasones de los oficiales e hidalgos que tomarían parte.

Hernando, en su recámara, estaba siendo vestido por numerosos ayudantes. Al escuchar el eco de la excitada multitud no cabía en sí de impaciencia, ya que pensaba que indiscutiblemente él sería el héroe de la corrida y estaba desesperado por terminar y llegar a la arena.

El maestro de yunque, Miramón de Toledo, con *El Mestizo* y otros asistentes, estaba en la recámara ayudando a vestirle en armadura de gala para la justa. El barbado anciano Miramón, apretando los ojos y corriendo los dedos amaestrados, examinaba y rechequeaba cada pivote, cada quicio de eje, cada ribete corredizo, cada tirante y trabilla interna antes de encajar cada pieza.

Mientras le vestían, Hernando hablaba más y más excitadamente porque el retumbo de Vivarrambla a cada momento entraba más fuerte.

—Maese Miramón, usted sabe es cosa muy seria enfrentarse a un toro bravo.

—Por supuesto, don Hernando. Oiga, yo he visto a su cesárea majestad don Carlos Quinto torear un bicho muy bravo en Sevilla, y después, otra vez en Pamplona. ¡Ah don Hernando! Pero usted torea mucho mejor que él. ¡Oh sí, por supuesto, de eso no me cabe duda, don Hernando!

—Maese Miramón, yo he leído que aquel gran Julio César ensayó nuestro venerable y noble arte de torear cuando estuvo en España y después quiso introducirlo en Roma. ¡Ja, ja! Pero ¡qué va! Solamente los iberos podemos lidiar toros.

En ese tenor continuaba la charla hasta que Hernando estuvo listo. Una capa de seda blanca fue trabada sobre sus espaldrones ostentando todo a lo largo y ancho de su espalda una gran cruz roja en forma de espada con mango de lis. La capa crucetada de los caballeros de Santiago.

De pronto, Bermejo y Fra Diávolo irrumpieron en la recámara.

Desde la puerta le miraron herméticos. Fra Diávolo le hizo una señal con la cabeza y Hernando, con pasos lentos y tiesos, les siguió sin decir palabra.

El anciano Miramón, *El Mestizo* y los asistentes se miraron asustados.

—Algo muy grave ocurre—dijo el anciano cabeceando pesadamente.

Hernando, Bermejo y Fra Diávolo entraron en un estudio donde Misia Sarabanda estaba esperando, evidentemente nerviosa.

—Al mediodía el obispo me mandó llamar—les dijo ella—. Me leyó partes aquí y allá de un largo informe que contiene, dice él, todos los detalles de una confabulación de alzamiento contra el emperador. Por supuesto, él dice que eso es absurdo, que no lo cree. ¿Y quién podría creer semejante locura? Pero viera usted, don Hernando, lo que él me leyó del informe menciona los nombres de muy altos oficiales reales e hidalgos de lo más prominente de estas provincias, detallando sus últimas actividades, todas muy sospechosas, tal que el obispo está moviendo todas sus fichas. A mí misma. Aquí estoy. Me ha mandado averiguar con toda urgencia acerca de un barco llamado *Perú*, dónde está anclado y si andan algunos de los tripulantes disfrazados aquí, en la ciudad.

Misia hizo una pausa oprimiéndose el pecho con una

mano, y suspirando, con la otra se abanicaba, y como no la interrumpieron, continuó:

—Pues bien: el obispo me está esperando ahorita, y me esperará, me dijo, toda la tarde en su estudio, hasta que yo regrese; tal es lo perplejo e interesado que está.

Los tres hombres se miraron del uno al otro y al otro. Hernando fue el primero en hablar.

—Muchas gracias, Misia—le dijo estirándole las manos a Fra Diávolo para que le sacara los guanteletes, y tomando unos doblones de una caja que estaba sobre una repisa, se los dio a ella—. Váyase usted a la plaza de toros, disfrute de la corrida y deje que el obispo la espere. No importa. Después del *Angelus* envíele solamente un corto recado diciéndole que antes del mediodía, mañana, le llevará usted toda la información. Fray Pedrito hablará con usted esta noche. ¿De acuerdo?

—Así lo haré, mi señor don Hernando.

Misia envolvió los doblones en su pañuelo y los embuchó entre su blusa. Besó el anillo de Hernando y partió, caminando despacio, con gran dignidad.

—Muy grave—dijo Fra Diávolo—. Si el obispo ya tiene un soplo del *Perú* y de los ocho, quizá lo tenga también del secuestro. Muy grave.

—Escúchenme, por favor—dijo Hernando—. Al toro bravo, al cuerno. Iré inmediatamente donde el obispo. Me le voy a ganar. El cree que estoy para partir para España. Le voy a ofrecer como regalo de paz y despedida este castillo, que después de todo ya me resulta inútil y él ha propuesto comprarlo varias veces. Le va a trastornar mi obsequio, a él, que es tan avaro—hablaba con aplomo, quitándose la armadura.

—Don Hernando—le dijo Bermejo—, esta noche, muerto o vivo, el obispo estará a bordo del *Perú*. Me cago en él. ¿Por qué rayos, pues, tiene usted que ir a humillarse a ese capón a quien usted mismo ha retado a muerte?

—Mi querido capitán, permítame explicade. Precisamente yo quiero que esta visita se haga del dominio público. Esta es



una milagrosa oportunidad para salvar mi nombre de cualquier sospecha. Más ahora, con este informe.

—Hijo mío—Fra Diávolo interrumpió—, yo estoy absolutamente de acuerdo con el capitán Bermejo. El obispo estará a bordo del *Perú* antes de medianoche, no importa qué informaciones él tenga ni dónde se esconda. Mañana, el canónigo Ortiz quemará ese informe. Además, Hernando, que yo estoy seguro que no te recibirá. Te tratará con insolencia inaudita y mandará echarte del palacio, y entonces, con tu carácter, sólo Dios sabe lo que puede ocurrir.

—¡Bah! Fray Pedrito, yo sé cuándo soltar mi carácter. Aunque él me dijera «*exit fore*, sal de aquí, Lucifer», o cosa por el estilo, yo simplemente me inclinaré ceremonioso y le diré lo que tengo que decirle, y se acabó. Pero mi puntilla estará clavada y todo León sabrá que yo busqué arreglo amistoso—y levantando el índice, continuó con malicia—. Mañana, cuando Valdivieso esté enjaulado a bordo del *Perú*, tendrá tiempo para saborear la fina diplomacia de Hernando de Contreras. Sí, amigos míos—levantó la voz—, nadie, pero nadie, podrá robarme este placer. ¡Tengo que ir!—y ya cambiado de indumento se aprestó a marchar.

—Escúchame, Hernando, por favor—le dijo Fra Diávolo—. ¡No vayas! Pero si te obstinas en ir, permíteme acompañarte.

—Bien venido.

Y viendo que Hernando portaba daga y espada, quiso disuadirle que no llevara arma ninguna, puesto que Nieto las llevaba; pero lo más que pudo lograr fue que se quitara la espada, ya que no la Virgen, como se llamaba la vieja daga de Pedrarias.

Ya en la puerta, al partir, Bermejo le rogó:

—Por favor, don Hernando, ¿me permite seguirle a prudente distancia?

—No se preocupe, mi capitán. Prefiero que usted se quede aquí, pues no tardaré mucho. Vaya usted y tome una lanza—le dijo en tono de broma—, y si alguno pretendiera abandonar las justas, lo pincha en mi nombre.

Y sin más, partió precipitadamente, con Fra Diávolo y Nieto, rumbo al palacio episcopal.

Bermejo les vio salir del portón y corrió a Vivarrambra a buscar a su ayudante, teniente Salguero, y al jefe de los ocho, teniente Altamirano, y a otros de sus oficiales, que encontró al paso, y prestos salieron todos rumbo al palacio episcopal.

## XVIII

Después de una inquieta siesta, el obispo Valdivieso entró a la catedral por el costado sur del coro. La catedral de León, diseñada por Enrique Egaz en el novísimo estilo renacentista, era una de las construcciones más soberbias del Nuevo Mundo. Por bula pontifical, Su Santidad Pablo III la consagró sede episcopal metropolitana antes que estuviera aún terminada y que la ciudad tuviera suficiente número de europeos para llenarla. Ocupaba una manzana entera. Señorial, dominante, sólida, con una serie de machones reforzándola a cada lado, anchas aceras y jardines alrededor, una torre cuadrada, quizá muy gorda y baja, y otra torre aún en construcción. Era la Casa Grande del Dios Nuevo decían los indios.

Con el resplandor del sol tropical contrayendo sus retinas, la melodiosa penumbra de la catedral temporalmente encegueció al obispo al entrar. Cerró los ojos y se detuvo por un momento respirando con deleite la fragancia del incienso. Ese era otro mundo. Abrió los ojos de nuevo y, como siempre que entraba a la catedral, los recreó admirando los ventanales de vidrios multicolores donde el sol, filtrándose en iris penumbrados, apenas perfilaba los broncees, los adornos platerescos, las llamitas temblorosas de las candelas votivas, las grandes columnas y la alta concavidad del cielo artesonado y decorado con frescos. Todo místicamente armonizando con el órgano y las voces del coro, que ensayaba cantando:

Venid y, asombrados, escuchad las voces de tantos ángeles,  
porque su número es diez mil veces, diez mil y millares  
de millares sin fin.

El obispo caminó hacia el altar mayor y se arrodilló sobre las gradas de granito pulido a orar: «...*sicut in terra et in caeli*...». Terminó persignándose, y levantando la cabeza miró hacia arriba, muy arriba, pero muy arriba vio al hermano Pío en su blusa blanca de trabajo, como si fuera un ángel volando sentado en su trapecio, pintando los frescos de la cúpula.

Pobre hermano Pío, pensó, ¡es tan cándido y pueril! No sabe más que de ángeles y colores. Pero, reflexionó, es feliz. La felicidad brilla en su rostro apacible; todos lo notan y por eso todos le quieren... y bajando la cabeza contra el pecho, murmuró:

—¡Oh Jesús! Pero alguien tiene que dirigir tus asuntos terrenales, y no hay riquezas en el mundo suficientes para tu glorificación.

Paso a paso, el obispo caminó alrededor del ambulatorio, tiró de una cuerda como señal para decirle al hermano Pío que ya estaría listo a posar para su retrato, y continuó majestuosamente sobre la nave derecha. Al pasar por la capilla de Santiago, volvió el rostro hacia la nave central para evitarse el disgusto de ver la tumba con la efigie yacente de Pedrarias en armadura de gala. Allí, al lado del altar, reposaban los huesos de Pedro Arias de Avila, el Terrible. En relieve, los mármoles que cubrían los lados del sarcófago ostentaban el águila, el castillo y la cruz de los Arias.

A los pies del viejo se erguía un alto cilindro de vidrio que contenía los trofeos de Orán, Argelia, Trípoli, Bujía y de todos los reinos que él había ayudado a conquistar para mayor gloria de España y de Cristo Rey. Aunque el obispo jamás trató, ni aun vio personalmente a Pedrarias, por medio de su protector Las Casas aprendió a odiar la memoria del viejo implacablemente, con una ferocidad que se extendía a toda la familia. Valdivieso, imitando a Las Casas, jamás se refería a Pedrarias por su nombre, le decía *Furor Domine*.

Después de un vistazo a los trabajos de la torre inconclusa, solo ya en su estudio, abrió de nuevo el pergamino que contenía el intrigante informe. Lo leyó todo por enésima vez, y, perplejo, lo metió de nuevo en la caja de seguridad, y decidió esperar a Misia Sarabanda. Los de la «Secreta» eran una partida de inútiles.

Poco a poco, con traqueos y chirridos, los aparejos y poleas fueron bajando al hermano Pío, meciéndole como péndulo en la silleta volante. Se cambió la ropa de trabajar por el hábito. Al pasar por un altar nuevo lateral que ostentaba por retablo uno de sus óleos, un tríptico de la Asunción, que brillaba iluminado por el chisporroteo de un enjambre de candelas votivas y llamitas flotantes en aceites perfumados, él se arrodilló un momento a contemplar sus ángeles sin sexo, sus vírgenes sin glándulas mamarias, sus santos sin músculos; todos casi sin carne, sólo espíritu. Hizo la señal de la cruz y principió a rezar entre dientes:

—Cordero Pascual, Divino Jesús; devuélvenos a fray Pedrito. Desde que él nos dejó, yo no he comido un grano de sal y todas las noches he dormido con el cilicio. Señor, si nos devuelves a fray Pedrito te prometo por dos años no probar azúcar y agregarle dos púas a mi disciplina y diariamente darme seis flagelos más en la espalda. Fray Pedrito es bueno. Abrele los ojos y con tu poder lustral lávale su pobre alma, que debe estar sufriendo horrores. Cristo Jesús, manantial inagotable de amor y de perdón, devuélvele la fe a fray Pedrito y dame a mí dos mil años más de cremación en el purgatorio. *Laus Deo, per omnia saecula saeculorum. Amen.*

El hermano Pío no firmaba sus óleos, y cuando estaba a solas, pintaba de rodillas. No era tímido, era humilde. Nunca reía, pero siempre sonreía. Así, mínimo ante los hombres, pero enorme e irreducible en el mundo ideal del espíritu y de la belleza, con los brazos doblados y escondidos entre las mangas del hábito, caminó con pasos reposados, pero rápidos, hacia el estudio del obispo a continuarle otro de sus múltiples retratos.

Pálido, alto, enjuto, la espalda un poco encorvada, cabeceando a cada paso por los pedruscos que metía en sus zapatos, sin recibir contestación a su saludo porque el obispo estaba absorbido en su breviario, preparó el caballete, el lienzo, los pinceles, la paleta, y ya listo, se sentó a esperar.

En verdad, el tiempo no tenía importancia para él, pero sí la luz, y el obispo continuaba tan concentrado en su breviario, que ni siquiera podía darse vuelta para posar, y continuaba con el rostro hacia la Plaza Mayor y la espalda hacia el hermano Pío.

El silencio fue roto por un par de toques en la puerta del vestíbulo. El obispo levantó la cabeza por un momento, pero como el hermano Pío fuera a abrir, continuó su lectura.

Eran fray Alonso, el penitenciario, y fray Angel, el verguero del Santo Tribunal. Entraron seguidos por varios de los esclavos africanos del obispo cargados con sacos y bultos llenos de novelas europeas y códices indígenas, poniéndolos sobre una mesa grande que estaba a un lado principiaron a clasificarlos.

—Estos tres montones contienen sólo novelas. ¡Umm! y de las últimas ediciones. Apenas aparece por aquí ese bachiller Del Río, y las últimas novelas que principian a circular otra vez. ¡Ummmm! Pero nunca lo hemos podido coger *in fraganti*—murmuró fray Alonso al oído de fray Angel—. Y estos otros montones son solamente de códices indígenas—continuó—. ¡Oh reverencia! Mire, unos son enrollados, otros doblados en forma de acordeón y todos escritos por ambos lados.

Fray Alonso se aproximó a fray Angel y palpó con los dedos los diferentes materiales.

—Este es de piel de venado, y éste yo no sé de qué clase de cuero es. Todos éstos son de la corteza de un árbol que le llama amate—susurraba.

El hermano Pío, imperceptiblemente, se arrimó a la mesa y examinó uno de los códices. Después otro, y, por último, el más grande y más elaborado.

—¡Qué colores!—dijo hablando consigo mismo, mientras hojeaba el código—. ¡Qué colores, Dios mío! Perfectamente

sólidos, originales y absolutamente intransigentes. ¡Ah! y estos caracteres de estas figuritas tienen cada uno su inconfundible personalidad. Salvaje, no hay duda, pero premeditada.

Y continuando pasando dobles y dándole vueltas al códice, decía:

—Estos dibujos y jeroglíficos expresan intenciones muy sutiles. Y tienen una extraña fascinación en sus variaciones. Acosan. Se graban en la mente. ¡Son obras de arte!

Los dos frailes se miraban el uno al otro, después al obispo y otra vez del uno al otro, atónitos, mientras el hermano continuaba absorto examinando los códices, y murmuraba con sorpresa y admiración:

—Indiscutiblemente, la técnica de estos indios es admirable. ¡Ah! ¡Cuando aprendan también las técnicas europeas van a producir maravillas! ¡Esto es precioso! Estos códices son un tesoro para la historia de estas tierras.

Y mirando a los frailes, continuó siempre en voz muy baja:

—Reverencias, ¿y adónde irán estos códices: al archivo de Sevilla o al Vaticano?

El obispo tosió fuertemente. El hermano bajó la cabeza y regresó a sentarse tras del lienzo, apenado por haber expuesto opiniones sin ser solicitadas.

—*Dissecta membra*—le dijo fray Alonso a fray Angel, siempre en voz baja, y olvidándose por completo del hermano, continuó—. Su reverencia es nuevo aquí. Estos son solamente sobrones dispersos. Al principio de la conquista, en tiempos del padre Bobadilla, solíamos quemar estos códices paganos por toneladas; pero ahora escasean porque los indios los han escondido junto con sus joyas y su oro.

—Reverencia, ¿y acaso hay alguien que pueda descifrar esos jeroglíficos?—dijo fray Angel.

—¡Oh, sí, fray Pedrito!...—dijo fray Alonso, y asustado por su lapsus miró al obispo de soslayo.

—Reverendísima eminencia, me permite preguntarle con toda humildad qué dispone su señoría con estos ítems pecami-

nosos—dijo fray Angel prontamente para tratar de disimular el error de fray Alonso.

—*Dies cinerum*—dijo el obispo levantando la cabeza y dejando oír por primera vez su voz—. Hoy es miércoles de Ceniza, día de la purificación.

Hizo una pausa. Se puso de pie. Miró distraídamente hacia la Plaza Mayor y continuó:

—Quizá fray Angel, porque es nuevo en estas tierras, no conoce la pragmática real del catorce de abril de mil quinientos treinta y uno, que literalmente dice, cito: «Ninguna novela, libro de caballería andante, de entretenimiento o cuentos podrá ser introducido al Nuevo Mundo, porque solamente conducen al pecado y a la holgazanería.» Fin de la cita. Solamente libros de devoción y libros de texto y artes útiles son permitidos aquí—levantó la voz—. Quienes hayan introducido y quienes hayan poseído esas novelas tienen que ser traídos a juicio y ser multados de acuerdo. Que doblen la vigilancia de ese bachiller Del Río. Es mal avechuchu.

Hizo un alto, suspiró profundamente y continuó:

—Y con referencia a esos papiros: primero, miser Vitorio, no obstante sus pretensiones tontas, él es un artesano y no un anticuario. No tiene licencia para tenerlos, pónganle veinte pesos de multa.

Súbitamente, el obispo se dio vuelta y por primera vez se enfrentó a los otros, y mirando directamente al hermano Pío, pero sin enfocarle los ojos, con gran desdén, dijo en voz alta:

—Segundo, éstos no son códices, como ya lo dije, son papiros indígenas, pornográficos y torpes. Más aún—suspiró de nuevo con fastidio—, no tienen nada de artístico ni tienen absolutamente ninguna importancia histórica, y si esa tribia obscena fascina, se graba y acosa la mente de alguien es porque allí habita el demonio. «Todo lo inmundo, al fuego», prescribe la Santa Inquisición. A quemar esos libros y papiros en la plaza, y purifiquen esa mesa con agua bendita—dijo dando fin al asunto.

—*Benedicamus Domine*—dijeron los frailes; se inclinaron y partieron a traer los esclavos.

Pocos momentos después, sobre una pira de leña, ardían las novelas europeas y los códices indígenas, mientras la multitud contemplaba el espectáculo impávida en la Plaza Mayor.

El obispo continuaba observando desde la ventana sobre la plaza, creciéndose sensiblemente en impaciencia por la inútil espera a Misia Sarabanda. Sirvióse un vaso de vino de una garrafa, y fastidiado, sin decir palabra, finalmente tomó asiento en forma de posar para su retrato.

## XIX

El obispo continuaba leyendo el breviario con leves movimientos silenciosos de los labios. El hermano pintaba. Fray Angel, sentado en un escaño de madera frente a la puerta principal, con las manos juntas y la cabeza un poco ladeada, «rotaba» sus dedos pulgares el uno alrededor del otro, unas veces de acá para allá y otras de allá para acá.

Sonaron unos toquécitos en el aldabón de bronce.

Con parsimonia, fray Angel abrió la puerta, ¡y qué terremoto! Hernando de Contreras entró y se detuvo cubriendo toda la puerta.

Primero, el obispo quedó tieso de sorpresa por unos instantes; pero después, gritando: «¡Socorro!», tiró el breviario, y lleno de miedo corría de un lado a otro, y no acertando con la puerta del vestíbulo, intentó meterse en un armario grande de ropas sagradas, siempre gritando: «¡Socorro!».

—Por favor, eminencia. Yo sólo he venido a saludarle y a pedirle perdón—decía Hernando en alta voz, entrando hasta en medio del estudio.

Fray Angel desapareció.

El hermano recogió el breviario, lo puso sobre la mesa grande y permaneció impávido.



—Paz, reverencia. Por favor, escúcheme.

Hernando trataba de ser amable y se aproximaba al armario donde el obispo estaba medio metido, pero era demasiado corpulento para caber entero.

—Yo sólo he venido a pedirle perdón. A decirle que retiro mi reto. Le ruego, en el nombre de Jesús, Nuestro Señor, que me ayude a reparar mis errores. ¡Déme cualquier penitencia!

Hernando hablaba muy claro y actuaba muy bien su parte con maneras muy corteses. Pero una vez que al obispo se le fue pasando el choque inicial, y oyendo las razones de Hernando y viéndose sin peligro inminente, se sintió terriblemente humillado por su cobardía, y súbitamente montó en furibundia y saliendo del armario gritó indignado:

—¡Fuera, fuera, demonio, intruso!

Sus ojos fulminaban, su voz tartamudeaba y su índice apuntaba la puerta.

—¡Afuera, maldito!

—Reverencia—le contestó Hernando—, le ruego que me escuche un momento. Nuestras discordias se deben a que nunca nos hemos tratado personalmente. Yo le aseguro que nuestra amistad será de grandes beneficios para ambos.

—Afuera he dicho. Yo no quiero la amistad de Satanás. ¡Soldados!—gritó, saliéndose al balcón—. ¡Soldados, aquí, a remover este intruso de mi vista!—gritaba con toda su voz, temblando de ira.

Pero como Hernando no se movía ni los soldados venían, el obispo miraba para todas partes desesperadamente.

—Señoría—dijo Fra Diávolo penetrando en el estudio—, recordad: «así como nosotros perdonamos a nuestros deudores...».

—¡Silencio, apóstata! ¡No me dirija usted la palabra! ya ordené su encarcelamiento. Ya verá lo que le espera. Pícaro. ¡Fra Diávolo!

—Eminencia—insistió Hernando—, yo salgo pronto para España; pero antes he querido dejar constancia de que he buscado

la armonía con vos. Además, como dejo estas tierras para siempre, quiero proceder como mi abuelo Pedrarias. El legó su casa a ustedes y allí está el convento de Santo Domingo, y yo quiero imitarle y obsequiar con mi castillo de San Juan a la Iglesia por medio suyo. Sólo para eso he venido, señoría.

—Yo no necesito regalías que provengan de los latrocinios y chicanerías de aquel monstruoso *Furor Domine*, ¡Su abuelo! ¡Ah! ¡Pero ya tengo en mis manos la autorización para remover de mi catedral los huesos de ese judío!

—¡Usted miente! Mi abuelo no era judío—gritó Hernando.

Su rostro, enrojecido de pronto y con las cejas apretadas, miró al obispo de cerca sus ojos desorbitados de repentina furia.

—Sí, era judío, y su abuelo también era judío. ¿Y cómo se atreve usted a llamarme mentiroso a mí?—gritó, a su vez, el obispo—. Lea *Las coplas del provincial*. Oiga lo que dicen de ese escudo de armas de los Arias:

El águila es de San Juan,  
el castillo es de Emaús,  
y en la cruz pusiste a Jesús...

—¡Mentiroso!—le cortó la palabra Hernando—. ¡Eso es una parodia estúpida!

Y bajando la cabeza un poco, le miró de ojo a ojo.

—¡Usted sabe que es mentira! Pero, aunque así fuera, eso ¿qué importa? ¡Jesucristo era judío! ¡La Santísima Virgen era judía! ¡Santiago era judío! Vaya, pues, y remuévalos también de su catedral. ¡Su catedral!

—¡Blas... Blas...femia!—gritó el obispo, tartamudeando de ira y tapándose ambos oídos con las manos enconchadas—. ¿Cómo se atreve a profanar la casa de Dios? ¡Cómo!... ¡Cómo!...

Irguiéndose cuanto pudo y apuntándole el pecho con la mano, gritó:

—¡Hereje! ¡La hoguera le lavará de esa blasfemia! ¡Su sangre judía habla! Digno nieto de aquel monstruo que hasta

decapitó a su propio yerno, Vasco Núñez de Balboa, el marido de su propia hija..., el...

—¡Basta!—retumbó la voz de Hernando.

La daga relampagueó en el aire por un instante y con un solo golpe seco y metálico penetró las imbricaciones de la cota de malla milanesa y se quebró muy hondo en el pecho del obispo.

—Mi madre jamás casó con ese individuo. ¡Ni siquiera le vio!—gritó Hernando absolutamente fuera de sí y temblando de cólera.

Hubo una pausa.

—Traigan al cirujano. Estoy herido—dijo el obispo con voz suave y ahogada, poniéndose ambas manos contra el pecho.

Vaciló un momento intentando caminar, pero cayó de rodillas reclinándose sobre el escaño.

—Madre mía, ven, que estoy herido—balbuceaba.

—Reverencia—dijo Fra Diávolo—, olvídense del cirujano y de su señora madre. Déjeme hacerme cargo de su alma. No hay tiempo que perder.

Tomó al obispo por debajo de los brazos, y con la ayuda del hermano Pío, le recostó en el escaño.

El hermano le puso una almohadilla bajo la cabeza. Fra Diávolo hizo señas a Hernando y al hermano para que se alejaran, y en el banquito de pintar se sentó a confesar al obispo.

—No se marchen—dijo jadeando débilmente—, quiero confesión pública. Me muero. Culpa mía por intolerante. He pecado de avaricia. De vanidad. De abuso de poder para mejorar mi familia. Pero Dios sabe que soy honrado en mi defensa de los indios.

Hizo una pausa con un profundo suspiro y continuó balbuceando tan suavemente que apenas se le oía.

—Usted puede ayudar a los indios; vuelva a Dios, fray Pedrito... Madre mía, ¿dónde estás? Dame un poquito de vino Dios misericordioso, recibe mi alma...

Boqueó, vomitó sangre, y lívido, con estertores, apretando la cruz pontifical, mientras fray Pedrito murmuraba en latín haciendo cruces en el aire y dándole la absolución, el obispo expiró.

Todo eso duró sólo un momento.

El hermano Pío, cabizbajo, oraba en silencio.

Hernando permanecía inmóvil.

Fray Angel y la madre del obispo, seguidos por algunos sirvientes, llegaron a tiempo de oír las últimas palabras del argumento y trataron de entrar, pero Nieto, espada y pistola en mano, los devolvió, y llenos de pavor, salieron corriendo a pedir auxilio con grandes gritos, y presas de pánico, todos los demás sirvientes y esclavos del palacio episcopal huyeron dejando el edificio desolado, salvo en una esquina en el fondo de un corredor, donde una vieja paralítica, tía del obispo, quedó sola en su sillón gritando y llorando.

## XX

Momentos después que Hernando y sus acompañantes entraron en el palacio episcopal, Bermejo, con Salguero, Altamirano y un grupo nutrido de oficiales, rodearon el edificio. Bermejo permaneció en el pórtico.

Inesperadamente, vio a la madre del obispo y a los frailes, sirvientes y esclavos salir corriendo y pedir socorro histéricamente.

—¡Asesinaron al obispo!

—¡Mataron al señor obispo!

—¡Las tres Divinas Personas!

Pensando de manera relámpago, Bermejo reunió a todos sus oficiales y soldados que hacían allí la guardia, les ordenó que esperasen y corrió dentro del palacio. Después de pocos instantes regresó. Su rostro brillaba iluminado por una llama de felicidad mórbida. He aquí que, inesperadamente, su enorme, su única oportunidad, se le presentaba, y sin dudar un instante soltó el grito de batalla.

—¡Santiago y libertad!

—¡Libertad!—gritaron los otros.

—Cada uno de ustedes sabe lo que tiene que hacer. ¡Ahora o nunca! ¡Manos a la obra, y el Nuevo Mundo es libre!—gritó Bermejo.

—¡Libertad!—gritaron los soldados, y se dispersaron entre la ciudad a desempeñar sus tareas.

Bermejo les ordenó al teniente Roiz, *el Gigante*, y al teniente El Greco, dos de los ocho, permanecer allí con los soldados custodiando a Hernando, y él atravesó corriendo la Plaza Mayor y entró al cuartel general del Ejército real, justamente detrás del palacio del gobernador general. El hermano Pío había salido ambulando automáticamente del palacio, todo aturdido y estupefacto. Caminaba a la deriva de lo confuso, y cuando vio al gigantesco teniente Roiz haciendo guardia caminó hacia él.

—Hermano soldado—le dijo—, se ha vertido sangre en la casa de Dios. ¡Qué horror! Son cosas del demonio. El señor obispo ha sido apuñalado. Algo espantoso le va a ocurrir a esta ciudad. Recemos, hermano. *In nomine Pater et fillium*.

—¿Qué? ¿Cómo es la cosa?—le dijo Roiz, enfrentándole.

—Buen soldado: ve y captura al asesino. Está todavía allá, manchando la casa de Dios.

—¿Oh, ajá, sí? A ver, mueve esa carota de ángel, sólo un poquitito, así, el niño—le dijo Roiz tirando de la oreja izquierda del hermano y dándole un puñetazo metacarpal bajo la barba con el guantelete de hierro.

El hermano fue a dar contra las piedras de la pared y rebotó sobre las lajas de la ancha acera, inconsciente y sangrando.

—¡Otra cucaracha menos!—dijo Roiz riendo abiertamente a los soldados.

Por todas las bocacalles que convergían a la gran plaza, las gentes venían precipitadas y nerviosas a investigar la tremenda noticia que sacudía la ciudad como trueno.

—¡Atención!—gritó Roiz, y los soldados apuntaron las alabardas y prepararon los arcabuces.

Mientras tanto, en el palacio episcopal, Hernando, sin lim-

piarse la sangre siquiera, enfundó la daga rota y continuó de pie, inmóvil, observando a fray Pedrito administrarle los últimos ritos y cerrarle los párpados al cadáver del obispo. Rápidamente, Hernando había ido recobrando la razón y captando las dimensiones de su crimen: «Había convertido en mártir al obispo Valdivieso. Se acabó el virreinato. Adiós Toisón de Oro. ¿Y qué sería de su familia? ¿Y de su futuro? Ahora ya era un asesino. Un proscrito. ¡Ah! Si lo hubiera muerto a la hora del reto hubiera sido diferente. Ahora era un asesino. Todo había terminado...»

—¡Dios mío!—por fin habló, sus ojos llenos de lágrimas y su voz ahogada—. No me abandone, fray Pedrito. Por favor, ayúdeme. ¡Sálveme!

Se soltó en llanto, cayó de rodillas y besó la cruz pectoral del cadáver.

—Perdón, reverencia, fue un acto de locura, fue porque... Bueno..., perdóname, Dios mío.

Fra Diávolo le tomó suavemente de la mano y le ayudó a ponerse de pie, y ambos con las manos juntas y llenas de sangre, le dijo:

—Jamás te abandonaré, hijo mío. Nos iremos a un remanso de paz y seguridad. Nos iremos muy lejos, a unas islas remotas en el medio de la mar Pacífica. Tenemos barcos listos en el Realejo. No hay tiempo que perder. El viaje más largo principia por un paso. Vámonos, hijo.

Pero los interrumpió algo que reventaba como tormenta extemporánea. Largos sonidos de trompetas. Tambores marciales. Cañonazos al norte, al sur, al este y al oeste de la ciudad. Y un clamor creciente, rítmico y arrollador de caballería avanzando sobre el empedrado de la Plaza Mayor.

Hernando y Fra Diávolo escucharon sorprendidos. Incrédulos, atónitos y siempre de la mano salieron al mismo balcón bajo el cual Hernando había retado al obispo, y contemplaron con asombro al capitán Bermejo vistiendo armadura sobre un corcel blanco marchar al frente de una ancha y larga formación de dragones.

—¡Que viva el buen rey don Hernando!

—¡Que viva!

—¡Que viva!

—¡Que viva!

Gritaban fuertes voces, apenas audibles entre el ruido de las trompetas, tambores, campanas, cañones...

Hernando cerró los ojos por un momento. Su situación cambiaba inverosimilmente.

—¿Qué hago, fray Pedrito?

—Hijo mío—le contestó abrazándolo fuertemente—, la suerte está echada. Has quemado todos tus puentes y tus naves. Ahora es mejor que seas el campeón de la libertad del Nuevo Mundo, suceda lo que suceda, que un criminal prófugo. Vamos, pues, a las armas, hijo mío, y que Dios y la historia decidan.

Las arcadas y anchos andenes y corredores de todos los edificios a los cuatro costados de la Plaza Mayor se inundaban con oleadas de gente.

La caballería, formando cuadros geométricos, ocupaba casi toda la plaza. De pronto, un pelotón de clarineros apagó el rumor de los tambores y todos los ruidos y voces.

El capitán Bermejo, montando un corcel árabe, avanzó hasta debajo del balcón donde estaba Hernando, clavó el caballo abruptamente y lo alzó en dos patas, y con el sable en alto, gritó con su voz formidable y su rostro encendido:

—¡El ejército de la libertad pide sus órdenes, alteza!

Hernando levantó sus brazos en alto, pero no pudo hablar. Tampoco podía ver porque sus ojos estaban inundados de lágrimas. Se sentía enfermo, débil, mareado. Tan absurdas, fatales, tremendas, aplastantes emociones en tan cortos momentos ¡eran demasiado para un hombre! Se reclinó en el hombro de Fra Diávolo y le dijo:

—Sopórteme, fray Pedrito, no puedo más.

Bermejo bajó los remos delanteros del caballo e inclinó su cabeza al mismo tiempo que la del animal, haciéndolo recular varios pasos lentamente para tomarlo de pronto, y erguido sobre

los estribos, gritó a la multitud expectante:

—¡Que viva el buen rey don Hernando Primero, capitán de la libertad, príncipe de Cuzco, rey del Nuevo Mundo!

Baterías de cañones y allí mismo en la plaza principiaron a detonar y les hacían eco otros cañones de las fortalezas y las campanas de todas las iglesias y el pandemónium de la loca multitud. Masas, ríos de indios de todos los pueblos, corrían hacia la ciudad y a la Plaza Mayor. Entre el tumulto se oían también insultos, oraciones y riñas, mientras la multitud continuaba engrosando. Los falconetes disparaban incesantemente y las campanas de la catedral hacían vibrar el aire, y entre la soldadesca y caballería, el pueblo gritaba, reía, se abrazaba y besaba y bailaba en masa, mientras las voces, ya por millares, gritaban:

—¡Libertad! ¡Libertad!

## XXI

Hernando, en compañía de Fra Diávolo y Nieto, dejó el estudio, bajó una gradería de piedra y salió por el pórtico de la Plaza Mayor, donde los centinelas no habían permitido al populacho ocupar ni las aceras.

A un lado del pórtico yacía el hermano Pío, tirado contra la pared.

Hernando y Nieto siguieron hacia el grupo de soldados que les esperaban allí cerca. Fra Diávolo se quedó con el hermano. Ya estaba muerto. Tomó el cadáver y lo colocó a lo largo en un banco, en el zaguán del palacio. Le limpió la sangre del rostro con un pañuelo y con otro le ató la mandíbula inferior, que tenía fracturada. También tenía un hondo tajo en la frente. Fra Diávolo se arrodilló frente al cadáver, le bendijo y rezó en voz baja. Le besó en la mejilla, le cerró los párpados y, con los ojos humedecidos, le dijo:

—Perdónanos, porque no sabemos lo que hacemos, y ruega



por nosotros. Hermano de mi alma. Artista puro. Santo si ha habido alguno en la tierra. Adiós—le besó otra vez en la mejilla y partió.

Sobre el tumulto, Bermejo había estado observando a Fra Diávolo, y como relámpago pasaban las ideas por su cabeza. Recordó haberle oído decir que el obispo guardaba una fortuna en joyas y oro en la caja fuerte de su estudio. También recordó haber oído una vez a Misia decir: «El obispo sacó las llaves dentro de la banda.» E inmediatamente tiró del codo de su ayudante y se escurrieron dentro del palacio.

El palacio estaba en su interior absolutamente desierto y silencioso, tal que ellos inconscientemente caminaron en puntillas y hablando con sigilo.

Bermejo se aproximó al cadáver, hizo una leve inclinación y le quitó el anillo de rubí y la cruz pectoral; pronto encontró las llaves prendidas dentro de la banda, y abrió la caja fuerte. En un cofrecillo había cuatro cruces pontificales recamadas con piedras preciosas y otros tantos anillos pastorales, más un saquito de gamuza perfumado con varios diamantes, esmeraldas y perlas sin montar. En el compartimiento bajo había una caja pequeña de madera llena de doblones y monedas de oro.

—Este es suyo, teniente—le dijo dándole un anillo de una gran esmeralda—. Estas—dijo, metiendo el resto de las joyas en su escarcela—van a medias con su majestad. Y esto—agregó, pasándole la caja de monedas—es propiedad del Ejército de la Libertad.

Cerró de nuevo la caja de seguridad, prendió las llaves otra vez en la banda, se inclinó ante el cadáver y le ayudó a Salguero con la pesada caja de monedas hasta el pórtico, donde el teniente Roiz, *el Gigante*, se hizo cargo de ella, y en un santiamén regresaron a juntarse con Hernando, quien permanecía aún en medio de la plaza rodeado de soldados recibiendo la ovación de la creciente multitud.

—¡Soldados!—retumbó el vozarrón de Bermejo—. Al palacio del gobernador general. ¡A la proclamación!

- ¡Que viva el capitán de la libertad!
- ¡Que viva el príncipe de Cuzco!
- ¡Que viva el rey del Nuevo Mundo!
- ¡Libertad! ¡Libertad!

Cuando llegaron al palacio del gobernador ya estaban allí el teniente Altamirano con el oro de la Casa de la Moneda y el teniente Ruy Quezada, otro de los ocho, con el oro de la Tesorería real y con la noticia que su excelencia Maldonado acababa de sufrir otro síncope.

La multitud fue retirada de las arcadas del palacio del gobernador general. Una gran plataforma de madera se construía rápidamente en la Plaza Mayor, y Bermejo, con el bachiller Del Río, le daba los últimos toques al acta de la proclamación real.

—Alteza—llegó Salguero a informarle a Hernando con un pliego en la mano—, tres mil onzas de oro de la Casa de la Moneda, seiscientas del Tesoro real y doscientas ochenta de las arcas del obispo, y un poco más del doble de todo eso en plata de fuentes misceláneas.

—Muy bien, teniente—le contestó—; inmediatamente después de mi proclamación, que se le paguen todos los sueldos atrasados al Ejército y que el sobrante se reparta como una regalía a cada soldado y oficial en proporción.

Hernando, sentado en el sillón del gobernador, tras de una gran mesa labrada, parecía distraído y como pensando en algo lejano que embargaba su atención. Por momentos semejaba estar perdido, abatido, incoherente.

En el patio, la mano del reloj de sol apuntaba entre sexta y nona. Bermejo le echó el último vistazo al pergamino de la proclamación y se lo dio al paje.

La plataforma lista y ya todos en armadura, Hernando, Bermejo y todo el Estado Mayor se movieron con pasos tiesos en orden, uno por uno, pasando por una valla de alabarderos hacia la plataforma. Las músicas y aires marciales sonaban por todos lados y la correntada creciente de indios apretaba más y más el tumulto de la gran plaza.

Sobre la plataforma, Hernando se situó en el medio, frente a los oficiales que formaron en dos filas al fondo. Bermejo se movió hacia la baranda que hacía frente a la fuente de la Reina Isabel y la catedral. El paje desenrolló el pergamino y lo colocó en un atril, sosteniéndolo extendido para que el capitán pudiera leerlo. Tres falconetes dispararon en sucesión, y Bermejo, muy clara, lenta y potentemente, principió:

—Nosotros, el Ejército de la Libertad del Nuevo Mundo, hoy, aquí y ahora y para siempre jamás, declaramos independiente al Nuevo Mundo de los tentáculos de España o de cualquier otra nación.

Grandes gritos le interrumpieron. El respiró fuertemente y continuó:

—Nosotros, el Ejército de la Libertad del Nuevo Mundo, hoy, aquí y ahora y para siempre jamás, proclamamos como nuestro único y legal monarca a su majestad Hernando Primero, príncipe de Cuzco, rey del Nuevo Mundo.

Se tornó hacia Hernando en medio de otra oleada de aclamaciones, se inclinó ante él y continuó:

—Nosotros, el Ejército de la Libertad del Nuevo Mundo, hoy, aquí y ahora y para siempre jamás, en el nombre de nuestro buen rey don Hernando Primero, podemos, queremos y de hecho tomamos posesión real, corporal y permanente de todas las tierras y mares, costas, bahías e islas hasta hoy exploradas y de las que aún resta por descubrir en todo el Nuevo Mundo, incluyendo todos sus indígenas nativos y sus descendientes. Item más. Nosotros, el Ejército de la Libertad del Nuevo Mundo, hoy, aquí y ahora y para siempre jamás, juramos solemnemente pelear por la libertad del Nuevo Mundo contra España o cualquier otra nación hasta el último hombre y la última gota de sangre. Y de hecho, hoy, aquí y ahora y para siempre jamás, ¡todos lo juramos solemnemente!

Cambió de tono y se dirigió a los oficiales del Estado Mayor, que estaban firmes con las espadas en alto.

—Oficiales, ¿juráis sostener mis palabras?

—¡Juramos!

Y tornándose a voz en cuello se dirigió a los soldados:

—Soldados del Ejército de la Libertad del Nuevo Mundo, ¿juráis sostener mis palabras?

—¡Juramos!—gritó un coro de fuertes voces ahogándose entre el clamor de la multitud, que presto enmudeció cuando Bermejo desnudó su espada y levantándola en alto dejó oír otra vez su voz:

—Y si hay alguien que tenga cualquier objeción, reclamación o reparo a mis palabras de esta solemne y legal proclamación, que hable, y aquí mismo ya, las espadas decidirán a quién da la razón Dios.

Hubo un gran silencio, mientras Bermejo barría con una mirada feroz la gran plaza repleta de gente y repitiendo tres veces el reto de estilo; en sus pausas y esperas sólo se oían los chirridos y crujidos de sus rodilleras metálicas y de los espigones giratorios de la armadura cuando daba pasos de acá para allá esperando un objetor; pero como ninguno se presentara, él gritó:

—¡Mi espada es la lengua de Dios!

La besó, la envainó y gritó:

—¡Que viva nuestro buen rey don Hernando Primero, capitán de la libertad, príncipe de Cuzco, rey del Nuevo Mundo!

Se aproximó a Hernando, dobló una rodilla y le besó el anillo.

Todos los oficiales del Estado Mayor hicieron lo mismo; y el bachiller Del Río, que era ya el notario oficial del Ejército y secretario privado de Hernando, levantó una instructiva legal del acontecimiento, firmada por todos ellos como testigos y lacrada y sellada con el nuevo sello real.

El cielo de la Plaza Mayor se llenó de sombreros multicolores volando en alto, junto con banderas, pendones, flores, piezas de vestir y humo de petardos y de fogonazos de cañones.

Y las campanas, y los cañones, y los tambores, y las músicas, y el vino, y la cususa, y la chicha, y las danzas colectivas, y el supreso carnaval, todo reventó al mismo tiempo, pues la indiada estaba delirante. Hasta los toros de Vivarrambla fueron

sacados de la plaza y toreados corriendo en las calles, en medio de un pandemónium incontrolable, con más de una docena de millares de indios con órdenes de Texoxes de ayudar al «Teculi don Hernando», celebrando y gritando enloquecidos:

—¡Libertad!

## XXII

De regreso al palacio, Hernando, otra vez en el sillón del gobernador, principió a dar las gracias a sus oficiales, pero sus palabras eran incoherentes. Se puso de pie, escuchó el tremendo vocerío y ruidos de la ciudad. ¡Todo aquel inmenso frenesí era en su honor! ¡Cómo el pueblo adoraba a su rey, pensaba, deslumbrado, complacido, nervioso! Volvió a concentrarse y logró terminar de darle las gracias por haberle elegido su comandante en jefe y por haber jurado hasta dar su sangre por él.

El bachiller Del Río, con una inclinación, le entregó los pergaminos de los nombramientos y ascensos.

—Su majestad eleva al capitán Juan Bermejo al rango de mariscal de campo del Ejército de la Libertad. A don Pedro de Contreras, su hermano, le nombra almirante de la Armada de la Libertad, si él acepta. Al señor Pedro de Castañeda, vicealmirante; a mí, notario real y secretario privado de su majestad, y al teniente Salguero, como a los ocho tenientes que vinieron del Perú y otros del viejo Ejército, capitanes de nuestro Ejército de la Libertad...

Mientras el bachiller iba leyendo los nombres, los mencionados se fueron presentando y arrodillándose para recibir su espaldarazo y pergamino.

—Oficiales—les dijo Hernando una vez terminada la ceremonia—, más tarde cada uno de ustedes irá recibiendo su título nobiliario y tierras e ínsulas para gobernar.

—Alteza—dijo Bermejo poniéndose de pie, y dándole las gracias pomposamente en nombre de todos, terminó así—: y no ha sido asunto de buena suerte que todo haya resultado tan

perfectamente este día. Se ha debido a su logística, a su estrategia, a que usted todo lo había previsto. Ya la ciudad está bloqueada, ninguna información se podrá escapar. Ahora bien: su graciosa majestad se merece la más grande celebración posible y estamos ansiosos de realizarla; pero me atrevería a sugerir que éste no es el momento oportuno. Este es el momento de la acción rápida y violenta, de la sorpresa. La sorpresa es nuestra arma más poderosa. Tenemos enfrente muchas batallas inminentes, decisivas, impostergables, y por eso yo sugiero que esperemos hasta después de la victoria final de Lima. Entonces nuestra celebración será su solemne coronación: primero como rey, en la catedral de Lima, y después como príncipe de Cuzco, en el propio templo del Sol, en Cuzco, con todos los ritos incaicos, y así tendremos a todos los indios a nuestro lado incondicionalmente.

—Absolutamente de acuerdo, mariscal. Me gusta la idea. Me encanta ese título, príncipe de Cuzco, no hay otro igual, y me corresponde puesto que mi tío el marqués de la Florida, don Hernando de Soto, conquistó esa sagrada ciudad y capturó al emperador Atahualpa.

—Otra cosa, si me la permite vuestra alteza. Lo que es el Realejo, pasado mañana lo tendremos en nuestra mochila; pero si mientras tanto algún navío escapara con la noticia a Panamá o Lima, perderíamos el elemento de la sorpresa; por tanto, me atrevo a sugerir que el vicealmirante Castañeda y el capitán El Greco se vayan inmediatamente a bloquear la entrada del Realejo con ese navío *Perú*. Si cualquier barco escapara a nuestro asalto, ellos lo capturan o lo echan a pique.

—¡Qué cosas, mariscal! En eso estaba pensando. Brillante idea—dijo Hernando.

—Más aún, alteza. Antes que salgan en el *Perú* a bloquear el Realejo, dejarán sesenta soldados de los del barco al mando del capitán De Landa, quien acompañará al vicealmirante y al capitán El Greco y marchará con ellos en grupos desperdigados hacia Granada y aparecerán como náufragos, para que el señor Martín los plante de acuerdo con vuestros planes.

—¡Excelente!—dijo Hernando poniéndose de pie—. ¡Vicealmirante Castañeda, capitán El Greco, capitán De Landa, buena suerte!—levantó una mano.

—Majestad—dijo el vicealmirante, con una profunda inclinación—, estaremos a bordo del *Perú* antes del anochecer, y mañana, a eso del alba, la entrada del Realejo estará bloqueada.

Llegó hacia él, dobló una rodilla y le besó el anillo. El Greco y De Landa hicieron lo mismo y, sin más palabras, se fueron.

Poco tiempo después que Fra Diávolo partió, inesperadamente Hernando principió a sentirse desolado y afligido. Fray Pedrito había sido su tutor, su confesor, su camarada; él le había enseñado casi todo lo que sabía: literatura, música, esgrima. El era el único que realmente le comprendía, le quería y le manejaba. El era parte de su familia, algo así como un tío complaciente. Sentía más confianza con él que con su padre. Mientras tanto, pensaba, ¿quiénes eran todos esos oficiales y soldados aventureros que le llamaban rey? Una banda de rebeldes, temerarios irresponsables a quienes acababa de conocer. ¿y Bermejo? ¿Quién era Bermejo? Una especie de toro de lidia, un centauro, un demonio obsesionado de guerra; no sabía más que de guerra; valiente, audaz, feroz, admirable, tremendo como una tormenta y de una sola pieza, como un cañón, pero sin ninguna afinidad espiritual entrambos. Así, pues, Hernando se sintió de repente solo, íngrimo en el alma, a la deriva. Por un momento dudó y detestó todo aquello y quiso salir corriendo. Ahora que fray Pedrito no estaba allí, ¿con quién podría él departir? ¿Tratarse como amigo, como igual? Miró a su derredor. ¡Ah, sí! Pensó y sonrió al ver a su lado a su nuevo secretario privado, el bachiller Del Río. Bueno, ciertamente el bachiller era un lépero trotamundos, cínico, contrabandista; pero a la vez fascinante, culto, generoso, valiente, inconmensurable en artimañas y sobre todo fiel. Eso sí, fiel hasta la muerte, y pensando tales cosas fue interrumpido por el bachiller:

—Mi rey, mi príncipe—le dijo—, el pueblo está pidiendo ver «su rey». Quieren ovacionarle, vitorearle. ¡Oh Dios, éste es

nuestro día de gloria! La multitud está loca. Bendígala con la gracia de su presencia. Vislúmbrela, magnéticela, fascínela, mi príncipe.

Sonaba ampuloso, pero a la vez conmovido y convincente.

—Bachiller, le voy a elevar a conde—dijo Hernando poniéndole una mano sobre la espalda, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas ante la expectación general—. ¡Qué día más portentoso!—continuó Hernando emocionado—. ¡Oh Dios, éste es el día más decisivo de toda mi vida! ¡Ah! Pero es demasiado, ¡demasiado para un solo día! Virrey, asesino, príncipe, rey. ¡Oh! Por favor, permítanme concentrarme por un momento. Sólo por un momento.

Se sentó en el sillón, se quitó el casco, enterró su cabeza entre sus brazos cruzados sobre la mesa y lloró convulsivamente.

Sentíase solitario en medio de tanto alboroto y vociferación. ¡Si solamente hubiera estado a su lado fray Pedrito su hermano Pedro! Estaba aturdido, sentíase flaquear, y pensando en su familia distante, en silencio continuó llorando. Pero, ¡ah sí!, pensó, un miembro de su familia estaba muy cerca de él: ¡Su abuelo! Cuyos huesos descansaban en la catedral, al otro lado de la plaza. Y el solo pensamiento de Pedrarias le sacudió como un rayo con un choque de pundonor. ¿Qué diría Pedro Arias de Avila, el gigante, el terrible, el campeón, al verle llorar así y rajarse como pendejo? ¡Jamás! Se irguió como por resorte en toda su estatura y miró a sus hombres a su derredor rodeándole firmes, yelmo en guardabrazo, sus rostros curtidos en silencio comprensivo, y les habló con gran emoción, pero con firmeza:

—Soldados, perdónenme. Es la emoción por el juramento de ustedes hacia mí. Son estos terribles momentos. Es el clamoreo de esa multitud. Todo este día. Bueno, yo soy un hombre. Aun Jesucristo, que es Dios, lloró. Gracias, gracias, soldados, y ahora yo les juro a ustedes triunfar o morir con ustedes.

Todos permanecieron en respetuoso silencio. El tumulto afuera continuaba creciendo.



—Mariscal de campo—le dijo Hernando, ya en completo control de sí mismo por favor, acompáñeme a la arcada a saludar a la multitud.

Ya en la arcada, Bermejo se quedó varios pasos atrás de la baranda de piedra donde Hernando, con las manos en alto, saludaba a la gran masa de indios que, al verle, se manifestó con estrépito ensordecedor.

La inmensa multitud de indios que no hablaban castellano sólo sabían que él era «libertad». «El rey libertad», y la idea que ellos creían de ser ya libres de nuevo, de no tener que trabajar más y de volver a sus viejas costumbres les embriagaba más aún que la cususa y la chicha de maíz fermentado. La enorme y creciente masa de indios, vestidos con telas y plumas de mil colores y formas fantásticas, había llenado no ya sólo la plaza entera, sino casi toda la ciudad, y continuaba creciendo.

La multitud, las campanas, músicas, cañonazos y todo renovándose en crescendo a un clímax de exaltación en su honor principiaron a producirle carne de gallina en la piel, de tanta emoción, llegando casi al éxtasis. El únicamente levantaba los brazos y otra vez principió a gotear lágrimas, pero ahora de regocijo, y tornándose a Bermejo y a los oficiales, les hizo señas que se llegaran a acompañarlo. A su insistencia, todos le rodearon para compartir la estrepitosa aclamación que en vez de amainar crecía por toda la ciudad, ya con brote de desórdenes y riñas por un lado u otro.

—Mariscal—le gritó Hernando al oído para poder ser escuchado—, créame usted que estoy viendo la sombra de mi abuelo Pedrarias sonreír y bendecirme desde lo alto de esa catedral.

—Majestad—le contestó, gritándole también cerca del oído—, sois ya más grande que el viejo Pedrarias, más grande que todos vuestros progenitores. Que el infanzón Fernán González, protoconde de Castilla. Que la Bobadilla. Que Hernando de Soto. Que la princesa Angelina de Hungría. Que la duquesa de Moya. Que todos los condes de Puñoenrostro... Todos... Todos ellos serán joyas solamente en vuestra corona. Sois más grandes

que Carlos Quinto. ¡Sólo par de Julio César! ¡Su majestad es el primero y será el más grande de todos los demás reyes en la historia del Nuevo Mundo!

Hernando, en éxtasis, atónito, paseaba su mirada sobre la torre de la catedral, sobre el Momotombo y su penacho de humo, sobre las cumbres lontanas de los Andes, y el azul angustiado de sus ojos se perdía por el infinito azul, mientras la marejada de sus emociones continuaba batiéndole con golpes y contragolpes de presentimientos, dudas, esperanzas y aturdiéndole los sesos. Demasiado. ¡Demasiado! Y de pronto otra vez deseó que todo fuera sólo una pesadilla. Pero el tumulto de la ingente e inesperada apoteosis y la voz de Bermejo, que volvía contundente, eran drogas poderosas que esfumaban sus dudas y embriagaban su espíritu con visiones de gloria.

—¡Que viva el buen rey don Hernando!

## XXIII

En su villa, el vicealmirante envió primero dos indios con mensajes a Xxtlapapalotl y Texoxes, y mientras le esperaban los dos oficiales, fue a ultimar otros detalles. Tomó un saco de lona que siempre tenía dispuesto para zarpar inesperadamente y que contenía su breviario, algunas prendas de vestir, una bolsa con monedas de oro, un astrolabio, un nocturlabio, un cuadrante de altura, varias cartas de navegar secretas y cuatro libros: el *Manual de navegación*, de Rodrigo Samorano; *La navegación parabólica*, de Pedro Núñez; una copia del *Registro real*, que contenía un catálogo manuscrito de todos los barcos en el océano Pacífico, y un tomo grueso en griego de todo Homero.

Por última vez en su villa, se detuvo en un corredor frente a un nicho de la Virgen, y contemplándola, yelmo en mano, se despidió:

Tu che dentro de mi vedi, e'lmio mal senti  
E sola pui finir tanto dolore  
Con la tua umbra acqueta i mieilamenti...

Cortó una rosa del jardín, la colocó a sus pies y fue a juntarse con El Greco y De Landa.

En buenas cabalgaduras, y acompañados de un pelotón de lanceros, pronto dejaron la ciudad y se perdieron sobre los pedregosos pastizales de las sierras de Managua. Seis leguas después, y antes del crepúsculo, llegaron a los manglares de un brazo de mar. Por allí, escondido entre la maleza, había un bote salvavidas cubierto con una ramada y cuidado por tres soldados. Empujaron el bote al agua y remarón por unas riadas laberínticas hacia el estero. Oscurecía rápidamente cuando la silueta del *Perú* se perfiló frente al mar y contra los últimos rojos esfumados del crepúsculo.

Atracaron el bote contra las costillas del barco a una pasarela y subieron a bordo. Subconscientemente, el vicealmirante analizaba las capacidades bélicas del *Perú*. Era una carabela vieja, aunque con toda la cubierta forrada de puente a puente. El casco demasiado curvo, las nalgas muy anchas, los castillos altos. Fácil blanco para la nueva artillería, pensaba, pero aún serviría para auxiliar a carguero o para una operación de asalto o de abordaje por sorpresa.

Durante largos meses de huidas y escondites, los soldados y la marinería lo habían cuidado con esmero. Todas las barras, vigotes, linternas y motonería de bronce brillaban como oro pulido contra las luces, mientras él yacía imperturbable, achacoso, pero sin perder su noble dignidad de transatlántico.

Varios botes cargados de soldados, hasta ajustar sesenta escogidos, partieron con el capitán De Landa, y con las linternas rielando temblorosas, se perdieron entre la serena oscuridad de los manglares.

El vicealmirante y el maestro Benito de Zafra se retiraron a conferenciar a solas al cuarto de navegación. Sin quererlo, el

vicealmirante analizaba al viejo lobo marino, alma de su navío y hermano suyo en años, espíritu, cicatrices y remiendos. El maestre era de recias cuadernas, pata de palo, barbudo, con ojos muy apretados, pero que brillaban como dos llamitas dentro de los matorrales de las cejas, y con un millar de arrugas y verduguillos en el rostro curtido por vientos gélidos y soles y brisas salitrosas.

El maestre, por su parte, tomaba su tiempo para mirar a los hombres, a las estrellas y sobre los lomos del Toro Azul, como llamaba al océano.

—Vicealmirante—principió lentamente—, yo creo que conozco al Toro mejor que un alcatraz. Yo creo que conozco a las estrellas mejor aún que la aguja. Pero a los hombres... ¡Bendita sea mi madre!...

Hizo una pausa y tomó un poco de vino.

—Bueno, vicealmirante; bueno, yo quiero que usted sepa que yo confío en el capitán Bermejo como en Dios. Perdón, digo, el mariscal de campo. Yo conozco más el mar, pero él conoce mejor a los hombres. Jamás se equivoca. El sabe para dónde vamos. Por tanto, vicealmirante, aquí estamos a sus órdenes mi barco y yo.

El viejo había hablado con emoción muy comprimida.

El vicealmirante se dio cuenta del coraje y de la disciplina del viejo lobo al rendir voluntariamente el comando de su propio navío, el mismo navío donde él había ejercido un comando absoluto durante casi un tercio de siglo.

—Maestre Benito—le contestó—, yo soy sólo un huésped suyo. Yo soy el vicealmirante de la flota de la Libertad. Mi gallardete flameará de barco en barco. No sé cuántos tendremos, pero suceda lo que el Destino quiera, usted será siempre el maestre del *Perú*. Más aún, después del bloqueo del Realejo tendremos varios galeones, seis creo que hay en el puerto, y usted puede elegir el que quiera.

—¡Oh no! Eso jamás. Yo aquí he de morir. Este es mi ataúd.

Llamaron a todos los oficiales y contramaestres, y una vez reunidos, habló el vicealmirante:

—A esas del alba del primero de marzo, el mariscal asaltaré el Realejo. El confía en el *Perú* para bloquear la entrada del puerto y echar a pique o capturar cualquier navío que intentara la fuga. Si la noticia de nuestra guerra llega a Panamá y a Lima antes que nosotros, quizás podríamos hasta perder la guerra. Es, pues, capital en esta primera etapa la función que ha de realizar el *Perú*, saldremos de aquí directamente hacia la entrada del Realejo. Después de la medianoche estaremos a la vista de los farallones y nos mantendremos batiendo contra la entrada del puerto, de modo que si algún barco quisiera escapar tendría que pasar entre nuestros cañones y los acantilados de aquel islote del Cardón.

Hizo una breve pausa.

—Muy bien, maestre Benito, ahora ya usted sabe lo que deseamos. Dé usted sus órdenes.

—Oficiales—habló el viejo—, ustedes saben que hemos estado en guerra contra ese flamenco de Carlos Quinto durante más de seis años y que nosotros jamás claudicaremos como los comuneros de Castilla. Nosotros peharemos hasta el final. Esta es nuestra ocasión.

—¡Bravo!—gritaron varias voces.

—Capitán El Greco—continuó—, usted es el responsable de la artillería. Todas las casamatas deben estar en pie de guerra antes de la medianoche.

Le enfocó la mirada al primer contra maestre Tristán Bermúdez:

—Tú te haces cargo de las operaciones de abordaje que pudieran presentarse. Y tú, Quirino—le dijo después al piloto mayor—, mantén el barco así, siempre con el Cardón a la vista.

Y zigueaba el dedo sobre la carta de marear.

—Sí señor.

—Eso es todo.

Los oficiales y contra maestres se retiraron, y el vicealmirante y el maestre quedaron otra vez solos.

En lugar de seguir hablando de la guerra, el vicealmirante sacó una baraja de naipes y empezaron una partida. Al terminar

ya con el barco en movimiento, el vicealmirante había perdido dos piezas de oro.

Levadas las anclas, el barco, izando velas, palanganeaba, cabeceaba y crujía saliendo del estero hacia la mar abierta subiendo despacio y bajando más rápido las marejadas perezosas.

El vicealmirante salió a tomar aire sobre la cubierta de popa. Estaba solo. Las siluetas de los volcanes de la noche, el batir de las velas caminando, los chirridos de las jarcias y el pito del segundo contramaestre saturaban sus sesos de recuerdo que, de pronto, lo transportaron lejos. Y apoyado sobre una barandilla le habalaba al mar en voz baja:

—Tallata. Oceanus. Río océano. Padre, hermano mío, tantos años tan lejos, pero aún entiendo tus voces griegas y aquí estoy de nuevo tras la canción de tus sirenas...

El capitán El Greco cortó sus divagaciones.

—Vicealmirante—le dijo—, todas las casamatas ya están listas y quisiera unas cuantas palabras a solas con usted.

—Por supuesto, capitán—le dijo, y coleándole una mano sobre el hombro, continuó—: Estoy admirado del maestro Benito, ¡qué palo de viejo!

—Es que usted tiene tacto, vicealmirante. Nosotros nos temíamos que el viejo se encabritara. Usted no se imagina lo que él ama este montón de astillas. Pudo haber obtenido mucha plata si se sumaba a Gasca, pero jamás; es un viejo muy terco. Oiga, y si él es su amigo, allí no hay otro igual... Y, precisamente, vicealmirante, eso es lo que quería hablar con usted. Venía a felicitarle en nombre de todos nosotros, soldados y tripulación, por su enorme tacto. El viejo está feliz. Buen principio; todo va a pedir de boca. Buenas noches, vicealmirante.

—Gracias, capitán. Buenas noches.

Un fuerte apretón de manos y partieron. Casi a la medianoche, el vicealmirante, a solas, regresó a la cubierta de popa, donde, apoyado en la barandilla, miró fijo las estrellas y después la estela fosforescente de la nave. Allí permaneció silencioso y pensativo largo rato. Por fin, como sonámbulo, regresó a su

pequeño camarote, pues rehusó aceptar el del maestro. Se desnudó y se metió en su tarima, deseando haber sido quizá un grano de sal para disolverse en el océano para siempre en vez del titubear de su vida: padre Castañeda, fray Pedrito, señor Castañeda, Fra Diávolo, vicealmirante..., y se durmió profundamente.

Antes del romper del día, el *Perú*, pilotado por el maestro Benito, navegaba frente a la entrada del Realejo.

Nada sucedió en todo aquel día 27 de febrero. Ningún barco entró o salió; pero el *Perú* se mantuvo con los cañones listos y los telescopios avizores sobre el bocal del puerto.

Aquella noche, el maestro, después de perder un poco, acabó ganándole otras dos piezas de oro al vicealmirante.

El 28 tampoco sucedió nada durante todo el día. Pero cayó la noche crítica en cuya madrugada había de ser el Realejo asaltado.

Después del turno de medianoche, al alba, el maestro le pidió al vicealmirante que tomara el control del navío. Ya le había cobrado afecto y respeto por sus conocimientos náuticos.

El vicealmirante, sobre el puente de mando, escudriñaba con el telescopio la entrada del puerto, las costas y todo el horizonte, una y otra vez; y con calma daba sus órdenes.

Pájaros tempraneros circundaban el navío revoloteando y graznando y la brisa de la cordillera soplabla constante y fresca.

A bordo, desde el atalaya, en la punta del palo mayor, hasta los pinches, en la cocina, cada uno era un vigía.

La neblina mañanera ya había desaparecido y rompía un día soleado y sin nubes ni velas a la vista: sólo tierra y mar.

## XXIV

En la ciudad de León, el mariscal de campo no tenía tiempo ni para dormir, ni le importaba, tan ocupado estaba coordinando un conjunto de operaciones. Sin embargo, el 27 por la mañana

asistió a los funerales de su excelencia Maldonado, quien murió tan oportunamente, que su fidelidad no fue puesta en duda por ninguna de las dos partes.

El populacho de la ciudad y de los pueblos continuaba celebrando locamente su «libertad», pero el ejército se mantenía en estricta disciplina y muy ocupado preparando todos los detalles de la guerra, hasta minucias como el cuño de la nueva moneda con la efigie de Hernando Rex; preparación de armamentos, distribución de equipos, entrenamiento para operaciones especiales, prácticas de señales y mil otras cosas.

Un piquete de caballería aderezado de gala acompañó a un mensajero a la casa de la muy ilustre condesa de Sotomayor con una carta de Hernando pidiéndole audiencia, pero Rosita no se dignó recibirle.

El 28, con heraldos y pregoneros, se ordenó el fin del carnaval y la incesante celebración amainó.

Antes de la medianoche, el Ejército de la Libertad iniciaba su marcha triunfal desde la Plaza Mayor. Hernando y Bermejo rompían fila a la luz de antorchas, linternas y candiles. Seguían los pajes de armas y los portaestandartes con las banderas decoradas con el nuevo escudo real: un león rampante con la real corona y una garra descansando sobre un hemisferio de oro y plantado sobre una franja grabada con la palabra «Libertad». Seguía un pelotón de trompeteros y otro de tamborileros, y más estandartes y escudos de armas, y músicas marciales, y ruido de herraduras de caballos sobre los adoquines, mezclándose con el olor del cuero engrasado de las sillas de montar y de los arneses y del reguero de estiércol fresco y de la fragancia del humo de las antorchas de pino.

Tronaban fuertes voces de mando y gritos de despedida mientras seguía desfilando el ejército: caballería, infantería, arcabuceros, alabarderos, ballesteros... y troncos de mulas tirando de la artillería. Y el tren de vitualla, cocinas, hospitales y talleres de campo, forjadores, barberos, sirvientes, indios y africanos cimarrones. Y mujeres, cantidades de mujeres, viejas y jóvenes, al



anca, sobre las cureñas, en carros de mulas, a pie. A intervalos, por órdenes del mariscal, iban intercalados grupos de músicos: tambores y pitos, trompetas y gaitas gallegas, acordeones, guitarras, clarines...

A la retaguardia, con los perros de guerra, iba el capitán Roiz, *el Gigante*, sobre un alazán, cantando y tronando un rebenque de verga de toro.

## XXV

El Realejo era un puerto muy activo, el tercero en importancia, después de Panamá y el Callao, en toda la costa del Pacífico del Nuevo Mundo. Su población la constituían unas cien familias europeas y alrededor de cinco mil indígenas esparcidos por un radio de más de una legua, con fértiles granjas, hortalizas y huertos de árboles frutales y cacaoteros.

El centro de la ciudad estaba a la vera del agua. Callejas muy angostas. Bodegones, conventos, iglesias, un astillero grande con fundición de cañones y residencias, todo revuelto desordenadamente a lo largo de una muralla de mampostería levantada al borde del estero que servía de muelle y malecón.

Era un lugar siempre húmedo, cálido, pantanoso y atacado por todas las plagas de la tierra caliente.

En la madrugada de aquel primero de marzo, la avanzadilla de la libertad principió a infiltrarse en el puerto ya hasta con los nombres y posición de los barcos en el embarcadero y hasta de los serenos esa noche en turno.

La precisión de los movimientos, facilitada por la escasa claridad de la luna y los reflejos de las linternas en las aguas dormidas del estero, ayudó a capturar a los serenos fácilmente y amordazarlos antes que pudieran darse cuenta y también asaltar los barcos surtos y darle la señal a la caballería, que invadió la ciudad mientras los falconetes disparaban, pero sin proyectiles,

y la infantería penetraba y ocupaba todos los edificios públicos y hogares de principales.

Fue una operación tan rápida, que los soldados del fuerte de San Isidro y los guardas del Cabildo real no tuvieron ni tiempo de vestirse y fueron acorralados en paños menores.

Apenas alboreaba cuando Hernando y Bermejo desmontaron en el Cabildo para tomar posesión del puerto; en ese instante el capitán Altamirano apareció jadeando.

—¡Majestad! ¡Mariscal!—gritó—. El *Chile* se ha escapado y es un galeón muy veloz.

—¿Seguro?—rugió Bermejo.

—Sí, señor; es que apenas llegó ayer tarde y nunca atracaba en el embarcadero; debido a su calado fondeaba estero adentro. Ya no pudimos detenerlo. Quizá alguno de sus marineros en tierra remó con la noticia... Quizá...

Antes que Bermejo tuviera tiempo de hablar, un sargento irrumpió exaltadamente:

—¡El *Príncipe Felipe* ha escapado! ¡Un bergantín muy rápido!

—¡Cóño!—estalló Bermejo, dándole tal puñetazo a una mesa que hasta la hizo saltar—. ¡Me cago en el coño de las once mil vírgenes! ¿Cuántos barcos han dejado escaparse, pen-dejos?

—El bergantín no me preocupa—dijo Hernando—, pero el *Chile* no tiene rival. Yo lo conozco, es un galeón formidable.

—Además—dijo el alférez Sánchez—, de aquí a que podamos preparar un navío para seguirlos ya será muy tarde.

—Nuestra única esperanza es el *Perú*—dijo Bermejo—. Es verdad que parece un catafalco de viejo, pero está sobre aviso y lo mandan el vicealmirante Castañeda y el mestre de Zafra. Dudo que a ellos se les escapen esos barcos.

Cuando el sol brillaba sobre la cordillera, el Ejército de la Libertad se encontraba victorioso, pero decepcionado. Habían realizado una operación casi perfecta, pero para el mariscal equivalía casi a una derrota.

—¡A la mierda!—les gritaba a los oficiales y soldados—. A mí no me vengan con *casis*, ni con *peros*, ni con *sies*. En la guerra es todo o nada. ¡Al carajo, no hay celebración!

Todos permanecieron silenciosos y tristes. Estaba tan feroz el mariscal, que hasta Hernando se mantenía quieto y a distancia.

Mientras tanto, la noticia corría por el puerto y todas las miradas se dirigían hacia el estero: unos esperando ver las velas regresar, otros deseando que no aparecieran.

## XXVI

Al amanecer soplaba el viento de tierra, suave, que empujaba el *Perú* serenamente en sus maniobras. Todo estaba tan tranquilo, que parecía como si nunca fuera a suceder nada; pero de pronto sonaron las campanas de alarma y el atalaya gritó:

—¡Galeón a babor! ¡Bocal arriba!...

Estalló una gran conmoción. Siguiendo las órdenes del pito del contramaestre, unos marineros cogían rizos, otros soltaban y cobraban velas, otros cruzaban vergas y el barco viraba batiendo y apretándose lo más posible contra el viento para virar de nuevo.

El vicealmirante, mientras tanto, observaba con el telescopio. El maestre, que estaba a su lado, dijo:

—Sí, es un galeón de cuatro palos. Trae poca vela. Hizo una pausa y continuó:

—Quizá ocho nudos. Mmmm de tres cubiertas. Modelo muy nuevo, delgado, la cubierta principal más angosta que la línea de agua. Pero no puedo leer el nombre. ¡Coño!

—Es muy hermoso, maestre—dijo el vicealmirante—. Le veo bien el casco azul. Ajá, es el *Chile*. Permítame ver en el *Registro real*.

Hojeó el cuaderno y principió a leer en voz alta:

—Novecientas toneladas. Construido en España. Galeón de lujo de pasaje. Pertenece a la familia Cianca, de Lima. Lo

manda el maestre Valenzuela. Dotación: quince cañones de tres toneladas y diez menores por banda.

—¡Demonios!—dijo el maestre—. Esos cañones son el doble de poderosos que nuestras culebrinas y cuatro veces más que nuestros basiliscos...

—Sí, maestre; pero estamos ya tan cerca que da lo mismo y parece que no nos reconocen. ¡Está tan cambiado este viejo caballo de mar!... ¡Ahora sí! Otro viraje y les ordenamos arriar velas.

Inesperadamente, el *Chile* empezó a hacer señas con banderas diciendo: «Aproxímense. Importante. Aproxímense.» «Vamos. Allá vamos. Vamos», contestaba el *Perú*.

El inesperado cambio de la situación facilitó las cosas y nuevas órdenes pasaron con precipitación por medio de pitazos y campanadas, mientras el *Perú*, sin perder tiempo, avanzaba bauprés en ristre tan rápidamente que los marineros del *Chile* gritaban y maldecían ante la desatinada maniobra; pero todo sucedió muy rápidamente. Las argollas y tablones de amarre del *Perú* pegaron contra el combés del *Chile* y los ganchos y cadenas pasaron por las barras, perchas y vigotes trabando los dos navíos, mientras las redes caían y daba comienzo el abordaje, y como el curvo y viejo casco del *Perú* era mucho más alto que el recto y nuevo del *Chile* los asaltantes sólo tenían que deslizarse por las maromas, descender o tirarse por cuerdas pendulares. Era una lluvia de invasores con escopetas, pistolas, espadas, picas, chuzos, hachas...

El asalto fue tan inesperado y estuvo tan bien ejecutado, que los del *Chile* no tuvieron tiempo de oponer resistencia.

—Ese *Chile*—informó Bermúdez después del abordaje—ya lo verán. Tiene camarotes para cincuenta pasajeros de primera, pero solamente lleva unas veinte señoras y señoritas, qué sé yo... y sirvientas y esclavas, y en los bodegones, hasta ganado vacuno...

—Brillante operación, contra maestre—le dijo el viejo Benito, hombre de pocas palabras.

—Maestre—ordenó el vicealmirante—, usted se hace cargo del *Perú* y yo del *Chile*. Ahora no se escaparán por aquí ni las sardinas.

Circulaban las órdenes con gritos, campanadas y pitazos y el transborde se efectuaba rápido, mientras los dos navíos resbalaban suavemente a sotavento bastante en alta mar. De pronto, otra vez sonó la campana de alarma y el atalaya gritó:

—¡Bergantín virando Norte!

—Maestre—dijo el vicealmirante con calma—, usted continúe cuidando la entrada del puerto. Yo me haré cargo de ese bergantín.

Los dos navíos fueron despegados, las velas izadas y las maniobras empezaron.

Lentamente al principio, el *Chile* fue ganando velocidad y fijeza. El vicealmirante permanecía en el puente de mando, con el ojo en el cilindro de bronce, comentando con el primer piloto Quirino da Fonseca, ahora en el *Chile*, y con el capitán El Greco, quien ya había inspeccionado y preparado la artillería, encontrándola de primer orden.

Quirino, mirando por su cilindro, dijo:

—Dos mástiles. Velamen cuadrado. Rápido. Salta como un delfín, pero antes del mediodía es nuestro...

—De eso no hay duda—contestó el vicealmirante—; pero para mí lo grave es pensar cómo pudo ese bergantín escaparse del embarcadero. Este *Chile*, bueno, es otra cosa, me lo explico, por su calado fondeaba en el estero... Me temo que hayan tenido complicaciones y hemos de proceder con rapidez por si se han escapado, además, otros barcos.

Mientras tanto, el *Chile*, con todas las velas hinchadas, ganaba distancia entre grandes cabeceos y culadas.

El vicealmirante, para obtener el máximo de velocidad y después de consultar los documentos del cargo, ordenó abrir las escotillas de las bodegas de proa y popa y tirar al mar toda el agua potable y cuantos sacos de maíz hicieran falta hasta lograr el máximo de velocidad y equilibrio.

Las veintitantas damas del pasaje eran de lo más variado en edades y circunstancias: niñas, casadas, viudas, ancianas, hidalgas, campesinas, aventureras..., todas y cada una con su muy poderosa

razón para haber dejado la civilizada Europa por el salvaje Nuevo Mundo. Muchas eran esposas casadas por poder y que no conocían a sus maridos; otras no los habían visto durante muchos años y venían a juntarse con ellos, y otras venían a ver lo que les deparaba Dios o el diablo. Y ahora, con esto de la guerra y de la captura del navío y la inmediata batalla, todas estaban excitadas y furiosas de verse confinadas en sus camarotes.

A la hora meridiana, los arrecifes del Cardón apenas se adivinaban a popa, mientras que a proa las monteras y juanetes del bergantín iban surgiendo y hasta el casco fue muy pronto visible.

—¡Es el *Príncipe Felipe*!— dijo uno de los grumetes.

—*Príncipe Felipe*—leyó el vicealmirante en el *Registro*—, bergantín de trescientas toneladas. Pertenece a don Rodrigo Arias, vicegobernador de Panamá, y primo de don Hernando...

Saltó Páginas.

—Diez culebrinas y cuatro cucos por banda.

Como los barcos fueron aproximándose, tomó el compás y dictó números para computar la velocidad de los barcos, hizo cálculos y dio órdenes de abandonar las cubiertas y preparar la artillería y demás tren de batalla.

Ya los barcos navegaban paralelamente y tan próximos, que el *Chile* ordenó por señales al *Príncipe Felipe* arriar velas. La contestación del bergantín fue una andanada. Los proyectiles cayeron lejos del galeón, pero el estrépito conmovió el espacio.

El *Chile* no contestó.

El bergantín disparó otra andanada y de nuevo los proyectiles cayeron lejos.

El vicealmirante hizo cuentas de nuevo, dio las señales y El Greco ordenó mover unos cañones un poco más para arriba, otros un poco más para abajo y presto disparó una salva de ocho piezas. Un estrepitoso traqueo sacudió el galeón. Sus granadas pasaron muy sobre popa, pero más allá del bergantín. Inmediatamente la detonación de otra descarga y el rebote de los cañones sacudió al *Chile*, pero sus proyectiles de hierro, calentados al rojo, otra vez pasaron muy por encima del castillo de proa del bergantín.

Una cuarta descarga del *Príncipe Felipe* dio en el agua, pero ya muy cerca del *Chile*, ya que en vez de tratar de escapar, el bergantín se echó de proa contra el galeón en una desesperada y mortal maniobra, por lo que la próxima descarga del *Chile* fue a dar aún más lejos. Mientras tanto, se producía enorme actividad en el galeón: marineros rizando, tendiendo, cambiando velas, moviendo y sujetando vergas; y voces de artilleros y pitazos, campanadas, gritos y grandes rebufos y coces de los cañones en las casamatas; y las bocanadas y nubes de humo de pólvora mientras los cañonazos reverberaban ensordecedores y los dos barcos se acercaban cada vez más.

Pero el *Chile*, que había virado para tener al bergantín de costillas, en su sexta descarga le quebró el mástil de trinquete y le dio además en la borda del combés con bolas de cañón al rojo; y el bergantín cogió fuego por varios lados, aunque todavía tuvo tiempo de largarle una salva limpia al *Chile* con proyectiles incendiarios, dañándole el castillo y el puente de proa y los durmientes de quilla, muy cerca de los machos del timón, y las brigadas de incendio corrían con baldes de arena y agua a extinguir los fuegos; pero la séptima andanada la recibió el bergantín propiamente en el bao maestro por la línea de flotación y principió a ladearse y hundirse rápidamente.

Tres marineros del *Chile* murieron y dieciséis fueron heridos, pero las averías no le impidieron navegar, y antes de regresar, lograron salvar más de la mitad de los tripulantes del *Príncipe Felipe*.

A la hora del crepúsculo, el anciano *Perú*, con su captura, el novísimo *Chile*, atracaba triunfante en el embarcadero del Realejo.

## XXVII

El domingo 2 de marzo fue un gran día de fiesta para el Ejército de la Libertad. El Realejo estaba asegurado.

—Alteza—le dijo Bermejo a Hemando—, el Realejo ha resultado una opulenta victoria. Dos mil onzas de oro acuñado del Tesoro real y grandes cantidades de provisiones. Además, barcos, armas, pólvora y municiones para toda la guerra. Alteza, hemos capturado los siguientes navíos—desenrolló un pergamino y principió a leer—: *Valdovivar*, galeón de setecientas toneladas totalmente cargado de maíz, cacao, bálsamo y ganado en pezuña—bajó la voz—. Estaba ya listo para zarpar desde anteayer, pero el alférez Sánchez supo retenerlo—hizo una leve inclinación hacia Sánchez y continuó—. El *Santa Francisca*, fragata muy nueva de trescientas toneladas. Había atracado ayer mismo, cargada de conservas, mercaderías y vinos...

Esa fragata pertenece a mi buen amigo don Francisco Ruiz— dijo Hernando.

—Majestad, su amigo el señor Ruiz estará muy orgulloso de haber contribuido a vuestra causa.

—Por supuesto; pero será retribuido.

—Desde luego, majestad, y permitidme continuar el informe: el *Niña Bonita*, una carabela anciana, pero muy velera, cargada de puercos y brea—hizo una pausa—. ¡Ja, ja! Y aquí tenemos otra contribución de su cesárea majestad, dos barcos de guerra de la Real Armada: el *Guapo* y el *Curro*, patrulleros guardacostas con cuarenta cañones cada navío.

—Vicealmirante—interrumpió Hernando—, esto quiere decir que contando el *Perú*, *El Dorado* y el *Reina Calafia* que habíamos preparado para que el mariscal se hiciera a la vela rumbo a California, usted tiene por de pronto nueve barcos capitales bajo su mando.

—Así es, majestad— le contestó con una inclinación.

—Además de estos barcos grandes—continuó Bermejo—, hay una miscelánea de pesqueros y embarcaciones menores, las cuales, sin excepción, serán quemadas.



—Es necesario, así tiene que ser—dijo Hernando.

—Majestad—insistió Bermejo cambiando de tono—, y con respecto a Granada...; pues Granada, aunque ya no tiene importancia estratégica, debo ir allí aunque sea por fórmula, tal como vuestra majestad lo había dispuesto. Estoy seguro de que cuando el pueblo de Granada sepa las buenas nuevas de vuestra proclamación, la ciudad en masa nos secundará...

—Está claro que siempre es bueno que Granada dé fe de su adhesión. ¡Buena suerte, mariscal!

Hernando levantó su diestra y Bermejo, seguido de varios oficiales, partió.

Antes del mediodía Hernando, desde las arcadas del Cabildo, pasaba revista al desfile de las fuerzas que marchaban hacia Granada. Bermejo capitaneaba el pequeño tercio, acompañado de Salguero y seguidos de un pelotón con banderas, clarines, tambores y trompetas.

El capitán Ruy Quezada, el más joven y brillante de los ocho, mandaba el primer pelotón de treinta lanceros de embestida. Seguía el capitán Nuño Benavídez, otro de los ocho, mandando el segundo pelotón de treinta dragones con sables largos y escopetas cortas de treinta y seis pulgadas con las bayonetas brillantes al sol.

El capitán De Nica, otro de los ocho, mandaba el tercer pelotón de caballería, compuesto de treinta arcabuceros cargando los pesados y bocones trabucos, y con decorados cuernos de pólvora al otro lado de la mochila.

El capitán Roiz, *el Gigante*, mandaba cien infantes y la artillería de campaña. Troncos de mulas tiraban de falconetes, serpentinas y unos morteritos cortos y bocudos montados en muñones sobre cureñas giratorias. Y seguía el material rodante: troncos en espigón de tres mulas tiraban de los arcones metálicos cubiertos con carpas llevando la metralla y la pólvora, y carros de vitualla, talleres y demás, y al final, la retaguardia con los perros de guerra.

La caballería, que desfilaba de a cuatro en fondo, estaba compuesta con grupos de ocho animales de cada color: azulejos,

ruanos, alazanes, pardos, rucios, bayos, overos, blancos, negros, pintos..., todos criollos, todos nietos y descendientes de aquellos apocalípticos caballos españoles de la conquista. Marchaban lentos, con paso sentado, elástico y rítmico al compás de los aires de guerra. Las grandes voces de mando se confundían con el repicar de las campanas y los cañonazos de despedida.

—¡Es un tercio pequeño, pero explosivo!—dijo Hernando súbitamente exaltado, y continuó a pulmón lleno—. ¡Yo voy a mandarlo!—tomó al vicealmirante por los hombros—. ¿Y por qué no? ¿Por qué no? Un buen rey debe ir siempre al frente de su ejército. Deténganlos. Que yo digo que me esperen...

Las órdenes volaron hasta Bermejo, que ya iba por el camino real.

—¡Pardiez!—estalló Bermejo, y sofrenó a *La Gacela*.

La yegua giraba tomando sus ojos muy abiertos, tiraba de las riendas con la nuca encorvada, manoteaba el camino polvoriento, daba vueltas y caracoleaba resoplando impaciente, tanto como el mariscal.

Mientras Hernando y sus pajes de armas vestían petos y botas, el vicealmirante, sabiendo que un encuentro entre Hernando y doña María podría ser fatal para éste y todos los envueltos en la guerra, trató con toda su argucia de disuadirlo.

—Hay que discutir la cuestión de títulos de nobleza, blasones, protocolo...

Hernando parecía no escuchar; pero poco antes de estar listo, los atalayas, en el faro y otras torres del puerto, gritaron:

—¡Dos galeones entrando!

Como la fanfarria del ejército ya sonaba lejana y los nuevos gritos desde el embarcadero sonaban más excitantes, súbitamente Hernando decidió no ir ya a Granada.

Tan pronto como Bermejo supo la nueva de la real contraorden, sonrió, y con júbilo, les gritó a los clarineros:

—¡Ordenen galope!

Y dándole rienda, *La Gacela* arrancó casi sin tocar la tierra.

## XXVIII

El odio mutuo entre las dos ciudades, Granada y León de Nicaragua, principió desde antes de su fundación. Los planes originales eran para una ciudad, pero los fundadores que mandó Pedrarias procedían principalmente más o menos en igual número de Granada y León de España. Ese fue el pecado original. Como en la orden no se especificaba el nombre de la ciudad, los leoneses dijeron que se llamaría León, los granadinos se plantaron en que Granada. El argumento se encandiló, duró varios días, salieron a relucir espadas, hubo sangre y muertos y las facciones se partieron, y así es como las dos primeras ciudades de Centroamérica resultaron en Nicaragua, en el año 1524.

León y Granada. Granada y León.

Desde entonces, toda iniciativa que la una ha tomado ha sufrido la oposición de la otra. Nacieron hermanas siamesas, pero constantemente han hecho todo cuanto ha sido posible para destruirse mutuamente...

No obstante el bloqueo completo de León y los caminos aledaños, los rumores del levantamiento empezaron a filtrarse en Granada y las autoridades procedieron de inmediato a tomar las medidas pertinentes. Enviaron correos y espías a León, pero ninguno había regresado aún.

—Caballeros—les decía al Consejo municipal el alguacil Martín, siguiendo las instrucciones de Bermejo—, a mí todos esos rumores me parecen absurdos. Analicemos. La guarnición de soldados del Ejército real que estaba aquí fue concentrada en León por el propio comandante Zárate hace sólo dos semanas, y lo mismo ocurre con casi todas las demás provincias vecinas porque van a ser transferidas a la nueva Capitanía General de Guatemala, como ustedes saben. De modo que ¿cómo puede ser posible una insurrección donde está concentrado el Ejército real? Además, yo acabo de estar en León y hubiera notado algo. ¿Me comprenden?...

Los razonamientos del alguacil Martín calmaron un poco los ánimos. Más aún, al atardecer del 27 de febrero apareció

un pequeño grupo de náufragos diciendo que quizá muchos otros les seguirían, pues decían ser soldados en tránsito para Guatemala cuando habían naufragado. La aparición de estos soldados en tales circunstancias fue muy bien recibida por las autoridades por si acaso los rumores de León tuvieran algo de fundamento.

El alcalde de Granada era el licenciado don Luis Carrillo, hombre muy joven, alto, moreno, un poco prognato y de bigote y perilla. Abogado de las Universidades de Salamanca y Roma, su ambición eran las cortes de Lima o Méjico. Ahora, si la revuelta de León era verdad y él manejaba la defensa de Granada heroicamente, allí estaba su gran oportunidad, pensaba él. Y como continuaban filtrándose más y más rumores, Carrillo convocó al Cabildo a todos los oficiales reales y principales de la ciudad.

Aceptaron su propuesta por aclamación: llamar a las armas a todos los hombres aptos de la ciudad y de los pueblos aledaños; construir barricadas, trincheras y fosos y bloquear la entrada de la ciudad, y concentrar todas las armas de fuego y caballos, poniendo a la ciudad en pie de guerra. Así fue.

Más aún, el resto de los sesenta presuntos náufragos procedentes del *Perú*, al mando de De Landa, fueron apareciendo oportunamente, y para el 28 ya estaban todos allí. Desde luego se les habían confiado las mejores armas y las posiciones más estratégicas, y además, el entrenamiento de los irregulares, puesto que la ciudad no disponía de otros soldados profesionales; incluso fueron tratados como los protectores de la ciudad.

—Capitán, a mí lo que me preocupa—le decía Martín a De Landa—es la gran cantidad de arcabuces, escopetas, pistolas y munición, y sobre todo, la artillería de los fuertes. Con esta cantidad de irregulares veo la situación muy comprometida.

—Yo calculo—dijo De Landa—en más de dos mil el número de irregulares, digo, contando los mestizos y los indios, que sólo podrán llevar macanas y flechas. Por otra parte, calculo trescientos blancos milicianos con armas de fuego.

—Pero, otra cosa, capitán—y Martín bajó la voz a pesar de estar solos y en su casa—, hay mucha munición y veinte culebrinas y muchas piezas menores de artillería.

De Landa hablaba con calma. Era un militar joven, fornido, pelirrojo y con la nariz chata, de bigote y sin barba, por lo que probablemente le apodaban *El Gato*.

—Señor Martín—le dijo—, a mí lo que me pone los pelos de punta y me tiene sin dormir son esos cuatro barcos en el lago. De un momento a otro, cuando se confirmen las noticias de León, ¿quién impedirá que ese Carrillo los despache a Panamá y evite así nuestros asaltos por sorpresa?

—Es verdad, capitán—Martín se rascó la barba muy lamentablemente. ¿Y cómo podríamos retenerlos sin provocar sospechas? ¿Cómo? En estos momentos, capitán, no lo puedo pensar, pero alguna manera habrá que parezca lógica. Pensémoslo porque la situación es trágica.

El primero de marzo por la mañana tuvieron noticias sorprendentes. Cuatro de los esclavos africanos del obispo Valdivieso enviados por su madre, la señora Catalina, lograron escurrirse de León y llevar el mensaje a Granada. Lo complicado era que los africanos apenas balbuceaban el castellano y lo que decían sonaba absurdo. Era demasiado para creerlo. El mismo alcalde y todos los miembros del Cabildo escuchaban a los africanos, que insistían en hablar al mismo tiempo y decían más o menos, a grandes voces:

—Madre obispo enferma. Obispo muerto. Don Hernando, rey, nosotros libres. Ustedes libres. No trabajo. Todo mundo libre. Todo mundo loco.

Y como gritaban con grandes ademanes y se reían con enormes carcajadas, los cuatro africanos metían un gran ruido al repetir, barajadas, más o menos, las mismas frases.

Martín les mandó callar y habló en voz alta:

—¿Quién puede prestar atención al balbuceo de estos pobres seres irracionales? ¿Quién puede comprender lo que dicen estos pobres diablos?

—En verdad, todo me suena absurdo—dijo el alcalde.

—Realmente—dijo don Juan Román, el octogenario corregidor de Granada— es un rompecabezas lo que dicen estos pobres africanos. Pero algo debe de haber en todos esos disparates. Por ejemplo, Hernando matar al obispo... Quizá... Quizá... Pero ¿levantarse contra el emperador? ¡Eso, jamás! Le conozco desde niño. ¡Jamás!— la voz del anciano era muy firme para sus años.

Después de los africanos, dos frailes dominicos de León aparecieron hacia el mediodía en el Cabildo pidiendo audiencia urgente y pronto estuvieron allí otra vez las autoridades.

—Señores oficiales—pricipió el más viejo de los frailes—, la ciudad entera de León ha perdido la fe, la paz y la cabeza. Aquello es una Sodoma y Gomorra, un verdadero infierno. ¡Qué horror! Señores, ustedes no tienen una idea de lo que allá está sucediendo. La guarnición que quedó a cargo de la ciudad desde que ese maldito Ejército llamado de la Libertad se marchó, es muy pequeña y aquello se ha vuelto un verdadero infierno—el fraile se santiguó.

El alcalde contuvo bruscamente las exclamaciones del fraile y le pidió hechos. Los frailes se asustaron de ser ellos los primeros en llevar las noticias a Granada e inmediatamente hicieron un relato detallado de lo que habían visto y oído, y que aseguraban continuaba sucediendo en León.

Doña María, cuando recibió el informe de los frailes, dijo:

—Eso es imposible. Eso no ha sucedido. Es mentira y no quiero oír hablar más de ello— y mandó cerrar con llaves las puertas de su casa.

—Caballeros—exclamó el alcalde Carrillo dirigiéndose a los concejales—, ahora ya sabemos que de un momento a otro ese lunático de Bermejo puede atacarnos. Debemos, pues, enviar los barcos inmediatamente a Panamá y a Santo Domingo pidiéndoles socorro mientras mantenemos la ciudad invicta.

El señor Martín tomó la palabra:

—Señores, solamente tenemos sesenta soldados, o quizá doscientos entre europeos y mestizos, aptos para empuñar armas

de fuego; el resto son indios. ¿Cuántos marineros podríamos obtener de los barcos? Quizá doscientos. Y como tenemos poder para reclutarlos y debemos salvar Granada a toda costa, yo pienso, y me atrevo a sugerirlo, que debemos retener los barcos y tenerlos listos para hacerse a la vela si nos viéramos en peligro de no poder resistir el sitio...

—Amigos míos—habló el viejo Román—, hay cuatro barcos: quedémonos con dos y enviemos los otros dos.

—Colegas—dijo el alguacil Miranda—, yo creo que necesitamos todos los marineros de esos cuatro barcos. Más aún, creo que debemos meter el oro de las arcas reales y los documentos oficiales en los barcos. En caso de que no pudiéramos mantener el sitio, como dice el amigo Martín, siempre nos quedarían los barcos para retirarnos sin rendir la ciudad oficialmente. Sin los barcos no tendríamos la ayuda de esos marineros y arriesgaríamos perder el oro y quedar embotellados aquí.

—Y usted, capitán Madariaga, ¿cuál es su opinión?—el alcalde se dirigió con ese nombre a De Landa.

—Señor alcalde—le contestó De Landa pausadamente—, necesitamos todos esos marineros por lo menos para el primer asalto. El enemigo quizá quiera sorprender a la ciudad con un pequeño ejército, pero también puede venir con todas sus fuerzas...

—Tiene usted razón, capitán—le dijo el alcalde—En nombre del emperador mandaremos reclutar todos esos marineros, y trasladaremos el tesoro y los documentos oficiales a los barcos, como sugiere el señor Miranda. Manos a la obra, pues, inmediatamente.

Las campanas tocaron alarma y pronto la multitud corrió hacia la plaza y la plazuela, que juntas forman el ombligo de la ciudad. El alcalde, rodeado por los miembros del Consejo, apareció en el balcón principal, sobre las arcadas del segundo piso, y le habló así a la multitud:

—Heroico pueblo, ésta es la más grande ocasión que se le presenta a nuestra adorada ciudad para quitarle la capital de esta provincia de Nicaragua a esos despreciables y traidores leoneses. Debemos probar nuestra lealtad y coraje contra su criminal con-

ducta. A las armas, pues, al triunfo, a luchar como héroes. ¡Viva España! ¡Viva su cesárea majestad! ¡Viva Granada!...

Vivas, bravos, aplausos y muchas otras arengas continuaron.

Seguidamente, el alcalde se fue a su casa, vistió la armadura, y en su mejor corcel, seguido por varios hombres de su escolta, salió a inspeccionar las guarniciones y empalizadas que se levantaban por toda la ciudad. Estaba impaciente y afanoso de acción.

El 2 de marzo aún hubo más actividad, pero sin que nada sucediera.

El día 3 también transcurrió sin novedad.

Al otro lado de las montañas, el mariscal movía con fluidez el tercio de la Libertad hasta las últimas lomas y solamente a dos leguas de Granada. Llegaron allí al atardecer del día 3. Cuidaron bien de los caballos y de sí mismos y descansaron toda una noche fresca, solamente interrumpida por un correo secreto del capitán De Landa con los últimos detalles de la situación.

Al amanecer del 4 de marzo, Bermejo, al frente de los suyos, marchó sobre Granada.

## XXIX

Más de un centenar de familias europeas y unos cuantos millares de indios vivían esparcidos sobre la ancha planicie de Granada, que se inclina a lo largo de la costa noreste del lago de Nicaragua, lugar fértil y templado por las constantes brisas del lago. La ciudad ocupa una prominente lonja de la planicie de más de una legua de largo y quizá una milla de ancho, protegida a ambos lados contra las inundaciones de la estación lluviosa por dos arroyos secos: Mama Julia y Otra Banda.

Casi paralelamente, entre estos dos arroyos, una ancha alameda arranca desde la costa del lago y sigue planicie arriba



partiendo a la ciudad en dos y cambiando de nombre cada vez que va pasando una sucesión de iglesias.

El centro es la parroquia, una iglesia siempre en construcción que domina una plaza grande llamada la Plaza y otra pequeña pegada a la grande llamada la Plazuela. Alrededor de estas dos plazas estaban todos los edificios oficiales y las mejores casas de la ciudad.

Cerca se erguía el monasterio de San Francisco a modo de fortaleza y, más al Norte, la iglesia de la Merced, con su hospital y su esbelto campanario, y finalmente la iglesia de Xalteva, con su ancha plaza. A la entrada de la ciudad estaba el fuerte de Xalteva. Allí la alameda cruzaba un puente de piedra y continuaba sobre las lomas con el nombre de camino real.

Con el alba de ese 4 de marzo varios indios monimbó llegaron a Granada con la noticia de que una caballería había acampado sobre las últimas lomas.

Inmediatamente, el alcalde y los concejales, que habían trasladado el cuartel general al fuerte de Xalteva, decidieron enviar una patrulla exploradora. El señor Martín se ofreció voluntariamente y el señor Miranda le acompañó; y al romper el día partieron acompañados de una docena de lanceros en las mejores cabalgaduras.

Después de algún tiempo de galopar escucharon trompetas y redoble de tambores.

—No parece un avance precipitado. Es un redoble lento y se oye muy próximo—dijo Miranda.

—Esperemos aquí. Este es un amplio lugar para enfrenarnos a ellos.

Allí esperaron con sus lanzas en ristre, y pronto los abanderados de la avazadilla aparecieron en la vuelta del camino bajando una loma.

—Banderas blancas—dijo Martín—, deben ser mensajeros. Esperemos.

No obstante la retardadora actitud de los granadinos, el capitán Salguero, jefe de la avanzadilla, mantuvo su misma marcha,

canturreando y aparentando abandono. Había reconocido a Martín en la patrulla enemiga, y cuando estuvieron a unos treinta pasos, Salguero gritó:

—¡Albricias, albricias, bravos granadinos! ¡Yo soy el heraldo de su majestad nuestro buen rey don Hernando!

Salguero detuvo su caballo frente al de Miranda y continuó:

—Vengo con banderas blancas y con tambores y trompetas para pedir a los nobles granadinos que se unan a nuestra cruzada por la libertad del Nuevo Mundo...

—Bueno, ¿y qué pasa si no nos unimos?—exclamó Miranda.

—En tal caso—dijo Salguero sonriendo—, llevaré ese mensaje a su majestad...

—Heraldo—dijo Martín—, aunque estoy cierto de que Granada no juntará sus fuerzas con las de ustedes, no es a nosotros a quienes corresponde contestar a esa embajada. Sin embargo, volaremos con la nueva de su pacífica misión a la ciudad, porque de lo contrario les recibirían con metralla. Allá les esperamos.

—Muchas gracias, señores—dijo Salguero.

Martín y los suyos corrieron cuesta abajo cortando el camino por una vereda. Salguero continuó su marcha. Quizá media milla atrás venía Bermejo con el ejército.

Al mediodía regresó Martín con su grupo.

—Señores—Martín informó—, se trata simplemente de un heraldo acompañado por un pelotón de caballería, con banderas blancas, tambores y pitos del ejército de su majestad... ¡Ja, ja! El buen rey don Hernando manda preguntar a Granada si quiere juntar las fuerzas con él para la guerra de la libertad del Nuevo Mundo... ¡Ja, ja!...

—Casi estuve por lancear allí mismo a esa estúpida partida de traidores—dijo Miranda.

—Hubiera sido un error atacarlos, amigo Miranda—dijo Carrillo—. Vamos a recibirles cortésmente y a escuchar todo lo que tengan que decirnos. Necesitamos saber cuanto más sea posible referente a sus planes.

—¡Oh Dios, danos paz! Yo detesto estas guerras entre nosotros los españoles—exclamó el viejo Juan Román, quien vestía una armadura cuyo puntiagudo peto partía los hilos de platino de su larga barba.

El alcalde decidió trasladarse del fuerte a una pequeña casa de adobes, frente a las empalizadas, para que al recibir al heraldo éste no se diera cuenta del personal y dotación de la fortaleza.

Algunos de los hombres de De Landa encargados del mando del fuerte de Xalteva, que protegía la entrada de la ciudad, abandonaron intencionalmente sus puestos con el pretexto de ir a escuchar al heraldo. Los artilleros y otros les siguieron pretextando que no se esperaba acción inmediata. En todas las guarniciones donde los soldados de De Landa estaban plantados ocurrió más o menos la misma cosa y, en verdad, casi todos, principalmente los marineros, se alegraron con la idea de que el heraldo pudiera traer la paz. Y así la noticia corrió veloz por toda la ciudad.

Oportunamente, el heraldo, con banderas blancas, tambores y trompetas, apareció sosegadamente por el camino real.

Una vez pasado el puente, la marcha lenta empezó a convertirse en galope; de pronto, detrás de ellos, el mariscal Bermejo apareció a la cabeza del primer pelotón de lanceros de a ocho en fondo. Al pasar el puente, algunos de los grupos de caballería sofrenaron y avanzaron abanicándose, mientras otros grupos continuaron directamente. Todo esto sucedía rápido, simple y organizadamente. Mientras tanto, la infantería avanzaba por los cañones de los arroyos secos y el capitán Ruy Quezada, que se había bifurcado anteriormente hacia la costa del lago, ya había caído sobre los barcos.

Carrillo y los demás miembros del Consejo, estupefactos, fueron capturados allí mismo. En la fortaleza, los hombres de De Landa habían corrido hacia los cañones, pero sólo para embalarlos. En su calculado desorden habían abandonado sus posiciones y corrían gritando:

—¡Nos asesinan! ¡Sálvese quien pueda!...

La caballería atacó las empalizadas. La mayoría de sus defensores habían permanecido en sus puestos detrás de las murallas y parapetos y empezaron a disparar petroneles y arcabuces.

La primera ola de Bermejo llegó rápidamente hasta muy cerca de las empalizadas, disparó sus armas y dobló en círculo hacia la derecha. La segunda disparó y dobló hacia la izquierda; y así hubo muchos pases y vueltas de la caballería hasta que, finalmente, se abrió para darle campo a la artillería, que ya se había aproximado y disparaba contra las empalizadas a boca de cañón, rompiendo las murallas y parapetos, de modo que una oleada de caballería saltó sobre las trincheras y troncos de la ancha plaza de Xalteva, donde se encontraba el grueso de las fuerzas de la ciudad. Los caballos de guerra ayudaban a las armas de fuego y los sables, con los petos de hierro, los pases laterales y altas manotadas, y seguidamente los perros de guerra acabaron de sembrar el desbarajuste en la mal entrenada milicia.

En breve, muchos de los defensores fueron heridos y muertos, otros se rindieron y otros huyeron: los indios y los esclavos, a los montes; los marineros, a sus barcos.

Las restantes guarniciones se entregaron sin más lucha. Los oficiales a cargo de ellas eran hombres de De Landa que habían corrido por la ciudad gritando:

—¡Granada será quemada! ¡Santa María, salva a Granada!

Cuando De Landa y sus hombres llegaron a la costa del lago, el capitán Ruy Quezada ya había sacado el oro, los documentos y el resto de la gente de los barcos, izado velas y quemado hasta las embarcaciones más pequeñas.

Poco después del meridiano, la ciudad entera había caído con mucha menos resistencia de la que el mismo mariscal había anticipado. El sólo había tenido doce bajas. La gran cantidad de muertos y heridos de los defensores pronto fueron enterrados u hospitalizados.

Carrillo y los concejales, inclusive Martín para seguir la treta, fueron llevados a la Plazuela, frente al Cabildo, donde se levantaron varias horcas. Iban con las manos y piernas amarradas

y las bocas amordazadas, listos para ser colgados si rehusaban el juramento de alianza.

Pelotones de caballería y de infantería patrullaban por la ciudad. Con repiques de campanas, varios pregoneros salieron por todas las calles citando al pueblo a la Plazuela.

La ciudad parecía idiotizada, abúlica. Había esperado la victoria, tal vez una ruda batalla o quizá muchos días de sitio, pero nunca una tan aplastante como rápida derrota. Las arcadas, aceras y corredores de la Plazuela se fueron llenando de gente temerosa y abatida, pero curiosa por su propia suerte.

Un largo sonido de trompetas llamó la atención.

Bermejo salió al balcón principal del Cabildo, ante los amordazados miembros del Consejo. Le acompañaban Salguero y varios oficiales.

—Súbditos de Granada—gritó—, yo soy solamente el embajador de nuestro buen rey don Hernando Primero del Nuevo Mundo por quien toda la tierra está. En su nombre he venido a libertar a ustedes de las garras de ese epiléptico Carlos Quinto y de los tentáculos de las órdenes religiosas. Les hablo a todos y cada uno de ustedes, blancos y mestizos, sin excepción, porque todos ustedes deben prestar juramento solemne de adhesión a nuestro nuevo soberano. ¡Para quien lo rehúse no habrá misericordia! Aquí mismo, hoy mismo, colgaremos a quienes hagan acto de rebeldía; y después reduciremos, si es preciso, a cenizas esta insolente ciudad...

De súbito, Bermejo guardó silencio. Sus ojos quedaron fijos mirando a través de la Plazuela, y todas las cabezas se volvieron en dirección de su mirada. Un rumor contenido reverberó por las arcadas.

Una dama formidable, solemne, toda vestida de blanco, había aparecido. Era doña María. Los lanceros abrieron su fila y ella, escoltada por un séquito de dueñas y de esclavas, avanzó majestuosamente a través de la Plazuela y directamente hacia el Cabildo.

### XXX

La muy ilustre señora doña María Peñalosa Arias de Contreras de González de Hoz, condesa de Puñoenrostro, era la hija mayor del viejo Pedrarias. Desposada por poder con Vasco Núñez de Balboa, cuñada de Hernando de Soto, hermana de la omnipotente duquesa de Moya, compañera de infancia de su cesárea majestad Carlos V, hija de la Bobadilla, quien fue primera dama de honor de la reina Isabel la Católica... Una canción popular decía:

Después de la reina, en Castilla  
quien manda es la Bobadilla.

Doña María de Peñalosa era una rara excepción. Siendo una dama de las más nobles estirpes castellanas, había preferido el salvaje Nuevo Mundo a su castillo de Torre de Avila, en Segovia (España).

Doña María era una de las personas más ricas en todo el mundo. Por sí misma poseía dos flotas mercantes: una en cada océano, y centenares de mulas de carga en Panamá para el transporte interoceánico de la carga. De su padre heredó la provincia de Nicoya, en Costa Rica; la provincia de Veragua, en Panamá; la provincia de Mostega o Nueva Segovia, en Nicaragua; sumando entre ellas varios millares de arrendatarios, indios, encomendados y esclavos. También heredó un cuarto de la ciudad de Panamá, que su padre había fundado, y como un quinto de las ciudades de Lima y de La Habana, que le legó su hermana, la primera gobernadora de Cuba, la marquesa de la Florida, doña Isabel de Soto.

—¡Allá viene!—dijo Bermejo a sus segundos—. ¡Allá viene nuestro verdadero enemigo! Esa mujer pasaría sobre el cadáver de todos sus hijos por Carlos Quinto. Vamos a recibirla. Síganme.

Bermejo y los oficiales bajaron presto y se encontraron con ella en media Plazuela.

Alto como era Bermejo, doña María parecía, sin embargo, más alta. El se sentía como enfrentándose a una ciudadela. Casi seis pies de mujer, sin velo, pero con mantilla, y con una falda cónica que arastraba una cola de más de diez pies sostenida por cuatro esclavas. Su cabeza parecía flotar entre la nube de encajes blancos de la mantilla y de la almidonada lechuguilla. Sus joyas coruscaban. Su castellana tez de perla había tomado un tinte moreno de granate durante sus quince años en los trópicos. Sin parpadear, sus ojos azules penetraban los grises de Bermejo.

—¡Albricias!...—dijo él, y se detuvo porque ella habla empezado a hablar.

—No mataréis más vecinos de Granada. ¡Ya se ha vertido suficiente sangre!

Levantó su diestra, que aleteó saliendo de un nido de blondas de seda sobre la larga y soplada manga, el índice apuntando en alto y al parecer estrangulado por un anillo un gran brillante.

—Os ordeno poner en libertad a las autoridades reales y rendiros inmediatamente. Os prometo clemencia.

Bermejo carraspeó, dobló una rodilla inclinándose y después firme, sosteniendo el yelmo en el guardabrazo, le dijo:

—Reina madre, su majestad nuestro buen rey don Hernando me honró escogiéndome para traeros estas buenas nuevas. Regocijaos, señora, porque el Nuevo Mundo ya tiene un nuevo rey: Hernando Primero, vuestro hijo...

—¡Estupideces!—exclamó ella cortándole la palabra con su voz resonante—. No hay más que un rey: su sagrada cesárea majestad nuestro señor el emperador Carlos Quinto, ¡y Dios bendiga a España eternamente!

Hubo una pausa y sólo se escuchaba el ruido de una algarabía de aves en los árboles de la Plaza. Bermejo hizo otra profunda inclinación y quiso hablar, pero ella había, principiado:

—Capitán Juan Bermejo, por la segunda y última vez os ordeno poner fin a esta mojiganga; poned en libertad a las autoridades y rendíos inmediatamente. Ya os dije que os prometo clemencia. Capitán, yo no estoy acostumbrada a repetir mis órdenes.

—Reina madre—insistió él hablando solemnemente—, con el más profundo respeto os ruego me permitáis informaros que eres, señora, lo queráis o no, reina madre del Nuevo Mundo. Y con respecto a esos recalcitrantes mentecatos...—Bermejo señalaba a los oficiales amordazados cuando, por fortuna, la embarazosa situación fue cortada por el ruido de una cabalgata que apareció de pronto.

Los lanceros abrieron valla y presentaron armas a Pedro de Contreras y al capitán Ruy Quezada, que irrumpieron en la Plazuela.

### XXXI

Poco antes de que los primeros rumores de la revuelta en León llegaran a Granada, Pedro de Contreras enganchó los servicios de un famoso maestro piloto, a la sazón en el puerto, llamado Nicolás de Fina para que le llevara a una pesquería a los confines del lago. Porque a él le encantaba pescar los peces sierra, los peces espada y demás grandes peces marinos que misteriosamente abundan en el lago. Además, el viejo piloto le adiestraba y daba lecciones de navegación en «la mar dulce, que es más engañosa que el mar océano...», decía el viejo piloto.

Pedro estaba designado para partir en breve hacia España a fin de estudiar en la Real Academia Naval. Como era hijo segundón no heredaría ni títulos ni fortuna y había escogido la carrera naval. Amaba el mar y conocía varios famosos pilotos. Muchas veces había cruzado el lago y el mar Caribe y conocía la ruta de Panamá, aun sin el compás. Vivía estudiando libros de navegación y cartas de marear y las estrellas y los vientos ya casi no tenían secretos para él. Fray Pedrito, decía, le había inculcado ese amor al océano.

Habían salido a recorrer todo el lago en el nuevo y ágil bergantín del maestro De Fina llamado *San Nicolás*, pero se



vieron forzados a regresar a Granada antes de tiempo porque el contraamaestre tuvo un accidente y fue desmembrado por los tiburones del lago.

Al atracar fueron recibidos por el capitán Ruy Quezada, quien informó a Pedro con respecto al Ejército de la Libertad, sus victorias y planes. Quezada iba a quemar el *San Nicolás*, pero Pedro logró convencerle que solamente lo barrenara y echara a pique por la costa a flor de agua. De mala gana accedió Quezada y después corrió con don Pedro hacia la ciudad.

Pedro de Contreras frisaba en los veinte años, medía cinco pies y nueve pulgadas sin contar su melena de pelo negro. Apareció en la Plazuela con su hábito de pescar: calzones muy cortos, piernas desnudas, camisa abierta, sandalias aztecas. Su fresco y mínimo indumento exponía su musculoso y curtido cuerpo y sentaba mejor que la complicada indumentaria y las armaduras españolas. Su barba consistía en un par de bucles en la quijada, y su labio superior estaba apenas sombreado por el vellosa pelecho de un bigote.

Inmediatamente, Pedro se dio cuenta de su situación. Tenía que escoger entre su madre y su hermano: los dos seres más queridos en su vida.

Para romper el silencio que reinaba, Bermejo le hizo señas a un paje de armas.

—La carta y la daga—le dijo.

El paje le entregó un cilindro de bronce. Ante el silencio general y la mirada severa de doña María, abrió el tubo y le presentó a Pedro la daga de su abuelo y un rollo de pergamino que contenía una carta de Hernando.

Pedro tomó la daga y la desenvainó. Estaba quebrada y manchada de sangre. La envainó de nuevo, la devolvió a Bermejo y empezó a leer desenrollando el pergamino.

La atención general crecía y sólo se oía la tos y el relincho gutural de algún caballo. Aun los concejales, amordazados, mantenían sus ojos moviéndolos de doña María a Pedro y al arrogante mariscal. Una racha de viento llenó el aire de polvo y

de hojas secas, y todos cerraron los ojos. Sólo Pedro se mantuvo leyendo, imperturbable.

Cuando hubo terminado, le dio el pergamino a su madre.

«Aquí—leyó ella—te envió la Virgen, con ella he vengado a nuestro abuelo Pedrarias y el honor de nuestra familia. Está rota, pero el resto quedó en el cadáver del obispo Valdivieso. Dios le perdone.

Como debes de saberlo ya, el Ejército de la Libertad me ha escogido como su capitán. Me han proclamado rey del Nuevo Mundo y seré solemnemente coronado después que capturemos Lima. Sin embargo, hay varias batallas por delante y no tenemos más alternativa que la victoria.

Mi querido hermano Pedro, yo te necesito. Tú me has dicho siempre que yo soy inestable e impaciente, y es verdad. Sin el apoyo de tu serenidad no sabría qué hacer, me sentiría perdido.

Yo sé que estoy cumpliendo con mi deber y no importa el resultado actual, más tarde la historia me justificará; sin embargo, te repito, me siento confundido y sólo, porque no tengo ninguno de mi sangre cerca de mí para acompañarme. Nadie sino tú, Pedro, puede ayudarme.

Yo sé que lo que te pido es injusto porque no te consulté. Es obvio que si yo pierdo esta guerra, pierdo también mi cabeza, y si esto sucediera, tuyo sería el mayorazgo y toda la fortuna de la familia. Por tanto, quizá te pido demasiado. Yo sé cuán terrible será para ti tomar esta decisión, pero cualquier cosa que decidas, yo siempre seré tu hermano, que te quiere. *Hernando Rex.*»

—Pedro—dijo doña María, devolviéndole la carta y haciéndose la desentendida—, yo he ordenado al capitán Bermejo libertar a las autoridades reales y rendirse. Le he prometido clemencia. Hijo mío, haz tú que sea obedecida.

—Don Pedro—dijo Bermejo—, por favor, explíquele usted a su ilustrísima señora madre que yo solamente cumplo las órdenes de su graciosa majestad nuestro buen rey don Hernando, y que si estos individuos no juran alianza a nuestro nuevo monarca, serán ahorcados por traidores, y lo mismo que ellos, todo recalcitrante

granadino. Y la ciudad quedará convertida en cenizas. Esas son las órdenes que tengo.

Pedro y Bermejo se miraron de hito en hito por unos largos y decisivos instantes.

—Una propuesta, mariscal de campo—le dijo con aplomo—, ¿si yo me junto con Hernando pone usted en libertad a estos caballeros, como mi señora madre lo desea, deja usted en paz a los granadinos y no quema la ciudad?

Bermejo dio tres o cuatro pasos de acá para allá, y deteniéndose de pronto frente a Pedro, le extendió la diestra.

—¡Bien venido, almirante!

—¡Pedrito!—exclamó doña María—. Hijo mío, tú no puedes también ser un traidor. Tú también irás a la muerte segura. A la ignominia y a la infamia.

Pedro reflexionó:

—Sí, señora, lo creo muy probable. Apuesto la cabeza, el mayorazgo, la fortuna y el futuro. Yo sé que permaneciendo a vuestro lado seré tal vez gobernador, quizá virrey o qué sé yo. Madre, pero vos tenéis mis hermanos Basco y Diego y mis seis hermanas más, mientras que Hernando está solo, sin ninguno de nosotros a su lado. Si él triunfara, yo me beneficiaría de su victoria; por tanto, debo también compartir su destino...

—Hijo mío—dijo doña María llevándose las manos a la cabeza—, si tú me dejas ahora, jamás nos volveremos a ver.

Bermejo dio órdenes de libertar a las autoridades. Tan pronto como las mordazas fueron removidas, el anciano corregidor don Juan Román gritó:

—María, Pedrito, no se humillen a estos malandrines por salvar nuestras vidas...

Una voz más fuerte apagó la del anciano.

—Por favor, doña María, tengo algo que decir y vos lo tenéis que escuchar—era el alcalde Carrillo quien gritaba—. Yo quiero que todos lo sepan, que no acepto clemencia ni favores. Yo no he capitulado. Yo represento a su cesárea majestad Carlos Quinto, y en su nombre y en el de España demando inmediata e

incondicional rendición, y prometo mantener la palabra de doña María de otorgar clemencia a los traidores.

—Don Pedro, si no se calla este loco le mando colgar—dijo Bermejo.

Todos quedaron sorprendidos, y el alcalde, sin detenerse, poseído de furia, se llegó junto a Bermejo, y apuntando con el índice, le dijo:

—Usted es el loco que debiera haber sido ahorcado hace mucho tiempo. ¡Traidor, innoble! Usted plantó traidores en esta leal ciudad. Los caballeros, los militares, pelean con galantería, con hidalguía y no con tretas arteras y vilezas. Le reto a singular batalla.

Todos los circundantes permanecieron mudos y asombrados, y antes que Bermejo, quien escuchaba serenamente, pudiera contestar, Salguero se plantó entre ellos y dijo:

—Una gracia, mariscal de campo. Le pido me permita aceptar este reto en su nombre. Sería ridículo que usted, el mariscal de campo, una de las más grandes espadas de España y del mundo, se batiera con este cuco barbilindo... y le ruego no colgarlo, permítame aceptarle el reto para castigarle su insolencia.

—Está bien, capitán.

—Vámonos, madre—dijo Pedro, escoltando a doña María hasta fuera de la Plazuela.

## XXXII

Los padrinos de Salguero y Carrillo se reunieron. La discusión fue breve. Habiendo sido Carrillo quien lanzó los insultos y el reto, a Salguero tocaba escoger las armas y demás.

—Espadas de treinta y seis pulgadas. Sin dagas ni peto. En esta misma Plazuela. Inmediatamente—dijo Salguero.

Carrillo aceptó.

Acto continuo, el director y los padrinos principiaron los

preparativos. Escogieron como campo de honor una sección donde el terreno estaba parejo, duro y sin polvo. Con una cuerda y una regla trazaron un diagrama con líneas blancas de cal. Una circunferencia del tamaño de un brazo y una espada, partida por un diámetro que se proyectaba diez pies a cada lado y lo cortaba un radio perpendicularmente en el centro. Un padrino estaba a cada extremo del eje, y a la cabeza de la perpendicular, el capitán Quezada, espada en mano, actuaba de director.

Salguero y Carrillo, desnudos de cintura arriba, recibieron sus espadas al entrar en el círculo, separándolos la muerte con un solo paso. Los contrincantes, con calma, tomaron la posición inicial.

—Se parecen tanto—le dijo el capitán Nica al capitán Roiz—, que rasurándole los bigotes y la perilla al alcalde parecerían gemelos. Está cometiendo un suicidio ese alcalde.

—Pues no. Sus padrinos dicen que un campeón de espada, que estudió esgrima con aquel famoso maestre italiano Camilo Agripa. Por eso es que retó al mariscal.

—¡A la puta! Pues va a ser un duelo de primera.

Salguero y Carrillo, en la posición inicial, de perfil el uno al otro, miraban al director con las espadas tensas hacia abajo y con las puntas casi besando la tierra.

Hubo una pausa de profundo silencio y se escucharon las palabras finales del director:

—De acuerdo con el jurado de los padrinos este combate será a muerte o hasta que una de las partes esté totalmente incapacitada de continuar la batalla. *Iudicium Dei*: que Dios decida.

Salguero y Carrillo levantaron sus espadas verticalmente, las empuñaduras al nivel de los ojos, y extendiendo armas y brazos, primero se saludaron mutuamente, después al director y a los padrinos y empezaron el combate.

Salguero, en el estilo geométrico español, colocando sus piernas en línea, puso su mano izquierda sobre la cadera y extendió la espada en posición horizontal, la punta hacia los pies de Carrillo. En tal posición principió un lento arrastrado de los pies muy juntos y siguiendo la línea de la circunferencia.

Carrillo, en el estilo italiano, irguió su brazo izquierdo por detrás torciendo la mano hacia su cabeza, manteniendo el codo de su diestra pegado a la cadera apuntando su espada a la cabeza de Salguero. Se balanceaba con gracia, arrítmicamente, y miraba con fijeza a los ojos de Salguero, que tampoco se despegaban de los suyos.

Todos los balcones y arcadas de la Plazuela estaban llenos de señoritas y dueñas emantilladas mirando el duelo. Inclusive doña María y los suyos. Los soldados y la multitud estaban tensos y silenciosos. La muerte revoloteaba y danzaba de espada a espada, de lance a lance, aumentando la tensión a cada bote y paro.

Súbitamente, Carrillo lanzó un ataque en dos tiempos por abajo y por arriba, pero Salguero desvió la espada sin contragolpe. Una y otra vez las dos espadas cambiaban tientos y engaños, y Carrillo intentó un doble tiro en alto, pero otra vez su espada fue enrollada y desviada y prontamente recuperaron la posición inicial.

Salguero, sin cambiar la guardia, no había atacado aún, esperando el momento exacto de lanzar su golpe relámpago. Carrillo, consciente del peligro, inició una serie de botes falsos y, finalmente, logró trabar espadas en un escurrido de presión. Tensa y lentamente, pegadas las espadas, ya iban llegando a las partes gruesas, casi hasta las empuñaduras.

Todo el mundo estaba inmóvil. Todos los ojos miraban las dos manos, que temblaban de tensión, cada una tratando de dominar a la otra. Todos sentían la inminencia de la muerte porque los duelistas estaban demasiado juntos. ¡Imposible más! ¡Ya! De pronto, la espada de Carrillo saltó por el aire y la de Salguero penetró entre las cejas del alcalde, saliendo por detrás del hueso occipital. Carrillo dobló las rodillas y cayó de espaldas. Los padrinos le examinaron, y al declararle muerto, el director pronunció las palabras rituales:

—*Qui oinci. probat voluntas Dei.*

El cadáver del alcalde, cubierto con un sudario, fue llevado a su casa en una camilla.

### XXXIII

Bermejo decidió regresar al Realejo inmediatamente. Nombró al capitán Salguero comandante de la expedición a Nicoya y segundo al capitán Ruy Quezada.

Antes del atardecer del 4 de marzo, sin tambores ni pitos, Bermejo y Pedro de Contreras, con un pelotón de lanceros, salieron de Granada, y a la puesta del sol del día 5 llegaron a la posada de Misia Sarabanda.

Misia estaba encantada de ver otra vez al mariscal. Inmediatamente ordenó preparativos y mandó traer una joven mestiza, huérfana propietaria, llamada Gabriela Pie de Fierro, de ojos tristes, buenas formas y voz muy suave, que adoraba a Pedro muy en secreto; pero Misia sabía los secretos de todas las mujeres de León. Por supuesto, la gitana había estado esperando al mariscal.

Después de un par de vasos de vino, Misia le hizo un guiño de ojo a Bermejo para que éste la siguiera y se encerraron en una recámara.

—¡Ay mariscal!—le dijo ella por tercera vez—. Pero qué guapo y formidable está usted con armadura—suspiró y continuó—: Mariscal, por favor, usted tiene que hacer algo por esta pobre ciudad. Desde que usted partió de aquí el miércoles de Ceniza, esto es un verdadero infierno, y usted sabe bien que yo no soy santulona ni ando con remilgos—tomó aliento y prosiguió—: Los indios, mariscal, son incontrolables, peor que bestias. No cesan de atropellar y saquear las propiedades de los blancos y de matar a las viejas autoridades y principales. La guarnición que usted dejó apenas si basta para que se mantenga ilesa, pero no para dominarlos. A mí no me han tocado o comido por mis viejas relaciones con Texoxes. Voy a darle una idea.

Hizo una pausa y continuó con los ojos muy abiertos y el gesto horrorizado:

—Al comandante Zárate le asaltaron en su molino de azúcar. Las casas, los cañaverales, todo lo quemaron, y al comandante le sacrificaron a uno de sus dioses y se le comieron. ¡Salvajes!

y todavía siguen en una sola orgía de borrachera, fornicación en masa, violaciones y toda clase de crímenes y atrocidades. Por favor, mariscal, dese una vuelta por la ciudad. Estos animales creen que la libertad es libertinaje. Sólo gritan «no más trabajo», «viva Don Libertad», «viva rey libertad»; eso es todo lo que saben: gritar y emborracharse. ¡Bestias! ¡Ah! El viejo Pedrarias los mandaría a perrear. Por favor, mariscal...

—Muy bien, suficiente, gracias, Misia—le dijo él, parándola y moviendo la cabeza de arriba abajo despacio y pensativamente—. Misia, ni una sola palabra a don Pedro. Dígale a esa mestiza que mantenga su boca cerrada y que después de comer se lo lleve al cuarto y no le deje salir hasta el alba de gallos...

—Descuide, ella es virgen y tímida, pero adora a don Pedro y yo me haré cargo de ella. Ni una palabra se filtrará.

La cena fue muy abundante y alegre. Pedro hasta olvidó su intención de visitar el viejo y solitario castillo de San Juan donde había crecido. En vez de ello, se dejó llevar hacia su cuarto y se hundió entre los senos de la tierna mestiza. La conocía desde la infancia, y eran muy amigos y siempre había tenido en mientes acostarse con ella. La noche le sería corta.

### XXXIV

La ciudad de León era un solo mitote. Bandadas de indios borrachos andaban por todas partes saqueando hogares, iglesias y conventos. Desde el miércoles de Ceniza, «el mitote», o danza general de toda la colectividad, todavía continuaba sin decaimiento por toda la ciudad y pueblos y la guarnición encargada del orden era absolutamente impotente para dominar la situación. Exactamente tal y como se lo había dicho Misia.

Bermejo, a la cabeza de su pelotón de lanceros y de la guarnición de la ciudad, con linternas y antorchas de brea, se echó sobre la indiada. Las lanzas, las vergas de toro, los rebenques y



los sables dispersaron las bandas de indios, teniendo que matar a medio centenar de los que opusieron resistencia; pero fue una rápida operación de limpieza general, repentina y tajante.

Después, por orden de Bermejo, varios grupos de pregoneros montados y con antorchas y clarines salieron proclamando por todos los pueblos aledaños que la ciudad debía ser evacuada por todos los forasteros, bajo inmediata pena de muerte. Y los pregones hablaban en castellano y en nahoa-azteca.

Cuando Bermejo regresó a «La Posada» encontró a la gitana esperándole.

—Hola, gitana, ¿todavía despierta?—le dijo soltándose las cuerdas a su cota de malla.

Estaba cansado, lleno de polvo y sudor. Sin decir palabra ella se le arrimó y le ayudó a desembarazarse de la cota de malla. Se le llevó al cuarto, le quitó la ropa y le dio un beso que, desde abajo, fue subiendo por el ombligo hasta el pecho; con la lengua temblorosa lamiéndole lentamente hasta llegar a embarrenársele en la boca y casi ahogarlo.

—¡Ahhh!—murmuró ella por fin. ¡Qué maravilla! Usted me trastorna. Usted huele a macho cabrío, a semental en celo. ¡Le adoro, mariscal!

Tomándola él de la cintura la levantó en alto, la tiró sobre la cama y se sentó al lado de ella.

—¡Calma, mi garañón!—le dijo ella—. Primero quiero limpiarle y ungirle con unguento de azahares, y si se porta bien el niño le vaya adormecer con cantigas gitanas.

La gitana se levantó y, tendiendo al mariscal en la cama, tomó una servilleta que tenía preparada con el unguento y empezó a limpiarle el polvo del rostro y del cuerpo. Después se puso a darle masaje con el unguento, calentándolo primero en las manos sobre la llama de una candela de fragante cera de abejas.

Después de un rápido y apretado frote por el cuello, el pecho y las piernas, tomó uno de sus brazos por la muñeca y le dijo:

—Su muñeca es más gruesa que mi tobillo, ¡coño! y su brazo, más grueso que mi pierna.

Ella puso su muslo desnudo y dorado cerca del veloso brazo comparándolos mientras continuaba hablando:

—Mariscal, ¡cómo me gustaría ser su querida! ¿Sabe por qué? Pues porque cuando se la pegara, que no serían pocas veces, y le entraran celos me iba a encajar la mano, y un puñetazo suyo debe ser como la patada de una mula. ¡Ah, qué cosa más divina sería!—hablaba ella mientras continuaba frotándole el brazo.

—¡Jujú! No, gitana; yo a las mujeres les aplico el látigo.

—¡Ay, ay, ay, mamita! Pero si a mí me encanta el látigo, mariscal. Yo sólo entiendo a patada limpia.

—Imposible, gitana, lo lamento. Esto no es la expedición a la California. Ahora no me queda tiempo para mujeres. Esta es la guerra, y para mí, la decisiva; pero te voy a dejar un bolso de doblones de oro para que te compres un recuerdo... o se los des a un chulo...

Después de gallos y antes de salir el sol, Bermejo y Pedro de Contreras, bien folgado y bien desayunado, trotaba rumbo al Realejo. Solamente llevaban consigo seis lanceros, pues habían dejado el resto para ayudar a mantener en orden la indiada de León.

## XXXV

Hernando recibió a Pedro y a Bermejo en el Cabildo real con muchas ceremonias. Acto continuo dieron comienzo fastuosas celebraciones en su honor y por la gran victoria de Granada.

Todas las calles del puerto y los barcos surtos se hallaban engalanados con banderas. Tiendas, talleres y mercados se cerraron. Las campanas repicaban. Los uniformes de gala y los mejores vestidos, no obstante el calor, salían a relucir. Banquetes, músicas, cantos, siguieron durante varios días y terminaron con un *Te Deum* en la iglesia de La Merced. Las autoridades, los principales de la ciudad y hasta alguno de los caciques indios de las tribus vecinas tomaron parte en las diferentes ceremonias.

La más imponente fue cuando su majestad Hernando I, con armadura de gala, dio el espaldarazo a su hermano Pedro, honrándole con el título de duque de Panamá, frente al altar mayor, con la solemne bendición del canónigo Pedro Ochoa. A Bermejo le fue conferido el título de marqués de la California. Al vicealmirante Castañeda el de marqués de Ometepetl. Al alférez Sánchez, conde del Realejo. Don Arias Palomo fue nombrado gobernador de Guatemala y Cuscatlán y titulado marqués de Sutiaba.

Al atardecer de la luna llena, los tambores de los pueblos indios empezaron a sonar, y antes del crepúsculo, ya estaba comenzando la gran Danza del Cacao. Era como un carnaval. Vestidos con disfraces brillantes y tapados los rostros con máscaras multicolores, que remedaban toda clase de animales, multitudes de indios aparecían por todos los caminos convergiendo en el Realejo, gritando, bailando, cantando y bebiendo chicha en grandes cantidades.

La Danza del Cacao tenía lugar durante el verano y siempre que la luna estaba llena para honrar a Cacaoateotl, el dios que hacía crecer y florecer a los cacaoteros y ayudaba a las mujeres a lograr buena preñez y dar críos sanos. Las máscaras las usaban para que nadie supiera con quienes ayuntaban y los esposos y esposas no tuvieran celos después del gran mitote. El motivo principal era ayudar a concebir a todas las mujeres para que no hubiera matrimonios estériles.

A fin de que los soldados españoles tomaran parte en el mitote trajeron para ellos, como regalía, más de un centenar de indias vírgenes.

Los frailes habían prohibido esa danza desde hacía muchos años; pero esta vez revivió con un furor de todos los demonios, durando toda la noche y parte del día siguiente.

El martes, un galeón nuevo, cargado con salchichas y vinos, entró en el puerto, siendo capturado en el acto.

En los astilleros y talleres de fundición terminaron de construir las barcasas de desembarque y el reacondicionamiento de

los barcos; también se completó el entrenamiento de los mejores ciento cincuenta lanceros y sus caballos para el asalto de Lima.

Bermejo lo inspeccionó todo detalladamente: armamentos, barcos, provisiones, hasta la última gallina, y dio instrucciones escritas a todos los oficiales. El 15 de marzo la Armada de la Libertad salía del Realejo para Nicoya.

## XXXVI

El 6 de marzo, el capitán Salguero partió de Granada después de haber nombrado un nuevo Consejo de autoridades.

Menos de una veintena de granadinos acudieron a la Plaza para despedir a la columna de la Libertad, compuesta de sesenta lanceros, cincuenta infantes, artillería y un pelotón de marineros de los barcos quemados que habían decidido juntarse con los de la Libertad.

Varios días de quietud desoladora siguieron en Granada. El golpe de tan aplastante derrota fue enervante. Nadie sabía qué hacer hasta que doña María tomó la iniciativa.

Ella logró convencer a la guarnición de soldados y al Consejo de autoridades que había dejado Salguero al mando de la ciudad que depusieran su poder y cooperaran con las autoridades de España. Así serían perdonados. Mandó reunir al pueblo y encareció a todos que ayudasen a poner a flote el bergantín *San Nicolás* para enviar noticias a Panamá y al virrey Gasca al Perú.

El maestre piloto del *San Nicolás* fue el único que se opuso violentamente; pero fue encarcelado. Los trabajos a la orilla del lago para intentar poner a flote el bergantín persistieron tenazmente todos los días hasta el anochecer. La operación resultó muy difícil. El bergantín estaba a más de once codos bajo el agua, pero doña María insistió inquebrantablemente, trabajando sin cesar. Y después de varias semanas lograron sacar la embar-

cación, aparejarla y despacharla urgentemente a Panamá, bajo su mismo patrono De Fina, que también había vuelto a pasarse al bando del emperador.

## XXXVII

El camino entre Granada y Nicoya era una vereda que se retorció subiendo y bajando más de ciento treinta millas por valles y lomas muy fértiles y bien cultivados.

Salguero, a la cabeza de la columna, cabalgaba unas veces delante y otras al lado de Quezada, con quien conversaba a menudo.

—Granada no estaba débil ni fue cuestión de suerte. Fue la estrategia del mariscal—dijo Salguero.

—Yo creo que Nicoya va a resultar aún más fácil—contestó Quezada.

—Estoy de acuerdo con usted, capitán, porque las fuerzas de Nicoya están al mando del capitán Pablo Jerez, hermano de don Elías Jerez.

—¡Oh, sí, sí! En el banquete, en el castillo. Bien le recuerdo. Hombre rápido para hablar y decidir. Congeniamos muchísimo. El es quien me dijo: «Le aseguro que Nicoya no disparará un solo arcabuz...»

De pronto, Quezada cortó la frase porque su bayo reparó bruscamente, mirando de reojo, en una iguana muy grande que permanecía impávida al lado del camino.

Los dos jóvenes capitanes interrumpieron su marcha por un momento junto a un arroyuelo para permitir a las cabalgaduras se abresasen. Mientras tanto, admiraron la belleza del paisaje. Detrás de ellos se erguía como mampara el macizo del volcán Mombacho. A la izquierda, el esbelto cono humeante del volcán Ometepetl subía millares y millares de pies cielo arriba desde las aguas de la mar dulce.

No distaban más de seis millas hacia cada lado del mar océano y de la mar dulce, como los españoles llamaban al lago de Nicaragua y al que los indígenas daban el nombre de Coxivolca. Desde esa pequeña prominencia, los dos: el lago y el Pacífico, eran simultáneamente visibles, casi de lado a lado, ambos muy anchos, pero con horizontes de diferentes tonos: el lago, verde pardo e inquieto; el mar océano, vere azul vinoso y sereno.

La noche del 10 acamparon a media jornada del puerto de Nicoya.

Pequeño, activo y próspero, el puerto de Nicoya era también capital de la provincia de su nombre. En el centro, por supuesto, tenía una plaza con iglesia, varios edificios públicos y unas cuantas casas de piedra. El resto, todo era de madera y adobes y se extendía en granjas, quintas y pueblos de indios orotinas. La provincia era rica en plantaciones de algodón y sizal y en ganadería, y producía excelentes maderas para la construcción de barcos. Sus colonos europeos, ricos hacendados y agricultores, eran, por tanto, acérrimos enemigos de la nueva ley. La provincia entera había sido reclamada por Pedrarias, quien la había legado a su hija doña María.

Al despuntar el alba, los primeros pelotones disfrazados de la avanzadilla se filtraron por el pueblo hacia el embarcadero para caer directamente sobre los barcos. Salguero y Quezada, con los lanceros y la infantería, asaltarían el fuerte de San Gil y la ciudad, y Roiz, *el Gigante*, con la artillería y los perros, cubriría la retaguardia. Pronto se vieron las señales de los soldados que asaltaban los barcos. Salguero cargó sobre el fuerte. Quezada se lanzó sobre la ciudad y Roiz emplazó la artillería rodeando al fuerte. A los primeros gritos y disparos el fuerte de San Gil botó el puente levadizo y la guarnición entera, jubilosa y dando vítores, salió a recibir a los invasores. El alcalde Jerez, su hermano el comandante, todos los oficiales y principales de la provincia habían estado esperando ansiosamente al Ejército de la Libertad desde que supieron el restablecimiento de la nueva ley.

El alcalde Jerez decretó la semana entera de fiestas. El canónigo Rodríguez, vicario general de Nicoya, que vivía amargado contra las órdenes religiosas, se unió al Ejército e insistió en capturar y condenar a trabajos forzados a todos los frailes y monjas de la provincia, por considerarlos «nocivos y holgazanes»; pero el canónigo Ortiz se opuso con suavidad a tal medida, y por la mañana ambos canónigos celebraron un solemne *Te Deum* dando gracias a Dios por la independencia del Nuevo Mundo.

Todo Nicoya gritaba feliz y cantando al creerse libre de la «Secreta» y de la Santa Inquisición, así como de tasas, diezmos, primicias y multas.

La flota de la Libertad contó con otros tres barcos. Un galeón nuevo, el *Panamá*, cargado con mercadería; la *Culona*, una vieja carabela de carga con cerdos y jabas de naranjas pasadas al sol, y una regalía del alcalde Jerez, su propio bergantín *El Alcatraz*, el más bello y veloz navio a flote en la mar Pacífica, decía él. Su piloto era el maestre Antón de la Cosa, nieto de Juan de la Cosa, primer cartógrafo del Nuevo Mundo, y piloto de *La Niña*.

Ese mismo día 11 de marzo *El Alcatraz*, con todas sus velas hinchadas y cintas flameando contra el sol poniente, dejaba las dormidas aguas de la bahía de Nicoya y cortaba esbelto las grandes olas deslizándose veloz a cumplir la más delicada misión de espionaje, preparatoria de la próxima batalla de Panamá.

## XXXVIII

Al mediodía del 22 de marzo, la Escuadra de la Libertad, compuesta de una formación de dieciséis barcos, viraba hacia el Norte para entrar en la bahía de Nicoya. El calor era sofocante. La tierra y el océano ardían bajo un sol vertical. Las grandes velas, tensas, despleaban cruces, escudos y signos de través a través, en colores chillones, avanzando con ritmo odulante y sosegado.

El *Panamá*, que esperaba a la entrada de la bahía con señales de banderolas, le dio la noticia de la victoria y de la formidable bienvenida que esperaba a su majestad.

Cuando Hernando atracó en el embarcadero fue recibido con un saludo de cien cañonazos, uno tras otro, disparado por varias baterías. Las campanas repicaban y toda la gente de la ciudad y pueblos aledaños estaban por los muelles. Los edificios lucían adornados con palmas y flores, y la calle principal, que conducía al fuerte de San Gil, estaba cubierta con una alfombra de serrín con diagramas y dibujos policromos de pétalos de flores.

Hernando vestía un peto repujado en oro que hacía juego con su morrión encrestado. Pedro vestía un simple jubón blanco. Hernando, rubio; Pedro, moreno. Juntos bajaron a tierra y fueron recibidos por un pequeño grupo de principales.

Salguero, en nombre del Ejército y de la provincia, besó el anillo real y empezó a leer un pergamino.

Hernando sufría espasmos de emoción. Las salvas de los cañones, la gritería de la multitud, el bosque de mástiles en la bahía enarbolando su emblema, y más que todo, las mágicas y viriles palabras de Salguero: «Graciosa, divina majestad, príncipe de Cuzco. Salvador de los conquistadores. Capitán de la Libertad. Libertador del Nuevo Mundo. Para siempre rey...» Todo aquello, en verdad, trastornó su cerebro con visiones de gloria inmortal.

Al terminar Salguero, Hernando, entusiasmado, desnudó su espada, y mientras aquél doblaba la rodilla para besarle el anillo, le retuvo en tal posición para darle el espaldarazo:

—Capitán Rodrigo Salguero—le dijo—, por tu prudencia y tu valor, yo, Hernando Primero, rey del Nuevo Mundo, tres veces heredero y único señor de esta provincia de Nicoya, te concedo el título de conde de Nicoya y también te nombro gran capitán del Ejército de la Libertad, cuarto en comando. Levántate, mi gran capitán—concluyó, envainando la espada y cambiando los besos de rigor.

Salguero permaneció en silencio y firme ante la ensordecedora multitud. Jamás había esperado semejante honor. Quiso



dar las gracias, pero no pudo, limitándose a doblar una rodilla y besar de nuevo el anillo de Hernando.

Desde el embarcadero, el cortejo marchó hacia la iglesia de San Francisco, en la Plaza Real, para el *Te Deum*, bendiciones e hisopeos de agua bendita. Después del *Te Deum*, Hernando exaltó al canónigo Ortiz a obispo del Ejército y Armada de la Libertad, por haber preferido seguirle en lugar de ser el cuarto obispo de Nicaragua.

En aquel mismo sitio del fuerte de San Gil hacía sólo una, generación que el descubridor Gil González, con cien soldados enfermizos y cuatro caballos escuálidos, había levantado, en 1522, la primera empalizada europea de Centroamérica. Allí establecía ahora Hernando sus cuarteles reales.

Los días siguientes fueron todos de gran actividad. Bermejo ordenó banquetes y festividades para mantener a Hernando distraído, mientras él entrenaba los comandos para el desembarco en Panamá. Escogió sus mejores ciento cincuenta soldados, calculando distancias y ensayando señales para que el asalto resultara una victoria tan limpia y fulminante como la de Granada.

El martes 28 de marzo todo estaba en perfecto orden. Su majestad pasó revista al Ejército y después a los barcos, que ya ocupaban sus posiciones de formación en la ancha bahía. Cada barco había sido cargado y dotado en proporción a su capacidad y conocida velocidad, para que así pudiera mantenerse en formación constante durante la próxima travesía de seiscientas millas hasta las islas de las Perlas. Ningún barco que pudiera izar vela fue dejado atrás.

Sin contar *El Alcatraz*, dieciocho barcos llevaban a su majestad con su Estado Mayor, un obispo, nueve padres seculares, dos frailes y cuatro monjas. También llevaban trescientos veinte soldados europeos de primera línea y doscientos irregulares blancos y mestizos bien entrenados. Más de setecientos marineros y oficiales manejaban la flota, asistidos por más de mil sirvientes masculinos entre esclavos e indígenas incapacitados para usar armas de fuego, ya que en el Nuevo Mundo a un indio o un

africano no le era permitido ni siquiera tocar un arma de fuego bajo pena de muerte. Iban también más de mil doscientas mujeres, contando esposas, queridas, prostitutas, sirvientas y esclavas, muchas de ellas con niños y otras preñadas.

Además, ciento cincuenta caballos selectos de embestida, más *Palomino* y *La Gacela*, para la entrada triunfal en Lima, y dos batallones de perros de guerra, incluyendo a *Grifón* e *Hidra*.

Llevaban pólvora por toneladas y superabundancia de toda clase de armas y municiones; y no se diga de provisiones: salchichas, quesos, naranjas pasadas, azúcar, aceite de oliva, cacao, tabaco, vino, maíz, arroz, frijoles, garbanzos y, sobre todo, toneles de toda clase de carne salada y ganado en pezuña; tantas provisiones, que el vicealmirante Castañeda y el comisario capitán Altamirano estimaban que tenían suficiente metralla para pelear seis batallas y suficientes provisiones para que los tres mil trescientos y pico de ocupantes de la escuadra pudieran darle la vuelta al mundo sin necesitar reabastecerse.

Con la acostumbrada fanfarria de músicas y truenos de cañonazos dejaron la bahía de Nicoya para navegar hacia las islas de las Perlas, a la importantísima cita con *El Alcatraz*, que los esperaba con los últimos informes para lanzar un asalto relámpago e infalible sobre Panamá.

### XXXIX

La escuadra avanzaba en perfecta formación hacia Panamá. Hernando y Pedro iban a bordo del *Valdolivar*.

—Todo va exactamente de acuerdo con mis planes—le decía Hernando a Pedro—. He planeado esta guerra a la perfección y no se me ha escapado ni el menor detalle. En Panamá no habrá tal batalla. En cuanto sepan que yo soy el nuevo rey me recibirán con delirio. Siento mucho, Pedro, que no hayas estado en León cuando la proclamación. No tienes idea del entusiasmo y delirio

con que me ovacionaron. Ya lo viste: en el Realejo, y en el Viejo, y en todos esos pueblos, me proclamaron su rey. Hasta los indios y africanos me adoran. Ya viste en Nicoya, fue algo simplemente terrorífico y maravilloso. Bueno, pero Nicoya es mi provincia. ¡Ah Pedro! Puedes estar seguro de que a estas horas nuestro pariente don Arias Palomo y su séquito ha llegado a Guatemala con mis cartas y decretos. Estoy casi seguro de que el capitán general Cerrato ya ha juntado fuerzas con nosotros y me ha proclamado rey *in absentia*. Lo mismo en Cuscatlán que en Guatemala.

—Majestad—le dijo Pedro, posando de nuevo sus ojos sobre el océano, donde una banda de delfines saltaba sobre el agua para zambullirse haciendo círculos de espuma alrededor del barco—, ¿y qué tal si Panamá estuviera sobre aviso? Me temo que nuestra señora madre haya cambiado las autoridades de Granada otra vez contra nosotros. Más aún, ésta es la hora que ella habrá maniobrado y puesto a flote el *San Nicolás* o conseguido otro navío y enviado mensajes...

—Con mensaje o sin mensaje, tomaremos Panamá—exclamó Hernando súbitamente irritado.

—Perdón, majestad—le contestó Pedro—, no intenté contrariaros; pero...

Fue interrumpido por las campanadas y por un largo grito del atalaya, situado en la punta del mástil mayor, a unos cincuenta pies arriba.

—Un galeón a la vistaaa... Maaar afueraaa... Estribooor...

Hernando escudriñó el horizonte, las manos sobre la frente; pero sólo pudo ver una mar serena rizada por la constante brisa de la tarde, todo azul y verde. Fuera de los barcos, lo único visible eran pelícanos y alcatraces que revoloteaban por entre la escuadra, y hacia el Este, los picos de unas montañas que emergían del horizonte.

—Esos picos son del Morro de Puercos—dijo Pedro, apuntando hacia ellos su cilindro—. Son la garfa norte del golfo de Panamá, que tiene la forma de un inmenso cangrejo. Aquí estamos como a un tercio ya de las islas de las Perlas. Pero...—continuó,

bajando la voz y señalando a un objeto apenas discernible hacia el otro horizonte, sobre estribor—, majestad, ese barco no viene de Panamá. Va demasiado mar afuera.

Súbitamente, Hernando estalló con entusiasmo:

—¡Debe de venir de Lima! Y tendremos noticias frescas de Gasca. ¡No podemos permitir que ese barco se nos escape!

Hasta entonces la flota había navegado con tanta paz y viento próspero, que esta pequeña interrupción a su monótona marcha constituía una agradable distracción. Banderolas hacia señales de barco a barco, la formación fue cerrando línea y el *Valdolívar*, como toda la flota, fue virando poco a poco a estribor, arriando velas y cortando velocidad. Las señales anunciaban que el *Chile*, con el vicealmirante, había despejado a toda vela a fin de interceptar el barco.

—Es un galeón enorme, señorial—dijo Hernando, mirándolo a través del telescopio.

—Sí, majestad—dijo Pedro, mirando por su cilindro—, absolutamente una belleza de galeón. Diseño novísimo. De cuatro cubiertas. Ya puedo ver la vela trinquete decorada con cruces purpúreas y la vela mayor con los castillos y leones de Castilla. Está virando hacia nosotros.

—¡Ah, sí!—gritó Hernando a un paje—. ¡Mi coraza! ¡Mis armas! ¡Prepararse para la acción!

—Majestad—le dijo sosegadamente—, el vicealmirante se está aproximando y ese galeón es grande, pero va demasiado cargado para pelear o para escaparse. Ese barco es nuestro.

Hernando miró fijamente otra vez con el telescopio.

Oportunamente, el vicealmirante abordó y capturó el galeón. Su nombre era *Buenaventura*. Era un galeón nuevo que en su viaje inicial venía directamente de España, por el estrecho de Magallanes, hacia el Realejo y Acapulco. Toda su tripulación y colonos a bordo fueron distribuidos entre los otros barcos y parte de la mercadería fue trasbordada para aligerarlo.

Pronto pasó la novedad, y la flota, en su formación anterior, continuó hacia las islas de las Perlas.

Bermejo y Salguero, junto con otros oficiales, habían preferido navegar en el *Perú*, convertido en transporte de municiones y que llevaba la caballería del Estado Mayor y varios almacenes de pólvora. A Bermejo le agradaba mucho la compañía del viejo lobo marino el maestre Benito de Zafra, que era oriundo de un pueblo muy vecino del suyo. Con frecuencia, Bermejo dormía en la hamaca cerca de los caballos, porque él decía que su olor era el mejor perfume para sus narices, y su lento y ruidoso masticar del maíz en lo profundo de la noche, la mejor música para pensar y soñar.

A bordo del *Perú* iba también una persona de muchas campanillas, dignidad y gran importancia por lo menos para sí mismo. Era el maestro de heráldica maese Tim de Cereceda. Flaco, minucioso, con el labio superior de conejo, se mantenía muy ocupado durante largos días y noches del viaje consultando sus libros, anotando y diseñando los escudos de armas de los nuevos nobles y oficiales.

—Yo soy un doctor en Teratología—le explicaba a Salguero con su acento nasal—. Teratología es la ciencia de los monstruos. Soy también doctor en Ciencias Heráldicas y Ceremoniales. Por tanto, gran capitán, ahora que es usted conde, le voy a dar un escudo de armas que le protegerá de todo engaño y de todo hechizo.

Salguero escuchaba atentamente, y el maese continuaba:

—Lo he estudiado mucho. Para su buena suerte, le daré un cocatriz. ¿Por qué? Porque el cocatriz tiene verdaderos poderes mágicos. Mire el diseño. Es algo así como un basilisco con cresta y barbas de gallo, grandes espuelas y cola con ponzoña de serpiente. ¿Por qué es así el cocatriz? Porque proviene del huevo de un gallo incubado por una serpiente fabulosa...

Cuando el maese le entregó su blasón al mariscal, ahora marqués de la California, lo hizo con el camarote cerrado y con mucho sigilo.

—Marqués—le dijo hablándole con aire misterioso—, a usted le he dado un grifo sobre campo de oro en este escudo

orlado, y montado sobre él, como piedra preciosa, su coronilla de marqués. Mire las perlas interpuestas con hojas de fresal. Y ahora, ¿sabe usted, mariscal, por qué le he dado un grifo? Pues bien: porque los grifos son mitad águila y mitad león, y son los guardianes del oro. Cuidan de las minas de oro y de los grandes tesoros. Yo he leído mucho, mariscal. La California está llena de oro y por eso las amazonas que la habitan cabalgan en grifos...

Bermejo quedó muy complacido.

El maese es quien diseñó el real escudo de armas de Hernando I: un león rampante con una garra descansando sobre un hemisferio de oro y plantado sobre una cinta con la leyenda «Libertad», todo bajo la gran corona real. Hernando lo hizo grabar inmediatamente en su intaglio, decorar las velas de los barcos, acuñarlo en las monedas y ponerlo en los pendones, banderas y estandartes.

Todo el mundo, en todos los barcos, era realmente feliz. Nada de Inquisición, nada de «Secreta», nada de limosnas, nada de frailes regañones. Absoluta libertad de hablar, de comer, de beber, de cantar y bailar y de amar, porque hubo buen cuidado que cada barco llevara su buena dotación de mujeres...

El tiempo era perfecto. El viento constante causaba pringues, golpes y tumbos del agua contra los cascos; pero eran tan rítmicos, día y noche, que ya pasaban inadvertidos como el crujir de las maderas y las jarcias y las velas con el perenne vaivén.

Al caer la tarde del 18 de abril, las unidades de avanzadilla de la flota llegaron a las islas de las Perlas. *El Alcatraz* estaba allí esperándolos desde hacía dos días, cargados de informes explosivos. Tan explosivos y decisivos, que el curso total de la guerra y toda su estrategia tenía que ser barajada inmediatamente.

Los informes eran que el virrey Gasca, con un tesoro consistente en dos arcones llenos con las joyas de Gonzalo Pizarro, más ciento cincuenta toneladas de oro en barra y dos veces el doble de esa cantidad en lingotes de plata, estaba en la ciudad de Panamá esperando todavía una escuadra de guerra que venía de España hacia Nombre de Dios para llevarlo, y que se esperaba de un momento a otro.

La escuadra fue aproximándose a la desierta isla de San José, que tenía la forma de un caballo marino. Cuidadosamente fue anclado en la pequeña bahía de Marín, formada por la curvatura de la angosta cola. Todos los barcos cupieron, pero bastante apretadamente por lo reducido de la bahía.

Poco después del atardecer de ese viernes 18 de abril, los oficiales del Estado Mayor fueron bajando a tierra, de los diferentes barcos, para celebrar conferencia en un derruido caserón de madera abandonado por unos pescadores de perlas, cerca de la playa, que ofrecía amplia vista de la bahía, repentinamente iluminada por enjambres de luces parapadeando en los barcos entre la poca niebla del anochecer.

Los oficiales tomaron asiento en unos bancos de madera alrededor de una mesa rústica con las patas hundidas en la arena.

Hernando habló primero:

—Todos ustedes, mis oficiales—su voz sonaba clara y serena—, sus voluntarios y profesionales, y a ustedes les debo mis victorias y mi gloria. Ahora, a la vista de estos fantásticos informes de Panamá, tan totalmente inesperados y decisivos, estoy ansioso de conocer la opinión de cada uno de ustedes antes de tomar una decisión. Primero usted, mi querido y buen amigo señor Jerez, denos, por favor, su informe sin omitir detalles.

—Gustoso, majestad. Sin omitir detalles—empezó diciendo Jerez—. Por falta de viento llegamos a Panamá quizá diez días después de lo calculado, y para nuestro asombro, nos encontramos con que el virrey Gasca estaba allí. Había llegado el miércoles 12 de marzo. Salió de Lima sin previo aviso la noche del 27 de enero en el barco del maestre piloto Diego Gaitán, trayéndose consigo aquel inmenso tesoro con sólo setenta soldados de guardia. Tras él seguía otro barco cargado con la plata y cincuenta soldados. Otros dos barcos, el *Coricancha* y el *Potosí*, con ciento cincuenta soldados, se desviaron para caragar más oro en Guayaquil. Solamente porque estos barcos no han llegado aún y se esperan de

un momento a otro es por lo que el virrey Gasca está todavía a este lado del istmo.

Jerez hizo una pausa, y mirando a Bermejo directamente, continuó:

—Gasca está hospedado en la casa del doctor Robles. Yo le visité allí. Dos veces me invitó a desayunar con él, la última vez el domingo 14, o sea el mismo día que zarpamos de Panamá. Me hizo más de un millón de preguntas sobre Nicoya, Granada, León, y sabe absolutamente de todo lo que está sucediendo, excepto de nuestra guerra, de la que no tiene ni la menor sospecha. Pues bien: el tesoro ni siquiera está guardado en la ciudadela. Parte está en la casa del doctor Robles, parte, calle de por medio, en la casa de don Juan Gómez de Anaya, tesorero de la corona en Panamá, y parte en el palacio del gobernador general, más o menos dividido en tres partes iguales, cincuenta y cinco toneladas en cada lugar. Las pieles de chinchilla y vicuña y toda la plata están en las Casas del Rey. Majestad, os puedo decir todo esto porque yo fui huésped del gobernador general don Sancho Clavijo, que ahora padece de fiebres tercianas. También almorcé con el obispo Torres y cada uno de los oficiales reales de la ciudad y puedo garantizar que ninguno de ellos tienen ni la más remota sospecha de nuestra guerra.

—Bueno y la población, ¿cree usted que nos apoye? —dijo Hernando.

—La población...—Jerez vaciló—. Majestad, la mayoría de la población es gente de tránsito. Aun los mismos panameños, con sus excepciones, están como de paso y sin enraizar. Son comerciantes, tenderos, agentes de carga, alcabaleros, prestamistas. Como hay muy pocos agricultores y ganaderos, la nueva ley no les afecta. Más bien les favorecería si se estableciera el mercado de africanos en gran escala. Majestad, la verdad, yo no creo que estén con nosotros, a no ser que nuestra victoria en Panamá fuera tan aplastante como en Granada.

—Gracias, señor Jerez—dijo Hernando.

Y dirigiéndose luego al capitán Ruy Quezada:



—Capitán, por favor, denos su informe sobre la situación militar.

Quezada se puso en pie, hizo una inclinación hacia Hernando y empezó diciendo con su gruesa voz:

—Majestad, como ese repugnante enano estaba en Panamá decidí no bajar a tierra para no arriesgar ser reconocido y arruinar así la misión. Pero mi cuñado, como usted sabe, es el intendente de Abastos del Ejército real y yo logré ponerme al habla con mi hermana. Por medio de ella obtuve todas las informaciones que necesitamos, y de tal manera que ni ella misma se dio cuenta de mis fines. En Panamá había solamente sesenta soldados en la ciudadela antes de la llegada de Gasca. El trajo ciento veinte. Son, pues, un total de ciento ochenta. Eso sí, muy bien equipados y de primera línea. Cien de ellos se encuentran acuartalados en la ciudadela, y ahí está el verdadero peligro. La ciudadela tiene seis bombardas de bronce de veinte pies, doce cañones de cinco pulgadas de calibre y mucha otra artillería menor. Cincuenta soldados están acuartalados en las casas reales y en el palacio del gobernador. Estos son los que patrullan por la ciudad y hacen la guardia hasta la medianoche. Por el tal jorobado, la ciudad está tan quieta ahora que los soldados de guardia no tienen nada que hacer excepto rebenquear de cuando en cuando a uno que a otro indio o africano cimarrón que se atreve a entrar en la ciudad a deshoras. El sábado, día antes que zarpáramos, de treinta a cincuenta soldados de la ciudadela fueron despachados a Nombre de Dios, lo cual puede significar que Gasca está preparando su traslado. En total, pues, hasta el domingo quedaban en Panamá unos ciento cincuenta soldados. Es evidente que Gasca sólo espera esos barcos de Guayaquil que el señor Jerez ya mencionó. Majestad hablo tanto, y os digo todo esto, por lo siguiente—y Quezada levantó la voz—: para que podáis ver claramente que todo lo que tenemos que hacer es desembarcar a medianoche en dos barcos como si viniéramos de Guayaquil, marchar a la ciudadela y tomarla. Así, así es de fácil, porque jamás sospecharían ni se molestarían en levantarse a saludarnos. Lo único que harán es botar el puente

y entonces nosotros entramos y lo atrapamos durmiendo. Sí, majestad—Quezada movió la cabeza—. Jamás tendremos otra ocasión igual. En media noche de operación estratégica, sin batalla, Panamá es nuestro; de lo contrario, jamás podríamos capturar la ciudadela. La ciudadela es inexpugnable, a no ser que se rindiera un trueque por la cabeza de los oficiales reales como teníamos planeado...; pero ¿y si no aceptan el trueque?... Ahora, si por desgracia, los barcos atrasados ya hubieran llegado, pues seguimos nuestros planes originales...

Hernando se ponía visiblemente excitado, pero dominándose un poco dijo:

—Gracias, capitán Quezada. Ahora, por favor, maestre De la Cosa, usted tiene la palabra.

De la Cosa púsose en pie lentamente y se expresó así:

—Majestad, hasta el domingo catorce había cinco barcos en los muelles de Panamá, sin contar los pesqueros y las embarcaciones menores. Tres excelente galeones: el *Spirito Sancto*, el *Victoria* y el *Pacífico*, los tres propiedad de vuestra señora madre, como sabéis, majestad; y dos, aunque viejos, todavía útiles cargueros: *El Dorado* y *Virrey*. La mayoría de la tripulación duerme en la ciudad y los cinco barcos y cualquier otro que hubiera llegado mientras tanto pueden ser capturados sin ningún esfuerzo; digo, dado el caso de que su majestad quisiera capturar los barcos de vuestra señora madre...

—Por supuesto, tienen que ser capturados—dijo Hernando—. Todos los barcos del océano Pacífico deben hallarse a nuestro arbitrio.

—Exactamente, majestad—continuó De la Cosa—. Sin embargo, también debemos considerar ahora los barcos al otro lado del istmo. En este lado les es permitido a los barcos atracar y zarpar, pero allá es diferente. La primera orden que dio Gasca cuando echó pie a tierra fue que todos los barcos surtos en Nombre de Dios fueran detenidos, así como todos lo que arribaran, para que ni una sola palabra concerniente al tesoro pudiera filtrarse antes que él zarpara para España. El último informe es que hay

veintiún barcos encadenados en Nombre de Dios y con sus tripulaciones todos en tierra. Figuraos, pues, el número de europeos que hay en estos momentos allí y el ejército que pueden levantar y llevarlo a Panamá en tres o cinco días, caso de que hubiera buen tiempo—hizo una pausa larga y repitió—. Caso de que hubiera buen tiempo. Porque esto del tiempo es muy importante. En estos momentos, es lo más importante. Y yo quiero prevenir a vuestra majestad que las lluvias se nos vienen encima de un momento a otro con una temporalada. Una gran tempestad ecuatorial está en el aire. En efecto, no me sorprendería que la tormenta reventara mañana o, a más tardar, pasado mañana...

—¿Qué clase de tormenta, maestre: un huracán?—interrumpió Hernando bruscamente.

—No, majestad. Los huracanes no soplan por este lado del istmo, que yo sepa. Lo que se nos viene encima es un equinocial, comúnmente llamado temporal o temporalada, que para nuestras circunstancias puede ser mucho mejor, o mucho peor. Depende. El huracán sopla, destruye y se va. El temporal, de ahí su nombre, es una joroba de mal tiempo incensante: ventarrones contrarios, lluvias tremendas, tormentas eléctricas de rayos y truenos y siempre los ventarrones locos. Un temporal puede durar una, dos y aun tres semanas...

—Majestad—dijo el maestre Benito de Zafra—, ¿puedo decir unas palabras?

—Puede, maestre.

—Majestad—refunfuñó el viejo sin moverse de la banqueta—, lo que dice el maestre De la Cosa es exacto. No me gustan los ojos del toro. No me gusta cómo me ha estado mirando últimamente. Puedo apostar mi curtido pellejo a que esa tormenta que dice el maestre De la Cosa se nos viene encima de mañana a pasado, a más tardar. Gracias, majestad. Eso es todo.

—Gracias, maestre.

Pedro de Contreras murmuró unas palabras al oído de Hernando y se puso de pie, todos le miraron con mucha atención por el afecto y respeto que le profesaban.

—Majestad, compañeros—principió—, el señor Jerez y el capitán Quezada nos han dado todas las informaciones que necesitamos, y la advertencia que nos hace el maestre De la Cosa es concluyente. Yo he tenido la buena fortuna de navegar con él. El nació a bordo y aprendió a marinero con su abuelo, que también aprendió con su bisabuelo. Yo sé que el maestre siente el tiempo de antemano como las aves marinas; lo adivina en los humores del océano, en el aliento de la noche, en el parpadear de las estrellas. En tales circunstancias, pues, yo creo, y propongo, si no hay objeción, que emprendamos la batalla de Panamá inmediatamente.

Hizo una pausa, y como nadie hablara, concluyó:

—Parece, pues, que no hay objeción, que todos estamos de acuerdo. Sólo esperamos vuestras órdenes, majestad—se inclinó hacia Hernando y tomó asiento.

—Me gustaría oír al mariscal de campo—dijo Hernando.

—Majestad—contestó el mariscal—, el almirante ha interpretado nuestros pensamientos. Debemos prepararnos inmediatamente y lanzar el asalto mañana por la noche. Esta coincidencia es un milagro, debemos aprovecharla. Si nos esperaran esos barcos de Guayaquil, en otras circunstancias no podríamos tomar la ciudadela. No habíamos contado con tomarla, sino con aislarla, de modo que si la estratagema que propone el capitán Quezada surte efecto, será muchísimo más fácil toda la operación. Pero aunque ya hubieran llegado esos barcos, de todos modos tomaríamos Panamá el sábado por la noche, y el domingo, la tormenta será nuestra mejor aliada, puesto que paralizará el istmo y nos empujará más rápidamente hacia Lima.

Permaneció un momento pensativo, y levantando la voz, continuó:

—Majestad, ahora puedo deciros que la victoria ya es nuestra. El Nuevo Mundo es libre para siempre. ¡Oh Dios!—gritó, con ojos que llameaban a la luz de las linternas—. Cuando pienso que tenemos a Gasca en nuestras manos me siento peor que una bestia. Se acabó para siempre la buena suerte de ese hijo de putísima,

enano. Vengaremos la sangre de Gonzalo Pizarro. En una sola noche tendremos la cabeza de Gasca, el tesoro y Panamá. Sólo nos faltará Lima. Sin guarnición fuerte, sin virrey y ardiendo de disgusto por la nueva ley... Majestad, Lima os recibirá como a un mesías. ¡Que viva nuestro buen rey don Hernando!

Después de algunos gritos y vivas, cambiando de tono y hablando reflexivamente, continuó diciendo:

—Majestad, yo no creo que sea necesario cambiar vuestros planes. Basta que en vez de ciento cincuenta desembarquemos trescientos soldados, por precaución, por si ya llegaron esos barcos atrasados, cien en cada punta del tridente. Lo demás, igual. La flota permanecerá aquí, sólo la flotilla de invasión se escurrirá detrás de la isla de Taboga para asaltar a Panamá exactamente a la medianoche de mañana sábado.

Bermejo, mirando a Hernando fijamente, le dijo:

—Majestad, recordad que nos prometisteis esperarnos aquí con la flota. Os pedimos que nos renovéis vuestra promesa.

—¿Cómo?—dijo Hernando con sorpresa—. Esto es diferente. Esta es una batalla capital. Nadie muere el día antes. César iba siempre al frente de sus legiones. Mi abuelo Pedrarias peleó cien batallas. Todo gran rey debe recibir siempre las primeras heridas en todas sus batallas ¿Por qué he de ser yo tratado como un infante?

—Majestad—insistió suavemente Bermejo—, porque esto es diferente. Aun después de muerto César, Roma continuó conquistando el mundo. Aun después de muerto vuestro abuelo Pedrarias y vuestro tío el marqués de Soto, España ha seguido conquistando. Mientras que vos sois la única razón de nuestra guerra. Vos representáis a los conquistadores. Sin vuestra majestad esta guerra no tendría bandera. Ninguno de todos nosotros tiene sangre real. Vos sois nuestro único príncipe de la Libertad.

Hizo un alto, y bajando la voz, añadió:

—Peclaremos mejor si sabemos que estáis seguro.

—¿Acaso mi hermano Pedro no tiene mi misma sangre?— exclamó Hernando, poniendo una mano sobre el hombro de Pedro,

y continuó—: Si yo muero, él hereda mi fortuna, mis títulos, mi reino.

—Majestad—le contestó Pedro—, yo estoy al frente de las operaciones navales de la invasión, y debo estarlo porque ya sería muy tarde para cambiar. Y si por acaso cayéramos ambos, ¿qué sería de nuestra guerra? Para eso junté mis fuerzas con vuestra majestad, para protegeros, para ayudaros a triunfar. Todos nosotros admiramos vuestro valor. Todos comprendemos vuestro enorme sacrificio de no estar en la batalla; pero, como dice el mariscal, peharemos más tranquilos si sabemos que estáis a salvo—su voz tornóse íntima—. Venid majestad, prometednos que no desembarcaréis.

—Bien, muy bien—le contestó Hernando, ladeando la cabeza, frunciendo las cejas y hablando de mala gana—; prometo no saltar a tierra. Permaneceré en mi barco insignia en Taboga, o tal vez observe la batalla cerca de la costa, tras de los otros barcos. Eso no me lo pueden negar.

Bermejo suspiró con profundo alivio y dijo:

—Ahora, todos nosotros conocemos nuestros deberes. Todo exactamente como lo ha planeado y ordenado su majestad, y el domingo veinte de abril de mil quinientos cincuenta será un día de gloria para el Nuevo Mundo.

## TERCERA PARTE

## I

El sábado 19 de abril, los de la Libertad, guiados por cierto parapadear de las estrellas, cierto erizarse de la piel del océano y cierto ozono en el aliento de la noche, anticipaban su asalto sobre la ciudad de Panamá; mientras que simultáneamente el virrey Gasca, habiendo observado que las hormigas huían de las tierras bajas, preparaba su viaje; y de manera tan inesperada como había arribado, salió para Nombre de Dios aquel mismo sábado 19 de abril.

Ninguno de los oficiales reales invitados por el virrey a desayunar con él en aquella mañana ni siquiera sospechaban que al mediodía abandonarían la ciudad.

—¡Patrona, sirva otra caña!—le dijo el primer parroquiano a una tabernera.

La tomó de un sorbo, chasqueó los labios y continuó carraspeando:

—¡Es la primera sabatina que vamos a celebrar después de cinco semanas de semejante lavativa!

—Sí, amigo, y oiga—le contestó ella—, ¡qué cataplasma, coño! Pero así se fue de pronto y de un solo tirón.

Le llenó la copa por tercera vez.



Como por magia, toda la ciudad sonreía eufórica. Hasta a los sirvientes y esclavos se les dejó abandonar la mayoría de sus quehaceres. Por todas partes se empezaban a oír canciones y risas fuertes, y las garrafas escanciaban. La música y el tam-tam de los tambores repercutían por toda la ciudad. Era una fiesta general que subía en crescendo a medida que entraba la noche. Y bien alegre que fue. Pero como la juerga había principiado desde muy temprano de la tarde y fue tomada muy a pechos, ya para el segundo nocturno la mayor parte de la gente había caído en cama. Unas pocas tabernas, con los más obstinados, continuaron la zambra hasta poco más tarde; pero hasta los más tenaces, junto con los guardias y serenos, pronto cayeron también profundamente dormidos antes de la medianoche.

Algún que otro farol parpadeaba, y el faro, sobre la ciudadela, apenas se notaba. El resto de la ciudad, toda en tinieblas, se arrojaba bajo el cobertor de una silenciosa y casi imperceptible llovizna. A corta distancia, los barcos surtos en el puerto parecían fantasmas adormecidos. No se veía ni una sola estrella. La ciudad, los arrabales, la bahía, la selva, el mar océano, dormían profundamente.

Poco antes de la medianoche, las sombras movedizas de siete barcos, con todas las luces apagadas, salían tras de la isla de Taboga, como a unas doce millas al sur de Panamá. Al poco rato, las sombras se dispersaron y desaparecieron.

Tres barcos: el *Valdolívar*, el *Panamá* y el *Perú*, viraron más al Norte, hacia Ancón. Cada uno botaría dos barcazas con un piquete de treinta soldados por barcaza. Los barcos se movían como espectros, sin luces, sin voces. Sólo se escuchaban los maullidos del viento en las jarcias, los pringues de las olas en los cascos y el rechinar de las armaduras en las espaldas de los soldados.

Cerca de la playa, en la caleta de Ancón, las barcazas fueron botadas, y las veladas voces de mando y los murmullos de expectación, mezclados con el romper de las olas entre las rocas cercanas, se confundían en la noche lloviznosa. La marea subía.

Un bote salió de cada barcaza tirando de un cable hacia un trecho arenoso; en el fondo de la caleta, frente a un promontorio, apenas perceptible entre la bruma, las barcazas fueron tiradas hacia la playa. Los soldados, ayudándose mutuamente, pronto vistieron sus armaduras, cosa que no habían hecho antes porque si un soldado con armadura caía en el agua se iba irremisiblemente a pique. Una vez listos, empezaron a moverse rápida y ordenadamente hacia la ciudad.

Ochenta soldados iban al mando del capitán Altamirano. Entrarían en la ciudad por el puente del Matadero directamente a capturar al virrey, al tesorero Gómez de Anaya y el oro almacenado en ambas casas.

Cuarenta soldados, a las órdenes del capitán Nuño Benavidez, entrarían por detrás de la loma de San Cristóbal, en el puente del Rey.

Sesenta soldados, al mando del capitán Ruy Quezada, seguirían por la costa y sobre Playa del Mar a capturar al gobernador general y al vicegobernador y la guardia del palacio.

Una vez terminadas las operaciones de desembarco, el *Valdovivar* ancló en la caleta. Hernando, a bordo, apenas podía distinguir el faro de la ciudadela en la esfumada distancia. Incansablemente iba y venía sobre el puente del castillo de popa y miraba incontables veces con el telescopio, aunque bien sabía que era prematura su impaciencia. No quiso tomar alimentos, sólo un poco de vino de cuando en cuando. Tampoco quiso acostarse ni descansar. Permanecía tenazmente bajo la llovizna, yendo y viniendo inútilmente sobre el puente con impaciencia creciente.

Después de soltar las barcazas y de acuerdo con los planes, el *Panamá* y el *Perú* hincharon velas y se perdieron entre la niebla para juntarse con el *Santa Francisca* y el *Guapo* en el lugar convenido y colocarse frente a Playa del Mar a la hora prevista.

Más al Sur, otros dos barcos: el *Buenaventura* y el *Chile*, esperaban las señales convenidas para entrar en la bahía. A ellos correspondía la operación más audaz. Desembarcar en el puerto sesenta soldados cada uno. Estos ciento veinte soldados, bajo el

mando de Bermejo, representaban la flor y nata del Ejército de la Libertad.

Su plan era muy simple. Marchar directamente hacia el puente levadizo de la ciudadela, llamar y entrar en ella fingiendo ser los soldados que venían del Perú y capturarla.

De acuerdo con la estrategia planeada, el capitán Benavidez, quien iría más lejos, dio la primera señal: un cohete de luz sin explosivo, que reventó como una exhalación hacia el puente del Rey, y que era visible no obstante la llovizna, por lo relativamente corto de la distancia. Estando él en su puesto, desde luego Quezada y Altamirano lo estarían.

El almirante contestó con otro cohete, e inmediatamente el *Buenaventura* y el *Chile* izaron algunas velas y empezaron a moverse traqueando y virando un poco, deslizándose entre la bahía después de dar y contestar las señales de rigor con las linternas a la ciudadela.

¡Los barcos retrasados aún no habían llegado!

Atracaron con la ayuda refunfuñante del personal de las autoridades portuarias, quienes, una vez terminada su tarea, regresaron inmediatamente a sus camas.

Bermejo, con sus ciento veinte soldados, saltó a tierra, y marchando de ocho en fondo, se dirigieron hacia la ciudadela. Panamá dormía profundamente. Mientras cruzaban la Playita, quizá mil pies desde el embarcadero hasta el fuerte, ni los perros callejeros se molestaron en ladrarles, tan acostumbrados estaban al ir y venir de formaciones de soldados.

Bermejo, así como cada uno de los soldados, mantenía su perfecto dominio para salir adelante con la estratagema. Cautelosos, tensos, atrevidos, con aplomo y naturalidad llegaron al foso.

Tieso de contenida emoción, un soldado le dio al timbal de bronce, frente al puente levadizo, y gritó:

—¡Santa María y que viva el rey! ¡Por fin llegamos!

—¡Santa María y que viva el rey! ¡Bien venidos!—contestó el centinela, y gritó—: ¡Sargento de guardia, botad el puente!

Se oían voces de los centinelas y sargentos de guardia:

—Los soldados del *Perú* en el puente. ¿Abrimos, o que esperen hasta mañana?

—¿Y quiénes podrían ser? Botad el puente, sargento—sonó una voz ronca.

Muchos soldados se despertaron, pero al darse cuenta de lo que se trataba volvieron a dormirse.

El sargento primero, con una antorcha en la mano, se asomó por una ventana larga y estrecha y miró, sobre la Playita, entre la llovizna, la compacta línea de soldados al otro lado del foso. Les dirigió una mirada soñolienta, y como estaba medio dormido, dijo:

—¿Y por qué no esperan hasta que llegue la mañana?

—Porque el teniente Pinzón ordenó bajar el puente. Llevamos más de un mes esperándoles. Son las órdenes.

A Bermejo la espera le parecía interminable.

Finalmente, el sargento de armas gritó:

—¡Levantad la reja y botad el puente!

Un soldado tiró de una cuerda gruesa y sonó una campana tres veces. Después de un momento, otros soldados accionaron la manivela de un malacate de hierro herrumbroso, y mientras las gruesas cadenas del puente chirriaban, la parrilla del *portculus* lentamente desapareció hacia arriba y el pesado puente de madera y hierro cayó despacio sobre el foso, infestado de tiburones, que rodeaba la fortaleza.

Siguiendo a Bermejo, sus hombres operaron con orden y presteza. El sargento de armas acudió a recibirles en compañía de varios soldados con linternas sordas para no despertar a los otros.

—¡Alto!—gritó el sargento, viendo que los recién llegados pasaban bruscamente los centinelas sin esperar la inspección de rigor, y arrimando la linterna al rostro de Bermejo, le preguntó—: ¿Dónde está el capitán Alonso Castellano?

—Murió a bordo, descanse en paz—le contestó sin detenerse.

Mientras, echó un vistazo a sus espaldas, viendo que el último pelotón de sus soldados ya había montado en el puente. Trató de pasar al sargento de la linterna, el cual le gritó de nuevo:

—¡Alto he dicho!

Mirando a Bermejo cara a cara, a la luz de la linterna, le dijo:

—¡Yo le conozco! Usted es el capitán...

El sargento no terminó la frase, ya que una cuchillada al costado se la cortó.

Bermejo y los suyos tomaron inmediatamente las linternas, amarraron a los centinelas y a los pocos soldados en pie, y levantando el puente, los ciento veinte hombres taponaron los dormitorios de la ciudadela; a punta de bayonetas, de lanzas y pistolas acorralaron en un santiamén a todos los soldados del fuerte, metiéndolos desnudos en los calabozos de la torre y súbitamente dos tremendas explosiones estremecieron la tierra.

Dos de las bombardas de bronce de veinte pies fueron disparadas.

Era la señal de que la ciudadela estaba asegurada.

Las tres columnas invasoras: en el puente del Matadero, en el puente del Rey y en Playa del Mar, se lanzaron al asalto. Hicieron estallar bombas inofensivas, pero ensordecedoras, cada una de dos libras de pólvora comprimida en cartuchos de varias capas de cuero crudo liadas fuertemente con dos pulgadas de capas de hilo de cuerda encerada. Cada tercer soldado encendió una antorcha de brea que llevaban para simular el incendio. Al mismo tiempo, el almirante y vicealmirante capturaron los barcos del puerto y se los llevaron para incorporarlos al resto de la armada de asalto situada frente a Playa del Mar. Inmediatamente que estuvieron reunidos todos los barcos, comenzaron a disparar baterías en rápidas y sincronizadas salvas, pero sin proyectiles.

El estruendo simultáneo de las bombas que estallaban por toda la ciudad, las baterías de los barcos a la lengua del agua, las antorchas llameantes y la gran cantidad de soldados invasores gritando, sembraron, con sus alaridos, el pánico en la población entera. Ni los mismos soldados de la ciudadela, que habían sido los primeros en ser súbitamente sorprendidos, ya todos estaban en los calabozos, no tenían la menor idea de lo que estaba sucediendo ni podían imaginarse de lo que realmente se trataba.

Entre el ruido tremendo solamente se oía con claridad:

—¡San Jorge y que viva nuestro buen rey don Hernando!

La población, frenética en su estampida, buscaba dónde guarecerse; corría hacia la selva, o hacia la loma de San Cristóbal; nadie tenía tiempo para pensar.

Pero después del primer impacto, algunos de los oficiales reales capturados y otros más tranquilos, lo que les producía mayor confusión era aquel grito de «¡Nuestro buen rey don Hernando!».

En primer lugar, razonaba el obispo, España no está en guerra con ningún país, y ningún barco sin la bandera española ha surcado aún las aguas de la mar Pacífica, y sobre todo, que en el mundo entero no hay ejército que hable castellano sino el de España.

La mayoría de los habitantes eran pacíficos comerciantes y artesanos. Sus vidas eran muchísimo más importantes para ellos que aquel tesoro de Carlos V, el cual, después de todo, era de los Pizarro o de los incas... Y entre el tumulto de las operaciones de invasión, la captura de guarniciones y oficiales reales y el oro, parte de la población huía. Hasta los indios y africanos cimarrones de los arrabales de Molambo y Pierde Vidas se perdían en la selva.

Por de pronto, la más importante operación para los invasores había salido bien: la ciudadela estaba asegurada y el comandante militar del istmo, el capitán Palomeque de Meneses, así como sus demás oficiales y todo el armamento en la ciudad, estaban capturados.

Los grandes cañones y las bombardas de veinte pies fueron dejados intactos por considerarlos inútiles y para no perder tiempo precioso en desmontarlos o embalarlos.

En la ciudadela, Bermejo dejó una compañía guardándola y marchó a la cabeza de sus soldados hacia el centro de la Plaza Mayor, donde todos los prisioneros y el botín de guerra se estaban reconcentrando.

—¡Pardiez, qué bien sabe la victoria! ¡Es tan dulce como un buen coito! ¡Es algo divino!—le gritaba Bermejo a Salguero, mientras entraban en la gran plaza en medio del pandemónium.

—Embriaga más que el vino, mariscal.

—¡Por fin!—Bermejo levantó la diestra empuñada—. Ahora veremos si su buena suerte le dura para siempre al jorobado—se quitó el yelmo y levantó los ojos—. ¡No!—dijo pensativo mirando los nubarrones, que oscurecían más la noche—. Le voy a dejar vivo en una jaula de hierro, aquí, en esta misma plaza, para que medite mientras cae la lluvia, en vez de cortarle la cabeza.

Se caló el yelmo y continuaron hacia la fuente, en el centro de la plaza.

## II

El capitán Froilán Bermúdez, con varios de sus soldados, fue el primero en llegar a la fuente de la plaza después de haber capturado fácilmente las Casas del Rey y el Cabildo, y sus hombres acarreaban gran cantidad de zurrónes de oro de la casa del tesorero Gómez de Anaya.

Más y más zurrónes de oro y más oficiales reales eran reconcentrados en la plaza. A los oficiales los encadenaban espalda contra espalda en grupos de cuatro para que no pudieran huir. Un par de soldados cuidaba especialmente del comandante Palomeque de Meneses.

Mientras tanto, las bombas, los petardos, las salvas de los barcos, los gritos histéricos de las mujeres, niños y demás populacho huyendo de los soldados mantenían la confusión y el desbarajuste mientras los diferentes grupos de invasores completaban sus tareas.

La llovizna se tornaba un poco más tupida y la brisa traía de cuando en cuando ráfagas violentas.

El capitán Nuño Benavidez, del puente del Rey, salió rápidamente hacia el palacio episcopal, pero sólo encontró allí al sacristán, quien le informó que el obispo, desde el primer momento, se había precipitado a la catedral para esconder las

custodias y vasos sagrados. Corrieron hacia allá y le encontraron en el altar mayor diciendo misa.

Su señoría Pablo Torres, quinto obispo de Panamá, anciano, bajo, regordete, con una media corona de canas detrás del occipucio, era siempre afable, de buen humor y muy querido en la ciudad.

El capitán Benavídez, el padre Pérez que le acompañaba y otros de los soldados se sintieron desarmados. Sus sentimientos religiosos despertaban de súbito ante aquella serenidad fragante de la penumbrosa catedral. Desde allí, el pandemónium de afuera apenas se oía sordinado y remoto.

Vacilante de interrumpir la misa, el capitán, con su vozarrón, le dijo, carraspeando suavemente:

—Señoría, por favor, acompáñenos.

Por un instante el obispo le miró de soslayo, pero imperturbablemente continuó la misa.

Perplejo, Benavídez le dijo:

—Está muy bien, señoría.

Y dirigiéndose a los suyos:

—Espérenme aquí — tras de lo cual salió precipitadamente.

Encontró a Bermejo en la plaza.

—Mariscal—le dijo—, el obispo ya había escondido las joyas y está celebrando misa. No quiere venir. ¿Qué puedo hacer? ¿Matarle?—tartamudeó.

—¡No! Mucho cuidado. Diga a los soldados que me lo traigan en volandas. Así, en sillita de brazos—y puso una mano sobre su antebrazo—. Yo esperaré en la puerta.

En pocos momentos, el obispo, vistiendo casulla, era sacado de la catedral sentado en alto sobre los antebrazos de dos soldados. Visto así, a la luz de las antorchas, el rostro digno del anciano parecía de estatua, pues miraba sin ver a nadie, tieso de indignación.

—Mariscal, el señor obispo Torres... ¿Quiere usted que busque las joyas?

—Descuide, capitán, son fruslerías. Ahora tenemos una montaña de oro—le dijo Bermejo, y dirigiéndose al obispo con



una inclinación, continuó—: Reverencia, si preferís caminar me tendré el honor de acompañaros, ya que tenemos muchas cosas que discutir...

En aquel momento, un gran vocerío y ruido de armas se oyó al otro lado de la plaza y pelotones de soldados corrían hacia el palacio del gobernador general. Mientras sucedía el episodio del obispo, tenía lugar en el palacio un hecho sangriento. El capitán don Rodrigo Arias de Quevedo, vicegobernador del istmo y alcalde de Panamá, había decidido no rendirse.

### III

Al capitán Ruy Quezada se le había confiado la captura del gobernador general, del vicegobernador, de la guardia palaciega y del oro guardado en palacio.

Sin una sola baja logró sorprender a la guardia, y con un grupo de soldados, corrió hacia la recámara de don Sancho, pero no le encontró. A la luz de las antorchas, Quezada recorrió con rápido vistazo la desierta recámara y acto continuo corrió hacia el ala este del palacio, donde había enviado un piquete a capturar a don Rodrigo, a quien encontraron vistiendo sus armaduras precipitadamente con la ayuda de dos asistentes.

—¡Alto!—les gritó al ver a los intrusos irrumpir en su recámara.

—¡Ríndase, don Rodrigo!—le gritó uno de los soldados avanzando hacia él.

—¡Atrás!—le contestó, asiendo un mandoble de la panoplia y pinchándole de medio a medio.

Los demás se engancharon en combate con espadas y dagas. Don Rodrigo mató a otro soldado de un solo tajo, mientras sus dos ayudantes habían caído heridos, y el resto del piquete salía al corredor pidiendo ayuda a gritos, cuando Quezada y los suyos aparecían en la escena.

—En el nombre de nuestro buen rey don Hernando, ríndase, por favor, don Rodrigo—le dijo Quezada.

—¡Guardia! ¿Dónde está la guardia de palacio?—gritó don Rodrigo, y cargó contra los asaltantes, increpándoles—: Cobardes, follones, hijos de puta, jauría de facinerosos...

Pero eran demasiados y se precipitaron sobre él con cachiporras, mazas y chuzos, logrando derribarlo, mas tratando de no herirlo gravemente con armas cortantes; pero él, irguiéndose, volvió a arremeterles con una furia de todos los demonios, gritando:

—¡Vengan! ¡Vengan todos, bastardos! ¡Malandrines! ¡Vengan todos juntos, cobardes!

—Don Rodrigo, ríndase, por favor, que no queremos hacerle daño. Señor, mire que usted es de la sangre de su majestad!

—¡Bribón! ¡Bergante! ¿Qué estupideces dices? ¿Rendirme yo, el vicegobernador?—y volvió a la carga, pero esta vez varios golpes de alabarda en la cabeza lo derribaron.

Afuera, en la plaza, grupos de soldados corrían hacia el palacio, excitados y exagerando la alarma. Sorprendido, llegó también Bermejo.

Inmediatamente ordenó que limpiaran y curaran a don Rodrigo, pero que lo maniataran y llevaran al Cabildo.

—Mariscal—le dijo Quezada con desaliento—, el gobernador general no estaba aquí, pero hemos capturado todo el oro.

—¿Cómo? ¿Se le escapó? ¿Se fugó?

—No, mariscal. Simplemente, no se encontraba aquí. Su cama estaba intacta.

Cuando regresaron a la fuente, frente al Cabildo, ya el capitán Luis de Chávez estaba allí con el tesorero de la real corona, Gómez de Anaya, también todo herido y magullado. Anaya había comenzado a pelear, pero dándose cuenta de lo absurdos de su resistencia acabó por rendirse. Chávez también continuaba trayendo la interminable cantidad de zurriones llenos de ladrillos de oro hacia la plaza.

Con excepción del capitán Altamirano, todos los demás oficiales estaban frente al Cabildo rebosantes de júbilo por haber

concluido sus operaciones mucho más rápida y fácilmente de lo previsto.

Pronto Altamirano también apareció.

—Gasca se ha escapado—dijo con desmayo—. Desgraciado, hijo de la gran puta, enano. ¡Sigue con su buena suerte!

—¿Cómo?—gritó Bermejo—. ¿También Gasca se ha escapado?

—No, mariscal; simplemente hemos llegado tarde. Gasca y el gobernador general salieron para Nombre de Dios ayer al mediodía. El inquisidor Villalba me lo ha dicho. El es de los nuestros.

—Ummm..., ese Villalba—dijo Bermejo quitándose el casco, se rascó la cabeza, luego la barba y continuó—: Bien. No se preocupe, capitán. La ciudad, los barcos y el oro, una montaña de oro, todo es nuestro—y dirigiéndose a los demás, gritó—: ¡San Jorge y que viva nuestro buen rey don Hernando!

#### IV

Todo el istmo amaneció nublado aquel domingo. Sólo en muy breves intervalos un halo de sol era visible a través de los nubarrones veloces. El viento arreciaba perceptiblemente y la llovizna borraba todos los perfiles sobre mar y tierra. La tormenta se venía encima.

En el Cabildo ya estaba todo el oro y hasta varios millones de onzas en lingotes de plata provenientes de las Casas del Rey.

Bermejo llamó a su Estado Mayor para un breve recuento de la situación, reuniéndose en el piso alto del Cabildo.

—¡La cabrona buena suerte de ese enano jorobado no le abandona!—dijo el capitán Altamirano mascando sus palabras con odio—. ¡Pensar que por sólo unas cuantas horas se me ha escapado y no pude cobrarle la sangre de mi hermano y la de Gonzalo Pizarro! ¡Quería escupirle entre la boca y estrangularlo con estas propias manos!

—Oficiales—les dijo Bermejo—, lo pasado ya no tiene remedio. Saquemos, pues, el mayor provecho de la situación. Que salga inmediatamente el capitán Salguero a las Cruces del Chagres. Puede llevar tantos arcabuceros como caballos hábiles haya en el establo de palacio. El nos traerá a Gasca si está allá todavía. Puede estar. Y si no, quizá el oro, o gran parte. De las Cruces del Chagres, el capitán, con Gasca, o con el oro, o solo, seguirá directamente hacia Ancón, donde nos reuniremos todos para zarpar de allí mañana por la mañana con nuestro botín de guerra. Además, inmediatamente, haremos evacuar ya esta ciudad y le pegaremos fuego para hacernos a la mar viendo a Panamá consumirse en las llamas. Con este viento, la candela va a ser maravillosa.

Hizo una pausa, y dirigiéndose directamente a Altamirano, continuó:

—Capitán, si hubiéramos capturado a Gasca hoy, ya hubiera muerto. Pero recuerde que Gasca, solo él, en un lustro, le arrebató el Nuevo Mundo a Gonzalo Pizarro de las manos para devolvérselo a Carlos Quinto junto con este tesoro, que es uno de los más grandes que jamás se han reunido en la tierra. Ahora allí está Gasca, en el portal de su gloria, y se encuentra con que todo el oro se le ha escapado de las manos y todas sus victorias son una derrota final porque el Nuevo Mundo es de un nuevo monarca. Aunque lograra escaparse del capitán Salguero, cuando Gasca regrese a Panamá sólo encontrará cenizas y ni un solo barco para él en todo el océano Pacífico. ¿De qué le sirven cuarenta o cien barcos en el Atlántico? Eso es una derrota, para mí, mil veces peor que la muerte. Pero basta de Gasca.

Hizo una pausa, y cambiando de tema y de tono, continuó:

—La tormenta se nos viene encima y podría atraparnos aquí. Recordemos que hay una gran armada en Nombre de Dios y otra por llegar o que quizá ya haya atracado. Con o sin Gasca, las fuerzas de Nombre de Dios pueden ascender a más de dos mil entre soldados y marineros blancos, y nos podrían estar atacando dentro de tres o cuatro días. Quizá podríamos ganar también esta

batalla, pero sería estúpido arriesgarla aquí. ¿Para qué, si en el Perú seremos invencibles? Por eso va el capitán Salguero a las Cruces. Por eso quemaré Panamá. Por eso saldremos al amanecer rumbo a Lima, no rehuyendo esta batalla, sino para pelearla en nuestros términos. ¡Vive Dios, el Nuevo Mundo es libre! ¡Capitán Salguero, buena suerte! Capitán Altamirano, dé las señas a los barcos en Taboga para que regresen a Ancón. Capitán Quezada, haga evacuar la ciudad y quémela de raíz cuanto antes. Capitán Bermúdez, a inventariar ese oro y esa plata y a llevarlos a Ancón. Y no se preocupen por el incendio de Panamá. Ahora es un villorrio de madera, mañana la premiaremos reconstruyéndola como una gran ciudad de piedra y azulejos.

El capitán Ruy Quezada habló lenta y pausadamente:

—Mariscal, yo tengo una hermana, mi única hermana, y dos sobrinos y un cuñado aquí, en esta ciudad; pero aunque me duelan hasta las cuerdas de los cojones, no hay más que hacer. Debemos quemar la ciudad, para que cuando Gasca o su ejército regresen, como usted lo dice, encuentren solamente cenizas, sin albergue, sin alimentos, sin barcos, sólo ruinas y tormenta...

Hubo un colectivo apretón de manos y saludos al mariscal, y el grupo de oficiales desapareció.

Solo, Bermejo salió a pasearse lentamente de un extremo al otro a lo largo de la arcada superior del Cabildo, oteando pensativo ya sobre la ciudad lloviznosa, ya sobre el océano torvo. Al poco rato escuchó la cabalgata de Salguero sobre los adoquines y las repetidas señas a los barcos. También le interrumpían los gritos desesperados de la población y las voces de los soldados con los rebenques arreándola como ganado. De pronto, el eco de una salva de un barco en lontananza rodó sobre la ciudad como un trueno lejano.

Bermejo apretó los puños y exclamó con fruición:

—¡San Jorge, ya ganamos la guerra!

Hernando, a bordo del *Valdolívar*, en la caleta de Ancón, se daba cuenta clara de que su victoria final quedaría afirmada por la captura de Gasca, de Panamá y del tesoro. Esta triple victoria le aseguraba su corona, creía él, y su fantasía le hacía delirar.

Solitario, se paseaba incansablemente sobre el puente del castillo de popa, mirando inútilmente con el telescopio una y otra vez entre la oscuridad. No sentía la humedad. El tiempo no existía para él. En la oscuridad, sin embargo, pudo distinguir las señales de los cohetes. De allí en adelante su inquietud creció en agonía.

Finalmente, en la distancia, las llamas de las antorchas, los estallidos de las bombas y el cañoneo de los barcos que semejaban una gran batalla acabaron de trastornarlo y corrió hacia el puente de navegación y a los camarotes llamando a gritos a sus ayudantes de campo y demás oficiales del barco. El piloto mayor del *Valdolívar*, maestre Corveño de San Jorge, y demás oficiales corrieron hacia el puente. Todos escuchaban conmovidos el fragor de la artillería en la distancia.

Después de una larga pausa de observación, Corveño dijo:

—Es evidente que el mariscal capturó la ciudadela. Ese hombre no falla.

Más y más señales evidentes de victoria les alegraban los espíritus a todos. Por contraste, Hernando se apartó del grupo, tornándose de pronto silencioso y abatido.

Cuando era ya casi la hora del amanecer, las bombardas de las Casas del Rey anunciaron la victoria total, llamando a los barcos de Taboga que vinieran a Ancón.

Tres veces fue dada la señal, hasta que un barco, hacia el lado de Taboga, muy mar adentro, pareció contestar la señal. Todos gritaron y rieron y se abrazaron triunfalmente, gritando:

—¡El mariscal ya capturó la fortaleza!

—¡Qué viva el mariscal!

—¡Panamá es nuestro!

—¡El Nuevo Mundo es libre!

Solamente Hernando permanecía retraído, hosco y silencioso a un lado del puente.

—Majestad—le dijo Corveño aproximándose—, ¿qué os preocupa en este momento de victoria? ¿Por ventura habéis visto algún signo de mal agüero?

—Maestre—le dijo Hernando, mirándole ojo a ojo y casi en lágrimas—, ¿puede usted concebir la lealtad de Bermejo para conmigo? ¡Dejarme a mí prácticamente prisionero en este navío con el pretexto de salvar mi vida, mientras él me roba la gloria de esta gran victoria que yo mismo he planeado! «Para proteger mi vida», dice. ¡Bah! Para apartarme y hacerme aparecer como un infante timorato mientras él se cubre de gloria. ¡El, el héroe!

Corveño le escuchaba estupefacto, y antes que pudiera proferir palabra, Hernando se dirigió a gritos a los demás:

—¡Silencio! ¡Silencio! Escúchenme todos. Yo estoy aquí contra mi gusto y ya no puedo soportarlo más. Ha llegado la hora de la verdad. Un rey debe ir siempre a la cabeza de sus pendones. Un rey debe tomar las primeras heridas en todas sus batallas, como Alejandro, como César, como Ricardo Corazón de León y también como los héroes, como el Cid y como mi abuelo Pedrarias.

Y llegando al colmo de su exaltación, gritó temblando, como enloquecido:

—He decidido desembarcar. Yo no voy a quedar aquí prisionero mientras Bermejo me roba la victoria. Esta batalla es mía. Yo la he ganado. ¡Este triunfo es mío!—respiraba entrecortada y rápidamente—. Ahora escuchen mis órdenes, que son terminantes. Capitán Roiz escoja una docena de los mejores soldados y prepárense a saltar a tierra aquí mismo, en Ancón, inmediatamente. Marcharemos a Panamá.

Hizo una pausa, y mirando directamente a Corveño, le dijo:

—Maestre, usted zarpa inmediatamente a Taboga y regresa con el resto de la flota que está allí, directamente a Panamá, no aquí, sino a Panamá. Allá, para que mi pueblo de Panamá vea que yo soy su rey y sepa de quién es esta victoria.

Bajando la voz terminó con un sordo carraspeo casi imperceptible:

—Yo quiero ver la cabeza de Gasca rodar por el suelo.

Todos le miraban mudos de asombro. Después de un embarazoso silencio, el maestre Corveño habló:

—Majestad—hizo una profunda inclinación—, con toda cortesía y el más profundo respeto debido a su graciosa majestad, yo creo mi deber recordaros que en la estrategia final de toda esta batalla, el *Valdolívar* debía permanecer aquí, en Ancón, hasta el último momento por si las fuerzas de tierra pudieran requerirlo. Y además, majestad, que aquí será el embarque de todo el ejército y no en Panamá. Recuerde, majestad, que el almirante don Pedro, su hermano, lo dispuso así, y tanto el mariscal como los demás oficiales cuentan con la permanencia de este barco en Ancón...

—Sí, sí, sí—interrumpió Hernando—; pero eso era en caso necesario. ¿No oyó usted las señales de victoria total? ¿Y las señales de la flota en Taboga?

—Pero, majestad, el almirante...

—Nada de mariscal y nada del almirante: obedezca mis órdenes.

—Majestad, obedezco sus órdenes inmediatamente.

Corveño hizo una inclinación profunda y ordenó un bote salvavidas para llevar a Hernando, con su pelotón, a tierra.

Después, acongojado de gran pesadumbre y con los ojos húmedos, Corveño ordenó que el *Valdolívar* empezase sus preparativos para zarpar a Taboga.

## VI

Hernando, con su casco de dos puntas, el toisón de oro colgando de su cuello y la capa encerada flameando contra el viento, gritaba sus últimas instrucciones antes de saltar al bote.

—Majestad—le dijo el bachiller Del Río, su secretario, con



mucha prudencia y sólo entre ellos dos—, por favor, mantenga su promesa a don Pedro y a todo su Estado Mayor. Permanezca a bordo. Por favor, majestad. Nunca es bueno anticipar la victoria final. Os lo ruego...

—Bachiller—le contestó—, la batalla de Panamá ha terminado, y yo, el rey, debo ser visto por mi pueblo. La gente se volverá loca de alegría al verme. Locos de libertad, locos por su nuevo rey...

El bote salvavidas se balanceaba sobre las olas cargado con oficiales y arcabuceros. Los perros *Grifón* e *Hydra*, bajados con fajones de lona, llamaban a Hernando con ruidos guturales. Hernando y el bachiller bajaron los últimos. Al llegar a tierra escondieron el bote bajo una de las barcazas por las dunas, vistieron sus armaduras y botas y principiaron su marcha hacia Panamá.

Habían avanzado poco cuando, al dejar la retorcida vereda y entrar en la carretera de Nata, se encontraron con un grupo de hombres a caballo, cuyo jefe, reconociendo a Hernando, con gran sorpresa, aparentando júbilo, gritó:

—¡Que viva nuestro buen rey don Hernando!

Era un individuo de evidente autoridad, jinete de un hermoso tordillo engualdrapado y seguido de cuatro escuderos.

El hombre, desmontando rápido y doblando la rodilla, continuó:

—Majestad, permitidme besar vuestro real anillo. Vuestra victoria ha sido aplastante. ¡Oh príncipe de la libertad, Dios te salve! Todo Panamá, ahora libre, grita: ¡Que viva nuestro buen rey don Hernando!

—¡Ajá!—interrumpió Hernando complacido, pero cauteloso—. ¿Y quién es usted? ¿Y por qué huye entonces?

—Majestad, yo soy don Alonso de Villalba, gran inquisidor y juez mayor de la Real Audiencia de los Confines de Castilla del Oro; vuestro más humilde y fiel vasallo. Majestad, yo no soy un fugitivo, soy un mensajero enviado por nuestro capitán Altamirano para llevar las buenas nuevas de nuestra libertad a la población de Nata.

—Usted merece elogios, don Alonso; sin embargo, unas cuantas horas no harán gran diferencia en su misión. Por otra parte, yo necesito esos caballos y me gustaría que usted me acompañara a la ciudad.

—Majestad, el más grande honor de mi vida será entrar a vuestro lado en Panamá—hizo una profunda reverencia—. Aquí está mi caballo. Un poco más abajo, en la carretera, está mi rancho, donde toda su guardia podrá montar.

Debido a los asuntos de Hernando, que estaban ventilándose en la corte de los Confines por la muerte del inquisidor Pineda en Granada y demás contiendas de su familia con el obispo Valdivieso, Villalba conocía mucho del carácter de Hernando y su obsesión por la memoria de su abuelo Pedrarias. Y así como por miedo de perder el pellejo había dado toda clase de informaciones al capitán Altamirano, ahora, por la misma razón, usando toda su astucia, continuó adulando a Hernando.

—¡Oh, qué gloria!—exclamaba, galopando al lado de Hernando—. ¡Qué explosión de bienvenida y de alegría recibiréis de todos los corazones de Panamá! ¡Ah si aquel gran viejo Pedrarias pudiera ver vuestra apoteosis...!

La elocuencia de Villalba crecía a medida que éste observaba la complacida sonrisa con que Hernando escuchaba. Continuó, pues, lisonjeándole con ditirambos reales hasta que llegaron a la ciudad, sobre el puente del Matadero.

La inesperada aparición de Hernando desquició a los centinelas de la Libertad. Consternados y en silencio se cuadraron en atención, mientras él galopó a través del puente y sobre la calle de la Carrera hacia la plaza.

## VII

—¡San Jorge, cien toneladas de oro!—gritaba el capitán Bermúdez bajo las arcadas del Cabildo, mientras levantaba el inventario de los zurrones de oro capturados.

—Cien toneladas de oro...—repetía Bermejo con una sonrisa inefable, que la brisa ayudaba a extenderse por sus bigotes y barbas.

El continuaba en las arcadas del segundo piso inmediatamente sobre El Escalón, una gradería de piedra que, desde la Plaza, descendía en amplio y largo zigzag hasta la playa. Bermejo había preferido estar allí solo esperando ver la flota aparecer y saborear mientras tanto los divinos momentos de la euforia del triunfo. Ni se daba cuenta del tumulto del populacho, saliendo precipitadamente, cargando maletas y bultos para evacuar la ciudad lo más pronto posible, ya que los soldados, con los rebenques y con las vergas de toro, azotaban a los morosos.

La flota aún no aparecía y el viento Sur arreciaba perceptiblemente, y sin duda la retardaría a cada momento más y más. Con creciente impaciencia, Bermejo se inclinaba sobre la baranda de piedra tratando de penetrar la gris llovizna hasta el horizonte, ansiando ver la silueta de los barcos. Su disciplina dominaba su impaciencia creciente, mientras apretaba su entrecejo recorriendo el océano de Este a Oeste, y viceversa, lentamente, una y otra vez.

De repente le pareció ver entre la niebla un gran velero virar sobre el mar de vidrio opaco.

—¡Ah!—se dijo—. Allá viene la flota y la hora es terce. Al mediodía esos barcos estarán en Ancón cargando todo este oro, y al atardecer veremos a Panamá en llamas y dejaremos grabada quizá la página más brillante para la historia del Nuevo Mundo.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por otro fuerte grito de Bermúdez:

—¡Ciento dos toneladas de oro, San Jorge, y terminamos!

Al escuchar este grito, el cerebro de Bermejo vibró como un relámpago, y alucinado, todo a su alrededor principió a brillar

como oro. Sus preocupaciones momentáneas y el tiempo mismo perdieron su dimensión actual. Su vida, sus recuerdos, sus ambiciones, principiaron a girar confusos, pero ardiendo como candela romana. Los espejismos de su niñez, El Dorado, las cien batallas en que había combatido, sus migraciones, los sueños de gloria y de oro de su violenta vida, florecían realizándose en esos momentos como por milagro. ¡Oh dioses! Y el eco de la voz del capitán Bermúdez se confundía en su mente con el coro de voces remotas, pero presentes, de Mícer Codro, la Mocuana, la gitana, Aga Texoxes... ¡Una montaña de oro!... Aquí estaba su montaña de oro. Toneladas, y toneladas, y toneladas, y toneladas, de oro.

Mientras tanto, la sombra del barco se esfumaba hacia el Sur.

—Extraño—se dijo, volviendo a la realidad—, y es sólo un navío y desapareció la sombra del barco. Hasta las gaviotas parecían huir del océano empuñado. Pero su impaciencia descansó en la almohada de su precaución: el *Valdolivar* anclado en Ancón.

Los negros nubarrones se acumulaban por todas partes sobre Panamá, y Bermejo sintió un involuntario pinchazo de incertidumbre. Con insistencia tornó los ojos hacia el océano; pero el pérfido toro, encapotado en llovizna y viento, se tornaba a cada momento más y más hostil, irritable y feo. Sórdido.

El ruido de una cabalgata, que irrumpía por la Plaza, sacó a Bermejo de sus divagaciones, ya que con gran sorpresa vio de pronto aparecer a Hernando. Primero le pareció alucinación, pero al darse cuenta de la realidad, un escalofrío muy intenso recorrió todas sus fibras y momentáneamente le paralizó con el presentimiento de una gran catástrofe.

## VIII

Hernando cruzó la Plaza y sofrenó su caballo frente al señor obispo y demás oficiales reales que estaban encadenados contra las columnas de la planta baja del Cabildo. Con sorpresa fijó su mirada en el populacho, que evacuaba la ciudad con gritos y lamentos sin que nadie, absolutamente nadie, notara su presencia. Vio también los soldados con los rebenques tras del populacho, y más soldados preparando antorchas y fogatas de alquitrán y brea. Pero lo que más le sorprendió no sólo fue la falta de entusiasmo, sino más bien el desmayo que causaba su presencia entre sus propios soldados. Nadie le aclamaba, más bien parecían huirle, temerle, nadie salía a recibir a su rey.

Todos los oficiales reales, civiles y militares de la ciudad estaban allí encadenados, con excepción del inquisidor Villalba. Todos ellos estaban consternados y avergonzados por la aplastante derrota; sin embargo, ninguno de ellos había intentado escaparse o pedido merced. Ninguno había dado ni la menor información, y ni siquiera habían sonreído y mucho menos conversado con los invasores, con excepción de Villalba. Hernando, desde su caballo, vociferaba con insolencia:

—¿Dónde está Gasca? ¿Dónde está el enano? ¡Quiero verle!—sin esperar respuesta continuó—: ¿Qué sucede aquí? ¿Qué es lo que está pasando?—apuntaba con su espada a las antorchas y piras de brea—. ¿Qué es todo esto? ¿Dónde está Bermejo? ¿Dónde está el héroe?—gritaba irguiéndose sobre los estribos.

—Majestad—habló Villalba—, yo creía que vuestra majestad ya estaría al tanto. El virrey Gasca partió de Panamá ayer al mediodía rumbo a Nombre de Dios llevando consigo gran parte del tesoro y las joyas.

La llovizna se había convertido en lluvia, aunque muy fina, y la brisa, en viento, aunque suave, pero con frecuentes remolinos corredores de aire más fresco.

—¡Vergüenza! ¡Qué vergüenza!—decía el alférez Marchena mirando con desprecio a Villalba.

—¡Pedazo de mierda de perro! ¡Cobarde!—dijo el capitán Palomeque de Meneses, encadenado, aún en camisa de dormir, y en presencia de todos le disparó un salvazo a Villalba.

Mientras tanto, Hernando continuaba caracoleando el caballo y gritando:

—Así es que Gasca escapó. Se escapó la rata. Pero yo le atraparé aunque tenga que ir a Nombre de Dios. Quiero hacer de su cabeza y de su joroba pólvora de cañón. Tengo que capturarlo. Tengo que ver su cabeza rodar.

Y de nuevo sobre los estribos volvió a gritar:

—Pero ¿dónde diablos está Bermejo? ¿Dónde está el héroe? ¡Quiero verle!

El obispo Torres, con una mirada fulminante de desprecio, observaba a Villalba, quien insistía en mirarle de manera justificante al dirigirse otra vez a Hernando:

—Majestad—le dijo desmontando—. ¡Oh buen rey don Hernando, desmontad, por favor! Tomad posesión de vuestra ciudad. Por vuestra gloria, vuestro abuelo Pedrarias fundó Panamá.

Con ayuda de Villalba y otros soldados, Hernando desmontó.

El obispo, observando el impacto que las torpes lisonjas causaban en Hernando y sobre todo el sarcástico desprecio con que se refería a Bermejo, se le ocurrió de pronto una atrevida treta. Con su sonrisa angelical otra vez a flor de labios murmuró a los demás:

—Podemos salvar nuestra ciudad. Sigamos a Villalba. Démosle el beneficio de la duda y que Dios le juzgue, pero salvemos a Panamá.

Y el obispo, tirando de las cadenas de su grupo, se aproximó a Hernando:

—Que Nuestro Señor Jesucristo os bendiga, hijo mío —le dijo, y continuó en su más meliflua manera pastoral—: Hijo mío, mi buen rey don Hernando, os he conocido desde la infancia. Aquí todos nosotros sabemos que tenéis el corazón de oro. Aquí os amamos de verdad porque sois nuestro rey. Permitid, pues, que

vuestros nuevos vasallos os rindamos pleitesía. Honrad nuestra ciudad y recibid el juramento de lealtad de Panamá.

—¡Que viva nuestro buen rey don Hernando!—gritó Villalba dramáticamente.

—¡Que viva! ¡Viva!—hicieron eco los gritos de todos los demás oficiales reales encadenados.

—Suelten a estos caballeros—ordenó Hernando impulsivamente, pero los soldados, a su alrededor, como paralizados, no le obedecían.

—¿Que no me escuchan? ¿Que no hablo castellano? —gritaba montando en furia de nuevo—. ¡He dicho que pongan en libertad a estos caballeros!

Después de unos momentos de vacilación, algunos de los soldados que habían venido con él comenzaron a obedecer sus órdenes.

Mientras tanto, Bermejo venía descendiendo la escalinata, deteniéndose en cada uno de los anchos peldaños de piedra, con la mano sobre la balaustrada para observar la escena a través de los barrotes de hierro retorcido de las ventanas.

Casi no podía moverse. Su garganta estaba seca. Sus ideas daban vueltas. Le atormentaba el horror de ver su gran victoria tornarse de pronto, en vez de una página brillante e inmortal, en una gran cagada histórica.

## IX

Con pasos lentos y seguros, Bermejo llegó hasta Hernando y le dijo secamente:

—Bien venido, majestad. ¿No creéis que sería mejor conversar a solas allá arriba?

Ambos caminaron unos cuantos pasos silenciosamente hacia la puerta cuando se oyeron unos fuertes quejidos mezclados con semi articuladas palabras en las bancas de espera, propiamente a la entrada y casi frente adonde ellos iban pasando. Hernando se

detuvo, reconoció a su primo don Rodrigo y exclamó acudiendo hacia él, que todavía reposaba sobre una de las bancas:

—¡Rodrigo, mi querido primo! ¿Qué pasa?

El obispo les hizo seña a los demás compañeros suyos recién libertados y todos acudieron a rodear a Hernando para aislarle así de Bermejo.

—¿Qué es, qué su-ce-de?

Don Rodrigo balbuceaba mientras le soltaban las esposas, le ayudaban a sentarse y le limpiaban las heridas con pañuelos. Después de unos sorbos de vino pudo articular algunas palabras:

—¿Quiénes son esa jauría vil, esa canalla?—sus ojos parpadearon, los cerró y permaneció como dormido.

—Soy yo, Hernando, tu primo. Hernando Primero, rey del Nuevo Mundo.

—¡Ah!—exclamó el obispo para ocultar una risotada—. Mirad, majestad, tiene un tajo profundo tras de la oreja.

—Y debe de tener roto un hueso del hombro, le cuelga este brazo desgobernado—dijo alguien.

—La herida de la frente no es profunda—dijo Hernando, mientras le limpiaba los bucles de cabello rubio con un pañuelo mojado en vino, y sosteniéndole la cabeza por debajo, continuó—: ¿Me reconoces, Rodrigo? ¿Me escuchas? Soy yo, tu primo, Hernando Primero, rey del Nuevo Mundo.

Don Rodrigo, todavía casi inconsciente, abrió los ojos, parpadeó y dijo:

—¿Mi primo el rey? Yo no estoy para bromas, déjenme en paz— y cayó de nuevo sin sentido sobre la banca de madera.

Hernando, advirtiendo que todos le rodeaban y estaban pendientes de él, gritó con grandes ademanes:

—¿Quién atropelló a mi primo? ¿Quién se atrevió a derramar la sangre de un Arias? ¡Quiero saber quién se atrevió a perpetrar semejante brutalidad!

Y paseaba sus ojos desorbitados por todos los soldados, pero sin fijarlos en Bermejo, y después de unos instantes de vacilación, repitió lentamente:



—Quiero saber quién hirió a mi primo.

Esta vez habló mirando fijamente a Bermejo, pero como éste no le contestara, continuó gritando:

—Pido que se me explique todo lo que está pasando aquí. ¿Para qué son esas fogatas y esas antorchas? ¿Dónde está todo mi ejército? ¿Y mi pueblo de Panamá? ¡Quiero que mi gente me vea, quiero hablarle a la población entera de Panamá, mi Panamá!

—Majestad—le dijo Bermejo pausadamente—, vamos arriba y os explicaré...

Pero el obispo le interrumpió con aparente candidez:

—¡Ah! ¿Entonces vuestras órdenes no eran las de evacuar e incendiar la ciudad?... ¡Ah! ... Pues ya veo...

—¿Incendiar Panamá?—Hernando miró sorprendido al obispo y después a Bermejo, y repitió—: ¿Incendiar Panamá? ¿Mi Panamá? ¿La ciudad que mi abuelo Pedro Arias de Avila levantó con sus propias manos? ¡No! ¡Jamás mientras yo viva!— y enfrentándose directamente con Bermejo, continuó—: ¿Quién ordenó esta monstruosidad? ¡Conteste, mariscal de campo!

Bermejo permaneció impasible y silencioso.

—¡Conteste o será destituido!

—Majestad, os ruego que hablemos a solas. Vamos arriba.

—No tengo nada que hablar a solas. Mis órdenes fueron terminantes. Yo dije que nada de derramar sangre innecesaria; nada de causarle daño a mi gente. Yo sólo he pedido la cabeza de Gasca. Ni ese oro me importa, aparte de Gasca. Apaguen esas hogueras y esas antorchas inmediatamente. Llamen de vuelta, denle toda garantía a la población y que se concentre inmediatamente todo mi ejército en la Plaza.

En su atolondramiento, no se dirigía a alguien en particular y ninguno de sus hombres se movió o habló.

—¡Obedezca mis órdenes inmediatamente!—le ordenó a Bermejo.

—Don Hernando, nuestro buen rey y jefe—le contestó Bermejo—, yo os ruego, en el nombre de todos estos soldados y por esta gran victoria y por vuestra futura corona, que me

escuchéis a solas. Cuando os impongáis de mis razones veréis que es necesario este cambio de estrategia. Hoy quemaremos a Panamá, un pueblo de madera, y mañana lo reconstruiremos para que sea una ciudad de piedra y azulejos...

—¡Ah, sí! ¿Siguen sus alardes?—gritó Hernando gesticulando como un loco—. ¡Sus razones! ¡Su estrategia! ¡Su victoria! ¡Bermejo, el héroe! ¡A costa de atropellar a mi gente y de quemar mi ciudad hurtándome mi autoridad! Señores, para que lo sepan, yo he planeado esta guerra para ser conducida de una manera caballeresca y noble y no con incendios y desbarajustes. ¡Al diablo con su estrategia! Yo le ordeno que me obedezca. Todos estos caballeros de la ciudad están conmigo. La ciudad está conmigo. ¡Obedezca mis órdenes inmediatamente!

—Majestad—habló Bermejo con voz recia y firme, mirándole a los ojos—, si no seguís mis planes y mi nueva estrategia, mañana o pasado estos nobles caballeros—los miró con desdén—van a cortaros la cabeza y a meterla en una jaula aquí mismo, en esta Plaza, como a Gonzalo Pizarro en Lima. ¡Ah, majestad, y qué noble y hermoso es vuestro cuello para el hacha!

—Silencio—gritó Hernando cruzándole el rostro con una bofetada, y desnudando la espada, le gritó—: ¡En guardia, mariscal de campo! Le voy a enseñar quién manda aquí. Le voy a enseñar a respetarme.

—Tire, majestad—le contestó Bermejo con calma y sin moverse.

—¡En guardia he dicho, héroe! ¡En guardia, cobarde..., saque su espada, pendejo, o morirá pinchado como una rata!

—Majestad—le contestó Bermejo impertérrito e inmóvil—, yo estoy aquí no para pelear con vos, sino para daros una corona de rey. Para defender vuestra vida con la mía.

El capitán Ruy Quezada, cuya barba apenas pelechaba, con los ojos llenos de lágrimas y el rostro que parecía estallar por contenerlas, intentó hablar, pero no pudo.

—Majestad—dijo el capitán Roiz, *el Gigante*, interponiéndose entre ellos—, matadme a mí primero.

Y temblando con lágrimas como un niño, continuó:

—Aquí vinimos todos dispuestos a morir por vuestra gloria, por la libertad del Nuevo Mundo. El mariscal ha hablado por todos nosotros; pero si no queréis oírle, ¡hágase vuestra voluntad hasta la muerte!

—Majestad—dijo el bachiller Del Río, arrodillándose frente a él—, entrad en razón—le besó la mano con lágrimas.

—Lo siento. Me ofusqué—dijo Hernando, envainando la espada—. Lo siento—le tendió la mano a Bermejo, y después de un fuerte apretón, le dijo—: Mariscal de campo, insisto en que se ejecuten mis órdenes inmediatamente.

Bermejo, inmóvil, no hablaba. Después de una larga pausa, mirando a Hernando fijamente ante la expectación y pesadumbre general, pronunció una sola palabra:

—Obedezcan.

## X

Cada uno de los oficiales del Estado Mayor allí presentes hizo un esfuerzo personal por disuadir a Hernando del gran peligro de abandonar Panamá. El capitán Altamirano le explicó detalladamente la misión de Salguero, quien había partido en la madrugada hacia las Cruces para tratar de capturar a Gasca. Quezada le detalló los grandes riesgos de echarse hacia Nombre de Dios con los amagos de la tormenta. Bermúdez hizo hincapié en que la flota aún no daba señas de venir y que el viento arreciaba tornadizo. Todo fue inútil.

—Suficientes consejas. Estamos perdiendo tiempo. De todos modos tenemos que capturar a Nombre de Dios también.

Y así fue. Hernando se salió con las suyas para indecible quebranto y frustración de su ejército. Lo primero que ordenó fue que dos notarios públicos tomaran el juramento de alianza del obispo y demás autoridades reales de la ciudad y después

que levantaran un instrumento confiando todo el tesoro como inventariado por el capitán Bermúdez al mismísimo tesorero de la corona Gómez de Anaya.

No obstante su urgencia, Hemando aún se demoró en besamanos y ceremonias, escuchando unas cuantas frases y discursos altisonantes de despedida por los nuevamente juramentados oficiales reales, mientras las campanas de la catedral y demás iglesias repicaban llamando de nuevo a la gente a la ciudad y se enviaban pregoneros con tal mensaje.

Oportunamente, Hemando, a la cabeza de doscientos soldados, rodeada de abanderados, clarineros y tamborileros, encabezaba la marcha a través de la semidesierta ciudad hacia los establos para continuar montados de allí a Nombre de Dios. No encontraron caballerizos ni caballos, sino sólo mulas, centenares de mulas. Cada soldado montó su acémila aparejada con albardón de carga de piezas de madera con ribetes y tomillos de hierro y salieron en pos de Hernando. Este no podía perder tiempo en detalles, y así partieron sin vituallas, sin artillería de campo, sin planes definitivos.

—Soldados—los arengó—, vamos a una montería, solamente a cazar una zorra.

Y reía a grandes carcajadas. Pero sólo él reía.

Cansados, desvelados, hambrientos, desilusionados, sólo por disciplina, los veteranos y fieles soldados continuaron siguiéndole estoicamente. Cuanto más avanzaban, más espesa se tornaba la selva. A la cabeza de la columna, Hemando continuaba hablándoles incesantemente al capitán Roiz, *el Gigante*, y al capitán De Landa, quienes le escuchaban taciturnos y respondían de cuando en cuando con monosílabos.

—Antes de anoecer estaremos en la venta de Capira.

Ya llevamos como diez de las veintiséis millas que hay entre Capira y Panamá—decía Hemando.

—El camino es bueno hasta Capira—añadió De Landa.

—Tomaremos una suculenta cena, dormiremos en Capira y mañana veremos salir el sol en Portezuelo, ¿no es así, capitán?

—Majestad—dijo Roiz—, está lloviendo. A Capira sí llegaremos, aunque bien de noche. El camino está empedrado hasta Capira.

Los perros *Grifón e Hydra*, todo mojado y cubierto de barro, iban siempre delante. De cuando en cuando se detenían sobre sus jarretes para esperar a las lentas mulas, y después volvían a trotar, jadeando y husmeando el camino.

## XI

Hernando, con su inesperada aparición, sus insultos a Bermejo, su empeño en no escuchar razones y su precipitada y loca marcha hacia Nombre de Dios, desorganizó y desmoralizó al triunfante Ejército de la Libertad.

—¡Una montaña de oro! ¡Ja, ja! ¡Una montaña de mierda es lo que se nos viene encima!—decía Bermejo raspando sus palabras y ahogándose de furia contenida, mientras regresaba al piso de arriba del Cabildo—. ¿Será posible que esta gran victoria se convierta en un desastre estúpido? —dijo hablando solo.

Y descansó sus manos sobre la misma balaustrada de piedra donde había estado esperando a la flota momentos antes. Su mirada se perdió otra vez sobre el horizonte turbulento.

Sosegadamente, el capitán Ruy Quezada se le aproximó.

—Mariscal—empezó diciendo con acento filial—, yo logré esconderme hasta que su majestad hubo partido. Yo estoy en esta guerra solamente por usted y estaré a su lado hasta el final.

Bermejo le apretó una mano.

—Mariscal—continuó Quezada—, usted todavía puede salvar esta guerra. Todo esto es una pura mierda batida; pero usted la puede salvar todavía. Sólo usted puede hacerlo.

Bermejo permanecía silencioso.

—Mariscal—continuó el joven oficial hablándole directamente de manera persuasiva y razonada—, acabo de terminar

un recuento de nuestras fuerzas. Su majestad se llevó doscientos soldados. Veintidós andan con el capitán Salguero. Sólo dos soldados, Guillermo Irlandés y Machón Vizcaíno, hacen falta. Quince hombres están aquí, heridos o incapacitados, incluyendo el capitán El Greco—Quezada bajó la voz inconscientemente—. Mariscal, cuando su majestad ordenó que le siguiéramos, yo ordené a mis soldados que se escondieran. Tenemos, pues, mis sesenta hombres y los veintidós de Salguero, y eso es todo. He despachado la mitad de mis hombres a descansar y la otra mitad a patrullar por la ciudad bulliciosamente para que los crean más numerosos. Hay siete caballos en el palacio del gobernador, muy inferiores, pero al fin cuadrúpedos.

La fe y el entusiasmo del joven capitán sacaron a Bermejo de sus lucubraciones.

—¿Sólo usted y El Greco? ¿No hay más oficiales?

—Así es, mariscal. Y El Greco apenas puede dar un paso.

Mientras tanto, las campanas de las iglesias y los pregoneiros continuaban llamando a la población y centenares de gentes regresaban a la ciudad acarreando sus bultos y enseres.

Un soldado irrumpió precipitadamente:

—Mariscal, Machón Vizcaíno acaba de aparecer muy mal herido. Pide hablar con usted urgentemente.

—Que suba. Y llame también al capitán El Greco.

## XII

Machón Vizcaíno habló con su voz ronca jadeante y agotada:

—Anoche, yo, con Guillermo Irlandés, llegamos primero a los establos y vimos a un hombre en el momento de escaparse en un caballo muy violento. Por fortuna, atrapamos a un compañero suyo que estaba ensillando. Para salvar la vida nos dijo que el escapado era Francisco Lozano. Esta es la hora, pues, en que

las nuevas de nuestra invasión ya están en Nombre de Dios...—  
princió a toser y a comprimirse el abdomen.

—Denle vino—dijo Bermejo a un soldado.

Vizcaíno tragó ávidamente de la bota del soldado y continuó:

—De pronto, una pandilla de muleteros, armados con picas y macanas, la emprendieron contra nosotros. Irlandés cayó primero y yo después de un macanazo en la cabeza y con un puyazo en las tripas. Cuando desperté era ya muy de día. Irlandés estaba degollado allí cerca.

Vizcaíno se debilitaba visiblemente al hablar y se apretaba el abdomen con más fuerza para concluir:

—Bueno, yo recordé que tenía unas hojas de coca en la mochila, las masqué y a poco empecé a mal caminar hasta aquí para informar del Francisco Lozano...

—¿Hay algún cirujano?

—Sí, señor contestó un soldado—, el maestro barbero Mícer Francisco Levantisco está aquí.

—Llévele este hombre y que le cure.

—Gracias, mariscal—balbuceó Vizcaíno, mientras dos soldados le ayudaban a caminar.

—Yo conozco a Francisco Lozano muy bien—dijo Quezada—. ¡Jesucristo! Lozano ya debe de estar en Nombre de Dios, y ésta es la hora en que cuatrocientos, o quizá seiscientos hombres, entre soldados y marineros blancos, estén preparándose a marchar para acá. Van a encontrarse frente a frente con su majestad. Sólo que ellos vienen preparados y bien armados. Van a hacer mierda a nuestro ejército.

—Debemos socorrerles, mariscal—dijo El Greco.

Bermejo, en su manera usual, dio unos pasos de atrás para adelante y empezó a hablar como pensando en voz alta:

—Debe de ser cerca de la hora none. Maldita lluvia, no se puede ni leer el cuadrante. Tenemos siete caballos. Si partiera ahora mismo, fácilmente podría alcanzar a su majestad antes de la medianoche. Pero, por si de nuevo no escuchara mis razones,

entonces, capitán Quezada, yo necesitaría sus sesenta hombres con artillería de campo para poderle salvar. Quiere decirse que la ciudad quedará a cargo de El Greco y sus quince inválidos. ¡Qué mierda! —sonrió agriamente, y poniéndole una mano sobre el hombro a El Greco, continuó—: Hay que enviarle un correo urgente al capitán Salguero. Que regrese a matabalho antes del alba con dieciséis lanceros a Panamá y que envíe a Gasca o el botín para Ancón, conforme a nuestros planes.

—Dieciséis lanceros es más que suficiente, mariscal—dijo El Greco.

—Mañana estaremos de regreso.

—Apuesto un cojón a que su majestad no escuchará razones. Es más...

Quezada cortó sus palabras, y malhumorado continuó, cambiando el tema:

—Voy a preparar mis soldados. Llevaré artillería de campo y metralla suficiente para un mes de guerra.

—Muy bien, capitán; pero antes de partir, con mucha cortesía, llévese de rehenes al señor tesorero Gómez de Anaya. Legalmente él es el custodio del tesoro y no podemos dejarle atrás.

—Sí, señor.

—Capitán El Greco—le dijo—, su tarea es muy dura; pero en la ciudad nadie sabe cuántos somos ni conocen nuestros planes. Sólo han visto movimiento de tropas y de artillería entrando y saliendo, y por la mañana verán la ciudad patrullada por la caballería de Salguero. Nadie se atreverá a mover un dedo.

—Mariscal, recuerde que en la ciudadela hay ciento ochenta soldados en los calabozos.

—A la ciudadela no le temo. Yo mismo cerré los calabozos y tuve buen cuidado de dejarles bastantes alimentos y agua a los prisioneros. De allí nadie se escapa. Además que esta noche a más tardar la flota estará en Ancón. Y aunque la flota no hubiera oído la señal, dos barcos de observación estará allí el lunes por la mañana. Esta noche, pues, es nuestra noche crítica.

—Mariscal, yo me haré cargo de esta noche—dijo El Greco.



Bermejo oteó por cielo y mar. El viento arreciaba con soplos bruscos. La llovizna ya era lluvia. De pronto se vio un tenue relámpago, seguido momentos después por un trueno lejano.

—Ya viene esa tormenta—dijo El Greco—, pero así es mejor porque va a detener a su majestad y a mantener a todo el mundo dentro de su casa esta noche.

—De todos modos—dijo Quezada—, si la tormenta atrasara a la flota y a los barcos de observación, allí, en Ancón, tenemos al *Valdolívar*. ¡Usted lo prevé todo, mariscal!

### XIII

El lento marchar al paso de las mulas cargueras iba causando una tensión creciente y desesperante en el ánimo impulsivo de Hernando. Aquello era tétrico, tedioso, insoportable, desgraciado, infinito, mortal. Sumado a sus largas horas de angustia sin dormir y sin comer, el cansancio de aquel bregar agotó su ánimo. Además, la llovizna se había ido convirtiendo en lluvia, y la lluvia, en aguacero torrencial, y el aguacero, en tormenta borrascosa. Cuanto más avanzaban, más se inundaba el camino, y se ponía a trechos intransitable. Por fin, cuando llegaron a la venta de Capira, ya ni a Hernando ni a nadie le importaba la hora ni el hambre. Todos, inclusive las mulas, estaban exhaustos.

El edificio era un enorme caserón de adobe, cuadrado, con corredores bajos afuera y adentro, rodeando al patio interior adoquinado, donde cargaban y descargaban las recuas de mulas para sestear o dormir.

Nada de fanfarria, ni trompetas, ni tambores, ni banderas, ni discursos. Todas las prostitutas, los indios sirvientes y esclavos africanos, siguiendo a los patrones, huyeron despavoridos al saber que eran tropas rebeldes las que avanzaban. Ni la tormenta los detuvo. Salieron en estampida a refugiarse en las fincas vecinas. Pero ni los perros se quedaron allí. Sólo algunos gatos y cerdos

deambulaban libremente por el solitario caserón. Gallinas y patos andaban por toda la casa y algunas anidaban incubando bajo las camas. Multitud de murciélagos guindaban de las uñas cabeza abajo, asidos a las vigas del techo. Hasta un par de burros se habían alojado en la propia tienda. Todos buscaban refugio contra la tormenta.

Algunos soldados prepararon lo que pudieron encontrar para comer, y otros, con el estómago vacío, se tiraron al suelo. Sólo había unas cuantas camas de cuero crudo o de tablones de madera, sin cobertores ni almohadas, plagadas de chinches y pulgas. Además, todo el piso de ladrillos de barro estaba lleno de estiércol y porquería de los demás animales.

—Este maldito lugar apesta—exclamó Hernando.

Pero en aquellos momentos ya nada importaba. Sólo dormir. Estaba agotado, y en el cuarto del ventero cayó dormido sobre un camastrón de cuero crudo. Estaba tan exhausto, que apenas se medio desvistió y ni sintió los mosquitos, las chinches y las pulgas, que tuvieron un festín sobre su cuerpo. Durmió como una criatura invernante.

Poco antes de la medianoche, Bermejo llegó con su calbata a la venta de Capira, y sintió gran alivio al saber por los centinelas que Hernando dormía dentro como un topo.

—Eso es bueno—dijo—, su majestad estará mejor por la mañana.

Los ayudantes instalaron su hamaca portátil cerca del cuarto de Hernando, y pronto Bermejo también dormía profundamente. Sólo los centinelas deambulaban.

La tormenta batía el istmo casi con la intensidad de un huracán. El viento aullaba, la rayería vergajeaba incesantemente las copas de los grandes árboles a diestro y siniestro, la lluvia inundaba la tierra y grandes mangas de agua corrían devastadoras.

Temprano, en la mañana del lunes, Hernando despertó, molido, pero muy repuesto. La tormenta había amainado un poco, pero estaba muy oscuro y la lluvia persistía. En cuanto sintió que Hernando despertaba, Bermejo no perdió tiempo en entrar

y hablar con él a solas para informarle con respecto a Lozano, quien seguramente ya estaría en Nombre de Dios. Con mucho tacto, pero con la evidencia de la tormenta, le hizo ver los riesgos de seguir adelante y la conveniencia de regresar inmediatamente a Panamá para llevar a cabo los nuevos planes.

—Mariscal—le dijo Hernando—, usted siempre adivina mis pensamientos. Dadas las circunstancias, debemos regresar inmediatamente.

Se puso en pie de un salto, corrió fuera y le dijo a un clarinero:

—Toque atención.

Fue una sorpresa. Mientras hervía un caldero de chocolate en la cocina, un soldado le decía a un grupo:

—Si su majestad hubiera permanecido a bordo, a estas horas ya iríamos por alta mar y rumbo a Lima con todo ese oro, en vez de estar aquí, en este mar de lodo, con mierda hasta las rodillas. ¡Y gracias!...

El caserón de la venta estaba lleno de bote en bote con los doscientos soldados, y el patio y los establos, con las mulas.

—¡Soldados!—gritó Hernando con todos sus pulmones—. Acabamos de saber que mientras invadíamos Panamá, un empleado de mi señora madre, Francisco Lozano, logró escaparse a Nombre de Dios con noticias de nuestra invasión. Yo puedo asegurar a ustedes que Lozano conoce Panamá mejor que nadie.

Hizo una pausa y bajó un poco la voz.

—¡Soldados! Las ventajas de la sorpresa están, pues, perdidas. Además, hay veinte barcos anclados en Nombre de Dios con más de seiscientos marineros blancos, todos recién llegados de España y que, como no conocen el Nuevo Mundo, no juntarán sus fuerzas con nosotros. También, debemos considerar el temporal. En vista, pues, de tales circunstancias, he decidido regresar a Panamá, cargar el oro en los barcos y zarpar esta misma noche rumbo a Lima. Ahora, pues, a desayunar y prestos para Panamá.

—¡Viva!

—¡Que viva nuestro buen rey don Hernando!

—¡San Jorge, hasta Lima!

Ya habían sido sacrificados dos bueyes y dos cerdos y los cuatro animales estaban dorándose en las parrillas, braseros y asadores. Los calderones de chocolate disminuían y los sacos de galletas circulaban.

No habían concluido el desayuno cuando apareció el convoy del capitán Ruy Quezada con la artillería de campo y los arcones metálicos de pólvora y metralla cubiertos con lona encerada. También traía consigo en rehenes al tesorero de la corona Gómez de Anaya.

—Antes de salir de Panamá—informó Quezada a Hernando y Bermejo—El Greco y yo recibimos un correo del capitán Salguero diciéndonos que Gasca se le había escapado por un parpadeo, pero que capturaron ochocientos zurroneos llenos de ladrillos de oro y que avanzaban hacia Ancón de acuerdo con las instrucciones.

Hizo una pausa. Parecía cansado, pues no había dormido y apenas mal comido durante dos días y dos noches, y pensativo, continuó:

—Esto significaba que el capitán Salguero y su caballería no podría cubrir nuestras espaldas en Panamá. Tuve, pues, que dejar quince de mis hombres allá. No había otra alternativa. No podía dejar la ciudad en manos de un grupo de lisiados. Ya casi había decidido quedarme; pero entonces me dije: ¿Y si su majestad necesita la artillería y las provisiones?

—No se preocupe más, mi capitán—le interrumpió. Hernando con una sonrisa paternal—, todo eso ya no tiene importancia. Vamos a regresar, y poco después del mediodía estaremos entrando en Panamá.

En verdad, el regreso empezó para Hernando bajo muy otros auspicios: había descansado y dormido; sonaban trompetas, clarines y tambores; se oían grandes voces de mando y con muchos vítores, y él iba delante en el grupo de la caballería, mientras que atrás seguían las mulas.

—¡Majestad!—gritaba Bermejo mientras marchaban—,

¡será como usted lo dijo! Con tormenta o sin tormenta, antes de la hora none estaremos entrando en Panamá.

—¡Mi flota ya debe de estar al llegar!— gritó Hernando.

Siguiendo las instrucciones de Bermejo, los clarineros, trompeteros, tamborileros y voceros mantenían activa la fanfarria.

—¡San Jorge y a Lima!

—¡A la coronación!

—¡Que viva nuestro buen rey don Hernando!

—¡Que viva el Nuevo Mundo libre!

Y los elásticos y roncós vivas producían dulce euforia en Hernando, a la vez que contrastaban con la deprimente lluvia que azotaba a los transidos soldados y a las vacilantes mulas.

#### XIV

El lunes, la ciudad de Panamá amaneció arrebujada entre la lluvia incesante y azotada por el chubasco. Parecía un caracol enrollado entre su misma concha. Apenas liberada del soporífero virrey, vino el susto del bombardeo, la invasión y la evacuación. Después, los preparativos de incendio y otra vez vuelta a la ciudad, y todo en un solo día. Ahora sólo Dios sabía lo que les esperaba.

Aunque bajo techo, la población entera, desde los esclavos hasta los principales, y sobre todo la muy flaca y maltrecha guarnición del capitán El Greco, estaba muy despierta y preocupada por ouestas razones.

El obispo y demás oficiales reales decían que estaban encantados con el absurdo viaje de Hernando hacia Nombre de Dios. En primer lugar, no podía comprender, decía el obispo, el odio de Hernando al virrey, cuando ni le conocía y era bien sabida su amistad con doña María. Pero por otra parte, el obispo y los suyos no tenían idea del número de soldados en la ciudad, ni de cuántos habían desembarcado, ni de los movimientos de la numerosa flota que ambas partes esperaban de un momento a otro.

El obispo estaba terminando su chocolate cuando sus colegas principiaban a llegar sigilosamente a su residencia. El primero en entrar fue el alférez Marchena, seguido del capitán Meneses y de los demás. A todos les extrañaba la ausencia del tesorero Gómez de Anaya, que no había amanecido en su casa.

El inquisidor Villalba habló el primero:

—Señores, uno de los caballeros me acaba de informar que Francisco Lozano escapó.

Y continuó trayendo a colación el bien conocido hecho de la experiencia de Lozano y la seguridad de que indudablemente los de Nombre de Dios ya debían de estar en camino para venir a socorrer a Panamá.

—En verdad que me sorprende la desaparición del tesorero Gómez de Anaya—murmuró pensativamente el obispo—. Sospecho...

Inesperadamente, un hombre encapotado abrió la puerta y les dijo, con un grito comprimido:

—Dos barcos están entrando a la bahía—y desapareció.

La noticia fue corriendo de boca en boca, de casa en casa, por toda la ciudad, más veloz que los barcos; no obstante el temor y el tiempo borrascoso, la curiosidad era más poderosa. Centenares de gentes encapotadas o cubiertas con cualquier cosa para protegerse de la lluvia acudían por todas las calles hacia el embarcadero.

Mezclados con el populacho, observando las difíciles maniobras de los barcos contra el tornadizo viento, estaban el obispo y sus colegas, y observándoles muy de cerca, el capitán El Greco con algunos de sus soldados. Nadie dudaba de que aquellos barcos fueran unidades de avanzadilla de la Flota de la Libertad.

Los barcos atracaron magistralmente.

Eran el *Coricancha* y el *Potosí*, los dos galeones de guerra, muy retrasados, que cubrían la retaguardia del virrey. Inmediatamente todos los reconocieron.

El capitán El Greco ordenó a algunos de sus soldados que observasen a distancia y que corriesen con las noticias a Bermejo si ocurría lo peor, como se lo sospechaba.

Aunque retrasados por la falta de viento, los barcos, al mando del joven maestre piloto Alonso Castellano, estaban en perfectas condiciones. Además de su dotación de marinos transportaban ciento cincuenta soldados de línea bajo las órdenes del capitán Pedro Almaraz para custodiar ocho toneladas de oro y seiscientos noventa y seis lingotes de plata.

El obispo, muy excitado, le decía en voz baja a sus colegas:

—Y ahora, ¿qué haremos? No sabemos cuántos rebeldes son ni dónde están...

—Esta es nuestra hora, señoría—dijo Marchena con firmeza—. Esos barcos traen al menos unos doscientos soldados y otros tantos marineros, más ciento ochenta soldados que hay prisioneros en la fortaleza y los irregulares... Señoría, con todas estas fuerzas y el control de la ciudadela somos inexpugnables. Debemos actuar inmediatamente. Bermejo puede regresar de un momento a otro.

—Y no hay que esperar a que llegue su flota. Esta es nuestra oportunidad—exclamó el comandante Meneses.

—El Señor escuchó mis oraciones—dijo el obispo alzando las manos y santiguándose luego.

Apenas iban atracando los barcos, los marineros y soldados se precipitaban ordenadamente a tierra con la urgencia de alimentos frescos y mujeres. Pero el capitán El Greco, cojeando y seguido por algunos de sus soldados, se interpuso y gritó:

—¿Quién es el comandante?

—Yo, yo soy—contestó el capitán Almaraz con extrañeza.

—Y yo soy el capitán El Greco, del Ejército de la Libertad.

Le tendió la mano, y mientras chocaban con fuerte apretón, El Greco continuó:

—Yo mando la plaza aquí en Panamá, que ya prestó juramento de lealtad a nuestro buen rey don Hernando. ¡El Nuevo Mundo es libre!

—¡Silencio! ¡Cállese, loco!—exclamó el alférez Marchena, interponiéndose entre ellos, mientras que Almaraz y todos los de los barcos escuchaban estupefactos y sin comprender palabra.

—Capitán El Greco—dijo solemnemente Marchena—, dése preso.

El Greco le replicó furibundo:

—Cabrón, bastardo, traidor, hijo de una hiena apestante.

Y le dio una bofetada sonora en todo el rostro. Sacando rápido la espada, continuó:

—En guardia, cagajón, ¡hijo de puta!

Pero por detrás de él un golpe de alabarda en el brazo le botó la espada, e inmediatamente fue maniatado junto con todos sus hombres, que estaban por allí cerca.

—¡A sacar a los soldados de los calabozos!— gritó alguien.

—Suéltenme a ese vil y traidor gusano, que voy a castigarle—gritaba Marchena espada en mano.

—Hijo mío—le decía el obispo—, no te ocupes más de ese pobre diablo. La justicia se hará cargo de él. Panamá te necesita. Aún no sabemos lo que se nos viene encima. La batalla está apenas principiando.

—Es una cuestión de honor y he de batirme con él, señoría.

—¡Ajá!—dijo un soldado—. Si no puede pelear... Yo le quebré el brazo de la espada.

—Sí puedo pelear, hijos de puta; todavía me queda otro brazo...—vociferaba amarrado El Greco.

—¡Silencio, cabrón!—gritó otro soldado, derribándole de un garrotazo en la cabeza.

—¡Orden, orden!—resonaba la voz del comandante Meneses—. Tenemos que organizarnos inmediatamente. ¡Orden! La flota enemiga puede venir de un momento a otro.

—Hijos míos, procedamos inmediatamente, en el nombre de Dios y del emperador—gritaba el obispo, mientras los marineros y soldados acababan de desembarcar.

Las fuerzas de desembarco capturaron y encadenaron a cuantos soldados de la guarnición de El Greco pudieron hallar por allí. Repararon el puente levadizo, libertaron a todos los soldados de los calabozos, transportaron todo el oro y la plata a la fortaleza y la rehabilitaron. Inmediatamente se despacharon



varios correos por diferentes rutas a Nombre de Dios y crecía el alborozo, repicaban las campanas, estallaban petardos, se oían discursos y arengas, oraciones e insultos bajo la lluvia torrencial, la tormenta y el viento cambiante.

—¡Ahora sí!—gritaba el capitán Meneses—. Ciento ochenta soldados de la ciudadela, más ciento cincuenta del capitán Almaraz, doscientos marineros y los irregulares. ¡Ahora sí, vive Dios! ¡Panamá es libre!

Una micilia, compuesta de más de cuatrocientos hombres entre indios, mulatos y africanos cimarrones, fue organizada y empezó a entrenarse equipada con lanzas, flechas, macanas, machetes y cerbatanas con dardos.

Antes del mediodía, hasta las mujeres y niños ya estaban ayudando afanosamente a construir murallas y a cavar trincheras a lo largo de los principales calles. Arcabuceros se apostaban por los techos, ventanas con rejas y campanarios. Falconetes, morteros y petardos fueron emplazados en casi todas las esquinas.

El obispo ordenó que todas las campanas de todas las iglesias y conventos repicaran todo el día.

—Necesitamos mantener al populacho alegre y ocupado para que no sientan miedo y huyan—decía—. Mírelos, capitán, cómo trabajan, ¡pobres criaturas! ¡Ah, si logramos que la población mantenga ese entusiasmo y nos ayuda a defender la ciudad, estamos salvados! ¡Dios está con nosotros!

## XV

El regreso de Hernando a Panamá resultó más lento y difícil de lo previsto. Largos trechos del camino estaban inundados. Las mulas, mal comidas y cansadas, apenas se movían. Hasta la fanfarria de vivas y tambores moría y volvía a resucitar de cuando en cuando, pero sonaba lastimera.

—Majestad—le dijo Bermejo en una vuelta del camino—, aquellas casas son Rancho Algarrobo, el hato de Diego Pérez.

Panamá está sólo a dos millas de aquí. Como usted decía, a la hora none estaremos entrando a la ciudad.

—Pero ya parece como si fuera de noche—dijo Hernando.

—Miren—gritó con sobresalto Roiz, *el Gigante*, y enfocó su cilindro de campo—. Allá viene un hombre corriendo a pie.

Dieron la señal de alto y todos miraron en su cilindro.

—Es Roque Genovés, uno de nuestros sargentos—aclaró Bermejo.

Genovés estaba enjalbegado de lodo de pies a cabeza, sin sombrero ni capote. Chorreando agua y casi sin poder respirar, explicó precipitadamente lo de los dos barcos de guerra que habían atracado trayendo unos doscientos soldados y otros tantos marineros, y cómo el capitán El Greco y casi todos los demás habían sido capturados por orden del obispo y de los otros oficiales, y que eso era todo lo que había tenido tiempo de darse cuenta para poder escapar con la noticia.

Bermejo, visiblemente perturbado, pero con voz serena, insinuó a Hernando hacer alto en el rancho para considerar la nueva crisis. Aunque se mantenían silenciosos, los demás oficiales y soldados ardían de furia contenida.

Los espaciosos corrales del rancho tenían en el centro un caserón nuevo de adobe y tejas, rodeado de establos, pocilgas, casas de ahumar y otras dependencias. Las pasturas del hato comprendían una gran extensión de grama evidentemente recién conquistada de la selva, por los grandes troncos de árboles que sobresalían aquí y allá entre la grama, donde pacían rebaños de animales.

—Acabamos de oír que desembarcaron unos doscientos soldados—comenzó diciendo Bermejo tan pronto como se reunieron todos los oficiales en la casa hacienda—. Esta es la hora en que ya libertaron los ciento ochenta soldados de la fortaleza y en que deben estar preparando centenares de torpes milicianos.

—Puedo creer—intervino Hernando—que hayan desembarcado esos soldados, puedo creer que hayan capturado a El Greco y a todos los nuestros, puedo creer que hayan capturado

al obispo y demás autoridades también, pero no puedo creer que el obispo yesos caballeros me hayan traicionado. Son hidalgos. Todos me juraron alianza. ¿Cómo podrían, pues, traicionarme?

—Majestad—interrumpió Bermejo—, ya os dije que esos *hidalgos*, que esos *caballeros* suyos, le cortarían la cabeza a las primeras de cambio. ¡Bola de cabrones!

Los soldados, aunque molestos por las consecuencias del error de Hernando, nada decían, aunque su disgusto era patente. Observándoles, Bermejo continuó:

—Bien, sin contar al capitán Salguero con sus veintidós de caballería, somos un total de doscientos cincuenta en este momento; pero tenemos al *Valdolívar* anclado en Ancón. ¡Capitán Nica! Envíe un mensaje al maestro piloto del *Valdolívar*: que ize velas, el viento es todo suyo, que vuele a Taboga, estará allá antes del atardecer, y que regrese al alba con tantos barcos como pueda al mismo Ancón.

—Un momento, por favor—exclamó Hernando—. Mariscal, ese... —y continuó vacilante—, ese barco, digo, el *Valdolívar*, ya no está en Ancón. Antes de desembarcar ordené al piloto que se fuese a Taboga para llevarle al resto de la Flota las noticias de nuestra gran victoria.

—¿Cómo?—gritó Bermejo con sobresalto.

Dio los pasos a que acostumbraba antes de tomar decisiones y continuó:

—Está bien. ¡No tenemos el barco en Ancón!—y tiró su yelmo en el suelo con disgusto.

—Escuche, mariscal—insistió Hernando—, yo le ordené al piloto precisamente que fuera a Taboga y trajera los barcos a Panamá para la celebración de mi victoria. Ya deben de estar para entrar a la bahía.

—¿Cómo?—gritó otra vez Bermejo—. ¿Entrar la flota a la bahía de Panamá?

—Sí, señor; la flota debe de estar al llegar. Pero por el viento quizá llegue mañana lo más tarde. Quizá toda la flota no,

pero tres o cuatro barcos. Bueno, mariscal, recuerde que yo di esa orden cuando las circunstancias eran muy otras.

—Majestad—le interrumpió Bermejo bruscamente—, si la flota entra en la bahía la capturan, y a cualquier barco que intente escapar lo harán añicos los cañones de la ciudadela.

Bermejo paseó una grave mirada circular por todos los hombres. Amargura, desmayo, severidad y silencio era lo que reinaba.

—Esta es la hora—decía Bermejo como hablando consigo mismo— en que todas las calles principales de la ciudad están siendo amuralladas y atrincheradas. Penetrar en ella será, si no imposible, trabar una batalla muy duro y muy sangriento; pero cuanto más lo demoremos, peor para nosotros. Ahora nos aventajan en dos a uno; más tarde, serán de cuatro y ocho a uno, y nosotros casi sin pólvora, sin vituallas y sin flota... Pero ¡tenemos que ganar! ¡Vamos a ganar!—Bermejo calló y nadie pronunció palabra.

Después de una gran pausa opresiva, volvió a oírse la voz de Bermejo:

—¡Ja, ja!—sonrió con sarcástica amargura—. ¡Y no tenemos barcos en Ancón! ¡No digo para una retirada, pero ni para un mensaje!

—Bien, sí—dijo Hernando con embarazo—; pero tenemos las barcasas de desembarco y el bote salvavidas...

Un soldado recogió el yelmo de Bermejo, lo limpió y se lo dio al mariscal.

—Si esos barcos entran a Panamá—dijo éste—, perdimos la guerra. Alguien tiene que irse inmediatamente a Taboga en ese bote salvavidas. No hay otra solución.

—¡Yo!—exclamó Hernando cobrando ánimos—. El quid está en pasar la reventazón de la caleta. Una vez en el mar, con viento en popa y la vela del bote salvavidas, antes del atardecer estaremos en Taboga. Digo, saliendo ya para Ancón.

Bermejo vaciló un momento; pero, después de todo, es lo que le parecía mejor. Y pensó que, en realidad, lo más probable

era que Hernando llegara salvo a Taboga, y si permanecía allí, con seguridad decidiría capitanear la batalla y ese sería el fin de todos.

—Majestad—le dijo Bermejo con tono afectuoso—, recordad que sin vos la causa de la libertad no tiene bandera. Si por desgracia perdiéramos esta batalla, vos, con la flota, podríais continuar la guerra.

Hernando no se daba cuenta y confundía el revuelo de alegría que causaba su partida con una admiración general por su proeza.

—Solamente necesito al capitán Roiz, al capitán Landa, a mi secretario Francisco del Río, mi paje de armas y mis dos camareros. Basta con eso. ¡Ah! Y mis dos perros, que desembarcaron conmigo.

Antes de empezar los preparativos para el inmediato asalto a Panamá, Bermejo esperó ver partir a Hernando y su séquito de siete más algunos mozos de cuadra indígenas. Después de unos cuantos toques de clarín y de un pequeño redoble de tambores, la cabalgata se perdió de vista.

## XVI

Varios espías que habían sido apostados en puntos estratégicos y por todas las veredas y entradas a la ciudad empezaron a llevar las noticias de que los asaltantes avanzaban por el camino real. La logística de los capitanes Meneses y Almaraz de que estando el puente del Matadero inundado forzosamente tendrían que venir por el puente del Rey resultó exacta.

Más aún, para atraer a los atacantes lo más adentro posible de la ciudad, habían dejado sin retenes ni defensas el puente del Rey y la calle de Santo Domingo hasta la iglesia de Santa Ana, más de un cuarto de milla al sur del puente. Allí principiaban las primeras barricadas y trincheras.

Bermejo decidió lanzar el asalto a pie y sin armas de fuego por lo inútil que serían en la intemperie con la lluvia. En el puente del Rey, su ejército desmontó, y atando las mulas en círculos de a cuatro, bozal a rabo, para que no huyeran, procedieron a pie.

Protegidos con escudos, yelmos, petos y rodilleras y esgrimiendo jabalinas, ballestas y espadas, los soldados avanzaban cautelosos, pero rápidos, en pequeños grupos geométricos. Cada grupo estaba compuesto de una docena de hombres en forma de cabeza de lanza prestos a cerrarse en triángulo.

Aunque la lluvia había cesado, la llovizna continuaba, y el sol, todavía alto, se vislumbraba a ratos como un halo opaco tras las móviles circunvoluciones de las nubes.

Apenas entraron a la plaza de la iglesia de Santa Ana, los primeros falconetes y arcabuces de la ciudad rompieron fuego. De allí en adelante el avance fue lento y más cauteloso a causa de las empalizadas y trincheras. Los defensores, bajo techo, podían calentar la pólvora y emplear artillería, aunque con resultados inciertos por la humedad.

De pronto, una gran oleada bulliciosa de irregulares se precipitó sobre los invasores, y no obstante su número muy superior, fueron tantos sus muertos y heridos y tan insignificante el daño causado a los asaltantes, que desaparecieron tan abruptamente como habían aparecido.

Los de la Libertad rompieron las primeras barricadas, y cruzando también las trincheras, probaron a resistir la artillería incierta de la ciudad; pero pronto otra multitud de irregulares salió a hacerles frente con hondas, lanzas y machetes, aunque también huyeron en muy poco tiempo.

El avance de Bermejo lograba vencer las más sólidas murallas, barricadas y trincheras. Con obstinada determinación avanzaban poco a poco, haciendo frente a más y más oleadas de defensores. Por fin salieron al encuentro fuerzas regulares de la ciudadela, pero después de unos momentos también fueron batidas y retrocedieron, cediendo el campo a la artillería y a

las armas de fuego. Además, a medida que seguía el avance por la ciudad, de todas partes llovían piedras, flechas, ballestas, estropajos de alquitrán ardiente y bolas llameantes de brea. No obstante, Bermejo y sus hombres continuaban su avance lento, ordenado, poderoso y mortífero.

El ruido de todas las campanas de las iglesias, los disparos de arcabuces y petardos, las granadas, los gritos de guerra, las oraciones en alta voz, los insultos e imprecaciones y el aullido de los perros hacían un monstruoso infierno de toda la ciudad. Cuando habían avanzado como un cuarto de milla, después de la iglesia de Santa Ana, llegaron a la intersección de las calles del Puente Chico y de Santo Domingo, donde empezaba la red de calles adoquinadas y el propio centro de la ciudad. Allí, los arcabuces, las granadas de mano, las antorchas y estropajos de alquitrán ardiente, los petardos, los morteros, las flechas, las hondas, además de las grapas de cuatro puntas y los clavos sembrados por entre los adoquines, los hoyos disimulados por doquiera y toda suerte de trampas, hacían el avance de Bermejo cada vez más lento y costoso.

Considerando la oscuridad creciente, la lluvia que arreciaba y sus muchos muertos y heridos, Bermejo decidió retirarse y provocar a los de la ciudad a una batalla campal para el día siguiente, dándole tiempo a la flota de acudir en su ayuda. Ordenadamente, pues, principiaron los de la Libertad a retroceder, y después de pasada la iglesia de Santa Ana, no fueron ya ni atacados ni perseguidos; aunque precipitadamente, en formación pasaron sobre el puente del Rey al camino real, ya casi en total oscuridad, debido a que la tormenta volvía a desatarse. Les resultó dificultoso recoger las mulas desperdigadas, y para ganar tiempo, la mayoría retrocedió a pie camino del rancho.

Ya de noche, Bermejo y sus oficiales, mientras engullían grandes parrilladas, analizaban la situación. Habían sufrido veintiocho bajas y el tesorero Gómez de Anaya había desaparecido.

Bermejo había sufrido una pequeña herida, más bien un rasguño, en la muñeca de la mano izquierda.

—No duele—dijo replegando y extendiendo los dedos—, pero siento hormigueos por toda la mano.

La limpió con un poco de vino y continuó:

—Mañana vendrán a atacarnos aquí, pero los vamos a deshacer con la artillería, y si amanece la flota en Ancón, todo cambiará.

Un relámpago alucinante, junto con el chasquido de un rayo inmediato seguido de truenos y el repicar de la lluvia en el techo, le interrumpieron. Pasados unos momentos se irguió, y levantando los brazos en largo desmerezo, concluyó bostezando:

—Me encanta dormir con la lluvia y la tormenta. Hay que descansar. Hasta mañana...

## XVII

Después de la retirada de Bermejo, los de la ciudad, que habían sufrido muchos más muertos y heridos, se dedicaron inmediatamente a enterrar los cadáveres de ambos lados y llevar a los heridos al hospital de San Juan de Dios. El populacho ayudaba a reparar y reforzar las defensas con mucho entusiasmo.

Otra vez los oficiales reales, reunidos en la casa del obispo, deliberaban:

—Amaine o no la tormenta, debemos salir a batirlos al cantar de los gallos— les decía el capitán Meneses.

—Pero ¿cuál es la urgencia, capitán?—inquirió el obispo—. En realidad, no sabemos cuántos son ellos; además, supongamos que mientras se está librando la batalla viene la flota. Sin embargo, ésta es una decisión que corresponde a ustedes los militares; yo solamente aventuro una humilde observación.

—Caballeros—exclamó el tesorero de la corona irrumpiendo inesperadamente en la sala.

Todos le miraban de pies a cabeza sorprendidos.

—Pues bien—les dijo—: ¿no me reconocen con toda esta mugre encima?



Pero al oír su voz le rodearon solícitos.

—¡Ajá! ¿Y dónde se nos había perdido el señor tesoro?—dijo con cierto deje sarcástico el inquisidor Villalba.

—¿Dónde?—repuso éste—. Seguramente que no en el camino de Nata, señor inquisidor.

Y sin tomarlo más en cuenta, continuó hablando a los otros:

—Me llevaron secuestrado. Uno de sus capitanes, muy joven y cortés, de apellido Quezada, me capturó anoche. Bueno, ellos dicen que ahora soy yo quien legalmente posee el tesoro y no podían dejarme, y qué sé yo. Pero, señores, después de todo ha sido algo muy ventajoso para nosotros. Ahora yo puedo informar a ustedes, poco más o menos, acerca de sus planes.

—Usted es nuestra salvación. El Señor está con nosotros. Ahora sí que sabremos cómo proceder— dijo el obispo.

—Ante todo—dijo Anaya entrando de lleno en materia—, que salga inmediatamente un destacamento con perros de guerra hacia Ancón. Nuestro buen rey don Hernando—añadió sonriendo con sorna—debe de estar allá todavía, y si ya no estuviera, quiere decirse que estará llegando a Taboga para llevar la escuadra y refuerzos hacia Ancón. Allí tienen un bote salvavidas y dos barcasas, pero yo no creo posible que pueda pasar la reventazón de la playa con este ventarrón. Tiene que estar esperando todavía que calme. ¡Ojalá pudiéramos capturarlo!

—Teniente Pinzón—dijo el capitán Meneses dirigiéndose a un joven oficial—, llévase veinticinco soldados bien equipados, cincuenta irregulares, perros y vituallas. Salga inmediatamente hacia Ancón y tráigame al *buen rey don Hernando*, vivo o muerto.

—Sí, señor—dijo el teniente, que saludó y se fue.

—Otra cosa que averigüé—continuó el tesoroero—; su alteza el virrey Gasca, siempre con tan buena suerte, se le escapó sólo por un estornudo a un cierto capitán Salguero, enviado a capturarlo a las Cruces.

—Bendigamos al Señor—exclamó el obispo.

—Pero ese tal Salguero—continuó Anaya—logró capturar los ochocientos zurrónes de oro y va con ellos para Ancón.

Aunque, sin los barcos, ¿qué van a hacer con ese oro en Ancón?

—¿Y cuál es su número, señor tesorero?—preguntó el capitán Meneses.

—Señor capitán, con exactitud no lo sé; pero le puedo asegurar que no llegan a quinientos. Claro que traté de contarlos, pero resultó muy difícil sin hacer preguntas ni aparecer sospechoso... Debo confesar que me trataron con gran cortesía y deferencia, casi como a uno de ellos. Y con respecto al *buen rey don Hernando*, le traté poco; pero ya lo oyeron ustedes, es muy pueril, pero muy peligroso, ya que, como anormal que es, tiene arranques de loco.

—La Divina Providencia nos lo envió. ¡Ah! Si él no ha desembarcado, a estas horas la ciudad estaría en llamas... Perdóneme, señor Anaya, continúe, por favor—dijo el obispo.

—Yo andaba libremente. A la hora del ataque me dejaron en el rancho de Diego Pérez con algunas tropas que allí quedaron y así logré escaparme.

—¡Gracias, Dios mío!—exclamó el obispo levantando los brazos—. Porque escuchaste mis plegarias. Solamente por un milagro pudieron venir tan a tiempo los barcos zagueros del virrey. Sólo tú, Señor, pudiste haber enceguecido a ese loco... o niño..., como dice el tesorero, para aventurarse en la selva tras del virrey con semejante borrasca. Sólo tú, Señor, pudiste haber salvado al virrey y a nuestra adorada ciudad de los designios diabólicos de ese monstruo de Bermejo. Ahora, Señor, ilumínanos para saber qué debemos hacer.

—Señoría—le interrumpió el capitán Meneses—, yo mantengo la opinión de atacarles mañana. No hay que darles descanso, y no vamos a sentarnos aquí a esperar que ellos nos ataquen mientras viene el socorro de Nombre de Dios, que puede venir el miércoles o el jueves, pero no podemos decir cuándo. Debemos atacarles; estoy seguro de vencerles.

—Sí, capitán—dijo el capitán Almaraz—, y en cuanto a la tormenta, ¿acaso no es la misma para ambos? ¡Debemos atacarles mañana!

—Estoy de acuerdo con ustedes, mis capitanes—terció el tesorero Anaya—. Debemos atacarles mañana, pero creo que sin intentar una batalla final. Simplemente debemos quitarles la iniciativa y atacarles. En vez de ser sitiados, seremos nosotros quienes atacaremos una y otra vez.

—Dios te bendiga, hijo mío—dijo el obispo—, ésa es una espléndida idea. A Dios rogando y con el mazo dando.

Las horas no importaban. El populacho tomaba la lluvia como cosa natural, y relevándose en turnos, ayudaron hasta bien entrada la noche a reconstruir las defensas.

## XVIII

El martes amaneció como queriendo despejarse, pero la llovizna vacilante persistía y el sol se asomaba por momentos para volverse a ocultar tras los veloces nubarrones. Y para animar el día, repicaban todos los campanarios de la ciudad, mientras grupos de gentes alegres y afanosas ayudaban a los milicianos en las tareas de la defensa. Pelotones de irregulares eran entrenados. Soldados movían o emplazaban piezas de artillería. Correntadas de gentes afluían a las cocinas públicas en busca de alimento y de conversación para darse ánimos. Era del dominio público que las fuerzas de la ciudad esperarían hasta el mediodía para lanzar el ataque.

Súbitamente se oyeron grandes gritos y toques de alarma, y todo cambió. Desde las atalayas en la ciudadela y sobre las torres de la catedral de San Anastasio gritaban simultáneamente:

—¡Galeones del lado de Taboga!

Al momento quedó paralizada la ciudad. Una oleada de histeria colectiva hizo que todos dejaran de pronto lo que estaban haciendo para mirarse atónitos, y muchos empezaron a correr y gritar. De nuevo se encontraban en medio del peligro: entre las fuerzas de Bermejo por tierra y su flota por el mar.

Era la hora tercia. Aunque a media mañana la mano del cuadrante sólo de cuando en cuando tiraba una línea de sombra

débil sobre la piedra. En el segundo piso del Cabildo, el obispo y los oficiales reales, reunidos de emergencia, observaban con sus cilindros la flotilla zigzaguear hacia Panamá. Eran cuatro galeones majestuosos. Venían aún muy distantes para decidir si rumbo hacia la ciudad o para Ancón. El viento soplaba fuerte Noroeste. Así había estado toda la mañana.

Por fin, después de tanta ansiedad, los galeones, en formación, principiaron a ejecutar su último viraje y pronto se sabría su destino.

Las bombardas y los grandes cañones de la ciudadela estaban listos y esperando solamente una señal. Si seguían los barcos hacia Ancón los hundirían.

Húmedas y tensas, las grandes velas, con tres cuartos de viento, hacían cabecear a los galeones apretándolos mucho contra la Punta de Judas.

—Bendito sea el Señor—exclamó el obispo alzando las manos cuando el barco insignia, en una maniobra magistral, penetraba por la estrecha boca de la bahía.

—Amigos, escuchad, amigos—gritaba el tesorero Anaya—, se ve que ellos no tienen ni la menor idea de la situación. Corramos, llamemos a las gentes a los muelles para que griten «Que viva nuestro buen rey don Hernando». Y con la daga en la espalda nos llevamos a algunos de sus soldados a los muelles para que los miren. Señores, debemos capturar esos barcos. No podemos permitir que escapen y vayan a poner en alerta al resto de la flota ni tampoco debemos destruirlos de no ser absolutamente necesario.

—Non plus, que viva el emperador Carlos Quinto—gritó el capitán Meneses.

Y todos desaparecieron para llevar a cabo la estratagema.

Los barcos *Santa Francisca*, *Spiritu Sancto*, *Buenaventura* y *Chile* eran la flor y nata de la escuadra de la Libertad.

Ocurría que el domingo por la mañana, siguiendo las instrucciones de Hernando, el *Valdovivar* había llegado a Taboga con las noticias de una «total» victoria y sus órdenes de que parte de

la flota se dirigiera inmediatamente a Panamá y no para Ancón para la celebración oficial de su gran victoria.

El almirante Pedro de Contreras y el vicealmirante Castañeda se sintieron muy contentos de tan feliz mensaje. Sin embargo, en consideración al temporal, decidieron, para ganar tiempo, dividir la operación, partiendo ellos con todos los barcos menos cuatro hacia el archipiélago de las Perlas, donde estaba el resto de la escuadra, y así prepararla para el largo viaje a Lima y ganar quizá dos semanas de tiempo, mandando los cuatro barcos que su majestad requería a Panamá al mando del maestro piloto Corveño.

Sin pérdida de tiempo, el mismo domingo, antes del mediodía, el almirante y el vicealmirante, a bordo del *Valdolivar*, como barco insignia, seguidos por seis unidades, salían viento en popa hacia la bahía de Martín, en las islas de las Perlas.

Cuando la flotilla de los almirantes se perdía apenas de vista, principió el gran motín. Más de la mitad de los marineros, bajo el mando de Corveño, eran de los barcos capturados y no querían complicarse en la guerra. Un gran conflicto armado se trabó. Hubo muertos y heridos; algunos lograron escaparse a la isla. Por fin Corveño logró dominar la situación, reparó los daños causados a los barcos y, finalmente, el martes muy de mañana pudo izar velas con rumbo a Panamá.

Aunque el tiempo no estaba a su favor, zigzagueando se aproximaba. Oportunamente principiaron a oír, por momentos, como ráfagas, ruidos de celebración. A medida que se aproximaban, los ruidos de campanas y petardos se oían más claros y definidos y alegraban sus espíritus. Al entrar a la bahía, Corveño notó los dos barcos en el puerto, pero no dudó que simplemente habían atracado, siendo capturados por los suyos. También vio con regocijo a la multitud, que les esperaba con gritos, petardos, banderas y vivas al buen rey don Hernando, y al atracar, hasta pudo reconocer varios soldados y le fascinó la ovación con que les esperaban.

Apenas fueron amarrados los barcos en el embarcadero, una abrumadora cantidad de soldados en armas los invadieron, mientras que otros rompían los machos del timón. Casi sin

resistencia, todos, soldados y tripulación, fueron capturados y llevados a los calabozos de la ciudadela.

El maestre Corveño había desnudado su espada y muerto a los dos primeros que se le aproximaron, pero otro soldado, con un tiro certero de pistola, le mató.

El maestre llevaba consigo la siguiente carta:

A mi Señor Hernando de Contreras.  
General del felicísimo Campo de la Libertad.  
Rey del Nuevo Mundo.

Mi señor:

Para cumplir con la orden de V. M. que truxo el Valdólvivar os envío estos bateles a la Cibdad y no al Ancón. Aquí todos estos cavalleros y yo besamos las manos de S. M. i deseamos estar con Vm. celebrando vuestra grande victoria. Sin embargo parecieronos mas importante para los intereses de Vm. esperaros con la armada lista con todo lo que es menester en las Perlas, para ganar tiempo. Aquí todos esperamos que el de la Gasca ha pagado lo que devía.

Servidor de Vm. Q. S. M. B.

PEDRO DE CONTRERAS.  
Almirante de la Armada  
de la Libertad

## XIX

Cuando llegaron al Ancón, Hernando y sus acompañantes amarraron los caballos bajo unos árboles solitarios y de pocas hojas, regados aquí y allá tras de las dunas que rodeaban la ensenada. El halo del sol se divisaba entre la llovizna persistente como a un cuadrante cielo arriba.

Con grandes pasos lentos, los talones hundiéndose inciertos entre la arena y el viento siempre azotándoles cruzaron las dunas para seguir la costa de la caleta hacia unos arcabucos que se veían en la orilla opuesta de un espolón de roca corcovado.

El lugar era desierto. La marea estaba alta. La ceja de playa muy angosta. Los capotazos lentos pero insistentes de las olas llegaban a morir a sus pies, bañándolos de espuma. La arena estaba cubierta por una alfombra bella pero hostil de pedruscos porosos, conchas quebradas, carapachos de crustáceos, caracoles, erizos y estrellas de mar, que crujían bajo los pies, cortando y arañándoles las botas, mientras avanzaban en silencio. Los dos perros corrían o saltaban y daban vueltas tras las jaibas y cangrejos.

Levantaron la barcaza y sacaron el bote salvavidas. Lo examinaron minuciosamente. Estaba en buenas condiciones y bien equipado: seis remos, un mástil pequeño con una vela al tercio enrollada y sujeto a lo largo del bote. Encajonado bajo los asientos, botas de vino, rollos de cuerda, hachas, cuchillos, salvavidas de corcho, un compás, un astrolabio, anzuelos y demás.

Todos, inclusive Hernando, se desnudaron hasta quedar sólo en calzoncillos, y dejaron sus armas, armaduras y parte del vino y demás equipo del bote, para hacerla más liviano, bajo la barcaza.

Hernando se colocó a la cabeza a babor, seguido de Nieto, su paje de armas y el bachiller Del Río, su secretario. A estribor, el capitán De Landa, alias *El Gato*, y los camareros Mateo Godoy y Martín Lucero. En la popa, el capitán Roiz, *el Gigante*. Sólo el bachiller y Lucero, que eran campeones de natación, no se pusieron los petos de corcho salvavidas.

Cada uno cortó una pieza de cuerda, se amarró un extremo en la cintura y el otro extremo en su escámo correspondiente. En volandas, llevaron el bote hasta la playa. Los mozos de cuadra indígenas, que habían de volverse con los caballos, observaban de pie sobre la barcaza.

Al ras de las primeras olas descansaron el bote. Hernando ahuecó una mano sobre sus ojos y sostuvo una larga mirada escrutadora. A diestra y siniestra sólo vio dunas y rocas. Enfrente, el mar océano, ronco y turbio, besando sus pies con olas planas, lentas y cálidas; más adelante, la reventazón espumosa; después, sus verdaderos enemigos, las murallas y espirales lar-

gas y crecientes de los grandes tumbos, y por fin, las marejadas perezosas de alta mar.

—Miren—dijo Hernando, siguiendo con sus ojos unos pájaros marinos—, petreles de San Pedro y Brujas de Agua. ¡Más tormenta!—le habló a los perros—. ¡Arriba!—y los animales saltaron al bote—. Adelante, muchachos—les gritó a los hombres.

Aparte de los pedruscos y los fragmentos de conchas que les arañaron y pincharon los pies, no tuvieron dificultad con las dos primeras olas, pero la tercera los embistió inesperadamente y arrastró a dos de los hombres, que gracias a las cuerdas atadas a los escálamos volvieron a prenderse de sus chumaceras, mientras Roiz sostenía el bote firme, quilla en alto. El agua les hacía muy difícil mantener el bote en línea, y como todo sucedía brusca y rápidamente y la reventazón a cada paso era más violenta y otra ola espumeante se les echaba encima, con grandes gritos en coro para sincronizar sus esfuerzos lograron vencer el remolino furioso de espuma; sólo para hacerla frente a una lenta y larga onda que los levantó muy alto, suavemente, para botarlos de pronto en un fondo seco, con el agua sólo hasta la cintura. Pero, casi al mismo tiempo, una muralla aplanadora de espuma se echó sobre ellos; con un grito unánime levantaron el bote a salvo, mientras pasaba el toro de espuma que también venía seguido de una terrible comba que henchía su musculatura overa de espumas, allí mismo, creciendo sobre sus cabezas, cielo arriba.

—San Jorge—gritó Hernando.

Y echando todos hasta el último huelgo, irguieron el bote quilla en ristre y atacaron al monstruo. Como si el bote lo hubiera reventado, el enorme tumbo corrió hacia la playa dejándolos atrás nadando y aferrados a las bordas.

—¡Arriba!— gritó entonces Hernando.

Todos subieron excepto Roiz, que apenas tocaba fondo, y viendo otro gran tumbo aproximarse, tuvo tiempo de darle un empujón hercúleo en popa, y fue caso de un parpadeo, pero la maniobra de Roiz permitió al bote cortar la ola quilla arriba,



dando a los otros los instantes necesarios para afianzar sus remos en los escálamos y a él de saltar a bordo.

Después de un par de golpes de remo, otra sórdida comba se les venía encima. Crecía despacio, con una larga crestecilla de burbujas y muchos grandes ojos de espuma, bizcos, atisbando sobre ellos mientras crecía ahuecándose, dieciocho pies, veinte pies. Ya parecía que el bote caía de lomo porque se balanceaba adentro casi vertical, rehusando a ser tragado por aquella boca rabiosa que avanzaba abierta; pero otro grito, y otro golpe de remos, y un sostenido de canaleta magistral de Roiz sesgaron el bote hacia arriba, muy arriba, hasta sobre la propia crestecilla de espumas, donde quedó balanceándose uno, dos, tres instantes eternos, y con un férvido movimiento de empuje de todos sus cuerpos, el bote, en un clavado veloz, patinó mar adentro, y la oleada estalló corriendo hacia la playa.

De nuevo fueron suspendidos muy en alto por una marejada lenta, lenta, pero oblicua a los tumbos y tuvieron que maniobrar desesperadamente. La dirección del viento estaba cambiando y también la de las olas, formándose vórtices y remolinos. Aguantando con toda su energía y su pericia, viraron y remarón vigorosamente hasta que por fin lograron salvar otra y otra marejada.

Todos gritaron alegres porque ya estaban a salvo. Ahora sólo tenían que hacerle frente a las grandes olas perezosas de alta mar. Después de unos cuantos golpes de remos sobre una gran loma de agua, Hernando gritó:

—¡La vela!

De Landa se irguió para armarla, pero en aquel momento la marejada se deslizó, y el bote, al descender bruscamente, dio un traquido mortal cuando un violento empellón casi lo volcó, y Landa cayó de bruces.

Un chorro de agua principiaba a inundarlos. Frente a ellos salió entonces a flor de agua una roca negra erizada de puntas sarrozas. Estaban tan próximos, que Landa, irguiéndose de nuevo, levantó su remo en alto y le dio tan fuerte que lo quebró.

Era un tajo oblicuo que le aserró de golpe varios tablones por la línea de flotación.

No había tiempo que perder.

—Lucero—gritó Hernando—, tú eres el mejor nadador. Toma la punta de ese rollo de cuerda y ve a la cabeza. Tú, Landa, después; ahora, Nieto, agárrate a la cuerda. Godoy, Roiz, sigan...

Hernando gritaba a los hombres y ellos iban deslizándose al agua después de haberse afianzado la cuerda a los salvavidas.

Por fin, Hernando, solo con el bachiller, tomó la punta del rollo más grande de cuerda, la anudó bien un extremo a la proa del bote, y cuando la cuerda que llevaban Lucero y los otros iba terminando, le amarraron el otro extremo del rollo atado a la proa. Hernando, el bachiller y los perros nadaron hacia la playa, dejando el bote con agua hasta la mitad.

En realidad, la operación entera duró muy poco tiempo, menos que un cuarto del que les tomó llegar hasta la roca. Las cuerdas resultaron lo suficientemente largas para asegurar el bote en un tronco seco que sembraron en la arena.

—Cuando esté baja la marea lo sacaremos y lo repararemos. Por la mañana temprano estaremos en Taboga—dijo Hernando mirando tristemente el mar.

El sol, cerrando su ojo turbio y sanguinolento, se hundía tras un horizonte vinoso. Relámpagos y culebrinas de luz delineaban claramente a cada instante los nubarrones de la páfida noche que se les echaba encima con retumbos y truenos, y otra vez la llovizna se convertía en chubasco.

Hernando y sus hombres estaban exhaustos. Tenían los pies sangrantes y lacerados y los cuerpos magullados, pero conservaban una gran presencia de espíritu.

—Levantaremos de lado una de las barcazas y haremos de ella una barraca. No hay otro refugio contra el vendaval—dijo Hernando.

Como no encontraron a los mozos de cuadra en la barcaza, Godoy fue a buscarlos donde habían dejado los caballos; pero indios y caballos habían desaparecido.

En sus mochilas llevaban quesos, salchichas y galletas, habiendo acopio de botas. Después de un fuerte yantar compartido por los perros, se durmieron a pierna suelta sobre sus capotes, bajo la protección de la barcaza inclinada y bien sujeta con piedras.

Algún tiempo después, cuando las brasas del pequeño fuego de maderas secas se apagaron, solamente los perros, en vigilia, mantenían la barcaza libre de los roedores, reptiles y demás animales nocturnos, mientras la tempestad batía mar y tierra.

## XX

En la concavidad de la barcaza, los truenos y retumbos, el chasquido de la lluvia contra las maderas, los aullidos del viento y el bramar del océano se confundían en una fuga cósmica; pero los hombres estaban tan fatigados que no la notaban. Hacia la medianoche, los elementos empezaron a calmarse. Poco a poco, sólo persistía una llovizna ligera. Por un momento Hernando se despertó, se dio vuelta, vio a los perros avizores sentados a su lado y cerró los ojos de nuevo. Dormitando escuchó por un momento los ruidos del mar: estruendos, toses, ronquidos, lamentos, arrullos, voces geológicas y repentinas pausas cortadas de profundos silencios. Poco a poco, perdiendo conciencia del mundo ambiente volvió a dormirse.

Más tarde, bastante pasada la medianoche, durante un intervalo de la llovizna, los perros se irguieron de pronto, alzaron las orejas y salieron fuera de la barcaza. Muy pronto regresaron gruñendo con gemidos suaves y urgentes. Intentaban despertar a los hombres, pero todos dormían profundamente. Por fin *Hydra* tiró con violencia de la capa de Hernando y logró despertarlo. Sentado sobre su capote, extendido en la arena húmeda, se frotó los ojos, acalló a los perros y escuchó atentamente, mientras los animales temblaban coleando nerviosos. Hernando salió a gatas

hasta los matorrales junto con los perros. Sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad. La fosforescencia de las noctilucas bosquejaba en la playa el arco de la ensenada. Hernando se irguió atisbando y auscultando. Propiamente frente a él, al otro lado, sobre la corcova del promontorio, distinguió voces confusas, gemidos, ruidos de perros excitados y pasos de cabalgaduras resbalando sobre piedras. Todo ello mezclado con el fragor de las olas. Algunas voces humanas se oían muy claras de cuando en cuando. Su corazón le dio vuelco, pero continuó cerciorándose. No había duda, eran voces humanas, ruidos de armas, de caballos, de perros. Positivamente era una patrulla de soldados que se movía cautelosamente sobre el promontorio, y otra patrulla más, allá por las dunas. No cabía duda.

Con gran desmayo y pena se deslizó otra vez hacia la barcaza y despertó a sus hombres, informándoles en voz muy baja de lo que ocurría. Roiz, Del Río y Nieto salieron a rastras para explorar, regresando a poco.

—Andan registrando toda la costa.

—Se aproximan.

—¡Maldición! ¿Qué le habrá sucedido al mariscal?—Refunfuñó Hernando entre dientes—. Esos son soldados enemigos. Nosotros no desembarcamos más perros. Los nuestros hubieran venido aquí directamente.

—Sí, señor, son soldados con caballos y perros, divididos por lo menos en cuatro compañías—murmuró Roiz.

—Son demasiados para nosotros—dijo Hernando.

—El viento está soplando hacia acá; sus perros no nos pueden ventear—habló suavemente el bachiller—. Majestad—continuó—, yo conozco toda esta sección del país, aun en la oscuridad. Yo sé cómo llegar a Punta Bruja. Además, ése es nuestro punto de reunión en caso de desastre. Yo conozco a todos los indios de ese pueblo. Yo he estado allí muchas veces comprando perlas; allí hay muy buenos botes pesqueros y nos será más fácil ir a Taboga que desde aquí.

El bachiller se interrumpió a sí mismo y continuó:

—Ssst. Escuchen, ¡se aproximan peligrosamente!

Los ruidos se oían más claros cuando soplaban ciertas ráfagas de viento.

—Andan peinando y espulgando el lugar—dijo Roiz—. Deben de andar tras de usted. O quizá tras nuestros hombres. Quizá derrotaron y mataron al mariscal, porque capturarlo ¡jamás!

—Majestad—dijo Landa—, aquí nos van a atrapar como a ratas.

—Majestad—dijo el bachiller—, nuestro único escape es por la selva a Punta Bruja.

—Usted nos guía—dijo Hernando.

Se prepararon en un santiamén. Petos, espadas, pistolas, cuchillos... Cada cual llevó dos botas de vino y alguna que otra cosa. Tumbaron el lanchón sobre lo que no pudieron llevarse y salieron precipitadamente, aunque con orden.

Se arrastraron a gatas en fila por las húmedas y pedregosas dunas hasta que llegaron a unas colinas con grama.

—Por aquí vamos directamente a las lomas del Diablo y pronto entraremos a la selva—dijo el bachiller.

Era casi de mañana cuando llegaron a un riachuelo llamado Curundú, al pie de la última loma. El riachuelo estaba crecido, pero tenía una cama de piedra; aunque con rápidos era fácil de vadearlo, lo cruzaron, pues, y llegaron a la tierra suave y resbaladiza del otro lado.

Estaban en la boca de la selva. Una masa de vegetación sólida, aciaga, funesta, milenaria. Exhalaba un bostezo cálido y fermentdo.

Ahora sí que me siento a salvo—dijo el bachiller—; bajo la protección de la selva nadie nos encontrará jamás.

—*Eccole qua!*—dijo Hernando—. Y ahora lavémonos un poco y demos un bocado. Pásenme una bota.

—Yo preferiría que siguiéramos adelante—dijo el bachiller.

—Solamente una breve pausa, hombre; en menos que se cuece un huevo duro nos prepararemos mejor—repuso Hernando.

—Como lo ordenéis, majestad—contestó el bachiller, sacando su brújula.

Continuó mirando el pequeño instrumento.

—Haremos un pique por aquí, Noroeste, hasta el paso de Miraflores. Desde allí, quebraremos al Oeste, hasta Punta Bruja, ¡y a Taboga, vive Dios!

## XXI

El deporte del teniente Pinzón era la montería y conocía Panamá igual que los indios. Había llevado consigo veinte soldados españoles con armas de fuego, más de cien entre indios con flechas y dardos envenenados y africanos con picas y lanzas. Además, diez mulas cargadas de vitualla y una jauría adiestrada de perros de guerra con sus perreros.

Pinzón iba tan determinado a capturar a Hernando que ni siquiera le importaba la borrasca, y antes de la medianoche ya estaba en Ancón.

Sentó su cuartel general tras de las dunas, entre los mismos árboles deshojados, y dividió su contingente en tres pelotones: uno que escrutaría el camino de Nata hasta el paso de Miraflores, sobre el río Grande; otro que peinaría las dunas, y el tercero, con él mismo al frente, que registraría el espolón y toda la costa de la caleta. En el cuartel general dejó un pequeño destacamento para el intercambio de órdenes e informaciones entre los distintos grupos.

En cuanto amainó la tormenta empezaron la búsqueda. Pinzón principió desde la misma punta de las rocas, siguió sobre la jiba y bajó a la costa.

Como la marea estaba muy baja, había grandes trechos de arena al descubierto, pero no dejó un palmo sin explorar. Los perros, desconociendo su objetivo, gruñían y latían a cualquier criatura nocturna.

Era casi el alba cuando Pinzón encontró el tronco en la arena con la cuerda atada y comenzó a tirar de ella y a seguirla más de cien pasos hasta la orilla de las olas. Allí la cuerda se pegaba. Dos indios buzos perleros siguieron la cuerda otros doscientos pasos entre el mar. A poco regresaron para informarle que habían encontrado un bote quilla arriba y con varias costillas quebradas al estribor.

—Muy bien—dijo Pinzón—, esto quiere decir que regresaron con vida. Deben estar por aquí mismos. ¡A registrar esos arcabucos que nos faltan!

Blandiendo sus armas, comenzaron a internarse por los zarzales cuando algunos de los perros se soltaron y corrieron hacia las barcazas, pero se concentraban sólo en una de ellas. Saltaban sobre ella, husmeando por debajo, brincaban otra vez y ladraban. Pinzón y la mayoría de su piquete corrieron hacia la barcaza, la levantaron y encontraron las cosas que Hernando y los suyos habían dejado.

—Enciendan una linterna sorda—ordenó Pinzón.

Tomó la linterna y rápidamente escudriñó el hallazgo. Sacó una media de seda a cuadros.

—De su majestad—dijo sarcástico—. Una camiseta. Un calzoncillo. Una daga. Botas de vino. Hachas... Suficiente—exclamó.

Se fue examinando las huellas sobre la arena. Las siguió varios pasos y regresó.

—Los hijos de puta andan con perros, tres o cuatro, pero muy grandes—y prosiguió diciendo—: Las huellas son frescas, lo que quiere decir que salieron después de la lluvia. Nos sintieron y saben que andamos tras de ellos; pero no pueden estar lejos.

Llamó a los perros.

—¡Caifás! ¡Malacara!

Y los demás perros los siguieron. Le rodearon seis agrios sabuesos y mastines disciplinados y ansiosos. Tomó la media de seda y la pasó lentamente por las narices de cada perro. Repitió

la operación con las otras piezas de vestir y las envió luego al cuartel general para los otros perros.

—Preparen sus armas—dijo Pinzón—, absoluto silencio y seguir a los perros. ¡Caifás! ¡Malacara! Ssst...

Palmeó a cada perro en el cogote y les dijo:

—¡A ellos!

*Caifás* y *Malacara* llevaban la delantera sostenidos con cadenas por sus perreros. Como guiados por una fuerza magnética, seguían la tortuosa y zigzagueante pista de Hernando aun por sobre la grama tupida. Ni un ladrido, ni un aullido, ni un quejido, sólo el husmeo de los perros olfateando y jadeando, y el ruido de los pasos se oía en la desolación.

Ya para el amanecer los dos perros guías se detuvieron de pronto sobre la cumbre de la última loma. Los seis perros irguieron la cabeza con reprimida excitación mirando hacia el lado derecho, temblando y coleando. Pinzón les susurró:

—¡Ssst, quietos!

Palmeando a cada uno, les repetía:

—¡Quietos!

Mientras calmaba a los perros, decía, entre dientes, a los hombres:

—Oigo voces al fondo de la quebrada. Están atrapados. El Curundú ha crecido y no lo pueden cruzar.

—Curundú no profundo allí; Curundú seco allí; hombre puede cruzar Curundú allí—murmuró un indio.

—Con este viento no nos pueden sentir sus perros—dijo Pinzón—; pero necesitamos saber cuántos son antes de atacarles.

Les hizo una señal a todos para que esperasen quietos y con el indio se arrastró hasta la orilla de un guindo rocoso, sobre el río. Pinzón miró con su cilindro, pero pronto se encogió, regresando, temeroso de ser visto por los perros; y a rastras primero y agachado después, llegó adonde los otros esperaban ansiosos.

—Son siete y dos galgos irlandeses—dijo siempre en susurro y casi sin aliento por la excitación que sentía—. Vamos



a bajar por ese lado. Allí quiebra el río, no nos verán bajar y quedarán al alcance de nuestros arcabuces...

Hizo una pausa.

—Sebastián y Juan—continuó diciendo—, corran al cuartel general y ordenen a los demás que vengan inmediatamente.

Los dos indios desaparecieron.

—Ahora—dijo Pinzón a sus hombres—, ustedes, con las flechas, apunten a las piernas. Ustedes, con los dardos y jabalinas, a los perros. Todas las armas de fuego tiran a la cara. Una descarga de sorpresa y caemos sobre ellos con espadas y perros.

Pinzón, cuidadosamente a la cabeza de seis soldados españoles, diez indios y diez africanos, seis perros de guerra y sus perreros, se deslizó lenta y sigilosamente hacia el pie de la loma, donde el Curundú daba una vuelta cerrada. Era muy de mañana y el cielo parecía despejarse.

## XXII

Al otro lado del Curundú, Hernando y los suyos, en menos tiempo del que se cocina un huevo duro, como él había dicho, terminaron unos bocados de desayuno y de medio tratarse las heridas de los pies, que les impedían avanzar con soltura, para así picar mejor la selva.

En aquel trecho, el Curundú medía unos treinta pies de ancho, y aunque con cama de piedra, la corriente estaba negra de lodo por la lluvia. Apenas llegaba hasta la rodilla. Landa había decidido aliviarse el vientre, y adelantándose, se desnudó de cintura abajo para al mismo tiempo lavarse en el agua del río la sal que le picaba.

Godoy y Lucero habían mezclado rápidamente sebo con bálsamo negro y le frotaban a Hernando los pies y los tobillos.

Roiz, sentado en una laja a orilla del agua, refunfuñaba y juraba mientras forcejeaba para meterse una bota en el pie inflamado.

El bachiller Del Río, alto y delgado, era el único que se paseaba, ágil y un poco nervioso por su urgencia de continuar la marcha. Poco antes de haber empezado la operación del bote salvavidas, se había quitado las botas igual que los demás, pero calzándose un par de pantuflas que llevaba en la mochila.

El bachiller era un aventurero pródigo, pícaro de capa magna, simpático e infinito en recursos. Habíase graduado bachiller de Filosofía en las Universidades de Salamanca y de París. Tenía un brillante futuro, pero a consecuencia de sus prácticas esotéricas de alquimia, había sido juzgado por brujería por el Santo Tribunal de la Inquisición y condenado a cien flagelos y otros tormentos y penitencias. Abandonó, pues, la alquimia, pero decidió irse al remoto Nuevo Mundo, creyendo encontrar allí un lugar más propicio para vivir en paz.

Peregrinaba de Méjico al Perú, y viceversa, siempre rondando fortuna en busca de buenaventura. Jamás echó raíces en ningún lugar, nunca se casó, pero siempre mantuvo su pasión por los libros. Y precisamente en los libros encontró su mina de oro portátil. Se convirtió en agente de cambio y contrabandista de novelas, en particular de las de caballería andante, tan buscadas por ser las preferidas en el Nuevo Mundo. Este tráfico de libros le producía, además de buenos dineros, la amistad y protección de las más poderosas familias, y así entró en contacto con Hernando, a quien abasteció de novelas durante varios años. Al estallar la guerra de la Libertad, el bachiller estaba en León y se unió con entusiasmo a Hernando, que le nombró su secretario privado.

La mochila del bachiller era de tamaño extraordinario. Contenía péñolas de escribir, tinta, pergaminos, redomas de drogas, dos pistolitas de doble cañón, hilo, agujas, hierbas mágicas, mementos y mil cosas más. La abrió. Tomó una de las redomas de drogas con reverencia entre sus manos, se aproximó a Hernando, levantó el frasquillo contra la luz y con ojos de temura leyó su etiqueta:

—Elixir Angelorum.

Hizo una pausa y continuó gravemente:

—Majestad, ésta es la quinta esencia de las panaceas. Una

solución de *aquavitae*, *laudanum*, raíz de mandrágora y contrahierba, mezclada con polvo de basiliscos y ponzoñas de alacrán tostadas, además de otros ingredientes secretos. Un pequeño sorbo, majestad, y los dolores desaparecen por magia. Además, que es bueno contra los encantos, las maldiciones, la mala suerte y el mal de ojos...

—Lo creo—dijo Hernando—. Todo caballero andante llevaba algún bálsamo de poderes mágicos.

—Majestad, este elixir está compuesto de acuerdo con una fórmula secreta de láudanum de Paracelso, que yo he mejorado añadiendo polvo de amapola y canabis de los indígenas...

—Quisiera probarlo—dijo Roiz.

El bachiller le vertió unas cuantas gotas en la manaza ahuecada. Roiz las limpió con la lengua; pero carraspeando las escupió ruidosamente.

—Es pura mierda—exclamó con una risotada, y regresó a calzarse la bota que le faltaba.

El bachiller echó unas gotas del frasquito en su mano, las sorbió con la lengua y arrugando la cara dijo:

—Amargas, sí; pero mágicas. ¡Ah, qué bien me siento! —y cerró los ojos con gesto de deliquio.

—¡Déjeme probarlo!—dijo Hernando.

Pero en aquel mismo instante, los perros *Grifón* e *Hydra* saltaron de golpe ladrando hacia la curva y todos corrieron a armarse en batalla.

Otra vez los perros le hurtaron a Pinzón el beneficio de una sorpresa decisiva, pues tuvo que precipitar la primera descarga a mucha mayor distancia de lo calculado. Los arcabuces retumbaron, las flechas y los dados silbaron, los perros ladraron, los españoles juraron y gritaron y los indios y negros aullaron, en tanto que Pinzón y los suyos, esgrimiendo espadas, lanzas y picas, caían sobre Hernando y sus compañeros en tumultuoso ataque.

Landa, que estaba más adelante, desnudo de la cintura para abajo, apenas tuvo tiempo de asir su espada y su daga y de enfrentarse con la avalancha. Dos perros saltaron sobre él como en vuelo, uno sobre su cuello y otro sobre sus órganos genitales.

Con la espada decapitó al perro que le había saltado a la garganta y con la daga pinchó al que se le había tirado más abajo; pero el animal había tenido tiempo de darle una tarascada, arrancándole los órganos y dejándole un mechón sangrante. Aunque apenas le dio lugar a sentir la terrible dentellada, dos soldados españoles con escudos y espadas cargaron sobre él a un mismo tiempo, junto con varios indios y africanos armados con lanzas y picas. Landa logró matar dos africanos y herir en las piernas a un español, pero pronto quedó hecho trizas, rodando muerto a la orilla del Curundú. Los indios y los africanos se llevaron al español herido hacia el otro lado del río y el otro español se unió a los demás en la lucha.

Roiz, *el Gigante*, estaba a unos veinte pasos, río arriba, de Landa; desde el primer momento, cuando vio venir el ataque, decidió meterse en el río para hacerles frente en el agua, pues tenía el corcelete sin atar y sólo una bota. Medio sumergido, los perros no podían saltar, pero se abrieron en opuesta dirección, a derecha e izquierda, dejándoles el frente a los hombres. Roiz mató al primer soldado español que se le aproximó, pero como tuviera que ladearse hacia la izquierda para despachar al primer perro y casi al mismo tiempo doblarse a la derecha para el otro perro, en una ida y vuelta violenta de espada y daga, el otro español, deslizándose casi a ras del agua, logró darle un tajo cortándole profundamente el abdomen de lado a lado por las ingles y sin que Roiz pudiera alcanzarle. Aún había tenido tiempo, sin embargo, de pinchar a un indio, y al capearse de un mandoble, resbaló en las piedras y cayó sobre la corriente en el momento en que el soldado español que le había herido se adelantaba para ultimarle. Pero sonó un disparo y el soldado rodó sobre la corriente. Roiz se irguió de nuevo débilmente, sólo para hacerle frente al soldado español que había ultimado a Landa, y otro balazo entre medio de los ojos no mató, pero encegueció, al soldado, y los indios y africanos del grupo le agarraron y arrastraron consigo, mientras Roiz permanecía indeciso entre socorrer a Hernando o seguir a sus agresores; pero no podía moverse. Sentíase débil, hueco, vacío, desfallecido, cuando se dio

cuenta que todos sus intestinos, en un solo nudo, flotaban sobre la corriente. Los recogió entre su yelmo, y encorvado, poco a poco, salió del agua y se echó sobre una piedra plana.

Una pica había matado a *Grifón* desde el comienzo. *Hydra* se trabó en una riña feroz, hecha un remolino gruñente, con *Caifás* y *Malacara*. Logró derribar a *Caifás* y destrozarle el cuello, pero al mismo tiempo *Malacara* le mordió en el anca derecha, rompiéndole hasta el hueso. *Hydra* dejó a *Caifás* en agonía y se revolvió contra *Malacara*, pero sólo con tres patas, siendo tumbada por éste, que, con otro perro, la hicieron tiras.

Nieto y Lucero se trabaron en combate cada uno con un soldado español mientras los indios y africanos les lanzaban proyectiles.

Hernando, aunque estaba el más lejano, desde el primer momento, fue atravesado en la pierna izquierda de parte a parte por una flecha que lo inmovilizó y Pinzón procedió directamente sobre él. A pesar de su inmovilidad, Hernando se defendía ferozmente con su espada romana de doble filo y su daga; tenía además su armadura de pecho y yelmo. Pinzón, con escudo y espada, cargó violentamente dos y tres veces contra él. En un cuarto envite pasó apenas cortándole el barboquejo del yelmo; pero Hernando, con un contragolpe doble al gorjal de Pinzón, sólo logró arrancarle la hombrera derecha y parte del peto, pero también la espada se le quebró. Y así, Hernando, lisiado y con sólo media espada, quedó a merced de Pinzón, quien se colectó, y rápido se preparaba para ultimarle, cuando en aquel instante sonaron dos disparos que le quebraron a Pinzón la clavícula del brazo de la espada; al verle herido y desarmado, el resto de sus soldados y los indios que venían en su ayuda le rodearon, retirándose precipitadamente hacia la vuelta del río.

Los balazos habían sido disparados por el bachiller. Al iniciarse el asalto, agarró su mochila y se llevó a Godoy con la linterna que calentaba el sebo para Hernando, instalándose tras la protección de una laja grande y plana. Con la linterna, Godoy calentaba la pólvora sobre la tapa de plata de un cuerno

adornado con filigrana de oro que contenía, además de la pólvora, las balas y otros utensilios de las pistolas para recargarlas. El bachiller, calculando con sangre fría la acción que sucedía en un hemicírculo de unos treinta pies alrededor suyo, con ojo sutil y buena puntería, gracias a las dos pistolitas logró salvarles de un completo exterminio. Más aún, todavía les disparó dos tiros que había recargado Godoy cuando Pinzón y los suyos se retiraban. Después corrieron a socorrer a Hernando.

—Majestad—le dijo el bachiller—, ante todo dejad que os examine.

Tocó la pierna y la flecha.

—Aguantaos un momentito. Recordad que Godoy y yo hemos vivido muchos años con los indios y sabemos sacar estas cañas sin cortar la carne. Godoy—le dijo—, ten aquí la vara, firme, mientras yo la corto.

Godoy, en cuclillas, sostenía el ástil de la saeta con ambas manos pegado a la pierna de Hernando. El bachiller, con su daga, lo cortó y desvastó alisándolo en punta.

—Ahora—le dijo a Godoy, envainando la daga y tomando el ástil—, por favor, tráeme el sebo mezclado con bálsamo y caliéntalo.

Rápidamente regresó Godoy con la mezcla caliente. El bachiller untó el ástil y después, moviéndose al otro lado, tomando por la cabeza la flecha, la sacó de un solo tirón.

—Majestad, ahora intentad caminar.

Hernando dio unos cuantos pasos.

—¡Maravilloso! ¡Suficiente!—dijo con entusiasmo—. No hay tendones dañados y no hay hemorragia extraordinaria.

—Pero ¿y si es una flecha envenenada?—dijo Hernando.

El bachiller y Godoy se miraron.

—Majestad, tenemos el elixir—dijo el bachiller, mientras Godoy permanecía pensativo.

El bachiller sacó otra vez el frasquito del elixir y además una cajita de «ungüento curativo» y un par de camisolas limpias. Mezcló el ungüento con el sebo y el bálsamo, lo frotó en ambos

agujeros de la herida y le vendó la pierna a Hernando con las camisolas hechas tiras. Después le dio el frasquito de elixir:

—Tome un sorbo, majestad.

Hernando, sin arrugar el ceño, sorbió el elixir, se relamió los labios lentamente, se quedó mirando absorto y habló como transportado:

—¡Mágico! ¡Maravilloso! ¡Non plus! ¡Increíble!... Nada de dolor. Me siento formidable. Puedo correr. Puedo pelear. ¡Ah si me hubiera sentido así hace un momento! ¿Por qué no tomamos sólo el elixir en vez de desayunar? ¡Ah si le hubiéramos hecho caso a usted! Pero es ya muy tarde, bachiller.

Lucero estaba muerto. Nieto tenía dos puntadas profundas por entre las costillas y estaba sentado quietamente en una roca, al lado. Su tez de color de ciruela madura se tornaba pálida cenicienta. Parecía divagar, quizá ni pensar, sino soñar con los ojos abiertos.

—¿Qué le pasa, mi muchacho?—le interrogó Hernando tocándole la cabeza.

—Estoy herido, majestad—le contestó apenas murmurando. Con sus manos apretaba los ojales de las estocadas.

—Mmmm, déjeme mirar—dijo el bachiller, agachándose a examinar a Nieto.

Le tocó las heridas y le miró la parte interior de los párpados y de los labios.

—Ven, ven, mestizo—le dijo con cariño—, toma un poquito de mi elixir y todos tus dolores y penas terminarán.

Nieto tomó un sorbo casi automáticamente, dio un suspiro profundo y se acostó en el suelo.

—¡Ah!—dijo—. Ya me siento bien y sin dolor. Sólo quiero descansar un momento. Gracias, bachiller.

—Duerme y descansa. Ya no tendrás dolores. Sueña, hermano mestizo...—le dijo el bachiller, agachándose a sobarle la cabeza.

—Majestad—le dijo después el bachiller mirando hacia el cadáver de Lucero—, igual que Landa cayó muy pronto y no tuve oportunidad de ayudarles. Ocupémonos ahora de Roiz.

Roiz estaba acostado sobre una gran laja. Respiraba jadeando como si le faltara el aire. Cuando les vio aproximarse hizo mofa de su bazofia y trató de sentarse, pero el bachiller le dijo:

—Quieto, quieto, y procure no hablar, capitán. Vamos a tener que amarrarle las manos y las piernas y tengo que meterle las tripas en su lugar y coserle la panza. Lo importante es que sus tripas no están rotas; si estuvieran, la peste nos lo diría. No es de gravedad, sobre todo que usted es un gigante.

Mientras hablaba, el bachiller, con una cuerda, le ataba los pies a Roiz el uno sobre el otro y después las manos detrás de la cabeza. Siguiendo sus instrucciones, Godoy trajo un yelmo lleno de agua y le enjuagó las tripas a Roiz. Con las mangas remangadas, el bachiller trataba de meter los intestinos, pero eran un gran nudo resbaladizo que si entraban aquí, se escurrían y salían allá. Hernando contempló impávido.

No pudiendo colocar los intestinos, el bachiller habló solemnemente:

—Capitán Roiz, usted es un soldado; sepa la verdad. No podemos dejarle aquí vivo a que lo terminen los zopilotes. Una sola estocada en el corazón y se acabaron todas sus penas.

Mientras hablaba, sacó su daga, y levantándola en alto, la dejó caer sobre el pecho de Roiz, pero el golpe fue con el pomo y no con la punta. Hernando y Godoy observaban atónitos, mientras Roiz hizo un violento movimiento involuntario para escurrirse. Esa repentina y poderosa contracción de todo su cuerpo absorbió de una sola vez todos los intestinos, colocándolos en su lugar. El bachiller sonrió; lo mismo hicieron Hernando y Godoy.

—Quieto, capitán, y no hable. Ya ve, ahora todas sus tripas están donde deben. Godoy—le dijo—, pásame mi mochila, por favor.

Sacó un hilo encerado, una aguja grande y curva y cosió el abdomen de Roiz, primero en la parte de adentro de la gruesa capa de gordura y después por la piel de afuera. Lo vendó fuertemente con tiras de trapo sacadas de la ropa de los cadáveres.

—Debería permanecer en cama por los menos dos semanas,



capitán, pero estamos en la sin remedio. Esa gente ya debe de haber enviado correos a sus otros pelotones y estarán tras de nosotros positivamente antes de mediodía. Lo mejor es meternos en la selva cuanto antes.

El bachiller desató a Roiz. Este se puso de pie y dijo:

—Me siento hecho mierda. Muy débil. Todo lo veo verdoso y como dar vueltas.

El bachiller sacó el elixir.

—Tome un sorbo, capitán, y no lo escupa esta vez.

Roiz tomó su sorbo, dio unos cuantos pasos, y dirigiéndose a los demás con gran sorpresa, dijo:

—¡Coño, ya no me duele nada! ¡Coño, ya me siento fuerte otra vez, qué maravilla!

El bachiller levantó el frasco en alto contra la luz.

—Nos quedan todavía como tres cuartas partes del frasquito, tenemos suficiente—dijo, y guardándolo, sacó su aguja magnética—. Hemos de seguir Noroeste hasta Miraflores. Son unas once millas de selva para llegar a Punta Brujas. Si todo va bien, mañana estaremos en Taboga.

Hernando caminó lentamente para despertar a Nieto, pero ya estaba muerto. Como Landa y Lucero. Como *Grifón e Hydra*. Y ya no había tiempo para enterrarlos. Pronto los zopilotes y los coyotes harían un festín de ellos. Con tales pensamientos se nublaron sus ojos azules, pero permanecieron abiertos mientras dos hilos de lágrimas chorreaban copiosos sobre su barba rubia. Y continuaba divagando inmóvil. Roiz también sólo por un milagro viviría. Y él mismo, si aquella flecha tenía veneno...

Poco a poco, el bachiller se le aproximó, le tomó suavemente del brazo y le dijo:

—Cuanto antes nos alejemos de aquí, mejor.

Recogieron tantas botas de vino como pudieron llevar, y sin cortar la maleza ni los arbustos y ramas de la selva, uno tras otro, los cuatro hombres penetraron cuidadosamente y se perdieron entre el verde elemento siguiendo la aguja del bachiller hacia el paso de Miraflores.

## XXIII

A la cabeza, el bachiller, espada en mano y con guantes altos, con gran destreza, apartaba los bejucos venenosos y la maraña de ortigas y ramas espinosas, verdugos y talluelos cubiertos de polvos irritantes. La brecha que él iba abriendo la seguía Hernando, quien avanzaba sosteniendo la maleza para Roiz, y después Godoy, que era el último, volvía a acomodarla para tratar de no dejar huellas.

Por un buen trecho el suelo era una alfombra muy gruesa, húmeda y crujiente de ramas y hojas secas. Arriba del matorral espeso se disparaban los troncos jóvenes y delgados de los árboles buscando la luz del sol. Y de allá, de muy arriba, más de cien pies cielo arriba, venía el ronco bufido de la inmensa cúpula de los grandes árboles milenarios, tan tupidos, que no habían dejado filtrarse al sol hasta la tierra por siglos y siglos. Ni la lluvia caía directamente sobre la tierra, sino que se escurría por los ingentes troncos hasta perderse entre el embrollo de las raíces eternas.

Avanzaban lentamente bajo la aplastante penumbra de un túnel redondo de verdes, opaco, triste. Ni pájaros ni flores, sólo el peligro verde, oculto, en acecho por todas partes; los ruidos espeluznantes con ecos espirales que reverberaban retroactivos y confundían los chillidos de los pueblos de monos en fuga sobre la ramazón con los gritos de los papagayos, los estallidos de los sapos bueyes y los chirridos urgentes y tremendos de insectos minúsculos. Tantos ruidos confusos les mantenían los nervios en punta, ya que podían ser los perros enemigos.

Todo se oponía a su marcha. Bejucos, maleza, raíces, podredumbre, troncos, ortigas, espinas, hojas, chinches, hormigas, arañas, mosquitos, insectos, reptiles. Era una lucha sin cuartel.

Repentinamente, el bachiller se detuvo. Una pitón frente a su rostro abría la boca jadeando un ronquido feo con aliento pestilente, pero de un doblete instantáneo con el lomo de la espada el bachiller le quebró la columna vertebral propiamente tras de la cabeza, y el enorme constrictor quedó retorciéndose en agonía.

Por todos lados brillaban ojillos atisbantes de reptiles y roedores y toda clase de criaturas. Sobre todo, los amagaban la humedad y el calor sofocantes.

Hacia el mediodía, Hernando detuvo al bachiller y le dijo:

—Mire cómo está mi pierna, hinchada, ciento como si se estuviera durmiendo y me empieza a doler la herida.

Roiz se había desmayado dos veces por falta de huelgo.

—Coño, siento que la panza se me sopla como si estuviera preñado, y los pies me pesan como de plomo, como guindando de los cojones...

—Lo que ustedes necesitan es descanso. Ya llegaremos a Punta Brujas—les dijo el bachiller, y continuó—: Mientras tanto, tomen otro sorbo de elixir, que ya vamos a salir hacia un arroyo para seguir la corriente y caminar más rápidos, ya que hay que tratar de confundir a sus perros.

Ambos, Hernando y Roiz, tomaron el sorbo del elixir y en un momento recobraron energías y continuaron la picada.

Después del mediodía llegaron a un lugar donde la espesura de árboles se abría en un ancho pantano inmóvil, represo y podrido. Parecía laguneta. No era tierra, ni agua, ni vegetación. Era una materia coloidal cubierta por una crusta burbujeante de larvas.

El arroyuelo estaba al otro lado, pero en vez de ladear el pantano había que cruzarlo de medio a medio para continuar tratando de despistar a los perros. Se armaron de largas estacas para tantear la profundidad del lodo y librarse de los anfibios. Vadeando con agua y lodo hasta la rodilla se internaron sobre la alfombra de lirios, lotos y lechuguillas, siempre tanteando el fondo con la estaca antes de cada paso. Trabajo les costaba sacar los pies del barro pegajoso.

—A la mierda—dijo Roiz con disgusto después de un rato por el pantano, sentándose en una piedra que allí sobresalía.

Los demás se detuvieron a esperarle. Era la cuarta vez que hacía alto por desmayarse o para tomar aliento.

—Me cuesta respirar. Me cuesta caminar. Les voy atrasando peligrosamente—dijo—. Me voy a quitar este cabrón de peto.

Desenvainó la daga, cortó las cuerdas que sujetaban al peto y lo tiró. Sudaba copiosamente y respiraba jadeando. Examinó al vendaje y todo su abdomen estaba lleno de sangre. Mirando a los otros les dijo, respirando fuertemente:

—Adiós, muchachos—y se empujó la daga punta arriba, entre las costillas, al lado izquierdo, hasta el propio mango.

Poco a poco su corpachón se fue doblando y rodó sobre la hoja enorme de un loto, que se extendía varios pies en círculo cubriendo el fango. Dos ranas saltaron asustadas y una salamandra acuática brincó sobre el cuerpo de Roiz, que había quedado medio sumergido con el pecho y la gran panza para arriba fuera del pantano. Con delirio, la salamandra sorbió la sangre con su lengüeta horquillada, mientras los hombres, casco en mano, le contemplaban aturridos, en silencio.

—Adiós, *Gigante*, has muerto como un gigante—murmuró el bachiller.

Después, dirigiéndose a Hernando y Godoy, les dijo:

—Su herida ha venido goteando sangre. Hasta aquí no se pueden perder los perros. Salgamos presto.

Sería quizá media tarde cuando llegaron al riachuelo, que ya estaba engrosado, pero todavía no era ni profundo ni difícil de seguir, pues corría sobre un lecho plano de tierra negra con pedruscos. Habrían avanzado, siguiendo la corriente, tal vez una milla cuando Hernando se detuvo.

—Bachiller—le dijo—, la pierna se hincha demasiado y está como adormecida, ya casi ni la siento, salvo ciertos pinchazos como de alfiler aquí y allá...

—Majestad, permitidme practicaros una cura; eso es todo lo que necesitáis, pues hemos caminado mucho.

El bachiller destapó la herida y le aplicó más unguento a los dos orificios. No le sacó la bota porque hubiera sido imposible metérsela de nuevo. Lió la herida con trapos limpios y las vendas viejas las envolvió con cuidado en un pedazo que le cortó del capote.

—Guárdalas—le dijo a Godoy—, las necesitaremos más tarde.

Le dio otro sorbo del elixir a Hernando, examinó el contenido de la redoma y dijo:

—Tenemos suficiente.

A poco Hernando dijo:

—Me siento mejorado, podemos continuar.

Y continuaron avanzando a media corriente. El cauce y barranco del río estaban libres de grandes árboles y a ambos lados de los paredones tenía riberas anchas sin árboles, pues los arrancaban las crecidas de la estación lluviosa. Toda la tarde había estado nublada y sin lluvia, pero los grandes nubarrones negros se mantenían bajos y amenazantes sobre sus cabezas. Y principió a lloviznar otra vez, y así continuaron. Poco antes del atardecer, Hernando se desmayó y rodó entre la corriente. El bachiller y Godoy le sacaron en brazos hasta arriba del cauce, y Del Río le hizo volver en sí dándole a respirar cierto frasco de ácido, mientras Godoy le frotaba la frente y la cabeza con un trapo mojado.

—Bachiller—dijo Hernando con voz débil—, los mordiscos de dolor vuelven. Y peores, peores cada vez. Perdí el control de mis pasos. Me sentí como en el aire, como flotando. Sin embargo, a cada paso se me hace más y más difícil mover la pierna. Me arrastra. Está muy hinchada, quizá necesito una sangría.

—Majestad—le dijo el bachiller—, tomad bastante vino y descansad un rato aquí. Veréis qué bien os sienta. Es claro que caminar es malo. Necesitáis descanso, pero no hay más remedio. Pronto llegaremos a Punta Brujas.

Hernando tomó bastante vino de una bota, se reclinó sobre un repecho gramoso del cauce y se durmió profundamente, sudando y respirando con ruido.

—¿Qué piensas tú, Godoy?—le dijo el bachiller en voz solemne y suave.

—A la gran puta que era flecha envenenada. Si le hubiéramos podido cortar la pierna a tiempo.

—Yo lo supe desde el primer momento que vi la flecha—dijo el bachiller—, pues conozco las flechas de esos indios de Choco. Conozco la madera, la forma. Son siempre envenenadas.

Levantando un índice en alto se lo llevó a los labios y continuó pensativamente:

—Hacia medianoche ya tendrá todo el cuerpo entumecido; pero el fin puede ser largo. Ahora, Godoy, tú conoces este país mejor que yo. Uno de nosotros debe regresar junto al mariscal y el otro esperar con su majestad hasta que muera y continuar a Taboga. Y no hay que preocuparse: al morir su majestad, nos queda su hermano, el almirante, como rey. Tú y yo, pues, todavía podemos ayudar a que continúe esta guerra de la Libertad.

—Usted, bachiller, que tiene todos esos ungüentos y mejunjes, se queda con él. Yo voy directo a Rancho Algarrobos. Estaré allá hacia medianoche.

—Llévate esas vendas sangrientas, remójalas y arrástralas un buen trecho para que los perros se desorienten cuando lleguen hasta aquí.

—De acuerdo, bachiller—dijo Godoy—. Juntos, los dos podríamos ser atrapados; así, los dos podemos zafarnos. Bueno—concluyó, observando su brujulita—, hasta la vista, bachiller—y desapareció arrastrando las vendas mojadas.

El bachiller despertó a Hernando:

—Majestad, estamos muy cerca de Miraflores. Ya envíe a Godoy adelante para que nos prepare una balsa y bajar por el río Grande. A ver, intente caminar.

Hernando se levantó. Despacio, cojeando y arrastrando la pierna, siguió al bachiller sobre el arroyuelo. Habrían caminado media milla cuando la llovizna se convirtió en chubasco. Hernando apenas podía dar un paso, pero continuaba heroicamente arrastrando la pierna.

Viéndolo en tal estado, el bachiller le dijo:

—No podemos continuar así, majestad, necesitáis descansar y dormir. Entra la noche con tormenta. Para mayor seguridad será mejor que durmamos en la selva. A esas del alba os sentiréis formidable y continuaremos.

Apoyado en el hombro del bachiller, Hernando logró subir el barranco y cruzar la ribera hasta internarse en la selva. Era

sofocante e impenetrable por la oscuridad y las breñas. Los constantes relámpagos les ayudaban a ver, y avanzaban paso a paso por entre un laberinto de raíces, unas gruesas y redondas y otras tabulares y altas como machones de los troncos gigantes. Entre las paredes curvas de dos de aquellas grandes raíces tabulares, a la luz de los relámpagos, encontraron un repecho inclinado que el bachiller fácilmente limpió de hierbas. Allí cayeron enrollados en sus capotes. Hernando, exhausto, y el bachiller, muy fatigado.

No obstante la lluvia, la tierra lodosa llena de insectos, la expectativa de los perros infalibles y las mil criaturas nocturnas y demás amagos de la selva, pronto se durmieron profundamente.

Después de algún tiempo, Hernando se despertó. Sentía que su pierna estaba insensible. No una, las dos. Y el torso también. Intentó sentarse, moverse, pero su cuerpo no respondía a su mente. Todos sus músculos estaban medio adormecido y todos sus nervios motores también. Sentía calambres, contracciones y pinchazos muy dolorosos aquí y allá; pero más que todo, una sed desesperante. Sed estranguladora. Sin embargo, sentía que su mente estaba despejada, muy clara. Sentíase completamente despierto. Jamás había sentido la mente tan despejada y lúcida. Quiso tocar para despertar al bachiller, pero sus brazos tampoco le respondían. Quiso hablarle, pero le pareció que su voz salía ronca e inarticulada como gruñido sin palabras, a pesar de que su pensamiento era rápido y brillante: «¡Bachiller!», gritaba o creía gritar, porque sentía que sus cuerdas vocales tampoco le obedecían y que todos los músculos de su garganta estaban también estrangulados y adormecidos con calambres. «Bachiller, me siento amordazado con algodón», quería decir, quizá lo decía, no estaba seguro, porque su cerebro desbarraba con mil pensamientos. Una que otra vez le pareció oír palabras del bachiller. ¿Sería, pues, que su voz estaba tan ronca que no alcanzaba a despertarle?

En la noche oscura de la selva, Hernando sentíase terriblemente triste y abandonado y continuaba delirando con la mente clarísima, pero sin estar seguro de ser escuchado o de pronunciar palabras. ¡Qué paradoja de agonía, si es que estaba agonizando!

Tenía todo el cuerpo acalambrado, pero la mente rabiosamente brillante. ¿No sería solamente una pesadilla? ¿O algún veneno raro de los indios?...

—Bachiller, ¿me escucha? Cuando usted ve estas selvas de lejos, desde el mar, desde las montañas, o navegando entre ellas por un río, o las cruza por un camino, todavía no las conoce. ¡Ah, esto es muy diferente! ¡Qué horror ser masticado, devorado, digerido, excretado y vuelto a ser engullido por este monstruo! Este monstruo sin tiempo, sin distancias, sin dimensiones. Aquí estoy, míreme, exactamente como una bestia, exactamente como un cerdo salvaje, revolcándose en el lodo. ¡Yo, el rey! Un cerdo herido y perseguido por la jauría revolcándose entre la mugre... Bachiller, ¿me escucha? Bachiller, ¿está usted despierto?...

Respiraba rápidamente temblando con escalofríos y calambres. Quería estar seguro de si pronunciaba palabras porque el bachiller no le respondía. Intentó cambiar de posición, pero no pudo.

—Bachiller, quiero aire. ¡Yo quiero aire! Aire fresco y no este miasma fétido. Sáqueme de esta humedad que se filtra hasta mis huesos. Quiero aire, luz, cielo, estrellas. Sáqueme; aunque sea sólo para morir a la orilla del arroyuelo, quiero ver las estrellas otra vez. ¡Ah, qué tristeza! Me siento tan solo, tan absolutamente solo como si ya no existiera...; pero siento, siento estas hormigas y esta angustia de pensar, esta angustia de no saber si estoy verdaderamente vivo o muerto. ¡Ah, si ya no pensara! Pero estoy sintiendo la tiesura de la muerte sentada sobre mi cuerpo aquí mismo, inevitable, quieta, esperando. Esperando. No parece tener urgencia, parece estar segura y me mira con ojos de zopilote. ¡Claro que está segura! Morir de parálisis, acalambrado, sin la gloria de la lucha, sin la elegancia de la justa, sin el espectáculo de la batalla, sin espectadores, sin lágrimas, sin gritos. Muerte seca, sin batalla, sin victoria, sin derrota. Simplemente muerte, muerte estúpida, caído en el lodo y devorado por chinches y hormigas. Millares de hormigas feroces que me están arrancando la carne a pedacitos, comiéndome vivo mientras



todo lo que yo adoro y he adorado en mi vida se presenta tan inmediato ante mis ojos...; pero a la vez tan lejos, tan remoto, tan infinitamente lejos. Aquí me voy a pudrir y a desaparecer en el vientre de estas chinchas. y la muerte es para siempre. Para siempre. Adiós, bachiller...

El bachiller se despertó. Con golpes de eslabón encendió su mecha, que conservaba seca llevándola en una bolsa interior de pecho. La pequeña lucecilla de la yesca era suficiente en aquella oscuridad absoluta para ver los ojos de Hernando brillantes de agonía y su cuerpo sacudido por los estertores. Destapó el frasquito del elixir con una mano y los dientes, teniendo la mecha en la otra mano, y se lo vertió poquito a poco entre la boca jadeante.

—Sorba, majestad; sórbalo todo.

Despacio, con dificultad y chorreando algo, Hernando tragó gran parte. En breve terminaron sus estertores y pudo balbucear en voz apagada:

—Gracias, bachiller. Este elixir es maravilloso. Ya se fue la muerte con sus ojos de zopilote. Ya se fueron todas las hormigas y chinchas. Claro que era una pesadilla, pero qué horror, duró una eternidad. ¡Ajá, qué bien me siento! Mañana estaré formidable. Tengo que continuar mi guerra. Tengo que ayudar al mariscal. Con la flota triunfaremos. Mañana estaremos en Taboga. Ahora vamos a dormir. ¡Qué Paz! ¡Qué dulce paz, qué ternura la que siento! Buenas noches, bachiller...

El bachiller le secó la frente sudorosa diciéndole palabras halagadoras, y muy pronto, cuando le vio dormir profundamente, él también se arrebujó entre su capote y su bufanda, y se durmió.

Por la mañana, muy temprano, el bachiller fue despertado por unos animales velludos y juguetones que merodeaban alrededor de su mochila. Sentado, se restregó los ojos, vio la claridad muy cercana al lado del arroyuelo y escuchó la algarabía de los pájaros y monos que celebraban el amanecer, nublado, pero sin lluvia. Se reclinó de nuevo y se enrolló entre su capote. Había dormido profundamente, pero estaba molido y hubiera deseado continuar durmiendo.

En la penumbra de su somnolencia pudo distinguir a Hernando, todavía con el peto, tendido a su lado. Nada de calambres, balbuceos o estertores.

El bachiller recobró sus sentidos completamente. Sentado, se frotó los ojos de nuevo, y mirando a Hernando, con suavidad le puso una mano sobre el rostro. Estaba helado. Sacudió violentamente la cabeza para despertarse y se quedó mirándole fijamente. Estaba muerto. Le dio lástima, aunque aquello era lo mejor en tales circunstancias. Y sintió una gran tristeza de tener que dejarle allí, en el lodo, sin sepultura. ¡Si pudiera sólo cavar un hoyo cualquiera! Pero ¿cómo? Además, ya era tarde, y los perros, con lluvia o sin lluvia, no perderían la pista. ¡Y había que llegar a Taboga! Mientras pensaba todas estas cosas, tomó su mochila, sacó un paquete de cuero, lo abrió y principió a comer galletas con queso y salchichón y a bajarlas con chorros de la bota.

Pronto estuvo listo para marchar, pero allí se quedó como pegado contemplando el cadáver que yacía sobre el lodo. Se quitó el yelmo, y desde su corazón le brotaron algunas palabras:

—Buen rey don Hernando, te atreviste y eso es suficiente. Serás el primer campeón de la libertad del Nuevo Mundo. Esa gloria ya nadie te la puede quitar. *Sursum Corda!*

Carraspeó sorbiendo por la nariz y continuó:

—Permíteme, buen rey, coleccionar una de estas lágrimas que yo muy rara vez derramo...

Sacó un lacrimatorio por entre la mochila. Era un pomo de ámbar que contenía un fondo de esencias perfumadas con suspensión de polvos de diamante, oro y piedra imán. Lo abrió y lo apretó a los ángulos de sus ojos, pero no pudo extraer ni una gota. Miró en derredor y vio a su lado una orquídea bermeja con vetas y lunares negruzcos y violáceos que semejava un sexo de mujer abierto con sus labias rojas y carnosas, pistilo y estambres. Descubrió una gota de lluvia que brillaba solitaria en un labio de la corola y con cuidado la escurrió en el lacrimatorio. Puso con cuidado la cabeza de Hernando entre el yelmo, le bajó y trabó la visera y se fue.

No había caminado ni diez pasos cuando súbitamente regresó hacia el cadáver y sacó de la escarcela un saquito de gamuza lleno de doblones, y del dedo, ya casi tieso, el anillo con la enorme esmeralda de los Puñoenrostro. Le puso los guanteletes y salió rápido camino de Punta Brujas.

La mañana estaba opaca y se oían distantes retumbos de tormenta. A poco de haber partido el bachiller, los animalejos peludos y juguetones volvieron a aparecer. Principiaron con mucha cautela, después un poco más atrevidos; se fueron aproximando y sostuvieron querellas violentas, pero breves, por los mendrugos de galletas, queso y pellejos de salchichón que había dejado el bachiller. Después atacaron al cadáver. Pronto acudieron a hacerles compañía unas grandes ratas, que, con los ojillos brillantes y la vibrisa temblorosa de júbilo, fueron directamente a roer las botas. Y chinches y más chinches de todos los tamaños y colores se metían por todos los orificios del peto, del yelmo y de los guantes. Enjambres de moscas grandes y ronrones empezaron a zumbar sobre el cadáver. Afuera, en el cauce, en el cielo libre allí de árboles, un zopilote había principiado a volar en círculos. Pronto otros zopilotes se habían juntado en su vuelo giratorio y descendían cerrando el círculo en espiral, lentamente. Un zopilote primero se posó en una rama sin hojas de un árbol seco hacia el lado del arroyuelo. Movi6 su cabeza calva, con pellejo negro desnudo y arrugado hasta la mitad del cuello. Miró hacia todos lados en inspección, ahuecó las alas y cayó cerca del cadáver, asustando a los roedores. Ya en el suelo, estornudó, eructó y cuidadosamente, paso a paso, se aproximó al cadáver con sus ojos penetrantes buscando el punto más suave para principiar. Otros zopilotes y zonziches lo siguieron, siempre haciendo escala en el árbol seco, mientras ya muchos más formaban un paraguas volando en círculos sobre el arroyo.

De pronto apareció un coyote solo, y todos los zopilotes, ratas y bichos se apartaron y lo dejaron con el cadáver. Lo olfateó con desgana, y sin urgencia se sentó en los jarretes. Parecía distraído. Jadeaba, quizá por el calor y la humedad, pero

indudablemente lo atormentaba algo mucho más importante que el hambre. Algo trascendental. Algo místico. Pasado un rato de reposar, de repente, como loco, profirió dos cortos, muy cortos, gritos. Después alzó el puntiagudo hocico estirando el pescuezo hasta donde ya no pudo más, y con los ojos amarillentos medio cerrados, en éxtasis, principió un solo aullido, lúgubre, muy largo, que iba subiendo elásticamente, con desesperación ondulosa, agónica, interminable, como un zumbido telúrico.

Por fin, el coyote enseñó los dientes con un gruñido hosco a los roedores y zopilotes, y sin mirar hacia atrás, tirado por su urgencia errática, trotando sesgadamente, desapareció sobre el cauce.

Antes del mediodía de aquel miércoles 23, el teniente Pinzón y sus hombres, siguiendo a los perros, llegaron hasta el cadáver de Hernando. Los muslos ya estaban deshechos. Por las perforaciones de la vísera los zopilotes le habían comido los ojos, dejándole sólo los huecos.

El hallazgo iluminó el rostro enfermizo de Pinzón con una sonrisa de triunfo. No les había hecho caso a sus segundos cuando le habían aconsejado regresar a curarse las heridas. Ahora todos sus sufrimientos ya no le importaban. Ahora ya no iba a regresar a Panamá lisiado, sino con la cabeza del «buen rey don Hernando». Sentía restablecido su orgullo. El había sido el oficial de turno en la ciudadela cuando Bermejo logró sorprenderla y eso le había tenido humillado. Ahora él era el héroe. Con tales pensamientos habló a sus hombres:

—La situación es clara—decía con voz enronquecida y petulante—, eran siete hombres. Tres cayeron en el Curundú. Uno en el pantano. Ahora, aquí tenemos a su majestad—lo dijo con sorna—. Nos restan todavía dos hombres; pero, al carajo, no valen la pena. Muy bien, muy bien, quítenle ese yelmo y el gorguete y córtenle la cabeza y métanla en un saco.

Cuando el gorguete fue removido y el hombre con el hacha iba a cortar la cabeza, Pinzón vio el collar del Toisón de Oro.

—¡Alto!—gritó, y dirigiéndose a un sargento, le dijo—: Con cuidado, suelte ese toisón y démelo.

El toisón pendía en un collar adornado con una cinta roja que alternaba pedernales con eslabones y piedras preciosas. El sargento lo soltó con gran tino y se lo dio a Pinzón.

—Continúe—ordenó al del hacha.

Cortaron la cabeza del cadáver, la metieron en un saco de lona encerado y se lo dieron a un fornido esclavo africano para que la llevara.

—¿Enterramos el cadáver, teniente?

—Sáquele esa belleza de armadura y deje la carroña para los zopilotes—dijo Pinzón.

Después gritó con arrogancia:

—¡Atención! Vamos hacia la carretera de Nata, y desde allí, directamente, a Panamá. ¡Marchando!

Dirigiéndose al africano medio desnudo que llevaba la cabeza le dijo:

—Tú te vienes conmigo.

Mientras la compañía organizaba la marcha, Pinzón examinó las piedras preciosas de todo el collar y sintió una extraña sensación de reverencia al tener en sus manos el emblema de la más alta orden de caballería del Imperio español. Ostentaba la leyenda de su cesárea majestad inscrito en el pequeño corderito de oro: *Non Plus Ultra*.

## XXIV

El martes por la mañana, el vigía, sobre un árbol junto a las casas de Rancho Algarrobos, miraba con el cilindro sobre una extensión de más de quinientas manzanas de paturas que se extendían a diestra y siniestra del adoquinado camino real. El paisaje se le evaporaba entre la borrosa llovizna. Ciertas ráfagas de viento traían débiles ruidos de campanas y petardos desde la ciudad.

A intervalos apuntaba el cilindro hacia el camino de las Cruces y Nata, que cortaban el camino real precisamente tras los potreros. De repente, vio salir por allí de la foresta unos lanceros bien montados seguidos por una recua de mulas cargadas, más lanceros y más mulas con sus peones, y mirándoles sorprendido, en vez de dar la voz de alarma, sonó un pito y gritó:

—¡Albricias! ¡El capitán Salguero a la vista!

Salguero, seguido de sus veintidós lanceros y cuatrocientas mulas cargadas de oro, al ver tropas venir hacia ellos inmediatamente se preparó a la carga, pero pronto reconoció a los suyos y desmontó para conversar. Informado de lo acaecido en Panamá entre Hernando y Bermejo y de todo lo demás, al darse cuenta de la verdadera situación, aventó su yelmo, se tiraba del cabello furiosamente y decía imprecaciones terribles contra Hernando. Completamente ciego de ira se tiró al suelo y mordió y se restregó el lodo en el rostro. Los soldados le observaban entristecidos y con gran simpatía.

Poco a poco, Salguero recobró su serenidad y fue directamente a informar a Bermejo:

—Qué coños iba yo a perder tiempo siguiendo a ese jorobado. Capturé el oro e iba para Ancón siguiendo sus órdenes, mariscal. Y todo ¿para qué? Para venir a tragarme este balde de mierda.

A poco después de Salguero, los mozos de cuadra indígenas que habían acompañado a Hernando regresaron con los caballos. En su jergonza de castellano lograron explicar que habían visto a su majestad con los suyos pasar en el bote sobre los grandes tumbos y perderse, con la vela en alta mar, hacia Taboga.

Mientras tanto, en la ciudad de Panamá el capitán Menses estaba impaciente como gallo de riña y sobreexcitado por la captura de los cuatro barcos enemigos, que ya reequipados y con nuevas tripulaciones, sumados al *Coricancha* y al *Potosí*, daban seis unidades de primera clase que habían salido ya al mando del joven maestre piloto Castellanos a sorprender a la Armada de la Libertad.

Poco antes del mediodía, el cielo estaba algo despejado, y como Bermejo no atacara, Meneses decidió salir a batirlo. Dividió sus fuerzas en tres columnas, cada una compuesta de cien soldados blancos bien armados y unos doscientos entre indios y africanos con lanzas, picas, macanas y flechas. Los irregulares ayudaban con los petardos, morteros y demás piezas de artillería ligera.

—¡A la carga! ¡Que viva el emperador! ¡Santiago y a ellos!—gritaban al unísono cientos de bocas, mientras las tropas salían a dar la batalla.

En total, seiscientos hombres bajo las órdenes del capitán Meneses desfilaron frente a la catedral, mientras el obispo les echaba continuamente la bendición con latinazos y pringues de agua bendita. Pronto la retaguardia pasó el puente del Rey y la población quedó en ascuas esperando el resultado de la batalla.

Cuando las fuerzas de Meneses se abrían en plan de combate sobre los pastizales, Bermejo, por el informe de sus espías, ya conocía su número, disposición y armamentos, y aunque él sólo contara con un total de doscientos cuarenta y cinco soldados, con gran calma los dejaba aproximarse.

Bermejo tenía fiebre muy alta; el brazo izquierdo estaba inflamado por la cauterización y un torniquete aplicado por el rasguño del dardo. Insensible al dolor y la fiebre, allí estaba él a la cabeza de sus lanceros dirigiendo la batalla. La artillería ligera, que había sido llevada de la ciudad por el capitán Quezada, ya estaba distribuida ocultamente tras de las piedras de los corrales. Sus treinta y ocho de caballería, montados y armados, se hallaban escondidos en las casas y establos del rancho, esperando la señal.

Era poco después del meridiano. El calor y la humedad eran sofocantes. No brillaba el sol ni llovía, pero la atmósfera estaba cerrada y hosca. Las tres columnas de la ciudad avanzaban sobre los potreros lodosos, donde pacía un hato de ganado. Pronto las tres columnas se fueron abriendo para atacar el rancho por el frente y los costados.

Bermejo observaba cejijunto y calmoso, calculando el momento exacto de lanzar su ataque. Llegado el instante dio la señal, y

la artillería rompió el fuego. Seis piezas de varios calibres estallaron simultáneamente de tres diferentes lados, multiplicando su estruendo, seguidas por otras seis piezas desde otros ángulos de los corrales, y otras seis..., y otras... Los fogonazos de los cañones tan a la cara de los atacantes brillaban y estallaban seguidos por grandes hongos de humo hediendo a pólvora que cubría el zacate con una cortina gris, entre la que brillaban solamente más y más fogonazos de las nuevas descargas y el estallido de las granadas. El estruendo y el efecto devastador, por lo inesperado, paralizó las fuerzas de la ciudad. De pronto, la artillería suspendió el fuego y la caballería cargó en avalancha arrolladora poniéndoles en fuga desorganizada. Los indios y los africanos se desbandaron, en su mayoría por miedo o porque en realidad no les importaba quien ganara.

Los soldados blancos de Meneses, aunque sorprendidos por la inesperada artillería y caballería, pasado el primer golpe de sorpresa, se retiraron concentrándose en un sólido núcleo y opusieron una resistencia tenaz en su retirada, que efectuaban rápida y ordenadamente, mientras las fuerzas de Bermejo los acosaban en implacable cargadilla. Pero la retirada fue tan rápida y ordenada, y las bajas que causaban y sufrían eran tales, que al llegar al puente del Rey, Bermejo decidió no seguir atacándolos entre la ciudad, considerando las demás fuerzas y defensas que allí habían.

Hubo muchas bajas en ambos lados, pero la más importante fue la del capitán Altamirano, jefe de los ocho; su caballo murió en una carga muy entre el terreno del enemigo, y una vez en tierra, lo hicieron pedazos.

## XXV

De regreso al rancho, Bermejo hizo sus cuentas:

—Hemos sufrido cuarenta y dos bajas y ellos más de cien—les dijo a sus hombres, y continuó—: Pero ellos tienen más,



muchos más soldados, marineros, irregulares, indios, artillería, trincheras y la ciudadela plena de póvora y municiones. Además, que nuestra flota ya estará lo más tarde al amanecer en Ancón. ¿Para qué, pues, exponer en un segundo ataque a la ciudad?

Era al anochecer cuando cambiaban impresiones, cenaban y principiaba otra vez la lluvia.

Bermejo ardía en fiebre. Su brazo estaba más hinchado y el dolor se le hacía insoportable a él mismo, que parecía insensible al dolor. Sin embargo, algo mucho más doloroso que el brazo era para Bermejo la información que le habían dado algunos prisioneros. En aquella misma mañana, y los diferentes testimonios concordaban, cuatro barcos de la Armada de la Libertad: el *Santa Francisca*, el *Chile* el *Buenaventura* y el *Spiritu Sancto*, habían atracado propiamente en el embarcadero y habían sido capturados sin resistencia, y aún había más: poco tiempo después, esos mismos barcos habían salido con nuevas tripulaciones a batir a la Flota de la Libertad.

—No puedo comprenderlo—decía Bermejo—. Su majestad salió de Ancón ayer por la tarde, y con todo este viento en la popa y tan buenos remeros y la vela al tercio...; a no ser que hayan zozobrado.

Hizo una pausa y frunció el entrecejo involuntariamente con una punzada repentina de dolor. Parecía mirar distraído algo remoto.

—Mariscal—le dijo Salguero arrimando una linterna al brazo—, no me gusta, está mucho más inflamado. Necesita una sangría.

—¡Friolera, capitán! Bebamos un poco de vino.

Bermejo y Salguero, así como los otros oficiales y soldados que les rodeaban, se habían quitado los petos, corazas y mallas, y con los pechos desnudos, se frotaban sebo en los golpes y contusiones mientras conversaban.

Hacían comentarios con buen humor y juramentos cárdenos de las peripecias de la batalla y de su actual situación, mientras engullían parrilladas de carne de cerdo, buey y cordero y aves

en asadores, bañadas con chorros de vino de las botas.

—¡Qué coño!—exclamó Bermejo después de un gran hartzago—. Mañana le haremos frente a los problemas de mañana. Siempre hay que dejar para mañana lo que se puede dejar para mañana. Ahora vamos a dormir.

Las candelas y linternas se apagaron y pronto únicamente los centinelas estaban despiertos. Los dolores y la fiebre de Bermejo se tornaban tales que no podía dormir, y aun con los ojos abiertos, se quedaba como en síncope y sus pensamientos se esfumaban en abstracciones irreales.

La lluvia había arreciado, con rayos y viento borrascoso, cuando Mateo Godoy, ya entrada la noche, fue llevado por los centinelas directamente junto a Bermejo. Salguero y algunos otros oficiales también se despertaron y fueron a oír los informes de Godoy, quien les describió desde lo del bote salvavidas y la huida de Ancón hasta que había dejado a Hernando en agonía con el bachiller. Godoy hablaba con precisión, conciso y sin dramatizar.

Bermejo escuchaba sosegadamente e inmóvil, como si estuviera leyendo más allá de las sombras que los gestos de Godoy proyectaban en las paredes páginas de historia perdidas para siempre para el Nuevo Mundo... Y Mateo Godoy continuaba:

—Sí, mariscal, así es como terminó nuestro buen rey don Hernando. Torpemente. Como un perro envenenado.

¡Pobre! Pero él tuvo la culpa. ¡Ah si se hubiera quedado en el barco como usted lo quería!

Después de un respetuoso silencio, Godoy prosiguió cambiando de tono:

—Bueno, ese bachiller, que es abogado y sabe de todo diablo, dice que aún nos queda don Pedro, el almirante, como rey. Y dice que lo casaremos con una princesa coya para hacerle entonces heredero legal del Imperio inca.

Después de un poco de carne y vino continuó:

—Más aún, dice el bachiller que don Pedro será muchísimo mejor monarca que don Hernando, que Dios guarde... —y Godoy se santiguó—. ¡Mariscal!—continuó en alta voz cambiando de tono y con un gesto de gran sorpresa, dejando lo que comía, examinándole la muñeca y el antebrazo muy de cerca, hasta el torniquete—. ¡Tiene gangrena!—con acento firme y severo se dirigió a los otros—: ¡Traigan al físico inmediatamente!

—Pero, hombre—repuso el mariscal—, si es solamente el rasguño de un dardito. Ya pasará.

—Solamente un dardito, pero envenenado, mariscal. Esos malditos indios de Choco envenenan todas sus flechas y dardos, no sé si con hierbas o con leche de sapo. Ese veneno es el que mató a su majestad. Escúcheme, por favor, mariscal. Este veneno le va a pudrir y acalambrar todo el cuerpo en dos o tres días, a lo sumo, si no se corta este brazo inmediatamente. No hay otro remedio. Yo se lo digo. Yo he vivido casi veinte años en toda esta bendita Castilla del Oro...

—Ju, ju—sonrió Bermejo—. A ver. Fue ayer por la tarde. Así es que me quedan dos o tres días más...

—Mariscal—habló Godoy de manera persuasiva—, ¿qué vamos a hacer nosotros sin usted? Debe curarse, si no por usted, por nosotros. Gracias a ese torniquete el veneno se le ha quedado en el brazo, pero si no se le corta inmediatamente el veneno se le va a subir hasta el hombro y entonces ya no habrá remedio...

—¡Coño, Godoy, tiene razón! Los indios del Amazonia usan curare. Esto puede ser otra de esas hierbas. Por eso ayer tarde, sospechando algo, hice que me aplicaran el cauterio y el torniquete.

—Mariscal—dijo Salguero—, ya respiro con alivio. Yo no me atrevía a sugerírselo, pero...

—Llamen, pues, al cirujano.

—Mariscal—le contestó un centinela, saludándole—, el maestro barbero, Micer Francisco Levantisco, se quedó en Panamá.

—Yo creo—dijo Salguero—que el mejor lugar para esa operación son los establos, donde el maestro Miramón tiene instalada su fragua y su taller portátil de herrería.

—Si lo hemos de hacer, que sea ya—dijo Bermejo—; pero vamos quedito para no despertar a los demás.

El maestro Miramón de Toledo era el viejo vulcano, venerable y barbudo, que ya llevaba muchísimos años trabajando como maestro de yunque y armero de la familia Contreras en Nicaragua. Cuando Bermejo, Salguero y Godoy llegaron a su taller, el viejo, delgado, fibroso y con sólo unos calzones, martilleaba en el yunque sobre piezas de acero al rojo, reparando hachas, espadas y armas de fuego.

Le explicaron la urgencia de la amputación, y el viejo, inmediatamente, sin palabras, metió en la fragua un par de caudines, y tomando el brazo inflamado de Bermejo lo extendió hacia arriba y le aplicó otro torniquete sobre el mismo codo.

—Jummm... Apriete más—pujó Bermejo, cuando el viejo le daba los últimos ajustes.

—Mariscal—le dijo el maestro sin contemplaciones—, tenemos que acostarlo en ese banco y atarlo para poder serrarle los huesos y cauterizarle.

—¡Qué coño!—le contestó Bermejo—. Déme un hacha filosa.

El viejo le dio el hacha, y sin más palabras, Bermejo colocó el brazo izquierdo sobre el banco de madera y con tres hachazos

bien puestos se lo cortó un poco más arriba del primer torniquete. Y poniendo el muñón de carne sangrante cerca de la fragua le dijo:

—Cauterice, maestro.

El viejo sacó un cautín, ya rojo, de las brasas y se lo pegó y frotó al tronco del brazo, que chirriaba, humeaba y olía a carne chamuscada.

Salguero, Quezada y Godoy contemplaban enmudecidos la escena.

Bermejo examinó la costra quemada todavía humeante y le dijo al viejo:

—Concluya, maestro.

Y el viejo le pasó otro cautín al rojo tratando de sellar hasta el derredor y toda la costra del muñón de brazo lentamente, tanto que todo el aire del caserón olía a churrasco.

—¡Coño!—estalló por fin Bermejo, sentándose en una banqueta, quedándose un momento como enajenado y absorto de dolor.

Sin decir palabra, el maestro Miramón le soltó el otro torniquete, tomó una bota de vino y le disparó un chorrito, que Bermejo recogió en la boca. Tomó varios sorbos con avidez.

La borrasca seguía, y encapotados, sin más palabras, los cuatro hombres salieron del establo.

Una vez solo, el maestro murmuró entre dientes:

—En Toledo le llamamos a eso ¡tener cojones!

Con cuatro paletadas abrió un hoyo en el suelo, enterró el pedazo de brazo y se puso a continuar su trabajo de forja sobre el yunque.

Al llegar a su cuarto, Quezada abrió la mochila, sacó un paquetito y le dijo a Bermejo:

—Qué torpeza la mía, mariscal, se me había olvidado.

¡Tengo unas hojas de coca! Másquese éstas y va a dormir muy bien. Lo necesita.

Bermejo enrolló las hojas entre los dedos, las metió en la boca y empezó a masticar lentamente y a tragar el jugo amargo, que pronto le fue sumiendo en una pausa análgica y eufórica.

Pasado un lapso reconfortante, sentóse en el borde de la cama y le habló a Salguero:

—Ya estoy bien. No nos queda tiempo para dormir, capitán. Al cantar los gallos ya debemos estar atrincherados en la loma de San Cristóbal. No hay más. Somos en todo doscientos tres hombres. Y ahora ya no sabemos cuándo vendrá, si es que viene, el resto de nuestra flota. Nos queda poca pólvora y en la loma los dominaremos desde arriba. Vamos a aplastarlos hasta con el último ladrillo de oro. Necesitamos varias catapultas...

—Mariscal—le dijo Salguero—, por favor, descanse, duerma, no se inquiete más y confíe en mí. Yo haré construir las catapultas y esté usted seguro que antes del alba habrá en San Cristóbal suficiente vitualla, agua, vino, artillería, munición y hasta el último ladrillo de oro.

Chocaron las manos y Salguero salió a dar órdenes y movilizar mientras Bermejo dormía.

La primer cosa que hizo Salguero fue pedirle al maestro Miramón un cartucho de bronce para encajar el muñón de brazo del mariscal. E inmediatamente, aunque era mucho antes de la medianoche, procedió a trasladar el cuartel general a la loma de San Cristóbal.

## XXVI

El martes por la mañana, los seis barcos, al mando del maestre piloto castellano, salieron de Panamá rumbo a las islas de las Perlas. Navegaron todo ese día y toda la noche con ventarrón de popa.

Iban muy bien preparados para asaltar por sorpresa a la Escuadra de la Libertad. El maestre Castellanos había colocado estratégicamente algunos marineros de Bermejo en cada barco, bajo pena de suplicios si no seguían las instrucciones.

El miércoles por la mañana se aproximaban a la bahía de Marín, en la isla de San José, una del archipiélago de las Perlas, donde todo el grueso de la Flota de la Libertad estaba anclado. La bahía, protegida contra el viento por altas lomas, se hallaba en calma, y el bosque de mástiles de los barcos, que dormitaban meciéndose suaves, era claramente visible entre la llovizna de la mañana. Los pájaros marinos tempraneros revoloteaban por entre los barcos, y muchas portañolas brillaban todavía iluminadas.

Castellanos traía todas las baterías preparadas, y cada uno de los barcos asaltantes sabía su cometido. El *Chile* era la nave insignia. Ostentaba el gallardete de Hernando y largos pendones, banderas y banderolas. Avanzaban lentamente y muy cerca de los barcos anclados, como buscando sitio para fondear en la estrecha bahía, y para infundir más confianza, muchos de sus hombres estaban en las cubiertas junto con los prisioneros gritando:

—¡Que viva el buen rey don Hemando, por quien toda la tierra está!

De la gente de la flota anclada, los que estaban sobre las cubiertas contestaban a los vítores; pero la mayoría se encontraba en sus quehaceres abajo y ni se molestaron en salir a cubierta, pues Hernando era esperado de un momento a otro.

Cuando el *Chile* iba a media bahía, entraba el último de los barcos, todos flameando con grandes cintas, pendones y gallardetes multicolores. Gritos. Vivas. Hurras.

De pronto, como si fueran salvas de saludo, estallaron seis andanadas de los barcos entrantes, y otras seis andanadas. Y otras seis... con virtuosidad mortífera. Cada uno de los galeones de castellano blanqueó a boca de cañón dos o tres de los barcos anclados.

El retumbar de la artillería, los fagonazos, las nubes de humo, las explosiones de los barcos dañados y las llamaradas subiendo sobre los mástiles y jarcias y la gente enloquecida saltando al agua, formaban un verdadero infierno. Muchos de los oficiales y marineros de la Libertad trataron desesperadamente de calmar a los

otros para tomar acción, pero la sorpresa del estruendo y del daño eran tales que sus esfuerzos se ahogaron entre el pandemónium.

La flotilla de la ciudad, de un solo golpe de sorpresa tan bien planeado como perfectamente ejecutado, tronchó de cuajo a la Escuadra de la Libertad. Los seis barcos destructores salieron ilesos, como habían entrado, para amurar, y zigzagueando, volver a bloquear la bahía.

En ella cuatro barcos ardían en llamas. Había otros hundidos y varios dañados. Las aguas claras se cubrían de pronto con una crusta de maderos, trapos, cadáveres, animales y gentes asidas a cualquier cosa y que trataban de ganar la costa. El humo acre y el tufo a pólvora dominaban el ambiente. Algunos de los barcos estaban ilesos, pero sólo tres lograron escaparse, viento en popa.

Inmediatamente, Caballero, con tres de sus navíos, despegó de los suyos y se lanzó a perseguirlos, mientras sus otras tres unidades continuaban bolineando y virando para bloquear la bahía.

Más o menos después de dos vueltas del vidrio de arena, el *Potosí*, un galeón de guerra con casco de doble tablazón de la Armada real, tenía al viejo y cargado *Perú* al alcance de sus poderosos cañones.

El viejo Benito de Zafra, maestre piloto del Perú, observaba desde el puente del castillo de popa las señales que le pedían rendirse. Ordenó arriar velas e izar una bandera blanca.

Mientras las maniobras de abordaje proseguían, el viejo lobo de mar dejó al contra maestre en su puesto y se fue a su camarote. Bajó con calma, por su pierna de palo, la escalera espiral, escupiendo y barbullando obscenidades. En el camarote tomó a su viejo loro, llamado *Atahualpa*, y lo emperchó en su hombro, diciéndole:

—Tú te vienes conmigo, hijo de puta.

—Calle el hocico, viejo cabrón—le contestó el loro con una carcajada.



El viejo encendió una linterna y la llevó también consigo. Lentamente continuó descendiendo más escaleras angostas y circulares, cuidando que no resbalara la chapa de bronce de su pata de palo en los forros metálicos de las gradas, hasta que llegó al fondo del barco y se fue directo al pañol de la santabárbara. Abrió las llaves y esperó allí conversando con el loro.

A poco sintió la panzada del barco a babor y distinguió los sonidos de las cadenas, garfios, redes y demás aparejos de la operación de abordaje.

Abrió la puerta de la santabárbara.

—Nos vamos, pues—le dijo al loro, lanzando la linterna contra los toneles de pólvora.

Hubo un relámpago instantáneo seguido de una enorme, ronca y larga explosión, casi inmediatamente seguida. Por otra aún más detonante y larga que absorbió a la primera, mientras los dos barcos saltaban en pedazos, dejando sólo un túmulo que ardió muy poco tiempo sobre el mar.

Otro barco de los escapados era el *Pacífico*, un galeón nuevo y señorial de mil toneladas, pero muy cargado para escaparse al otro barco de guerra, *Coricancha*, y antes del mediodía estaba al alcance de sus cañones. Cuando le ordenaron arriar velas contestó con una andanada, pero después de unas cuantas salvas, el *Pacífico* ardía en llamas desde el casco hasta los gallardetes. El *Coricancha* ni pensó en los supervivientes que podía salvar, y dejándoles ahogarse, viró hacia la bahía de Marín.

El tercero de los barcos escapados era *El Alcatraz*, donde el almirante Pedro de Contreras, el vicealmirante Pedro de Castañeda y el maestro piloto Antón de la Cosa y varios selectos marineros y sirvientes habían estado esperando a su majestad. Era un bergantín esbelto, rápido, perfectamente aparejado y abastecido de todo hasta el colmo para ser el barco insignia de su majestad.

El *Chile* era un galeón veloz e iba al mando del maestro Castellanos. Pero después del mediodía, el casco de *El Alcatraz* ya había desaparecido tras el horizonte. Finalmente, cuando el

vigía, en la punta del mástil mayor, informó que *El Alcatraz* se había perdido de vista, Castellanos, furioso, ordenó regresar.

—Pero, tarde o temprano, tienen que rendirse o perecer en el mar—dijo.

Todos los demás barcos a flote surtos en la bahía fueron capturados.

Para el miércoles por la tarde cada uno de los supervivientes, marinería, soldados, blancos, mestizos, indios, africanos, hombres, mujeres y niños habían sido inventariados e inscritos en el informe. Eran más de novecientos, y todos, sin excepción, fueron sumariamente ejecutados.

Los marineros y soldados, decapitados. Los demás blancos, ahorcados. Los indios y africanos, con las manos a la espalda y en pequeños grupos, echados al mar.

El jueves por la noche, terminada su operación de exterminio, el maestre Caballero cerró su informe con esta nota: «Así, pues, he llevado a feliz término esta dolorosa faena. Una rebelión contra el rey nuestro señor es una rebelión contra la voluntad de Dios. Es, pues, un sacrilegio mayor, castigable con muerte inmediata y sin la gracia de los sacramentos. Cumpló, pues, con las ordenanzas. Amén.»

Lo que amargó su gran victoria al maestre Caballero fue saber que a bordo de *El Alcatraz* iban Pedro de Contreras, el fraile Castañeda y el maestre De la Cosa. Tanto así, que envió al resto de la armada a Panamá, y él, con el *Chile* y el *Coricancha*, salió a buscarlos por la costa del istmo.

## XXVII

*El Alcatraz*, al escaparse, continuó navegando hasta la caída de la noche. Después, en la oscuridad y con todas las luces apagadas, viró zigzagueando y barloventeando hacia Punta Brujas, el centro de reunión prefijado en caso de apuro.

Cuando llegaron a la Punta sólo encontraron al bachiller Del Río a medio construirse un pequeño bote. Les refirió la muerte de Hernando y demás desastres. Y también que los indios de Punta Brujas, en cuanto supieron de la guerra, habían escondido sus botes y canoas y habían desaparecido entre la selva temiendo ser enganchados por uno u otro bando.

Así, pues, en consideración de la muerte de Hernando, de la pérdida de Panamá, del desastre de la flota y de la seguridad absoluta que Bermejo no podría triunfar y que jamás se rendiría y sería, si no lo era ya, muerto con todos los suyos por fuerzas abrumadoras; considerando el peligro inminente que de un momento a otro aparecieran barcos buscándoles, Pedro de Contreras, Fra Diávolo, el maestre De la Cosa y el bachiller Del Río decidieron unánimemente hacerse a la vela en el acto.

A bordo de *El Alcatraz*, con su dotación de seis marineros blancos, seis grumetes indios y una docena de muchachas sirvientas jóvenes, indias y africanas, iban además dos frailes, una monja y ocho mujeres europeas de entre los que habían sido transbordados.

A todos, sin excepción, reunidos les habló Fra Diávolo: Amigos nuestros, de aquí iremos con dirección a Cipango y Formosa. Quizá decidamos quedarnos en la isla de California. Quizá en las islas de Hawai. Es muy prematuro para decidirlo, pero queremos que todos a bordo seamos una sola familia alegre y deseosa de comenzar una nueva vida completamente libre de «Secretas», de Inquisiciones y de buhoneros que trafican con el nombre de Dios. Aquellos de ustedes que deseen compartir nuestro destino, bienvenidos; los que no, pueden quedarse aquí.

Los dos frailes, la monja y sólo dos de las ocho mujeres europeas prefirieron quedarse en Punta Brujas. Allí fueron recogidos el sábado ya tarde por el maestre Castellano, quien al oír sus informes decidió continuar su persecución. Pero después de tres días de tormenta y tiempo borrascoso, aunque con gran pesadumbre, decidió abandonar su inútil búsqueda y regresó a Panamá.

En el informe oficial, *El Alcatraz* y todos sus tripulantes aparecen como «perdidos para siempre en la inmensidad de la mar Pacífica».

## XXVIII

El martes por la noche la tormentosa lluvia continuaba empantanando las calles de Panamá; pero adentro, en las tabernas y burdeles repletos, a nadie le importaba un pito la borrasca. Para mantener los espíritus en alto, las autoridades, salvo un mínimo de soldados en guardia, habían dejado a la gran mayoría libres para divertirse; sobre todo los que habían llegado en los barcos retrasados del Perú solamente para entrar en batalla, ahora francos andaban dispuestos a resarcirse del tiempo perdido.

En Playa del Mar, sobre un labio de arena de las olas, estaba la Copa de Oro, mesón y prostíbulo de fama ultramarina. Al caer la noche, siempre estaba lleno de gente alegre, pero aquel día, desde el atardecer, ya no cabían los concurrentes ni de pie. Música, risotadas, zapateados, aplausos rítmicos y colectivos, cantos, gritos y vino y caña y más caña.

De repente, cerca del largo mostrador donde servían las bebidas, apareció una mesticita con traje de orlas y flecos, rasgando unas castañuelas.

Al verla, un soldado gritó:

—¡Silencio!

Y levantando a la frágil muchacha por la cintura, la colocó sobre el mostrador, volviendo a gritar:

—¡Chirrión pelado! Aquí está María, *la Solotetas*...

¡Aquí hay fandango!...

De pronto, se apagaron todas las voces, y la muchacha, con los brazos en jarras, sonando las castañuelas, dio una media vuelta; con un puntapié apartó la enagua, y parándose en firme, hizo como que se ajustaba los pechos, medio descubiertos y

bastante grandes, como era también de ronca y fuerte su voz para su cuerpo:

—¿Dónde está *Barrabás*?—dijo ella mirando alrededor.

—¡*Barrabás!*—repitió un coro de voces.

—Aquí está el hombre—gritó él saltando sobre el mostrador, mientras la concurrencia aplaudía y gritaba.

Macario Catalán, más conocido por el apodo de *Barrabás*, era un perfecto lépero, alto, flaco, sarmentoso, con una siniestra mueca que a manera de sonrisa se alzaba como luna nueva sobre su boca dentada.

Primero *Barrabás* olfateó a la muchacha y resopló imitando muy bien todos los gestos, ruidos y rebuznos de un garañón en celo. Después, mientras la concurrencia se destemillaba de risas y gritos, él palmoteó contra sus costados cacareando como gallo, y ahuecándole el ala, dio media vuelta en torno a la muchacha y se puso a cantar con muy recia y buena voz:

Quisiera del gallo el canto  
y del burro el instrumento  
¡ay, yayayyyy!  
pa darte mi sentimiento  
en el día de tu santo...

Después de algunas otras coplas de *Barrabás*, le contestó ella:

Porque nací gitanita,  
le tengo miedo al trabajo,  
no me gusta ir cuesta arriba, yo  
prefiero ir cuesta abajo  
¡Ay, yayayyyy!  
yo tengo la lengua amarga,  
yo tengo la mano larga...

Muchas parejas, enganchadas de brazos, principiaron a bailar girando entre la concurrencia, que aplaudía e iba repitiendo el estribillo ¡ay, yayayyyy!, mientras *Barrabás* y la chica dirigían desde el mostrador cantando más y más coplas.

Bruscamente, un hombre sobre una mula negra apareció al abrirse de par en par una puerta casi frente al mostrador. Iba todo encapotado y encapuchado y seguido por varios guardaespaldas que portaban el estandarte de la Santa Inquisición. Hubo un profundo silencio. El hombre se removió el capirote. Era el juez Villalba, el gran inquisidor.

—¡Macario!—gritó—. ¡Sígueme!

*Barrabás* permaneció sobre el mostrador sosteniendo por la cintura a la asustada muchacha. Villalba se encasquetó la capucha y partió tan insolentemente como había aparecido con su acompañamiento de guardaespaldas.

En medio del silencio general, *Barrabás* le siguió.

*Barrabás* era el jefe de verdugos de la prisión. Trágico en su trabajo. Cómico en su ambiente. Era celebrado, pero no querido.

Villalba había estado muy ocupado desde el atardecer.

Ordenó reconcentrar a todos los capturados en la prisión.

Todos los oficiales reales y el obispo mismo le aconsejaron que esperara al virrey.

—Esos prisioneros son inofensivos, aparte de que, con seguridad, muchos son inocentes—le dijo, pero cuando vio su determinación concluyó—: Lo único que no comprendo es su urgencia, señor Villalba.

El propio *Barrabás* trató de persuadirle que esperara al virrey, pero él no aceptó razones:

—La justicia no puede esperar—concluyó.

La prisión era un edificio de piedra cuadrado, con gruesas paredes y sin ventanas, independiente, pero comunicado por un subterráneo con las Casas del Rey y la ciudadela.

El primer piso se extendía como sótano y tenía una rampa estribada que se proyectaba sobre la mar abierta. Allí las olas batían constantemente contra el acantilado y los cadáveres podían ser fácilmente tirados al mar desde las salas de tortura.

Los prisioneros ya estaban en un gran cuarto cerca de la entrada, al nivel de la calle, cuando Villalba y sus ayudantes

llegaron. Los oficiales, como El Greco, estaban engrillados. Los soldados y demás blancos, con esposas y cadenas. Los demás, atados de las manos y de los cuellos como recuas de animales.

Los asistentes de *Barrabás*, africanos e indios, sólo vestían taparrabos y llevaban máscaras. Varios de ellos fueron enviados a inspeccionar las máquinas al cuarto de las torturas. Enorme, húmedo, oscuro casi, con sólo un par de braseros grandes. Linterna en mano, fueron examinando las máquinas e instrumentos de tormento, como era de ley.

Primero, la rueda. Un esqueleto de bronce como de doce pies de diámetro que podía torturar simultáneamente hasta tres personas. A las víctimas, una vez desnudas, se les frotaba el cuerpo con manteca o sebo y eran sujetadas con cadenas alrededor de la rueda. Por maniguetas a cada lado, la rueda era movida con los braseros muy cerca por delante y por detrás para dorar los cuerpos lentamente, hasta quemarlos vivos. Encontraron que la rueda estaba en perfectas condiciones y le echaron sebo derretido en las chumaceras del eje.

Y continuaron la inspección. Los catapetos, que comprimían a las víctimas por el pecho entre dos tablones por medio de tornillos, estaban en orden, y también le echaron sebo derretido a los tornillos. Tantearon las poleas que pendían del cielo raso, donde las víctimas, atadas con los brazos por detrás con un peso en los pies, eran levantadas en alto por las manos, aumentando el peso gradualmente hasta que las clavículas y demás huesos de los hombros se quebraban. Los garrotes, consistentes en banquetas con aros de metal y tornillos donde tronchaban y estrangulaban lentamente al sentenciado. Los cepos, las pinzas, las mordazas; todo en orden.

Por fin llegaron al potro, o caballo de palo. Era una especie de camastro alto. Allí, la víctima era atada desnuda, acostada de espaldas y estirada de piernas y brazos muy lentamente hasta desmembrarla en cuatro partes. A diestra y siniestra del potro estaban los ataúdes, con unos garfios de hierro dentro para sujetar

el cuello y el cuerpo de la víctima, mientras que por un embudo con largo tubo de seda, que llegaba hasta el esófago, le echaban agua hasta que le estallaban las entrañas.

Estos instrumentos de tortura no eran usados solamente por la Santa Inquisición, sino también para castigar faltas civiles y criminales.

Una vez concluido el inventario, las víctimas fueron traídas a la cámara de las torturas. Un tambor había empezado a batir muy pausada y suavemente con el ritmo de un péndulo.

Frente a los endriagos de tortura había una larga mesa con tres sillones de espaldar alto. Por una puerta contigua, *Barrabás* entró primero y colocó *La Cartilla*, el *Manual de tormentos* y el *Registro Penal* sobre la mesa. Tras él, el inquisidor y dos testigos, cada uno de los tres llevando un candelabro con una candela encendida que pusieron sobre la mesa. Villalba se hallaba en medio, con un testigo a cada lado. Los tres, así como *Barrabás*, estaban completamente cubiertos por un balandrán negro muy ajustado que les llegaba hasta los pies, y sus cabezas y rostros cubiertos por un alto cucurucho con sólo dos orificios ovalados para los ojos. Los verdugos, todos de taparrabo y enmascarados, con chichotes y látigos en la mano y dagas en la cintura.

Los prisioneros estaban divididos en líneas, dando frente a la mesa: una fila de blancos, otra de mestizos y otra de indios y africanos; mujeres y niños inclusive. Algo más de un centenar entre todos.

Callaron los tambores y siguió un bombo fuerte y lento; pero pasados unos instantes todo quedó en silencio. A la luz de las candelas y de los braseros, Villalba tomó *La Cartilla*, la abrió al acaso y, sin mirarla, principió a perorar en voz lenta, trémula y resonante:

—*Christi nomine invocato!* Se abre el proceso. Sabed: En casos de herejía flagrante o de crimen de rebelión contra la corona no se requiere informantes, acusación, defensas, ni proceso, ni es necesario escuchar a los reos. Muerte inmediata por medio de



tortura y sin la gracia de los sacramentos es el *dictum* canónico para la purgación de tales pecados.

La mayoría de los prisioneros estaban amordazados, oyéndose ruidos feos y guturales, y todos se esforzaban por permanecer quietos, temerosos de los látigos y las puyas.

—Desnudad a los pecadores—ordenó Villalba.

Rápidamente, con dagas y cuchillos, los verdugos les cortaron las vestiduras, y cuando terminaron, resonó otra vez la voz de Villalba, pero ahora en tono conrito y de conmiseración:

—Pobres pecadores, escuchad: un inquisidor, un juez, no debe dejarse impresionar por las lágrimas. Aquí lo dice *La Cartilla*. Pueden estar seguros de que yo siento profunda pena por ustedes, que lo lamento por sus almas. Pero ustedes han caído en el monstruoso pecado de rebelión. No importa, pues, cuánto me duela personalmente: ustedes tienen que ser castigados. Me duele, me sangra el corazón tener que proceder así.

Hizo una pausa y prosiguió:

—¡Ah! Pero la ley es la palabra, es la voluntad de Dios, y tiene que cumplirse. ¡Amén!

Hubo quejidos y chillidos, pero los rebenques y vergajos pronto restablecieron el silencio, y Villalba continuó con voz aún más lúgubre:

—*Christi nomine invocato!* Yo pronuncio esta sentencia: Juan el Greco, oficial del Ejército real, desertor, tirano y rebelde, que sea cuarteado en el potro. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. ¡Amén!

El Greco, al frente de su línea, permaneció impávido. Sabía lo que le esperaba y estaba listo. Cuando era llevado hacia el potro, al pasar casi al frente de Villalba, le lanzó un salivazo y le gritó:

—¡Hijo de puta! ¡Cobarde!

Inmediatamente los verdugos le azotaron y amordazaron, pero Villalba les hizo una señal y les dijo:

—No le amordacen, quiero oír chillar como un cerdo a ese valentón.

El Greco era bajo, cuadrado, sólido y muy poderoso. A pesar de su brazo quebrado y mal atendido, de los grillos y cadenas, de una sacudida con todas sus fuerzas aventó a los verdugos derribando al suelo a dos. Sin embargo, como eran tantos y armados con pinzas, vergas de toro, azotes de cuero planos y cachiporras, fácilmente le sujetaron, acostándole y amarrándole al potro.

Cuatro cuerdas enceradas, que venían de dos cilindros situados debajo, fueron anudadas diestramente a las extremidades, y varios verdugos, a cada lado en las maniguetas, hacían rodar los cilindros. Principiaron la operación del cuarteo al ritmo de pausados golpes de bombo. Dos trinquetes con fiadores sostenían diente por diente las ruedas de los cilindros, mientras éstos cobraban cuerda estirando a la víctima pulgada por pulgada. Los golpes del bombo eran muy lentos e iban creciendo en intensidad. Pronto el rostro de El Greco comenzó a hacer muecas involuntarias con espasmos de dolor y todo su cuerpo principió a sudar copiosamente y a crujiir con la tensión creciente. Sus insultos eran cada vez menos inteligibles y su jadear más profundo, mientras el bombo batía más fuerte y tenebroso a medida que más lentamente se movían las ruedas de los cilindros, crujiendo, traqueando y requiriendo cada diente más y más presión de las maniguetas.

El Greco ni lloró ni chilló, solamente lanzó maldiciones insultantes y centellas hasta que ya no pudo más porque sus huesos principiaron a quebrarse. Villalba ordenó que pararan.

—Pregúntele a ese pecador si quiere hacer acto de contrición.

Los verdugos soltaron las maniguetas y las llavecillas de los engranajes; de pronto, El Greco se redujo a su tamaño natural; pero a pesar de sus terribles dolores no hizo más que repetir sus insultos.

Villalba dio otra señal y el descuartizamiento empezó otra vez, lento, implacable, al sonar del bombo, hasta que por fin las extremidades comenzaron a desprenderse chorreando y pringando sangre y pedazos de carne.

Todos los prisioneros miraban horrorizados, pero no podían gritar por las mordazas. Los demás soldados, compañeros de El Greco, contemplaban impasibles esperando su turno. Y así fue. Los oficiales y sargentos le siguieron en el potro, los demás blancos fueron a la rueda o a los catapetos, poleas o ataúdes.

Villalba declaró a los indios y africanos exentos de torturas, puesto que la Santa Inquisición preveía que los primeros eran semirracionales y los segundos irracionales; por tanto, solamente fueron atados por las extremidades en pequeños grupos y tirados por la rampa al océano, junto con los cadáveres y pedazos de cuerpo de los blancos torturados.

Los gallos anunciaban el alba cuando la operación terminó. Todos los nombres y sentencias de los ejecutados, desde El Greco hasta el último niño africano, habían sido debidamente inscritos en el *Registro Penal*.

Finalmente, lo firmaron *Barrabás* y los testigos, y Villalba chorreó lacre derretido sobre el instrumento, le apretó el sello del Tribunal y después de soplarlo, cuando estuvo seco para ver si estaba bien la impresión, lo leyó a media voz:

—*Judica causam tuam exurge, Domine.*

Cerró el infolio, se quitó el gabán y el capirote. Su rostro estaba pálido y demacrado. Sus ojos tenían una mirada distraída. Era obvio que se hallaba casi agotado, pero una extraña urgencia parecía impelerle a pesar suyo.

Finalmente, a solas, salió de la prisión y se encaminó hacia la catedral, donde apoyado en un escaño cayó de rodillas, como en éxtasis o dormido.

## XXIX

Después que Salguero pidió al maestro Miramón el cartucho para el brazo de Bermejo y también las catapultas, se reunió con Quezada y los otros tres oficiales restantes de los ocho originales. Las tareas y responsabilidades se repartieron, e

inmediatamente, bajo la tormenta, empezaron a trasladar rápida y organizadamente el cuartel general a la loma de San Cristóbal.

Un ristra de mulas tirando de artillería, arcones y maderos, y otra cargando barriles con agua y vino y fardos de vitualla, iban subiendo a la loma antes de la medianoche, en absoluta oscuridad, ayudados por algunas linternas sordas y favorecidas por la lluvia.

El maestro Miramón, cuando terminó el cartucho, con la ayuda de varios soldados expertos construyó las catapultas. El entusiasmo y la actividad eran incansables. Durante toda la noche, las ristras de mulas y soldados no pararon de ir y venir desde el rancho a la loma. Mulas y Más mulas cargadas iban y venían hasta que el último ladrillo de oro había sido transportado a eso del amanecer.

El miércoles 23 de abril era el día de San Jorge.

Amanecía claro, pero el sol no podía salir de por entre las nubes. A ratos parecía que ya iba a salir, pero más nubarrones volvían a ocultarlo.

Temprano en la mañana, Bermejo despertó todavía en el rancho y ordenó que todos los heridos y contusos se fueran para Ancón, y en una de las barcasas, a Taboga. Con los restantes doscientos tres soldados esperaría en la loma hasta que la flota viniera.

Ya en la loma, Bermejo, haciendo de tripas corazón y moviéndose sin cesar, inspeccionó la artillería que tenían montada y estaban montando, los hoyos, barricadas, parapetos y puentes, pues abundaban los troncos y las piedras. Estaban atrincherándose desde la mitad de la loma hasta la cima, que era casi redonda, plana y de unos cien pies de diámetro. Allí montaron dos de las catapultas, detrás de parapetos y murallas construidas con ladrillos de oro. Otras dos catapultas fueron emplazadas unos cuarenta pies más abajo de la cumbre, en un recodo, entre dos hondonadas, hacia el lado de la ciudad, donde la loma era más empinada.

Cada pelotón, encargado de un punto estratégico, tenía su equipo de armas, agua, municiones y demás, pero el depósito

principal de abastos estaba un poco abajo de la cima, en una cavidad rocosa, al lado del mar, protegida por un alto precipicio.

Dos atalayas en la cima, con los cilindros, escudriñaban mar y tierra.

Descansado y bien desayunado, ignorando el dolor de su brazo, Bermejo inspeccionaba entusiasmado, alentando a los soldados por sus brillantes operaciones. Estaba pálido y los ayudantes le pidieron que se acostara allí, en la cima, y reposara, pero él, obstinadamente, rehusó y continuó yendo y viniendo, dando órdenes e infundiendo ánimos.

—Nosotros somos doscientos, ellos serán más de dos mil. Diez contra uno. Pero nosotros desde aquí los veremos venir y los haremos pedazos. Desde aquí podemos aguantar un sitio muy largo mientras vienen los barcos. Soldados, ustedes los que han hecho entradas conmigo, recuerden que siempre hemos sabido salir de situaciones increíbles, al parecer insuperables. Hemos cruzado la Puna y praderas y llanos infinitos. Hemos subido y bajado los Andes y nos han arrullado sus vientos y nieves eternas. Y hemos sabido salir cien veces de ese infierno de la selva... , y siempre han sido veinte y cien contra cada uno de nosotros ... Esta es bella como una justa. ¡Una batalla inmortal! Husmeo la victoria. Una gran victoria...

Hablaba con tal fervor y convicción, que sus soldados, aunque se daban cuenta de estar embotellados, cobraban ánimo y esperanzas.

San Cristóbal era una pequeña loma de cuatrocientos pies de alto, pero muy escarpada, cónica y arcabucosa. Era un nido de reptiles con sesgos, cantiles, rocas, quebradas y guindos con fondos lodosos muy resbaladizos.

Muy temprano en la mañana, cuando el alto mando de la ciudad conoció el movimiento de Bermejo hacia la loma, se reunieron precipitadamente.

—Caballeros—pricipió el obispo—, no sé, en verdad, cómo interpretar esto. Quizá desde arriba ellos intenten amagar

la ciudad y bajar a quemarla al venir su flota, pues allí la verán llegar desde muy lejos.

—Yo creo—dijo el capitán Meneses—que Bermejo se siente débil. Esta es la hora en que sabe que capturamos cuatro de sus barcos capitales y estoy seguro que éste es un último pasó desesperado.

—Sin embargo, capitán—dijo el obispo—, ¿no podría ser al contrario, que se siente más fuerte de lo que creemos y sólo intenta usar la loma como punto de observación y trampolín para mantenemos en jaque hasta ver venir su flota?

—Reverencia—le contestó—, fuerte o débil no debemos esperar que Bermejo nos ataque a la hora y manera que le dé la gana. Yo quiero atacarle inmediatamente con una sola e implacable batalla hasta el fin. Todo el día de hoy, y mañana, y pasado mañana, hasta que lo hagamos mierda. Perdona, reverencia. Debemos recordar que las tropas de Nombre de Dios estarán aquí, puede que hoy, si no mañana, o a más tardar pasado mañana.

Y así, pronto las fuerzas de la ciudad comenzaron a movilizarse. Meneses dividió su ofensiva en dos columnas para atacar la loma a diestra y siniestra y bombardearla por el frente.

—¡A la carga!

—¡Santiago y a ellos!

La mañana se había despejado y la gente gritaba saliendo por centenares a las calles y plazas. La batalla tendría lugar a tal altura, que toda la ciudad podría contemplarla como en el escenario de un inmenso teatro. El populacho se mostraba atrevido y la perspectiva inminente del enorme espectáculo les enloquecía.

Una de las columnas de la ciudad la mandaba el capitán Almaraz. Saliendo de la fortaleza, avanzaron con fanfarria de campanas, banderas, tambores, trompetas, petardos y vítores por la Plaza Mayor.

Bermejo los vio venir y los dejó llegar hasta el pie de la loma y extenderse a su gusto. Cuando habían subido buen trecho disparando arcabuces, les abrió fuego la artillería de la loma y

acto continuo siguió una avalancha de rocas. Tras la artillería y la avalancha, algunos piquetes de soldados les cayeron encima y en menos de lo esperado las fuerzas de Almaraz desaparecieron con numerosas bajas.

La mayoría de los indios, africanos e irregulares regresaron corriendo a la ciudad, pero Almaraz, que iba al frente del ataque, concentró sus fuerzas de regulares hacia el polvorín, un pequeño fuerte abandonado cerca del puente del Matadero.

Al mismo tiempo que Almaraz se retiraba, Bermejo notó el avance de nuevas fuerzas viniendo sobre la calle del Obispo, y otra columna que avanzaba sobre el camino de Ancón.

El capitán Meneses arengaba a sus hombres:

—No tengamos urgencia. Están atrapados. Traidores, temen bajar a pelear. No importa. ¡Los exterminaremos allá arriba! ¡Santiago y a ellos!

—¡A la carga!

—¡Adelante, muchachos!

Cuando Meneses iba aproximándose a la loma, principió a extender sus hombres en arco, y en vez de ascender, se dedicaron a montar piezas de artillería como un collar de varias filas, al mismo tiempo que levantaban obstáculos, estacadas y parapetos. Y sin perder tiempo, la artillería había comenzado a bombardear la loma. Almaraz, con sus fuerzas, se replegó a Meneses, y como tenían pólvora y metralla en abundancia, el bombardeo de saturación no cesaba, mientras más y más piezas de artillería, cada vez más potentes, iban siendo progresivamente emplazadas y entrando en acción.

—¡Vamos a bombardearlos y asaltarlos por todos lados, sin cesar! Su pólvora no puede durarles mucho tiempo. ¡Morcilla los haremos!—gritaba el capitán Meneses, ansioso de recobrar su prestigio.

El cañoneo continuaba creciendo. De cuando en cuando paraba de un lado o de otro para darles lugar a los pelotones de asalto, pero cada vez que subían eran repelidos con fuertes pérdidas.

Poco antes del mediodía el cielo había clareado. Sólo algunas nubes retrasadas continuaban en vuelo rápido hacia el Oeste. La ciudad, bajo el mando del capitán Meneses, estaba toda movilizada. La mayor parte de sus fuerzas rodeaban la loma. Hasta las mujeres y los niños ayudaban pasando piedras, llevando materiales y argamasa para construir parapetos y preparando y distribuyendo alimentos.

Parecía más bien carnaval o feria que batalla. Estruendo y movimiento de cañones, morteros, arcabuces; carreras de ballesteros, lanceros, flecheros..., agrupándose, desplegándose. Música, trompetas, clarines, campanas, arengas. Desde el obispo y oficiales reales hasta los africanos cimarrones, todos estaban exaltados, febriles, con el fragor de la batalla. Entre el estruendo de las armas de fuego y el vocerío se oían oraciones, cantos y juramentos y toda clase de abusos e insultos contra el Ejército de la Libertad, que se mantenía inexpugnable, rechazando todos y cada uno de los asaltos con fuertes bajas.

La batalla continuaba con ferocidad, y los de la ciudad estaban muy lejos para poder estar segura de la victoria final, no obstante la enorme superioridad en armas, elementos y tropas.

—Parece, digo, parece—comentaba el inquisidor Villalba bastante nervioso—que esta batalla, bueno, parece que corre peligro... El resto de su flota puede aparecer de un momento a otro. Quizá...

El obispo le miró con desprecio y le dijo:

—¡Dios pelea a nuestro lado!—y se apartó dejándole solo.

A eso del mediodía el sol brillaba esplendorosamente. Todas las nubes habían desaparecido cuando el teniente Pinzón regresó a la ciudad trayendo la cabeza de Hernando y además su contingente de hombres y perros de guerra. Depositó la cabeza en el Cabildo, y ardiendo de fiebre, dolorido y exhausto, cayó postrado.

Poco después del regreso de Pinzón, ocurrió algo más grave aún para el Ejército de la Libertad.



Las fuerzas que el virrey había enviado desde Portezuelo al mando del capitán Caballero, consistentes en ciento ochenta soldados blancos con artillería de campo y cuatro docenas de perros de guerra, entraban a la ciudad por el puente del Rey.

### XXX

Pasada la hora sexta, el sol enceguecía. La tierra mojada despedía vaho caliente. El mar—océano sesteaba en abandono. El aire ni se movía. Era una pausa tórrida. Todos los párpados se cerraban. Todos buscaban la sombra. Los cerdos roncaban, los perros dormían. Hasta la artillería descansaba bajo la incandescencia del sol.

Bermejo, de pie sobre la cima de la loma, gritaba:

—¡A ti, San Jorge, hermanazo, hoy que es tu día, te dedico esta batalla! ¡Y gran batalla que será!

Soltando el barboquejo, se removió el yelmo de dos puntas.

—Voy a sestar un momento—les dijo a unos soldados, escogiendo una trinchera tras de una de las catapultas con parapeto de ladrillos de oro escondida tras de las enmarañadas ramas de unos árboles retorcidos por el viento—. ¡Por San Jorge! No yo cambiaría la dicha de vivir este día por mil años de estúpida vida cotidiana—y continuó soltándose el gorguete—. ¡Esta es la gloria en la tierra! Hasta el sol ha salido para contemplar esta batalla.

Mirando despacio a los soldados en derredor y sonriendo de buen talante, tomó un ladrillo de oro y lo tiró lejos de la cumbre hacia el océano, increpándole:

—Toma, cabrón. Toro viejo. Hijo de la gran vaca pinta. Despierta, pendejo. Arréame esos barcos. Mira que te ofrendo oro sólido.

Algunos de los soldados habían preparado, a manera de cama, unos ladrillos de oro en la trinchera por la catapulta, cu-

briéndolos con pequeñas ramas y extendiendo sobre ellos varios capotes a manera de colchón para el mariscal.

El muñón del brazo amputado de Bermejo estaba túrgido y se tornaba violáceo hasta más arriba del cartucho de bronce. El estaba casi agotado y con fiebre, y el dolor que trataba de disimular apenas le permitía mantenerse en pie. En calzoncillos se tendió sobre los capotes, pero no podía dormir. Daba vueltas, jadeaba y pujaba roncamente por el dolor, un dolor que crecía más fuerte, aunque su indomable afán y su voluntad de triunfar dominaban su necesidad de sueño y de descanso.

Uno de los soldados que le asistía se dio cuenta, y sacando de su mochila un saquito de hojas de coca se las ofreció. El las tomó en su mano y le dijo:

—Un poco de vino primero—y tragó con avidez del chorro de una bota.

Después, con sus hinchados párpados medio abiertos, miró lentamente a su alrededor, sobre el paisaje: dos eternas sabanas, aguamarina y esmeralda, fundiéndose bajo el sol alucinante. Y por un momento no podía orientarse. Dado las seiscientas y tantas millas de vueltas en forma de S del istmo de Panamá, allí el Este parece ser el Oeste, y viceversa. En la ciudad de Panamá, el sol parece salir en el Pacífico y ponerse al lado del Atlántico, confundiéndose frecuentemente el sentido de la orientación. Así, pues, medio confundido, morosamente, semiagotado, de manera subconsciente, Bermejo enrolló varias hojas de coca entre sus dedos, se las metió en la boca y principió a masticar con desgana. Se reclinó sobre los capotes en la cama de ladrillos de oro. Los soldados que le asistían cortaron algunas ramas y las acomodaron de modo que le cubrían con sombra el rostro y la mayor parte del cuerpo.

Gradualmente, el rictus de dolor fue desapareciendo del rostro adusto y un halo de goce comenzó a iluminarle a medida que tragaba salivaciones impregnadas del amargo y mágico jugo. La coca, como un hada, veló en su cerebro todo el presente de dolores, fatigas y preocupaciones, inundándole de serenidad y

sueños sin tiempo. Un coro de visiones revoloteaba a su lado: mujeres. Todas las mujeres de su vida errante, odaliscas moras, vírgenes incas, cortesanas europeas. Pródigas, ondulosas, en coro, lo ungían mimándolo con exquisitas lisonjas; preparándole a él, dios de la guerra, para su fantástica batalla, la más original batalla de la historia humana. Jamás antes, en todos los tiempos, se había peleado una batalla con parapetos, muros y proyectiles de oro sólido. ¡Ah! Pero ésta era la batalla por la libertad del Nuevo Mundo. ¡Arcángeles de la guerra! ¡Demonios de la guerra! ¡Gloria! ¡Victoria! ¡Albricias, Juan Bermejo! ¡Mariscal del Nuevo Mundo! ¡Marqués de California! ¡Señor de El Dorado! Tus sueños son verdad. Aquí está tu imperio. Goza tu imperio. Aquí está tu montaña de oro: toneladas y toneladas y toneladas y toneladas de oro...

Quizá duraría lo que un hilo de arena tarda en escurrirse acariciando la apretada cintura de la clepsidra. Pero para Bermejo fue una eternidad colmada con la vivencia de un instante inmortal de felicidad.

Medio despierto, sentóse por un momento. Sus ojos se abrieron poco a poco y parpadearon, pero otra oleada de sueño con la cantiga de una sirena lo atrajo entre sus brazos, sintiendo el dulce deseo de seguir dormitando sobre sus senos... y que estallara el mundo..., porque, en efecto, la tierra traqueaba y el aire retumbaba con el estruendo del bombardeo que había comenzado otra vez. Y en la penumbra del sueño, allí mismo o quizá a mil años de distancia, le parecía escuchar palabras portentosas porque un demonio con una trompeta acompañaba a un ángel que gritaba: ¡Salve, salve, Hipnos, dios de la cabeza alada y hermano de la Muerte! La Muerte, que cura para siempre de esta locura de la vida..., porque ella es gloria y es victoria...

Pero el fragor de la batalla le despertó completamente, y saltando en pie, le ayudaron a vestir su armadura; otra vez, elástico, descansado, sus narices se expandieron como las de un caballo de guerra con el vértigo de la batalla. Se metió otro rollo de hojas de coca entre un carrillo y oteó calculando la situación.

La pausa la había aprovechado el capitán Meneses para barajar sus fuerzas con las tropas recién llegadas y traer cañones y morteros más pesados. Los centenares de indios y africanos, con flechas y macanas, habían sido divididos en grupos, y en su mayoría enviados al otro lado de la loma, donde era más escaparda y selvática y la artillería no podía emplazarse.

Antes de lanzar el asalto general, Meneses ordenó un bombardeo de saturación, y toda la artillería que tenía frente a la loma abrió fuego con descargas acompasadas de varias baterías aquí y allá formando un estruendo rítmico y al parecer devastador, pero en realidad era más espectacular y excitante para la multitud que dañino para Bermejo. Muy pocos proyectiles llegaban hasta la cumbre y los demás no hacían el daño que su estruendo representaba. Oportunamente, Meneses ordenó suspender el bombardeo y una oleada de varios centenares de soldados, irregulares, indios y africanos por todos lados acudieron hacia la loma. Pero antes de llegar a las propias faldas, de pronto, como brotando de la tierra milagrosamente, apareció un golpe de caballería al mando del capitán Salguero y deshizo completamente el ataque, deorganizando las fuerzas de la ciudad, por lo inesperado y violento de la carga de la caballería tan bien armada.

Salguero se echó sobre el piquete de avanzadilla comandado por el capitán Almaraz, quien temerariamente, en vez de apartarse o cubrirse, él sólo se lanzó al ataque para encontrar la muerte atravesado por la lanza de Salguero. La caballería, con sus lanzas y sables, continuó matando a diestro y siniestro y sembrando el terror. Sin embargo, su impacto paralizador no duró mucho tiempo, puesto que eran solamente treinta y uno. Aunque Bermejo quiso haber bajado en su ayuda, se dio cuenta del peligro de abandonar sus posiciones y del creciente número de los enemigos, y con gran dolor contempló su caballería desaparecer entre la abrumadora multitud de tropas enemigas sin haber siquiera penetrado hasta las barricadas, pero haciéndoles perder tiempo y moral al destruir su primer gran asalto.

Mientras la caballería avanzó, el caballo de Salguero cayó con una jabalina en el codillo, y una vez en tierra se armó un tumulto a su alrededor. Le hicieron albóndigas con hachas, alabardas, macanas y picas. Así cayeron también los capitanes Nica y Chávez y casi todos los lanceros. Sólo una media docena de ellos logró escapar a la loma.

La ciudad había instalado su comando en un viejo caserón de adobe, sobre una pequeña prominencia hacia el lado de los establos, detrás de las barricadas y en un lugar que dominaba una vista sobre toda la ciudad y sobre los emplazamientos de artillería.

La carga de la caballería había sido tan inesperada y oportuna, que desorganizó completamente los planes del capitán Meneses, y toda la plana mayor se reunió precipitadamente.

—¡Puñeta! ¡Hijos de la gran puta!—rugía Meneses frente al obispo y demás oficiales—. Ese Bermejo me ha burlado de nuevo. Se ha cagado en mi rostro. Me ha escupido en la boca. Desgraciado. Traidor. Rufián de mala fe. Yo estaba seguro de que esos caballos los tenían escondidos en la selva para su última huida. ¡Puñeta! Si yo soy más caballo que esos caballos. ¡Qué imbécil soy!—gritaba desafortunadamente, golpeándose el peto.

Tenía el rostro tan rojo, que parecía se le iban a salir los ojos de sus órbitas.

—Mi querido capitán Meneses, por favor, domine su justa furia—le decía el obispo—. No sólo le han engañado a usted, sino a todos nosotros. Así es la guerra. Pero la han pagado con sus vidas y ahora sí que los tiene usted entrampados. Ya no podrán huir. Bermejo es suyo.

Meneses se calmó un poco y principió a reorganizar tácticas y dar órdenes para otro asalto inmediato.

Bermejo intentaba usar los ladrillos de oro en última instancia si era necesario y sólo para seguirse manteniendo hasta el caer de la noche, dándole así más tiempo a la flota. Por eso decidió en el intervalo después de la carga de Salguero probar y graduar los ángulos de elevación de los mecanismos propulsores

de las catapultas. Además, quería ver el efecto que los ladrillos de oro producían en manos del populacho.

Así, pues, uno, dos, cuatro, ocho ladrillos disparados sin ruido parecían exhalaciones o chispas de sol. Llegaban muy largos por lo empinado de la loma y lo bien construido de los resortes de acero de los brazos y los gruesos cables de cuero crudo retorcidos de las catapultas. Y como no explotaban, ni humeaban, ni quemaban, algunos cayeron en terreno duro. Varios soldados que estaban cerca, temerosos, los levantaron y asustados descubrieron que eran ladrillos de oro. Inmediatamente se armó un torbellino. La novedad se extendió como relámpago, produciendo una excitación casi histórica. «¡Oro!», gritaban todos. Un sargento recogió uno de los ladrillos y corrió hacia el capitán Meneses.

El capitán suspendió inmediatamente sus órdenes de asalto. El obispo y los demás oficiales presentes se quedaron paralizados de horror. Por un momento nadie habló.

—¡Esto es horrendo!—exclamó el capitán Caballero—. Es oro de su cesárea majestad. ¡Y esos traidores capturaron ochocientas zurrondas en las Cruces!

—Así es—dijo el tesorero Gómez de Anaya—. Ya había yo informado que un capitán Salguero había capturado el cargamento de oro de su majestad. Pero yo entendía, bien; pero yo entendía... ¡Ah!...—hizo una pausa y continuó—: Sí, sí, en efecto, yo les oí decir que ese oro estaba ya en Ancón...

—¡Ay Dios mío!—dijo el obispo, levantando sus manos regordetas en oración—. ¡Oh Dios, Señor Todopoderoso, te ruego que salves el oro del emperador! ¡Ah, sería una pérdida nefasta para su alteza el virrey!

—No sólo para Gasca—interrumpió el inquisidor Villalba—, aquí todos somos igualmente responsables de ese oro. Y, a Dios gracias, que ese Contreras fue tan estúpido. Y gracias a mí, pues yo le traje a la ciudad, de lo contrario Panamá ya estaría quemada y todos nosotros ahorcados...

—¿Usted, señor Villalba? ¡Ah, sí, usted lo trajo a la ciudad!... ¡Ja, ja, ja! Le fue a buscar al camino de Nata. ¡Ja, ja!...—Gómez de Anaya se rió a carcajadas y dio la vuelta.

Villalba cerró los ojos con un pequeño estremecimiento nervioso que le erizaron los pelos con un escalofrío. Miró con rencor a Anaya, pero bajó los ojos y se quedó mirando al suelo. Intentaba hablar; pero otro soldado irrumpió con otro ladrillo de oro, informando que el pueblo se amotinaba en desorden general tras los ladrillos de oro.

—¡Qué atrocidad!—tronó la voz de Meneses—. Yo le voy a poner fin a semejante treta. Ese hijo de puta de Bermejo todavía tiene pólvora, proyectiles y rocas. Si creyera que ya estaba perdido hubiera salvado los caballos para la escapada. Ese cabrón, pues debe haber visto su flota venir y está disparando esos ladrillos de oro para crear el tumulto y el desorden y ganar tiempo. Desgraciado. Pérfido. ¡Y bien que lo está logrando, puñeta!

Meneses gritaba casi fuera de huelgo, ciego de ira por sentirse burlado por cuarta vez por los ardides de Bermejo.

De pronto se contuvo, y cambiando de tono, se dirigió al capitán Caballero:

—Capitán, principie inmediatamente un bombardeo de saturación y que ordenen por bando a todo el mundo devolver esos ladrillos bajo pena de muerte con tormentos. Y ahora mismo voy a ir al frente de este asalto. ¡Esta vez voy a matar a Bermejo con mis propias manos!

Muy pronto se olvidaron de los ladrillos de oro porque la loma sólo disparó unos cuantos y el bombardeo principiaba de nuevo con más poderosos cañones y morteros recién instalados, que inspiraban terror con sus estallidos, fagonazos, retumbas y las nubes de humo que se cernían creciendo sobre la ciudad como dosel errátil y apestante a pólvora, mientras la tierra temblaba, ya que el bombardeo en vez de amainar crecía más nutrido, y ahora muchos de los proyectiles y granadas llegaban hasta la propia cima de la loma.

Por fin, Meneses, impaciente, ordenó suspender el bombardeo, y él, a la cabeza de las fuerzas asaltantes, fueron rodeando como una gorguera la loma, tratando de apretarla. Meneses sudaba y maldecía, montando cada vez más en furia, a medida que la loma se iba tornando más escarpada y resbalosa; cuanto más sus tropas se quedaban en zaga, ya que él continuaba resbalando y subiendo tan tenazmente. Ya sólo le seguía un puñado de valientes apenas, pero a él no le importaba. Espada en mano vociferaba y ya sólo a unos sesenta pies de la cumbre se detuvo en un pequeño recodo plano para retar a Bermejo en singular batalla. Bermejo le había visto venir y ordenó que no le atacaran porque avanzaba solo, ya que las tropas de la ciudad se habían quedado muy abajo. Como Bermejo escuchara los insultos y el reto, le gritó aceptando, y acto continuo empezó a descender por un tirabuzón de andamiajes de troncos, tablonés movédizos y puentes de maroma entre las brechas y barancos de la casi vertical cimera.

El recodo plano hasta donde había ascendido Meneses estaba propiamente bajo un paredón, arriba del cual estaba emplazado un mortero, a unos treinta pies de altura. El capitán Ruy Quezada y seis arcabuceros estaban a cargo del puesto, pero ya no tenían más metralla ni pólvora; al ver a Bermejo aproximarse, Quezada, en una repentina decisión, con sus hombres, usando los arcabuces y lanzas como palancas, de un solo empujón tumbaron el mortero con todo y cureña, arcón metálico y parapeto de ladrillos de oro sobre Meneses; pero, simultáneamente, una tajada de la ceja del paredón también se desprendió, llevándose a Quezada y sus hombres junto con el mortero, arcón, rocas y ladrillos de oro, que cayeron sobre Meneses y los suyos, rodando en una avalancha casi hasta el pie de la loma. Por unos cuantos instantes casi también arrollan a Bermejo.

Los cadáveres lacerados fueron recogidos aquí y allá, al pie de la loma, y llevados al cuartel general.

Cuando el obispo vio el cadáver de Meneses y los demás oficiales y soldados de ambos lados, todos mugrientos, destrozados e irreconocibles, cayó de rodillas frente a ellos y ante los



enmudecidos circunstantes alzó sus ojos y sus manos, rezando en voz alta:

—Señor Jesucristo, danos paz. ¡Cuántos miles de españoles nos hemos asesinado torpemente en estas guerras civiles! Cuatro, cinco veces más hemos muerto peleando entre nosotros mismos en este Nuevo Mundo que los que murieron para descubrirlo y conquistarlo... ¡Ah Señor, somos de la misma masa de Abel y Caín!... Perdónanos, pues, y considera que nuestros huesos son la argamasa y nuestra sangre el abono que harán prender y fructificar tu reino en este continente virgen, por todos los siglos de los siglos. ¡Amén!

Se puso de pie, y arrimándose a cada uno de los cadáveres, murmurando en latín, les echó bendiciones y les hizo la señal de la cruz sobre el rostro.

Inmediatamente, el capitán Caballero tomó el mando de la ciudad y principió a dar órdenes. Era un militar de carrera, aunque de veintitantos años de edad, pero de experiencia y equilibrado juicio. Reagrupó sus hombres, cambió de tácticas, y después de la hora nona, con un asalto sostenido, sus fuerzas estaban llegando ya casi hasta los propios paredones de la cumbre.

Las bajas de Bermejo habían ido aumentando progresivamente. Su pólvora se había concluido, también los proyectiles, hasta las piedras sueltas y las rocas fracturables con los mazos se estaban agotando. Hasta las armaduras de los muertos habían sido lanzadas, ya que las fuerzas de la ciudad, implacables, llegaban hasta querer asaltar los barrancos de la cumbre. De pronto, principió el impacto mortífero de los ladrillos de oro, y por el horror que tuvo el capitán Caballero de que el oro se perdiera, ordenó retroceder y replegarse a sus fuerzas a las palisadas, contentándose con bombardear.

Bermejo, con la elegancia de un torero, se pasaba la muerte a diestra y siniestra, recorriendo todo su frente, ahora reducido al óvalo de la cimera y sus barrancos y paredones. Los proyectiles silbaban sobre su cabeza, las granadas estallaban a su derredor, las bolas de hierro al rojo una y otra vez chisporroteaban a sus

pies, pero él sonreía y gritaba inspirando y alentando al puñado restante de sus hombres. Allí había estado él donde los asaltantes arañaban subiendo, donde los perros de guerra asediaban, donde un soldado agonizaba para decirle la dicha de morir en batalla. Ni contaba ya las bajas ni le importaba la frecuencia de los proyectiles, cada vez más nutridos, estallando por todos lados. El solamente peleaba y gritaba con fruición de virtuoso, deteniéndose de cuando en cuando para otear el horizonte.

Desde la cumbre de la loma el resto del mundo parecía tan sereno, tan verde a un lado, tan azul al otro, tan luminoso arriba y tan lleno de vida y esperanza. Sólo la ciudad traqueaba. Respiraba a pleno pulmón el aire vigoroso de ozono, de salitre y de selva de pie sobre la catapulta, donde había dormido la siesta. El sol descendía por el tercer cuadrante. ¡Sólo tres vueltas más de la clepsidra y la noche los cobijaría con su manto protector y traería los barcos con el alma!... Así divagaba escudriñando los lomos del toro viejo cuando de repente uno de los vigías gritó:

—¡Mariscal! ¡Mariscal! ¡Tres galeones a la vista! ¡Sur—  
Sur—Sudeste!

—¡Velas!—gritó Bermejo, blandiendo su corta y recia espada romana—. ¡Sí, sí, son velas nuestras! ¡Victoria!—¡Que viva la Libertad! Gracias, San Jorge...

En aquel momento, la granada de un mortero llegó a posarse como una paloma a los pies de Bermejo, estallando y desintegrándose en un instante. Le hizo totalmente añicos. Pringues de cerebro y sangre, fragmentos de armadura, piezas de catapulta, ladrillos de oro, rocas, tierra y humo volaron en el aire en un solo hongo, dejando apenas un pequeño cráter donde hacía unos instantes el mariscal de campo del Ejército de la Libertad del Nuevo Mundo gritaba «¡Victoria! Gracias, San Jorge...».

Sus soldados continuaron la batalla hasta que ya no hubo más piedras ni ladrillos de oro que lanzar y hasta que todos fueron muertos o heridos. A la hora del crepúsculo fue tomada la cumbre de la loma. Veintinueve entre heridos y exhaustos de los soldados de la Libertad fueron capturados vivos solamente, pero

dieciocho de ellos perecieron aquella misma noche, sobreviviendo once tan sólo.

La noche del 23 de abril de 1550, día de San Jorge, fue tranquila, balsámica y estuvo llena de estrellas. Pero Panamá estaba demasiado perpleja para disfrutarla porque aunque la población sentía el alivio de una gran victoria también estaba agobiada con el peso de tan grandes pérdidas de vidas y haciendas.

—¡Qué hecatombe tan absurda!—decía el obispo—. Más muertos entrambos lados que habitantes tiene la ciudad. Todos hemos perdido algo. Nadie ha ganado nada... Y hermanos contra hermanos. ¡Dios mío, perdónanos!

Poco antes del amanecer toda la población fue movilizadada de nuevo para recoger, limpiar y recontar los ladrillos de oro del emperador, bajo pena de muerte con tortura para quien escondiera un ladrillo o no informara de un sospechoso, y premio de bendiciones e indulgencias plenarias para todos los que ayudaran e informaran sobre ladrones o sospechosos.

No se perdieron más que cincuenta y un ladrillos.

Salvado el oro de su cesárea majestad, después se celebró el funeral en masa y la incineración de cadáveres. Los muertos de ambos bandos eran muchos, sobre todo europeos, aunque también había gran cantidad de indígenas, africanos, caballos, mulas y perros, imposibles de identificar en su mayoría. Tampoco era posible extraer a todos los caídos en quebradas y guindos por la loma.

La humedad y el calor pudrieron aquellos cadáveres y la hediondez flotaba asfixiante sobre la ciudad. Un tupido vuelo de zopilotes reverberaba incansable sobre la loma, y la población entera, supersticiosa, hasta evitaba no sólo pasar, sino ni siquiera mirar hacia la loma, que ya no volvió a conocerse con el nombre de San Cristóbal, sino con el de la Loma de la Muerte.

El viernes por la tarde el tufo estaba en su apogeo y las nubes de buitres giraban incansables sobre la ciudad cuando el virrey Gasca regresó a la cabeza de seiscientos y pico de infantería bien armados.

El sábado por la mañana, el virrey y el obispo celebraron un solemne *Te Deum* en la catedral. La población entera concurrió, llenando hasta la Plaza Mayor. Inmediatamente después del *Te Deum*, ese mismo sábado, largas filas de soldados e interminables recuas de mulas cargadas de oro avanzaban sobre el puente del Rey hacia Nombre de Dios. Más de cuatrocientas mulas habían desfilado al filo del mediodía.

Detrás de aquel primer tren de mulas y encadenados de dos en dos iban los once soldados capturados exhaustos, únicos supervivientes con los del *Alcatraz*, del Ejército de la Libertad del Nuevo Mundo. Los llevaban a España para las declaraciones y los juicios legales. Encadenado pie con pie a uno de los once iba el ex inquisidor Villalba, quien había sido sumariamente destituido y condenado a galeras por vida y sus propiedades confiscadas. El virrey rehusó escucharle y verle.

Todavía muy temprano en la tarde, otro largo tren de mulas salía de la ciudad. Ya la gente ni se molestaba en volverse para verlas. La ciudad de la Copa de Oro, con su estoico espíritu porteño, se había dedicado inmediatamente a recuperarse.

Y por allí, en medio del tren de mulas, el virrey, a bordo de un burro engualdrapado, dobló la esquina de la Plaza Mayor y lanzó una última y despectiva mirada a una jaula de bronce situada en el centro de la Plaza y que contenía la cabeza sin ojos de Hernando de Contreras con un rótulo en forma de corona: «Hernando Rex».

Así, pues, en la ciudad que su abuelo, el viejo Pedrarias, había fundado y que él mismo había salvado de las llamas, su cabeza se pudrió en la Plaza Mayor hasta que las hormigas y las chinches terminaron con los huesos y el viento y las lluvias borrarón las letras «Hernando Rex»... Pero las nuevas leyes de Indias nunca fueron realmente enforzadas, continuando por trescientos años la maceración y amalgama colonial de España en el Nuevo Mundo.

FIN

NOTA

Después de muy largos procesos seguidos en España, Panamá, Guatemala y Nicaragua, que forman numerosos infolios llenos de contradicciones, interpolaciones, omisiones y lagunas sobre la llamada guerra, alzamiento o rebelión de los hermanos Contreras, por fin el emperador Carlos V dictó una pragmática concediendo *cinco mil ducados* de su real tesoro para don Rodrigo y doña María de Contreras, en compensación por su lealtad y por las pérdidas sufridas en la rebelión de sus propios hijos y por sueldos atrasados. Después, don Rodrigo fue nombrado consejero de la corte virreinal de Lima, donde permaneció y fue muy prominente por el resto de su vida. Sus restos, al lado de los de doña María, todavía reposan en la capilla del convento de la Merced, en Lima.

Muerto Hernando y desaparecido Pedro, su hermano menor Basco de Contreras heredó el mayorazgo, fortuna y títulos, contrayendo matrimonio con doña Teresa de Ulloa, marquesa de Caracollo, y fue corregidor de Cuzco.

Su hijo don Pedro de Contreras casó con la nobilísima doña Bernarda de Mendoza, de la casa ducal de Béjar, sobrina del conde de Orgaz, el del famoso cuadro del Greco, y sobrina también e hija adoptiva del célebre virrey Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, quien nombró a don Pedro corregidor del Potosí o Alto Perú.

Finalmente, en el año de 1780, don Pablo de Contreras, el último descendiente masculino del mayorazgo, murió sin dejar hijos. Después de su muerte siguió un larguísimo embrollo entre los marqueses de Lozoya, de Quintanar y Campo Real sobre los derechos del mayorazgo de Contreras, hasta que don Victoriano de Chaves y Contreras, marqués de Quintanar, ganó el litigio del mayorazgo de la descendencia del buen rey don Hernando I del Nuevo Mundo.

Nueva York  
París  
1955-1966

## BIBLIOGRAFIA

Lista parcial de las obras consultadas. Los items indicados con asteriscos son de especial importancia para este trabajo.

ABBOT, Willis J.: *Panamá and the Canal*.

ALDANA Y GUEVARA, J. A.: *Mexican Nahuatl*.

ALTOLAGUIRRE, A.: *Vasco Núñez de Balboa*.

ALTAMIRA, Rafael: *España en América*.

\*ALVAREZ RUBIANO, Pablo: *Pedrarias Dávila*.

AGUADO, P.: *Historia de América*.

\*\*ANDAGOYA, Pascual: *Narrative (Hakluyt)*. Introducción de Markham. Muy importante para León viejo, Panamá viejo, Pedrarias, De Soto, Micer Codro, escudos de armas, etc., hasta 1546.

ANDERSON, I.: *vasco Núñez de Balboa*.

ANDRADE, P.: *Arte de Caballería de Gineta e Estradieta*.

ANGLERÍA, Pedro Mártir de: *De Orbe Novo*. 1516 (década II, libro IX, Castilla del Oro).

\*\*ANGULO IÑIGUEZ, Diego: *Plano de los monumentos arquitectónicos de América y las Filipinas*. (Vol. II: Guatemala, catedral de León viejo, Panamá viejo, etc. Contiene catálogo, historia y descripciones más tres grandes volúmenes de diseños y dibujos. Total, siete volúmenes.)

ARENAS, Pedro de: *Mexican Nahuatl*.

ARMSTRONG, Edward: *Emperor Charles V*, 2 vols. Oxford University.

AYÓN, Tomás: *Historia de Nicaragua*, 3 vols.

\*BALLESTEROS, Antonio: *Historia de España*. (Vol. IV: Nuevas Leyes.)



- \*BANCROFT, H. H.: *History of California. History of Central América.* (Vol. VII: Gasca, los Contreras, el tesoro, etc.)
- BAXTER, A.: *Hispanic Colonial Architecture*, 2 vols.
- BIEDMA, Luis Hernando: *Cartas de Hernando de Soto.*
- \*BOLTON, H. E.: *Coronado.* (Juan Bermejo, Gran Cañón, etc.)
- BOSQUETE, Abraham: *Annals of Chivalry. Youngmen of Honor. A Treatise on Dueling.*
- \*BOURNE, Edward Gaylord: *Spain in America. U. S.* (Culpa Las Casas por desacreditar a España; Nuevas Leyes, etc.)  
*Hernando de Soto.*
- BRINTON, J.: *Study of Nahuatl.*
- \*CABRERA, Angel: *Caballos de América.*
- \*\*Calendario: World Calendar Asst. Rockefeller Center New York. *Whitakers Almanac. Dumbar, Scottish Kings. L'aert de verifíer les Dates*, París, 1787, etc. Miércoles de Ceniza (Cuadragésima Cuaresma) fue 26 de febrero en 1550, calendario juliano, constatado, con el Planetario de Nueva York y la National Geographic Society.
- \*CALVETE DE ESTRELLA, J. C.: *Rebelión de Pizarro.* (Libro V, Gasca.)
- CALIFORNIA, Universidad de: *Sancho Clavijo, Governor of Panamá*, «Revista Iberoamericana 1934».
- CAPPA, R.: *Estudios críticos acerca de la dominación española en América.*
- CASAS, Fray Bartolomé de las: *Historia apologética de las Indias occidentales. Cartas. Las antiguas gentes del Perú. Colección de obras.* (Parcial, exagerado, mentiroso, intransigente, petulante, arribista, etc.).
- CASTAÑEDA, Pedro de: *Relación de la jornada de Cibola.*

CASTILLERO REYES, Ernesto: Historia de Panamá. Historia de las comunicaciones.

CASTILLO, Diego del: *Tratado del duelo*. 1525.

\*\*CERRATO, Licenciado Alonso López de: *Carta de 2 de junio de 1550*, Col. Linares, vol. 85. *Carta de 26 de junio de 1550*, Col. Torres de Mendoza, vol. 24. (Relatan muerte Valdivieso, pero fueron escritas desde Guatemala por informes.) N. Y. Public Library Am. Hist. Microfilmed documents.

CHAPMAN, Charles: *A History of Spain*. Introducción de R. Altamira. *Colonial Spanish America*.

CID: *Poema del Cid*. *Crónica del Cid*. *Romancero del Cid*. Etc.

\*CIEZA DE LEÓN, Pedro: *Guerra civil de Quito*. Biblioteca de Autores Españoles, vol. 26. (Libro IV: los Contreras, Bermejo, Gasca, Gonzalo Pizarro, etc.)

CLARK, Evans: *Brief Notes on Music in Eight Latin American Countries*.

CLOWES, G.: *The Sailing Ships*.

COLMENARES, Diego de: *Genealogía histórica de los Contreras de San Juan*. *Coplas del provincial*.

COTTON, C. R.: *The Tournament*. *Defensive Armours*. *Weapons and Engines of War*.

COYOTE: Department of Agriculture, Washington, D. C. *The Ecology of the Coyote*.

CRIPPS—DAY, Francis: *The History of Tournament*.

CULVER, H. B.: *The Book of Old Ships*. *A Contemporary XV Century Ship Manual*.

CUNYNIAME, H. H. S.: *Time and Clocks*.

- CURTIS, Frederic: *Heraldry Simplified*.
- CURTIS, F. S. (Jr.): *Spanish Arms and Armours*.
- DAVENPORT: *The Book of Costume*, 2 vols.
- DAVIS, T.D.: *Golden Century of Spain*. 1501—1611. (Inquisition, military power, Charles V, Salamanca University, etc.)
- DÁVILA CABIRI, J. A.: *Investigaciones lingüísticas*. (Vol. II, pp. 122—169.)
- DARÍO, Julio Caballero: Gramática del idioma mexicano.
- DÉNHard, R. H.: *The Horse of the Americas*.
- \*DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal: *La verdadera historia de la conquista de la Nueva España*.
- ELLIOT: *Old Court life of Spain*.
- ELLIOT MORRISON, Samuel: *Christopher Columbus Marineer*. Appendix Columbus Letters. *Admiral of the Ocean Sea*. 2 vols.
- ELLIS, Havelock: *The Soul of Spain*.
- Enciclopedias: Americana, Británica, Colliers, Espasa, etc.
- FABRE, A. M.: *Recopilación de leyes de los reinos de las Indias*, 3 vols.
- Fencers Club Inc. de Nueva York. Maestro de esgrima: Sandor Nagy.
- FERNÁNDEZ DE PALENCIA, Diego: Historia del Perú (II parte).
- FERNÁNDEZ DEL PULGAR, Pedro.
- FORDE, C. Daryll: *Ancient Mariners*.
- FUENTES Y GUZMÁN, F. A.: *Historia de Guatemala*.
- GALLEGOS, Pascual de: *Cartas y relaciones de Hernán Cortés*

(quinta carta, véase F. A. McNutts: *Letters of Cortés*; viaje a Honduras embroglio con Pedrarias, véase Markham).

GANDÍA, Enrique de: *Historia de Cristóbal Colón*.

GARCÍA CONDE, Pedro, maestro herrador y alboytor: *Verdadera albeiteria*.

GARCÍA IZCABALCETA, J.: *Vocabulario de mexicanismos*.

\*GASCA, Virrey Pedro de la: *Carta al Consejo de Indias de 22 de septiembre de 1550 sobre la guerra de los Contreras*. (Véase Lozoya, Col. Mata Linares, vol. 85.)

GÓMEZ, Manrique: *Cancionero*. (Representaciones teatrales en Castilla en el siglo XVI, con bailes, diálogo y pantomima. Véanse Momos.)

GONZÁLEZ BARCIA, Andrés: *Los historiadores primitivos de las Indias occidentales*. 1749.

GÓMEZ CARRILLO, Agustín: *Compendio de historia de América Central*.

“GONZÁLEZ DÁVILA, Gil: *Teatro eclesiástico de la primitiva Iglesia de las Indias*. (Muy importante, véase escudo de armas de León viejo; y sobre Valdivieso, pp. 235, etc.)

GRAHAM, R. B. Cunninhams: *The Horses of the Conquest. Hernando de Soto*.

GATTY, M.: *Book of Sundials*.

GÁMEZ, J. D.: *Historia de Nicaragua*.

HALE, Edward E.: *Amadis de Gaula*, trad. del libro V de Espladián, véase Montalvo.

HERRERA Y TORDECILLAS, Antonio: *Descripción de las Indias occidentales. Historia general de los hechos de los castellanos.* (Guerra de los Contreras, década VIII, tomado de la carta de Gasca, ver Gasca.)

HUMBOLDT, Barón A. von: *Reserches Concerning the Inhabitants of America.* (Véase sobre El Dorado.)

HUME, Martín A.: *Spain 1479—1788.* (Véase Carlos V. Cambridge University Press.)

HELPS, A.: *Conquest of the New World.* (Las Casas, nuevas leyes, esclavos negros.)

HUNT AND HUNT: *Horses and Heroes.*

HUTTON, A.: *Swords in the Centuries.*

ICAZA, Francisco A.: *Diccionario de capitanes de Nueva España.*

\*INCA GARCILASO DE LA VEGA: *Historia de la Florida* (De Soto). *Historia general del Perú* (Guerra de los Contreras: vols. II, V, XI y XII).

\*\*INDIAS, Archivo General de: Legajo 1.051, 241 folio (en microfilm, documentos Am. Hist. N. Y. Public Library). *Real Audiencia de los confines de Panamá, año de 1551. Juicio promovido contra los hermanos Hernando y Pedro de Contreras iniciado por Sancho de Clavijio, gobernador y justicia mayor de Tierra Firme, en la ciudad de Panamá el 2 de mayo de 1550.* (Interesante, pero lleno de contradicciones, omisiones y falsedades.)

IRVING, Theodore: *The Conquest of Florida.*

JUDY, Will: *Dog Encyclopaedia. The Complete Dog Book.*

LEA, Henry C.: *The Inquisition in the Spanish Dependences. The Inquisition of the Middle Ages,* 3 vols.

- LEGUINA y VIDAL, Enrique: *Torneos y gineta. Bibliografía e historia de la esgrima española.*
- \*LÓPEZ DE GOMARA: *Historiadores primitivos de las Indias. 1555. Historia de la conquista de México. 1554. Historia de México.*
- \*\*\*LOZOYA, Marqués de (Don Juan de Contreras): *Vida del segoviano Rodrigo de Contreras.* (Excelente documentación. La más importante fuente de referencias para *Los conquistadores.*)
- LUMMIS, Charles F.: *Los exploradores españoles del siglo XVI.*
- LEWIS, Hanke: *The First Social Experiment.* (Las nuevas leyes de Indias.)
- \*MARKHAM, Sir Clement R.: *Vasco Núñez de Balboa. Cortes 5th. Letter.*
- MARKHAM, Edwin: *California.*
- MARTÍ, Samuel: *Música de las Américas.*
- MARTÍN Ruiz, Memorial de: *Colección Muñoz, vol. 86.*
- MAYNARD, T.: *De Soto and the Conquistadores.*
- McDOWEL, William: *The Shape of Ships.*
- MEDINA, Alberto: *Efemérides nicaragüenses 1502—1821.* (Gran título, pero nada.)
- MENÉNDEZ PIDAL: *Poema de Mio Cid.*
- \*MENDIETA, Fray Gerónimo: *Historia eclesiástica indiana.* Prólogo de Izcabalzeta. (Libro II, cap. III, ritos Aga Texoxes, Texcatlipoca, etcétera.)
- MICHEL, H.: *Liturgy of the Church.*

- MILLA y VIDAURRE, José: *Historia de la América Central*,  
(Guerra de los Contreras, tomado de Herrera.)
- \*MOLINA, Alonso de: Antigua Guatemala. *Historia de Centroamérica*.
- MOLINA, Argote de: *Libro de montería*. Sevilla, 1582.
- MEDINA, J. Toribio: *Descubrimiento del océano Pacífico*.  
(Matrimonio de Balboa con doña María.)
- \*Metropolitan Museum of New York: Departamentos de armería, heráldica, indumentaria, etc., y sus publicaciones y catálogos. \*MONTALVO, Garci Rodríguez: Sergas de *Esplandián*. *Amadis de Gaula 5º Libro de Amadis*. (California.) (Véase GAYANGOS y ARCE, Pascual de: *Libros de caballería*.)
- MONTUFAR, L.: *Reseña histórica de Centroamérica*.
- \*Nicaragua: Librería del Congreso, Washington, D. C. Div. of Bibliography.
- Nicaragua: *Historical Sources 1531—1804*. (H. M. D., N. Y. Public Library.)
- Nicaragua: *Documentos para la historia de Nicaragua, Col. Somoza*, 17 vols., hasta 1550.
- NOEL, Martín: *La arquitectura proto—virreinal*.
- \*Nuevas leyes de Indias: Textos de sus promulgaciones de 1535, de 1541 y de 1550. N. Y. Public Library, Am. Dept.
- NAVAS, Conde de las: *El espectáculo más nacional: los toros*.
- \*ORDÓÑEZ DE MONTALVO: Sergas de Esplandián. 1500. Quinto libro de Amadís. Véase California.
- \*OROZCO y BERRA: *Apuntes para la geografía de México*. (California, descubrimiento.)

\*\*OVIEDO y VALDÉS, Gonzalo: *Historia general y natural de las Indias*. (Libro XLII, cap. XIV, Micer Codro, vol. II, León viejo.)

PAASCH: *Illustrated Marine Encyclopaedia*.

PALOMINO: The Palomino Horse Asst. Santa Bárbara, California.

Paulist Press of New York: *Cathesism of the Liturgy*.

PEERS, Edward A.: Spain. (A Companion to Spanish Studies.) Bibliography, references.

PEÑAFIEL: *Nombres geográficos de México*.— (Xolotlán, p. 242.)

\*PERALTA, M. María: *Costa Rica, Nicaragua y Panamá en el siglo XVI*. (Cartas de Valdivieso, Gil González, etc.)

PEZUELA: *Historia de la isla de Cuba*.

PLANCHE, P.: *Ciclopedia of Costume*.

\*PRESCOT, W. H.: *History of Perú*. (Part II, Gasca.)

QUINTANA, A.: *Vasco Núñez de Balboa*.

\*REMESAL, Antonio de: *Historia general de las Indias*. 1620. (Vol. II, inquisición, tormentos, etc., Villalba en Panamá. Valdivieso, etc.) *Historia de Chiapas y Guatemala*. (Libro VII, cap. XIX, tormentos Villalba.)

\*RIVA AGUERO y OSMA, J.: *Historia del Perú. Aclaración histórica. La casa de los condes de Puñoenrostro*.

*Rituale Romano Pontificale*.

ROBELO, C. A.: *Diccionario de mitología Nahuatl*.

ROJAS ARRIETA, Guillermo: *Historia de los obispos de Panamá*. (Quinto obispo Torres.)



ROMÁN, Francisco: *Tratado de la esgrima*. 1532.

- \*ROMÁN y ZAMORA, Fray Gerónimo: *Repúblicas de indios*, Col. de Libros Raros de América. (Costumbres, ritos, ceremonias de los indios. Véase cap. X de los astrólogos, Texoxes.)
- \*Rich Collection: GONZÁLEZ DÁVILA, Gil (descubridor): *Relaciones. Carta, mss. núm. 132. Pedrarias, mss. 128.*
- \*SACHS, Curt: *World History of Dance*. (Véase *Zarabanda from Central— America to Andalucía to the rest of Europe*, pp. 350—367. El padre Mariana la llamó «repulsiva, indecente, inmoral y de magia diabólica, etc.». Cervantes: «el endemoniado son de la carabanda». Lope de Vega, véase *La maestra de danza y La villana de fetaje*, la llama «indiana amulatada». Quevedo la llama «chacóna mulata», etc.

SAN ROMÁN, Fray Juan de: *Relaciones*.

SAMORANO, Rodrigo de: *Manual de navegación*. 1535.

SANTOENIA y ECHANDE: *Historia de Cuba*.

SEDWICK, E. D.: Spain. (Véase Charles V.)

SERRANO y SÁENZ, Manuel: *Compendio de historia de Centroamérica. Documentos históricos de la Florida. Expedición de Hernando de Soto. Relaciones históricas del siglo XVI. Relaciones históricas y geográficas de la América Central. Orígenes de la dominación española en América. Preliminares al Gobierno de Pedrarias en Castilla del Oro*.

SOLÓRZANO: *Leyes de Indias*. Universidad de Salamanca.

SORIANO FUENTES, Mariano: *Historia de la música española*.

- SQUIER, E. G.: *Nicaragua, gente, escenario*, etc. (Olla podrida de tonterías.) Mss. XXII, 98, 100, 125, 131, 145 y 146.
- SUSTO, Juan Antonio: *Catálogo de la Audiencia de Panamá*.
- \*SIMPSON, Lesly B.: *The Encomienda in New Spain*. (New Laws 54 articles. Véanse artículos 26, 27 y 35. Buena bibliografía.)
- SLONIMSKY, Nicholas: *Music of Latin America*.
- TAUSSIG, R.: *The Inter—Oceanic Canals*.
- TENORIO, G.: *El perro de guerra*.
- TORO BUIZA, Lois: *Noticias de los juegos de cañas reales*.
- TURNER WILCOX, Ruth: *The Mode in Footwear*.
- TOZER, H. F.: *A History of Ancient Geography*.
- TAYLOR, Virginia H.: *The Spanish Archives of Texas*.
- U. S. 76th Congress «De Soto»: *Final Report of the United States De Soto Expedition Commission to the 76th Congress, 1st Session. House Doc. No. 71—1939*.
- VARGAS, Bernardo de: *Libro de Exercicios de la Gineta*. Madrid, 1500.
- \*\*VAZQUES DE ESPINOSA, Antonio: *Compendio y descripción de las Indias occidentales*. Original mss. 1623, publicado por la Institución Smithsoniana en 1948, 800 pp.
- VERGARA, Gabriel María: *Los segovianos en América*.
- VILLALOBOS, Martín de: *Carta al emperador*. León viejo, oct. 20 de 1548.
- VETANCOURT, Agustín de: *Teatro mexicano*. 4 vols. 1698.
- VILLACORTA CALDERÓN, J. A.: *Historia de la Capitanía General de Guatemala*.

- VOLIER., M.: *History of Dancing*. (Véanse Hispanic Dances XVI Century. La zarabanda. Casi todo igual a Curt Sachs.)
- WAGNER, Henry R.: *California Voyages 1539.1541*.
- WATERS, Frank: *The Colorado*.
- WAY, Robert B.: *Time and its Reckoning*.
- WEBER, A.: *Catholic Ecclesiology*.
- XIMÉNEZ: *Historia de Chiapas y Guatemala*. (Véase parte I, libro II, cap. XIX.)
- ZÁRATE SALMERÓN, Gerónimo: *Relación de todas las cosas del Nuevo Mundo. 1538— 1626*.
- ZULOAGA, Santiago: *Cartilla marítima*.
- ZURITA, Alonso de: *Breve sumaria relación*.

JOSE ROMAN  
NACIO EN NICARAGUA  
(CENTROAMERICA)

OBRAS

*El fauno* (bailete), 1.ª ed., Revista Centro, 1936.

*Cosmapa* (novela), 1.ª ed., Editorial Nuevos Horizontes, 1944; 2.ª ed., Editorial Lautaro, 1945; 3.ª ed., Editorial Lautaro, 1946; 4.ª ed., Editorial Lautaro, 1946; 5.ª ed., Revista Norte, 1947.

*Los conquistadores*, 1.ª ed., 1966.

*La mujer de tu prójimo* (novela inédita).

EDITORIAL CENTRO  
DIVISION DE NEW YORK EDITORS CORPORATION

PROGRAMA PARA 1967

*Los conquistadores*, por José Román, 1.ª ed. de 10.000 ejemplares.

*Historia de la literatura de Centroamérica*, por Leonardo Montalbán, 2.ª ed. de 10.000 ejemplares.

*Cosmapa*, por José Román, 6.ª ed. de 10.000 ejemplares.

*Revista Centro*, 2.ª época, lista para el mes de mayo.

*New York Editors Corporation* fue incorporada bajo las leyes del estado de Nueva York, con las excepciones de registro de THE SECURITIES AND EXCHANGE COMMISSION, el 16 de septiembre de 1965. Consta de 220.000 acciones de capital con iguales derechos de votos con valor inicial de cinco dólares por acción. Presidente y director, Frank J. Rowe; vicepresidente y director, Patricia C. Román; tesorero y director, Eleanor A. Rowe; secretario y director, Miriam Barredo; director y abogado de la Corporación, Mark Barret Wiesen; director auditor, Daniel D. Schwartz. Oficinas principales en su propio edificio: 422 W. 55th St. New York, N. Y., 10019.

*Este libro se terminó de imprimir el día 15 de octubre de 1966 en los talleres de Gráficas Benzal, Virtudes, 7, Madrid (España), y consta de una edición de diez mil ejemplares en rústica y cien en piel.*

Publicaciones Literarias 2011  
Banco Central de Nicaragua